

Jacques Cellard

C CONFESIONES DE UNA DESVERGONZADA

se



TIVA EROTICA

Lectulandia

Las memorias ingenuas y auténticas de una adolescente, y su iniciación a los placeres mundanos, narradas con humor, desenfado y procacidad.

Este libro pertenece a un subgénero que ha hecho furor en los anales de la literatura erótica: el de las ingenuas libertinas.

Lucienne, su amoral protagonista, está siempre dispuesta a asimilar las enseñanzas corruptoras de los de su edad y de los adultos. Su propio hermano, los amigos de éste, la criada, el médico de la familia, un primo ingenuo, un cochero, un jardinero, sus mejores amigas, un matrimonio de nobles...

Lectulandia

Jacques Cellard

Confesiones de una desvergonzada

ePub r1.0
Titivillus 12.01.18

Título original: *Souvenirs d'une gamine ejfrontée*

Jacques Cellard, 2006

Traducción: Teresa Clavel

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Uno

Los ojos de la princesa se achican en presencia de vagas percepciones que ella desearía fueran más precisas; su lengua recorre suavemente los labios mientras ella contempla con glotonería cosas prohibidas.

Péladan.
Le Vice suprême.

La culpa de todo cuanto me ha sucedido en la vida la tiene Panamá. En fin, para ser exactos, de casi todo. Admito que no resulta agradable encontrarse, a los dieciséis años, casi huérfana y sin dinero; pero no han faltado a nuestro alrededor los casos de familias arruinadas por culpa del Canal, y no todas sus hijas se han convertido en lo que yo soy. Hubiera podido, como ellas, quedarme cosiendo con las monjas mientras esperaba pacientemente que tía Wonne me encontrara un marido de su conveniencia. Ni joven, ni guapo, ni tierno, sino más bien viejo y feo, pero con diez mil francos de renta. Dadas las circunstancias, se habría conformado con cinco, y apurando mucho, incluso con cuatro, pero con «posibilidades». El único problema es que yo no me sentía inclinada a eso. A los diez mil francos, cuartos de baño, un pequeño carruaje y una camarera, sí, por supuesto. Pero un marido catarroso, hijos, la misa del domingo y las visitas de las vecinas eran muy poco para mí. Y maridos, ¡he visto desfilar tantos por mi cama...! No me quejo de los de las demás, pues no sólo me permiten vivir, sino que, en no pocas ocasiones, incluso me proporcionan placer además de dinero. Pero, precisamente ahí está el problema: de uno u otro modo, el dinero y el placer se lo roban a sus legítimas esposas.

Lo bueno no existe sin lo malo, por supuesto; y de malo he recibido mi parte, como tantas otras. Hoy, lo bueno ha ganado, pero, como decía mi pobre papá, «no se está nunca seguro del mañana mientras no se está muerto, y ni siquiera después».

Mi padre sabía lo que se decía. En La Fourmi Framaise, la compañía de seguros

donde trabajaba como cajero, todos vivían con miedo al mañana; y como era lo único que tenían para vender, cargaban las tintas hasta convertir la inevitable pena en auténtico desastre. No les quedaba más remedio. Por otra parte, papá reconocía que también hacían felices a algunos. Sobre todo a algunas. Cuando la desgracia sobrevenía (porque, tarde o temprano sobrevenía; sería maravilloso para las compañías que sus clientes no se murieran nunca), los beneficiarios se presentaban en su ventanilla con un recibo de la Dirección, y mi padre deslizaba bajo la rejilla los cartuchos de luíses y los billetes del Banco de Francia que les correspondían.

Un día, pagó una póliza de doce mil francos: veintidós billetes de quinientos francos, de esos azules que son más grandes que una hoja de libreta, y el resto en monedas de oro. «Para mis pequeños gastos», dijo la dama. Aquello le dejó impresionado. Mil francos en oro era ya como para volverse loco en nuestra situación; pero doce mil suponía su sueldo de cinco años... Atendía uno o dos casos como ése a la semana: viudas no demasiado afligidas, justo lo que exigían las circunstancias, y en cualquier caso muy puntuales a la hora de acudir a cobrar sus preciados ahorros. En ocasiones, mujeres hermosas, e incluso jóvenes. ¿Adonde iban a parar esos filones? ¿Al armario de la ropa blanca, entre dos sábanas? ¿A obras de caridad? ¿A la bragueta de un gigoló? ¡Quién sabe!

«Señor Chauron, cajero principal de una importante compañía de seguros». Aquello sonaba bien en el barrio. Pero el hecho de que sonara bien no llenaba nuestros platos. Cuatro personas no llegan muy lejos con 250 francos al mes, más una paga de 50 francos en Navidad y otra en Pascua, por «hacer caja». A propósito de esto de hacer caja, la suya sí que la hacía bien..., incluso demasiado bien, para ser claros.

La paga de Pascua servía para renovar el vestuario de mi padre. En aquella época era un hombre apuesto. Con la de Navidad, mamá nos llevaba a La Belle Jardinière, al otro extremo de París, donde pasábamos todo el día: ella, poniendo en evidencia a las vendedoras para conseguir un descuento en mi vestido de los domingos o un arreglo gratuito en los pantalones de Maximilien, que siempre eran demasiado largos; nosotros, lloriqueando por un panecillo y una barrita de chocolate. Cuando estábamos vestidos y comidos, si habían sobrado cinco francos mamá hacía una locura. La última vez yo tenía trece años, y recuerdo que fue una tira de encaje para el corpiño.

Fuimos tirando así, a trancas y barrancas, unos años más, y hubiéramos aguantado hasta que a papá lo nombraran cajero principal con un sueldo de 300 francos al mes y dos pagas de cinco luíses, si mamá no hubiera perdido la salud. Una salud precaria, pero a fin de cuentas salud. A aquellas alturas, la pobre ya no podía más. Para pagar el médico, las medicinas, la carne de ternera y más carbón en invierno, mis padres no tuvieron más remedio que empezar a picotear de la dote de mamá, a pesar de las protestas de la abuela Boireau, que era una arpía. En cuanto a los abuelos Chauron, malvivían cerca de la calle Château-d'Eau y sufrían privaciones para poder traernos

carquiños y caramelos cuando venían a comer a casa, que era casi todos los domingos. Yo los adoraba.

Lo de picotear se acabó pronto. La cosa adquirió dimensiones insospechadas. Tras las pinzas del azúcar, hubo que meter el tenedor en la dote, luego la cuchara y, por último, el cucharón. Cuando mamá murió quedaban mil francos, y no duraron mucho.

Un día en que vino a ver a su desdichada hermana, como ella decía, la tía Yvonne se quedó desconsolada ante el panorama que encontró: mamá al límite de sus fuerzas, la casa patas arriba, nosotros, más sucios que el palo de un gallinero y royendo mendrugos... Ella se había casado con un tal Crapart, que era notario en Nogent-le-Rotrou, y no le faltaba de nada. Para evitar que sucediera lo peor, y porque en el fondo nos quería, le propuso a mamá prestarle a su criada de Nogent durante unos meses.

—Pongamos durante un año, Jeanne. El tiempo necesario para que recuperes la salud, para que a tu marido lo asciendan y para que Lulu aprenda a llevar la casa.

Eran demasiadas cosas a la vez. Un año después de estas bondadosas palabras, mamá estaba muerta, papá había perdido su empleo y ya no teníamos casa.

«Adèle Bondon, de Maizy-le-Thou, en el Orne, veintiséis años y con los dientes sanos», como se presentaba a sí misma para hacernos reír, era una auténtica campesina normanda el doble de fuerte que mamá y apenas más baja que papá. Tenía hombros de estatua, piel de lechón, una hermosa melena rubia recogida en un moño y el resto en armonía. Una verdadera modelo para un pintor. Además, era trabajadora, limpia y ordenada, y siempre estaba de buen humor. Justo lo necesario para sacar la casa adelante, ocuparse de nosotros y animar a mamá, que sólo se levantaba ya de la cama para ir al sillón.

Como todos los veranos íbamos a pasar tres semanas al campo, a casa de los Crapart, y Adèle había empezado a servir allí cuatro o cinco años antes de instalarse en nuestra casa, ya nos conocíamos. Sin embargo, allí era la criada de la tía Yvonne y del tío, por no hablar de mis primos y primas, mientras que aquí era la nuestra. En fin, es un decir, porque en realidad hacía lo que quería. Pero eso era inevitable en medio de aquel desorden.

Cuando llegó, mis padres la instalaron de cualquier manera en «nuestro» cuarto para criadas, que estaba dos pisos más arriba; era un cuchitril donde apenas si cabían una cama coja, una silla con el asiento roto y una mesilla de noche con una palangana. Ella no dijo nada, pero una noche en que papá tuvo que subir a despertarla porque mamá se ahogaba y era necesario trasladarla de la cama al sillón, y empezó a tropezar con todo, Adèle replicó a sus protestas que aquello no habría pasado si ella hubiera dormido como una criatura de Dios, en una cama adecuada, cerca de la señora y los niños, y no en un nido de cuervos como si fuera un animal. Y que en el

piso había sitio de sobra, y no veía la necesidad de ir a buscarlo por los tejados.

La verdad es que en la calle de Saint-Lazare, entre la Trinité y Notre-Dame-de-Lorette, un barrio que después he frecuentado bastante, estábamos instalados con bastante holgura. Mamá se quejaba del alquiler, pero con la dote aquel problema se solucionó; por otra parte, la oficina de papá quedaba a unos pasos. El dinero para comprar una buena cama y un armario para Adèle también salió de la dote. La muchacha se quedó en mi habitación y yo me instalé en la de Max, donde colgaron una cortina entre las dos camas por decoro. De este modo, si mamá necesitaba alguna cosa por la noche, tocaba una campanilla sin moverse de la cama y Adèle acudía de inmediato. Papá tenía su habitación en el otro pasillo y nosotros ocupábamos la del fondo, que era la más agradable y disponía de un amplio ventanal que hacía ángulo y daba a la iglesia de la Trinité.

Me da vergüenza escribirlo, pero es la verdad: durante todo aquel año que debía acabar tan mal, fui más feliz que nunca. Por otra parte, mis padres afrontaban su desgracia por el lado bueno: conforme la dote iba menguando y la certeza de que mamá sólo volvería a salir de casa con los pies por delante iba en aumento, se mimaban y nos mimaban cada vez más. En resumen, *éramos como los pasajeros de un barco que, al enterarse de que les amenaza el peligro de un naufragio, se disponen a esperar el final organizando bailes de disfraces y fiestas donde corre el champán.*

A veces me entraban remordimientos. Le pedía a Maximilien que dejara de cantar y reír a cada momento como solía hacer, y me obligaba a mí misma a adoptar una expresión de desconsuelo. Mantenía aquella actitud durante dos o tres días, pero mis padres parecían no comprender mis accesos de tristeza y me los reprochaban. Entonces, al día siguiente me despertaba tan contenta como antes.

Mis padres se querían mucho, y sé que por la noche se pasaban horas llorando uno en brazos de otro. Pero todo eso se comprende después. En ese momento, para nosotros aquello significaba la buena vida, la edad de oro: apetitosas comidas regulares, salidas por el barrio con Adèle para presentársela a los comerciantes y ayudarla a hacer las compras, y la escuela, la mía al final de la calle Blanche, y la de Maximilien un poco más arriba, cerca de la plaza. Yo siempre era la primera, porque me gustaba ir al colegio y porque, aparentemente, tenía facilidad para aprender. Para mamá suponía la mayor satisfacción que podía esperar de esta vida: ¡su hija en el cuadro de honor todos los meses!

Además, yo estaba enamorada. De Vincent Vierneau, el amigo de Max, evidentemente. Tenía seis meses más que mi hermano, era más bien del tipo de los que el colegio no les interesa demasiado, como mi hermano, e iba al mismo curso que él, el de reválida. Era un chiquillo muy guapo, de aspecto un tanto travieso y frío, con el pelo castaño, rizado y bien peinado, que llevaba una chaqueta de terciopelo con dos hileras de botones dorados y cuello vuelto; aquella chaqueta me impresionaba

tanto, que cuando venía a recogerme al colegio con Max para acompañarme a casa, me quedaba un buen rato sin habla. Según mi hermano, entre la chaqueta, los botines de charol, la camisa con puntillas y el bonete, llevaba por lo menos cincuenta francos encima sólo para ir a clase. Decía que su padre era corredor, sin dar más detalles. Y en efecto, lo era... de mujeres.

En cuanto estuvo instalada, Adéle emprendió la tarea de quitarnos toda la mugre que llevábamos encima. La verdad era que, desde principios de invierno, mamá no se había sentido con ánimos de preparar un baño y lavarnos. Papá lo intentó una vez, pero nos escaldó y la cosa quedó así. En consecuencia, como dejaron la cuestión del aseo en nuestras manos, nos limitábamos a lavarnos como los gatos: las manos, la nariz, de vez en cuando alrededor de las orejas, y el resto el día treinta y seis de cada mes. No era por pereza, ni tampoco porque nos gustara ir sucios, no. Yo soñaba con un baño bien caliente de una hora en la cocina y con salir oliendo a jabón y a piel limpia. Y Maximilien tampoco era reacio. Pero hacían falta dos enormes marmitas de agua para llenar una bañera, y pesaban demasiado para nosotros.

Así pues, Adéle empezó por hacer que nos laváramos por partes en un gran barreño de agua caliente, para volver a inculcarnos el hábito; y cuando aprendió bien el manejo de los fuegos y las marmitas, decidió que habría baño todos los domingos, porque ese día papá podría ayudarla a poner la marmita grande en el fuego y a quitarla cuando el agua hirviera.

Dicho y hecho. ¡Oh, qué felicidad! Entre la hornilla al rojo y el vapor, la cocina parecía el horno de una panadería. Cuando entré, mi padre se había ido a charlar con mamá. Yo iba en camisón, y me preguntaba si me atrevería a quitármelo sin más delante de Adéle. Esta sudaba a chorros, embutida como iba en un vestido gris que le llegaba hasta los tobillos. Corrió el cerrojo de la cocina y se enfadó un poco al ver que seguía allí plantada como una tonta con el camisón todavía puesto.

—Y bien, Lulu —refunfuñó—, ¿estás esperando a que se enfríe el agua para decidirte? —Y como, en efecto, yo seguía sin atreverme a quitarme el camisón, añadió—: Pues yo, desde luego, voy a quitarme el vestido. No soporto este calor.

Bajo el vestido, llevaba una cotilla abierta y unas enaguas que le llegaban hasta las rodillas. Realmente era una mujer muy hermosa, por lo que yo podía ver: brazos, pantorrillas, y un pecho que hinchaba la cotilla. Me quedé boquiabierto. Ella se echó a reír y me espetó:

—Ya que te haces la remolona, te meteré yo misma en la bañera.

Al mismo tiempo, se arrodilló y me subió el camisón con las dos manos, aprovechando para apoyarlas con firmeza en mis caderas y junto a mis pechos. Al entrar en la bañera di un pequeño grito porque el agua todavía estaba un poco caliente. Ahora Adéle llevaba la cotilla totalmente desabrochada, y uno de sus grandes pechos quedó al descubierto, firme, blanco, con una gran areola rojiza y un

pezón muy oscuro y puntiagudo. Cogió la esponja y se puso a enjabonarme empezando por los pies. Entonces le dije:

—Dédéle, tu teta es muy bonita. Nunca había visto ninguna por entero, ¿sabes? ¿Crees que algún día las mías serán así? ¿Me dejas que la toque?

De rodillas aún, levantó la cabeza, me miró con expresión divertida y sacó lentamente de la cotilla el otro pecho, incorporándose para que lo viera bien. Luego, la mano que tenía enjabonada ascendió por mi muslo y se deslizó entre mis piernas obligándome a separarlas un poco; entonces comenzó a acariciarme allí, extendiéndose hasta mis nalgas.

—Déjate hacer, palomita —susurró—. Ya verás qué gusto da. Si quieres, puedes tocármelas, —me gusta. Enjabónate un poco las manos y acaricia los pezones. Así se pondrán más bonitos. Un día, los tuyos también serán así, no te preocupes.

Hice lo que me pedía. Con la mano libre, Adéle me sujetaba la cintura por detrás para no caerse, mientras seguía deslizando su dedo por mi hendidura. ¡Oh! ¡Qué gusto daba! La sensación era tan intensa que dejé de frotarle los pechos, y ella me lo recordó:

—¡Acaríciame los pezones, pajarito! Vamos, más fuerte, es una delicia. Ya ti, ¿te gusta lo que te hago, Lulu? —No necesitaba mi respuesta. Me retorció lo suficiente como para que ella se diera cuenta de que me gustaba—. ¿Te habías acariciado así alguna vez tú sola, mi pequeña guarra? —me preguntó—. Vamos, ahora puedes decírmelo.

Yo me sentí avergonzada. Permanecí un momento en silencio y le acaricié las dos a la vez con más ímpetu.

—Sí, Dédéle —respondí por fin—, un poco. Pero no me había dado tanto gusto como ahora. ¡Oh! Sigue, sigue, estoy sintiendo algo.

En ese momento deslizó entre mis nalgas la mano izquierda, bien enjabonada, e introdujo con suavidad un dedo... ¡en el ojete! Y al mismo tiempo que metía y sacaba el dedo de allí, por delante me frotaba el clítoris. Creí enloquecer. Le solté los pechos para agarrarme a sus cabellos y, de repente, por primera vez en mi vida, a los catorce años recién cumplidos, sentí. Ni demasiado pronto ni demasiado tarde. En el momento justo.

Las piernas me temblaban, y dejé que me enjabonara y me enjuagara sin decir una palabra. Antes de secarme, se levantó, con los pechos todavía al descubierto, y me dijo:

—Ahora que me las has visto —debes tocar también el resto, palomita. Mira.

Adéle se levantó las enaguas sosteniéndolas con las dos manos, pero a mí no me pareció que hubiera gran cosa que ver: tan sólo un gran triángulo de pelo muy rubio, casi dorado, bajo el vientre. Yo no tenía nada ahí; apenas un fino vello que percibía al pasar la mano por encima.

—Otro día lo verás mejor —me dijo—. De todas formas, pasa la mano igual que lo he hecho yo contigo, me sentará bien.

Yo obedecí. Aquel lugar donde ella me había acariciado, en su cuerpo lo noté húmedo, e incluso un poco pegajoso. Me guió para que encontrara el clítoris. Estaba hinchado y, en cuanto lo toqué, percibí que empezaba a crecer hasta alcanzar el tamaño de mi dedo meñique. Adéle se puso tensa y suspiró. Inmediatamente después, apartó mi mano y me besó en la boca, chupándome la lengua. Luego me hizo salir de la bañera.

—Venga, se acabó por hoy —decidió—. Sécate, ponte el camisón y ve a tu habitación a vestirte. Tu padre estará intrigado y, además, todavía tengo que lavar a tu hermano.

Pero enseguida cambió de opinión. Se le debía de haber ocurrido alguna idea. Mientras se ponía el vestido, me dijo:

—No, mejor ve a acostarte en mi cama para no coger frío. Ya iré yo a buscarte cuando llegue el momento.

¿El momento de qué? Me dirigí de puntillas a su habitación preguntándomelo y me deslicé bajo las sábanas sin haber encontrado una respuesta. Oí murmullos, el ruido del agua al verterla en la bañera y el de puertas que se abrían y cerraban. Estaba adormilada cuando noté que alguien tiraba de mi camisón. Era Adéle. No sé cómo se las había arreglado para que la dejaran tranquila con nosotros, pero había encontrado la manera. Cuando entré en la cocina y ella corrió el pestillo detrás de mí, Max estaba de pie en la bañera completamente desnudo.

—Lucienne —me dijo Adéle mirándome a los ojos—, vas a ayudarme a enjabonar a tu hermano. Entre las dos lo haremos mejor. Echa otra paletada de carbón en la hornilla, ¿quieres?

A Maximilien no parecía turbarle demasiado permanecer así, en traje de Adán, ante nosotras. De hecho, no hacía más que mirar a Adéle, que se había quitado otra vez el vestido y volvía a ir en cotilla y enaguas, con los pies descalzos. Yo observaba a mi hermano tal como él lo hacía con Adéle, aunque bajé la mirada para intentar ver un poco mejor aquel plátano que él ya me había enseñado furtivamente dos o tres veces estando en nuestra habitación. ¿Acaso Max tenía aún frío? ¿O quizá se sentía intimidado delante de Adéle? El caso es que su plátano estaba más bien flácido, y yo me preguntaba que podía tener aquello de interesante.

Entonces, Adéle empezó a pasarle la esponja por las piernas, igual que me había hecho a mí. Y, como antes, hizo que un pecho escapara de la cotilla sacudiéndose un poco. Ni ella ni Max decían nada, como si esperaran que yo diese el primer paso. Así pues, le dije a mi hermano mirándole a los ojos:

—¿Sabes una cosa, Max? Le he acariciado las... a Adéle. A ella le gusta mucho. ¿Puede tocártelas él, Adéle?

La joven sacó el otro pecho e hizo un gesto afirmativo. Para ser la primera vez, me pareció que Max se desenvolvía muy bien, hasta tal punto que Adéle empezó a

suspirar y a gemir con suavidad, sin dejar de enjabonarle las piernas. Yo estaba despierta del todo, y ligeramente excitada de verlos. Me senté en el taburete de la cocina, justo enfrente de ellos, porque todavía sentía las piernas algo flojas. Y entonces sucedió algo interesante: Adéle dejó caer la esponja en la bañera y, con la pastilla de jabón en una mano, comenzó a recorrer el plátano enjabonándolo bien, mientras con la otra sujetaba las nalgas de Max como había hecho conmigo. Mi hermano soltó las —para incorporarse y agarrarla del pelo. Ella continuaba moviendo la mano sin apresurarse, y el plátano empezó a crecer y a erguirse. Cuando estuvo bien tieso y voluminoso, Adéle retiró la mano y me dijo:

—¿Ves, Lulu? Así es como se sabe que un chiquillo se está convirtiendo en un hombre, cuando su minina puede ponerse bien tiesa. ¿La habías tenido alguna vez así, gatito mío? —prosiguió dirigiéndose a Max—. Vamos, puedes decírnoslo con toda tranquilidad.

—Sí..., a veces, por la mañana —murmuró Max—. Pero ni daba tanto gusto ni se ponía tan tiesa. ¡Oh, Dédéle! ¡Qué sensación! Para...

¿Parar? No tenía ninguna intención de hacerlo. Por suerte para mí, porque precisamente me estaba preguntando si aquello podía crecer más y cuál era la finalidad. «Aunque —pensaba yo—, si Adéle me ha hecho venir debe de ser para que vea algo nuevo».

—Acércate, Lulu —me dijo ella en ese preciso momento—, creo que tu hermano está a punto de soltarlo.

Antes de que lograra entender qué era lo que Max iba a soltar, ella formó con sus dedos enjabonados una especie de anillo alrededor de la minina, y la frotaba cada vez más deprisa. Max jadeaba, y los dientes le rechinaban. De pronto, su plátano soltó un grueso chorro de líquido cremoso que fue a parar a la nariz y los ojos de Adéle, la cual exclamó entre dientes:

—¡Ya está! ¡Mi gatito ha descargado! ¡Y lo ha hecho a conciencia el pequeño guarro! Lulu, fíjate cómo ha descargado tu hermano. Eso es lo que les gusta a los hombres, descargar para una mujer.

A continuación, sin dejar de sujetarlo, acercó el rostro al miembro de Max, que todavía estaba bastante grande, pero apenas duro, y se lo pasó por los ojos, las mejillas, e incluso por la boca, como si quisiera limpiarse. Me pareció que el plátano comenzaba a ponerse tieso otra vez, pero entonces Adéle se incorporó bruscamente y nos dijo:

—¡Se acabó por hoy, niños! Id a vuestra habitación a vestiros, y rápido, por favor. Tenéis que estar arreglados dentro de cinco minutos.

Me pregunto cómo conseguimos ponernos la ropa del domingo sin percances. Max estaba aún completamente mojado, y no cruzamos una sola palabra hasta el momento en que nos encontramos con papá en el descansillo de la escalera. Me pasé toda la misa medio dormida, y sólo me quedaban fuerzas para pensar que me encantaría que «mi» Vincent descargara en mi cara como Max lo había hecho en la de

Adéle.

El baño de aquel domingo supuso un cambio en nuestra vida. Adéle no hablaba de ello, pero, cuando venía a despertarnos para ir al colegio, deslizaba una mano bajo mis sábanas y me acariciaba un momento entre las piernas, como si quisiera recordármelo. Después se dirigía a la cama de Max, y yo sabía que también ponía la mano allí y que la dejaba más rato, porque una mañana me dijo al salir de la habitación:

—¿Sabes, palomita? Esta noche, el pequeño guarro de tu hermano se ha descargado en la cama. Seguro que ha soñado con alguna chica.

Yo soñaba con Vincent y su chaqueta de terciopelo, pero el único resultado era que llegaba al colegio muy nerviosa. Cuando venía a buscarme a la salida, lo miraba con unos ojos soñadores que más bien parecían divertirlo.

La semana pasó muy deprisa. Antes de dormirnos, Max y yo hablábamos del próximo baño con embriaguez y cierta inquietud. ¿Habría sido sólo por una vez? ¿O quizás Adéle volvería a acariciarnos? El viernes, Max no pudo aguantar más y se lo preguntó.

—Ya lo verás —respondió ella riendo.

Lo que no dijo, aunque yo lo entendí muy bien, es que no quería arriesgarse por segunda vez a que mi padre la sorprendiera. Había sido un milagro que nos hubieran dejado tan tranquilos el domingo pasado, y los milagros no suelen repetirse. Antes de que mamá cayera enferma, íbamos a misa de once los cuatro juntos, como mandan los cánones. Desde que ella estaba en cama, papá nos llevaba, nos dejaba instalados en nuestro banco y fingía que iba a sentarse más atrás, con los hombres. Pero, en realidad, se escabullía para reunirse en la plaza con un compañero de la Fourmi Francaise y tomar una copa con él en un café de la Chaussée-d'Antin. ¡Pobre! Era su única distracción, y se la merecía.

Aquel domingo, Adéle le explicó que ya se había organizado, que Maximilien era lo bastante fuerte como para ayudarla a mover la marmita, que ya éramos bastante mayores para ir solos a la iglesia y que, en consecuencia, quedaba libre desde ese mismo momento. Mamá, la pobre, no contaba. Una vez que le habíamos dado los buenos días y que se había tomado el chocolate en la cama, dormitaba hojeando algún libro religioso.

Mientras Max esperaba su turno, yo me reuní con Adéle en la cocina, que ya estaba caldeada, y las caricias se repitieron. Aunque no fueron exactamente iguales. Cuando me estaba frotando con suavidad entre las piernas, me preguntó:

—¿Te gusta que te meta el dedo en el agujerito al mismo tiempo? ¿No te hace daño, tortolita?

Precisamente yo estaba pensando que tenía muchas ganas de que me lo metiera, y le respondí:

—No, no me haces ningún daño. Creo que es una guarrada, pero lo encuentro divertido y me gusta.

Ella llevaba las uñas muy cortas, y es verdad que resultaba divertido y agradable sentir como un dedo caliente se hundía ahí. Uno, e incluso dos. Primero el medio y, como me retorció de placer, después el índice. Al mismo tiempo, intentó introducir el dedo medio de la otra mano en la hendidura, pero yo dejé escapar un débil grito de dolor y no insistió.

Sin duda, mi clítoris empezaba a crecer y a adquirir mayor sensibilidad, pues la sensación que experimenté fue mucho más intensa que la primera vez. A continuación, Adéle se incorporó y me dijo:

—Ahora te toca a ti, palomita. Acaríciame bien, mejor aún que el domingo pasado.

Esta vez no tuvo que guiarme. Enseguida encontré la hendidura y el clítoris, que podía coger entre los dedos de tan hinchado como estaba. Ella se apoyaba en mis hombros con las piernas muy separadas y emitía una especie de suspiro interminable. Luego, me pellizcó un hombro y se puso en tensión.

—Sí, Lulu —murmuró—, ya viene, ya viene... ¡Ah, qué bueno es! ¡Tenía tantas ganas!

Al mismo tiempo, soltó en mi mano un líquido caliente que parecía pipí y se dejó caer en el taburete. Yo me senté en la bañera porque las piernas no me sostenían a mí tampoco. Las mujeres nunca se decepcionan unas a otras, es algo que después tuve ocasión de comprobar a menudo. Saben mucho mejor que los hombres lo que hay que hacer para proporcionar placer. De hecho, basta con reflexionar un poco, pero los hombres no reflexionan nunca en esas cosas.

Poco faltó para que nos olvidáramos de Max. Adéle vació la mitad de la bañera y yo le ayudé a echar más agua caliente, tras lo cual salió de la cocina y empezó a gritar en el pasillo para que la oyera mamá:

—¡Señorito Max! ¡Lucienne ya ha acabado de lavarse, ahora le toca a usted!

¡Señorito Max! ¿Y qué más? ¡Señorito minina, eso sí! Max llegó en camisa de dormir, quejándose de que había cogido frío porque le habíamos hecho esperar mucho rato.

—¡Quítese de una vez la camisa, señorito Max! —ordenó Adéle—. Su hermana y yo nos encargaremos de hacerle entrar en calor. ¿Verdad, Lucienne?

Él se metió en la bañera y ella empezó a enjabonarlo, como la vez anterior. Aquello no parecía causarle mucho efecto, al menos en lo que se refería a la cuca, que había crecido un poco, pero no se erguía. Seguramente era a causa de la espera, que lo había puesto nervioso. Él esperaba ver algo, cuando Adéle declaró:

—Hoy habrá un cambio, gatito. Te frotará tu hermana, así cogerá práctica. Estoy segura de que con su pequeña mano te hará venir mejor que yo.

¡Otra cosa nueva! El hecho de que fuera mi hermano no me turbaba demasiado. Entre parientes hay que mostrarse servicial, ¿no es cierto? Y para mostrarse servicial, es preciso saber cómo hacerlo, por supuesto. Yo no lo sabía, pero Adéle me lo explicó:

—Colócate a su lado dentro de la bañera, palomita. Sí, a ese lado. Pásale el brazo por la espalda para apoyarte. Así, muy bien. Ahora enjabónate bien la palma de la mano y frota con suavidad, como hice yo el otro día, ¿te acuerdas?

¡Vaya si me acordaba! A medida que mi mano subía y bajaba a lo largo del plátano, más suspiraba Max, y más crecía y se endurecía el chisme. Ya no veía a Adéle, pero mientras me encontraba ocupada con Max, noté que ella me separaba un poco las piernas y me metía un dedo en el ojete. Sin soltar la minina de mi hermano, me dejé hacer, evidentemente, e incluso me sentía muy orgullosa de ello. Casi enseguida, no sé cómo comprendí que iba a suceder algo y grité:

—¡Dédéle, Dédéle! Creo que a Max le va a venir. Está muy caliente. ¿Qué tengo que hacer?

Ella se levantó de inmediato y me apartó la mano.

—Quédate así, Max —dijo—. Voy a enseñarte otra cosa. Y tú, Lucienne, aprovecha para mirar lo que se hace con un hombre.

Yo observé con atención, y me entretuve en hacer que la tranca descendiera empujando la punta. Bajaba un poco, pero, cuando la soltaba, volvía a subir y chocaba contra el vientre.

—Tu hermano ya se empalma muy bien, ¿sabes? —me dijo Adéle—. ¡Pobre criatura! Como no hagamos algo, su jugo se perderá en la nada.

—¿Cómo que mi jugo se perderá en la nada? ¿Qué quieres decir? —preguntó Max.

—Eso significa que descargarías completamente solo, como los curas. Podrías cogerle gusto y no querer saber nada de las mujeres, y eso sería una pena. Pero ya veréis, polluelos míos, vamos a arreglarlo ahora mismo.

Entonces, se enjabonó bien las dos manos. Con una, cogió otra vez la minina de mi hermano con suavidad, sin apretar; y la otra la deslizó entre mis nalgas, volviendo a introducir dos dedos en el ojete. Ya entraban solos, y de pronto comprendí adonde quería ir a parar. Sin embargo, me callé porque temía estar imaginando cosas imposibles. Aunque la verdad es que parecía una buena idea. Adéle nos hizo salir de la bañera y colocarnos uno frente a otro, yo de espaldas a Max, cuyo chisme seguía entre sus manos, y le dijo a él:

—Vamos, pequeño guarro, demuéstranos que eres un hombre de verdad. Sepárate un poco las nalgas con las manos, Lulu, yo guiaré a tu hermano.

Y así, enjabonados como íbamos los dos, su chisme entró enseguida en mi trasero, ocupando el lugar donde estaban los dedos de Adéle, con la misma facilidad con la que el cuchillo se sumerge en un trozo de mantequilla. Sin embargo, cuando empujó para llegar hasta el fondo, sentí una quemazón e intenté retirarme, pero Adéle

no sólo no me dejó, sino que al mismo tiempo empezó a acariciarme por delante. Así daba mucho gusto, y hubiera deseado que no se acabara. Pero entonces el chisme se puso muy caliente, y Max se agarró a mis caderas para apretarme todavía más contra él. Sentí que descargaba dentro de mí y que la minina seguía estando dura. Yo sudaba a chorros a causa del calor que hacía en la cocina y de la agitación, y a ellos les sucedía lo mismo. Luego, la minina se desinfló y, al salir de mi trasero, sonó como cuando se destapa el fregadero.

Lo sé, lo sé... Después de veinte años, debería de haber olvidado esas historias de crios. O recordarlas vagamente, como me sucede con las visitas al Invernadero o al Guiñol del jardín de Luxemburgo, sin detalles. Pues bien, me sucede todo lo contrario. Lo que acabo de explicar acude instantáneamente a mi memoria sólo con pensar «bañera» o «jabón», y me parece como si lo estuviera viviendo ahora, mientras que debo hacer un esfuerzo para acordarme, por ejemplo, de la forma en que Adolphe Bougrot, mi pintor, me hacía el amor; y con mayor motivo de cómo lo hacían las decenas (e incluso, seamos honestos, los centenares) de hombres que se han limitado a pasar entre mis piernas.

Y es que, como diría el señor De La Palice, sólo hay una primera vez, al menos para estas cosas. Está la primera vez en que se coge entre las manos la tranca de un hombre, la primera vez que te la meten en alguna parte, la primera vez que sientes, e incluso aunque lo hagas diez mil veces después y sea mucho mejor, ya no será la primera, la única que, en mi opinión, no se puede olvidar. La prueba está en lo que me sucedió hace tres o cuatro años.

Yo ya vivía aquí, en la calle Provence, en un piso con mis propios muebles. En aquella época, mi doncella era Julie Froument, una descarada que me vi obligada a despedir porque me quitaba los clientes. Además, no lo hacía por dinero, sino por placer y para engañarme. Yo trabajaba mucho, pero aun así los hombres me dejaban bastante tiempo libre por las mañanas. Aprovechaba aquellos momentos para engalanarme, pasar una hora en la bañera, y soñar con todo lo que ya había vivido y todo lo que aún podría vivir.

Julie me ayudaba a preparar el baño y me secaba. Era un poco tortillera, como todas las doncellas, por lo que de vez en cuando le permitía que ganara algún luis extra organizando un pequeño espectáculo de mujeres para los aficionados a ese tipo de cosas. No se parecía en nada a Adèle (era muy morena y más bien rechoncha), y no experimentaba hacia ella los sentimientos que Adèle provocaba en mí. Por lo demás, era una doncella lista y juiciosa. Tenía un amante poco menos que titular, un joven de veinte años que sólo pensaba en llevársela a casa, cosa que al final consiguió cuando ella se quedó sin trabajo. Tenía un aspecto de granuja que me recordaba bastante al de Max a su edad.

Un día —era previsible—, quise rememorar la sesión de marionetas que significó mi debut, con mi hermano. Le dije a Julie que me gustaría que su Théodore me secara un día, e incluso algo más, si ella no tenía inconveniente. En cualquier caso, les

pagaría cinco francos a cada uno. Ella se hizo un poco la estrecha, pero dos días después, tras haber hablado con su Dodore, aceptó. Para abreviar, una mañana nos encontramos los tres tal como vinimos al mundo en la cocina de mi casa, y yo intenté imaginar que Julie era Adéle, y él Maximilien.

Pues bien, aquello no me causó ningún efecto. Tal vez sentí algo mientras lo enjabonaba para que se empalmara. Cuando lo hube logrado, acerqué mi cuerpo a su vientre y separé mis nalgas mientras me repetía: «Lo hacíamos así, y daba gusto, mucho gusto». Pero en esta ocasión no, porque no era más que un jovenzuelo del montón jodiéndome al estilo normando, y ni siquiera bien, porque lo hacía demasiado deprisa y con demasiada violencia. La verdad, había tenido mejores entretenimientos: artistas que se tomaban su tiempo y cuidaban los detalles hasta dar el toque final con maestría. ¿Con maestría? ¡Vaya que sí! Se retiró de golpe como si ya hubiera hecho bastante por los cinco pavos y, lo que es peor, me dio una palmada en el trasero exclamando:

—¡Tienes un bonito culo, preciosa! Y como veo que te gusta, ¿lo hacemos otra vez?

Sin embargo, se daba perfecta cuenta de que no había funcionado, de que yo no había gozado. Y, para colmo, la otra idiota no dejaba de repetir:

—Mi Dodore es un macho, ¿eh? ¿Verdad que es un macho, señora?

Los hubiera matado a los dos. Les dije que había estado muy bien, pero que tenía una migraña terrible y que quería quedarme sola. Ellos no insistieron.

Una vez superada la decepción, llegué a una conclusión. Los recuerdos de infancia sólo existen en nuestra mente, y es maravilloso poder evocar a voluntad los mejores. Pero el cuerpo no tiene recuerdos. Sólo tiene apetitos.

Dos

No es más acertado denunciar que la desvergüenza y la depravación son moneda común entre nuestros niños, que afirmar que la base de nuestra alimentación se compone de ranas...

LaFamille,
hebdomadario (marzo de 1912).

Ya que no he olvidado, al menos debería avergonzarme pensar en ello con tanta complacencia. Una noche de bodas es diferente. Se desarrolla mejor o peor, nunca realmente bien, y no vale la pena volver a hablar del asunto; en eso todo el mundo está de acuerdo, desde los padres hasta el cura, pasando por el alcalde. ¡Pero yo, a los catorce años, delante de una criada viciosa y con mi hermano, con mi verdadero hermano! Al menos tendría que haber amañado mis recuerdos. Si hubiera sucedido de noche, por casualidad, con un primo lejano que se hubiese deslizado en mi cama mientras yo dormía... O incluso en pleno día, en el bosque, a manos de un infame personaje que pasaba por allí mientras yo recogía setas, y había visto que mi culo asomaba un poco bajo las bragas. No se puede culpar a Caperucita Roja de haber sido víctima del lobo, ¿no es cierto? Aun cuando, en el fondo, la pobrecilla se muriera de ganas de que la devorara... Y, sobre todo, el primo o el lobo me hubieran desflorado en toda regla: en una cama o sobre la hierba fresca, pero por delante, por la hendidura, y haciéndome mucho daño. Con acompañamiento de sangre y lágrimas, pero en toda regla, si se me permite decirlo así.

Pues bien, no. No he amañado nada porque todo estaba del mejor modo posible. A la criada viciosa todavía la bendigo por su vicio. Gracias a ella no he vivido como una idiota ni he sido una desgraciada. Pocas madres hay que puedan decir otro tanto de su hija. ¿Que era mi hermano? Sí, ¿y qué? Compadezco a las chiquillas que no tienen un hermano mayor a mano para facilitarles las cosas. O, como mucho, un

primo. Yo tuve uno para sustituir a mi hermano cuando llegó el momento, y lo aproveché bien. Sin embargo, resulta mucho más incómodo. Es preciso que tenga la edad adecuada, que te guste y que comprenda que puede hacerlo; por no hablar de encontrar el momento, la ocasión y un lugar tranquilo. En cambio, un hermano siempre está más al alcance, más disponible para utilizarlo sin preocupaciones ni alborotos. Y el asunto no pasa a mayores mientras quede reducido a los devaneos tradicionales. Él lo olvida todo en cuanto encuentra a otra chica para joder; y tú, cuando encuentras a otro chico para que te la meta, ya sea al estilo normando o al estilo paterno.

Lo llamo «estilo normando» en recuerdo de Adéle y porque resulta fácil de recordar. Cuando Max acabó de descargar y ella le limpió la minina, que estaba, todo hay que decirlo, un poco manchada de caca, Adéle dijo:

—Bien, palomita, ya has hecho otra cosa buena. Y tú también, Max. Pero no se os ocurra hacerlo en vuestra habitación, porque os cansaríais demasiado y vuestros padres sospecharían algo. Además, el domingo, en la bañera, estoy yo para ayudaros. Los dos solos, acabaríais haciendo tonterías.

Yo no entendía lo que quería decir con aquello de hacer tonterías.

—Dédéle —le pregunté—, ¿es eso lo que hacen las personas mayores cuando están casadas? Dime, ¿es eso lo que hace para tener hijos?

Así lo creía yo, y me parece que la mayoría de niñas a esa edad, e incluso más mayores, y no pocos muchachos, creen lo mismo. Al menos Max acababa de aprender que el rabo denlos chicos no sólo sirve para hacer pipí; aunque eso, supongo que Vincent Vierneau ya lo sabía y se lo había contado. En cualquier caso, Adéle se encogió de hombros.

—No, no, no es eso. ¡Santa inocencia! —me respondió—. Al contrario. Las chicas lo hacen así mientras no están casadas, para no tener hijos. Creo que las personas casadas siguen haciéndolo cuando les gusta. Lo que sé es que en mi pueblo, en Maizy-le-Thou, en el Orne, las chicas de mi edad no se privan de ello cuando quieren satisfacer a sus galanes sin correr riesgos. Y ellos no se quejan demasiado. Saben perfectamente que, de otro modo, acabarían con el anillo en el dedo tras el paso del cura. Perdón, quiero decir después de pasar por delante de él... —añadió riendo.

—Pero, Dédéle —insistí—, ¿a ti ya te la han metido por ahí? Podrías hacerlo con Max para que yo lo viera.

Al oír aquello, Adéle se enfadó un poco. Comenzó a refunfuñar, diciendo que estaba completamente loca y que si no me daba vergüenza proponerme semejante cosa. Max no decía nada. Durante el tiempo que pasamos charlando, nos habíamos secado casi por completo y sólo nos faltaba vestirnos. Adéle puso orden en la cocina con la ayuda de Max. Él seguía desnudo y, al guardar la bañera en su sitio, bajo el

aparador, se frotó un poco contra su blusa mientras ella estaba arrodillada empujando la bañera. Adéle se dio cuenta y, al incorporarse, tomó entre sus manos la minina de mi hermano como si quisiera jugar. Ya estaba más grande que de costumbre, cuando me la enseñaba mientras hacía pipí, y todavía creció y se puso más dura entre las manos de Adéle. De pronto, el rostro de ella cambió de expresión. Hoy sé que se moría de ganas, como Caperucita Roja, y que ya no podía esperar más tiempo — hacía casi dos meses— que alguien se la metiera por el ojete. Dejó escapar un profundo suspiro, sin soltar el miembro, y dijo:

—¡Mucho debo quererlos, bribones, para consentiros tantos caprichos! Si de mí dependiera, aceptaría de buen grado por daros gusto, pero ya hace rato que estamos encerrados en la cocina y vuestra madre podría preguntarse qué está pasando. Quedaos aquí calentitos, que yo iré a verla.

Salió de puntillas y regresó un momento después.

—La pobre señora duerme como una bendita —dijo—. Además, no tardaremos mucho.

Max volvía a estar como antes, cuando me la había metido. A mí aquello me parecía de lo más natural, y me hubiera encantado que empezara otra vez conmigo, pero no podía decirlo, ya que la idea de que lo hiciera con ella había sido mía. ¡En fin, hay que saber ser egoísta! No obstante, Adéle lo enjabonó un poco para que se le pusiera bien tiesa. Yo me apresuré a proponerle si la enjabonaba a ella, pero Adéle dijo riendo:

—No te preocupes, entrará con la misma facilidad que en el tuyo. ¡Pobre querubín! —añadió, acariciando a mi hermano bajo la minina, alrededor de las bolas—. Todavía no la tiene bastante grande para que me cause mucho efecto, pero no nos hará daño ni a él ni a mí. ¿No es cierto, gatito? —le preguntó a Max sin dejar de rascarle las bolas—. Te sentará bien descargar otra vez, pero ahora en una mujer de verdad. Y prefiero ser yo, antes que cualquier tirada del barrio. ¡Vamos, hombrecito, a la faena!

Aquello planteaba una dificultad. Max me sacaba a mí media cabeza, pero, flexionado las piernas, se había situado justo a la altura apropiada para ensartarme. ¡Con Adéle habría tenido que subirse a un taburete! Sin embargo, ella ni siquiera lo intentó; en lugar de eso, se puso a cuatro patas en el suelo, aplastando la nariz contra un paño como si hubiera estado fregando suelos toda la vida, y se arremangó las enaguas hasta la cintura. En aquella postura, realmente se le veía un trasero enorme para una mujer como ella, dado que estaba con la espalda arqueada y que no tenía mucha cintura. Max y yo permanecíamos allí, plantados como mojones y mudos como estatuas, tan fascinados estábamos por aquellas gruesas nalgas blanquísimas entre las que se distinguía a la perfección la raja y el oscuro agujero rodeado de pliegues, y más abajo una mata de largos pelos rubios que colgaban totalmente mojados, pues ella había separado las rodillas para darle facilidades a Max. Mirar su ojete y su cosa, que me parecía enormemente grande y roja, me excitaba

sobremanera, y pensaba que si yo fuera chico ya me habría metido dentro de ella y estaría moviéndome como un verdadero diablo. Pero Max no parecía muy decidido a hacerlo. En el fondo, le pasaba lo mismo que a mí. Con su hermana era algo natural; con otra, aunque fuera Adéle, dejaba de ser un juego para convertirse en una primera vez, y una primera vez siempre da cierto miedo.

A Adéle no le hacía ninguna gracia esperar con el culo al aire, pero estaba demasiado excitada para abandonar. Levantó la cara del paño para decirnos:

—Bueno, ¿os habéis dormido o qué? Vamos Lulu, ya que te has ofrecido, muévete un poco.

—Acércate, Max —le dije en voz baja—. Nunca lo conseguirás si no te arrimas bien a ella. Venga, decídetes, será todavía mejor que conmigo, ya lo verás.

Él avanzó entre sus rodillas y ella pasó un brazo por detrás para cogerle la minina e introducirla. Sin embargo, la diferencia de altura era demasiado grande. Max empezó a empujar contra sus nalgas, pero demasiado arriba. Entonces, Adéle se volvió para decirle:

—Así no funcionará, querubín. Arrodíllate entre mis piernas y acércate todo lo que puedas.

Así lo hizo, pero en esta ocasión estaba demasiado abajo. Al empezar de nuevo a empujar, creo que se metió en su cosa en lugar de hacerlo en el ojete, porque ella exclamó:

—¡No, no, gatito, ahí no! Me harías daño, y eso no puede ser.

Sin levantarse ni dejar de frotar a Max por debajo, entre sus muslos, me dijo que fuera a buscar las dos almohadas grandes de nuestra habitación y que las trajera sin hacer ruido. Cuando volví, se puso uno debajo de cada rodilla y por fin logró situarse a la altura adecuada. Yo no veía lo que hacían, pero tampoco necesitaba imaginármelo, porque ella lo iba contando todo a medida que sucedía y la oía muy bien, pues había cruzado los brazos y tenía la cabeza apoyada sobre ellos, ligeramente vuelta hacia mí. Decía más o menos lo siguiente:

—¡Oh! El muy guarro la tiene más gorda de lo que parecía... ¡Ay! Me hace un poco de daño... No, ahora ya no, ya ha entrado. Vamos, querubín, empuja hasta el fondo, menéate bien. No tan deprisa, Max, no tan deprisa, quiero disfrutar de tu minina más tiempo... ¿Sabes, Lulu? —Ahora se dirigía a mí—. Su chisme todavía tiene que crecer, pero ya se pone tan tieso como el de un hombre... ¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que está tieso! Eso es porque va a descargar, el muy guarro... Está caliente... Va a descargar para su Adéle..., para su Dédéle... ¡Sí, sí! Ya viene, ¿verdad? Ya viene, marrano mío... ¡Ah! Un poco más... Otro chorro, hombrecito... ¡Ahí!

Al mismo tiempo, ponía los ojos en blanco y babeaba un poco. Yo estaba sorprendida por todas aquellas expresiones y movimientos, ya que meneaba el culo como si estuviera poseída. Por supuesto, yo no sabía que cuando una mujer goza no puede controlar ni su lengua ni sus nalgas. Más adelante, hice lo mismo que todas las prostitutas y muchas mujeres honradas, es decir, cuando no sentía nada, cosa que

sucedía a menudo, fingía gozar para contentar al cliente.

Adéle no se incorporó enseguida, e incluso le dijo a Max que intentara aguantar un poco más sin salir.

—Me da mucho gusto sentirla mientras se desinfla —le dijo—. En Maizy, tengo un pretendiente que se queda ahí dentro mientras cuenta hasta veinte, y entonces vuelve a empalmarse y todavía es mejor que la primera vez. Si alguna vez encuentras a uno así, Lucienne, no lo dejes escapar.

Aquel domingo, con la segunda ronda en el baño y a pesar de que nos vestimos de cualquier manera, eran ya las once tocadas cuando estuvimos listos para ir a misa. Para acabarlo de arreglar, la señora Franju, la portera, nos entretuvo un buen rato preguntándonos por el estado de mamá. De todas formas, Maximilien y yo habíamos decidido no ir a la iglesia. Sin ninguna duda era lo mejor para la salud de nuestras almas, pues si íbamos tendríamos que comulgar para no tener problemas con el vicario encargado de los niños (yo había comulgado ya en privado, pero todavía no había cumplido con el ceremonial de la primera comunión), y después de lo que había pasado hubiéramos ido los dos directos al infierno, tan seguro como que dos y dos son cuatro. A lo mejor Adéle hubiera podido salir del paso con veinte años de purgatorio, porque los normandos siempre se las arreglan para escabullirse, pero nosotros, que éramos parisinos... Además, si bien mamá era creyente de verdad, papá, en cambio, era más bien partidario de la Comuna. Un auténtico hijo de Montmartre... Por no hablar de su tertulia de amigachos en el Sacré-Coeur, que tras más de quince años de existencia seguía revolucionando a todo el barrio.

Así pues, dimos un largo paseo hasta las viñas de Montmartre, al otro lado del bulevar. Lo principal, y así se lo dije a Max, era que mamá no se enterase de que no habíamos asistido a misa, porque se llevaría un enorme disgusto. Él estaba totalmente de acuerdo. Después del paseo, fuimos a buscar a papá a la salida del café.

Cuando llegamos juntos a casa, los abuelos ya estaban allí con mamá, y apenas se mencionó el tema de la misa. ¡Uf! Esta vez, las golosinas quedaron reducidas a un grueso bastón de caramelo de manzana de Rouen para cada uno. Carquiñoles no trajeron, pero sí algo mejor: para mí, un servilletero de plata con mi nombre grabado, y para Max, un portaplumas con la forma de la columna de la plaza Vendôme. Mi hermano comprendió que el portaplumas era para animarlo a que trabajara más en el colegio, y el servilletero para premiarme por figurar en el cuadro de honor todos los meses. Sin embargo, supo encajarlo y abrazó a la abuela Chauron para darle las gracias, prometiéndole que estaría al menos una vez en el cuadro de honor antes de las vacaciones. Una promesa no representa ningún esfuerzo para quien la hace, y en cambio satisface al que la recibe, con lo que...

Después nos sentamos a la mesa. Al principio empezaron a preguntarnos cosas del colegio, pero la conversación enseguida derivó hacia los temas que les

interesaban a ellos: el futuro del general Boulanger en el caso de las mujeres, y en el de los hombres, el de aquel famoso canal que al parecer traería la felicidad a las grandes naciones y, de un modo accesorio, a nuestra reducida familia, ya que papá, por lo que comprendí más adelante, tenía una fe ciega en él, y con razón, pues había invertido en el proyecto mucho más dinero del que hubiera sido razonable. Yo seguía la conversación porque la maestra nos había hablado del asunto, e incluso hice algunas preguntas, pero muy pronto me cansé de su famoso Panamá y, para entretenerme, cogí el portaplumas de Max, que él había dejado a un lado sin ningún interés.

Resultaba curioso que ni él, ni yo, ni Adéle, que servía y retiraba los platos sin abrir la boca, pareciéramos acordarnos de lo que había sucedido entre nosotros dos horas antes. Adéle estaba ocupada con su trabajo; sin embargo, hubo un momento en que, al volver ella de la cocina y encontrarme yo mirando precisamente hacia la puerta, puso un dedo sobre sus labios para darme a entender que debía guardar silencio, al menos en lo referente a lo ocurrido por la mañana. Yo no dije nada, evidentemente, pero empecé a retorcerme en la silla para intentar rascarme el oje con algún canto; incluso llegué a deslizar la mano derecha (por el lado donde estaba Max) bajo las nalgas para rascarme de verdad y meter un poco el dedo. Aquello me causó un gran placer, y volví a acordarme de la minina de mi hermano, que era mucho más gorda que mi dedo y que, aun así, había entrado sin dificultad hasta el fondo.

Como no paraba de jugar con el portaplumas, acabó por escapar de mis manos y cayó al suelo, entre nosotros dos. El abuelo Chauron se dio cuenta y dijo riendo:

—¡Vaya! La columna de Vendôme se ha venido abajo, igual que pasó en la época de aquella endiablada Comuna.

Papá lo reprendió por lo de «endiablada» y se olvidaron del portaplumas. Entonces, me agaché para recogerlo de debajo de la mesa y, al levantarme, me apoyé sin darme cuenta en un muslo de Max, bastante arriba. Noté que estaba caliente e intenté tocarle la minina a través de la tela del pantalón. Ya estaba algo hinchada, pero al empezar a toquetearla se puso todavía más gorda y más dura. Cogí el portaplumas y volví a sentarme correctamente, con las dos manos sobre la mesa. Luego, miré a mi hermano a los ojos y exclamé:

—¡Qué suerte tener un portaplumas tan bonito! Ahora que lo tienes, deberías ser siempre el primero.

—Y tú, ¿en qué serás la primera con tu servilletero? —me respondió.

Como no supe qué contestar, y para disimular mi embarazo, cogí el servilletero, ensarté en él el portaplumas y, haciéndolo girar como si fuera un aro, repuse:

—Nosotros lo tenemos fácil, podemos jugar al mete y saca.

En ese momento, Adéle, que estaba justo detrás de nosotros recogiendo los platos,

tosió discretamente y dijo:

—No os servirán de gran cosa los regalos si no los respetáis más. ¿Les habéis dado las gracias a vuestros abuelos al menos?

Los abuelos respondieron enseguida que sí, y Adéle añadió:

—Lucienne, cuando tu servilletero esté sucio, me lo das y le sacaré brillo.

La comida prosiguió sin más incidentes, aparte de que, entre los quesos y los pasteles, volví a deslizar la mano bajo el mantel para toquetear aquella minina que crecía, no puedo decir a simple vista, por supuesto, pero exactamente igual, al tiempo que me restregaba de lo lindo el trasero contra la silla. Esta vez, Max comprendió. Un momento después, mientras me comía mi ración de pastel, él también deslizó una mano por debajo de la mesa y me pellizcó amablemente el culo con toda la mano. Yo lo levanté un poco, sin dejar de comer y de escuchar la conversación de los mayores y sentí que su dedo buscaba el ojete para introducirlo allí a través de las enaguas. Lo que más me excitó fue que pudiéramos pensar en lo mismo los dos a la vez sin que la familia sospechara nada y que mantuviéramos un secreto tan sucio y agradable.

Aquello sólo duró un minuto, o quizá menos, pero descubrí que podía fingir estar allí, en familia o, más tarde, en sociedad, y en realidad estar en otra parte, en el interior de los pantalones de un hombre, por ejemplo.

El colegio me gustaba cada vez más. Si las cosas hubieran tomado otro giro, no me habría disgustado hacerme maestra, ya que ahora hay mujeres que realizan ese trabajo, y parece ser que también el de abogado. No puedo decir que fuera más divertido estar en clase que en casa. Al contrario, mientras estaba allí no me abandonaba la tristeza de pensar en lo que sería de nosotros si mamá no se curaba. Yo acabaría en un pensionado y Max en otro, sin Adéle, sin baños, y probablemente lejos de París. Sería así, y yo no podía cambiarlo. Razón de más para continuar mi marcha como si fuera a durar siempre. Además, había descubierto un placer nuevo: la barandilla. Después de comer, Adéle bajaba con nosotros a la calle para tomar el aire. Yo la dejaba adelantarse y me montaba a caballo en la barandilla. A aquellas horas el edificio estaba desierto, y yo bajaba así, a horcajadas, dos o tres pisos hasta que la alcanzaba. Nunca llegaba más abajo del primero, el del doctor Boulay, porque la señora Franju habría podido sorprenderme.

Fue Max quien me enseñó, por supuesto. Primero le imité para hacer como los chicos; luego, por el placer de sentir como la madera de la barandilla me calentaba la entrepierna a través de las bragas. A veces me quedaba aturdida hasta el momento en que, al llegar al colegio, me sentaba junto a Lydie, que era Mi amiga, del mismo modo que Vincenzo lo era de Max. Cuando ella me veía llegar con los ojos brillantes y el pelo un tanto revuelto, me susurraba:

—Ya te has vuelto a frotar con la barandilla, grandísima puerca, ¿verdad?

Ella no podía hacerlo. La señora Pasquier vivía un piso más arriba del entresuelo,

y no merecía la pena. Al parecer, el padre de Lydie era funcionario en Argelia y venía una vez al año a pasar quince días en Francia. Siempre prometía llevarlas a las dos allí, donde gozaba de buena posición, pero sólo eran palabras. De hecho, preferían vivir separados, y la señora Pasquier llevaba la vida que mejor le parecía. Sin embargo, jamás hubiera permitido que su hija bajara por la barandilla. Jamás.

Pero Lydie había encontrado algo mejor. Se trataba de un plumero que se abría por un extremo. Cuando el maestro se volvía de espaldas para escribir en la pizarra, ella lo deslizaba entre sus muslos por debajo del delantal y lo movía arriba y abajo frotándolo contra su sexo. Siempre que lo hacía me avisaba dándome un codazo para que la mirara; cuando podía frotarse durante un rato sin que la interrumpieran, de pronto cerraba los ojos y suspiraba profundamente. Enseguida me daba cuenta de que había gozado como yo en la bañera, con Adéle, pero a mí no me llamaba la atención probarlo con eso. Ella, por su parte, no quería tener ninguna relación con chicos, excepto quizá con un hermano, en caso de haberlo tenido. Yo no hacía más que repetirle que a Max le encantaría, pero Lydie no se decidía.

—Tal vez tengas razón —respondía suspirando cuando yo le hablaba de ello durante el recreo, en un rincón tranquilo—. Sería una tontería no probar. ¡Tú pareces tan contenta de hacerlo! Pero a mí me da miedo de que me hagan daño. ¿Te das cuenta, Lulu? ¡Si tuviera que meterme este trasto por el trasero!

—¿El plumero? ¿Para qué? —Bueno, es lo mismo, ¿no? El día que me salió con aquello, me eché a reír—. Claro que no, Lydie, no tiene nada que ver. En primer lugar, la minina de un muchacho no es tan gorda. La de un hombre, no lo sé, pero la de un muchacho no. Y además, no es tan dura como tu plumero. Bueno, sí que es dura, la verdad, pero de otra forma. Una cosa así como el dedo pulgar cuando lo pones recto. Y con jabón, entra de maravilla. ¡Si supieras el gusto que da cuando se mete y empieza a moverse por dentro! Como cuando te frotas el plumero entre las piernas, pero por dentro...

—Con jabón, no digo yo que no —murmuró con los ojos brillantes—. ¿Crees que a tu hermano le gustaría?

—¡Y no poco! —exclamé para hacerla reír—. Muchas veces me habla de ti. Le gustas mucho. Dice que eres la más guapa de la clase.

—¿Max ha dicho eso?

—Palabra de honor, Lydie. Ayer, sin ir más lejos. Tras aquella conversación, el asunto quedó decidido. Por otra parte, era verdad que a Max le habría gustado mucho meterle la picha a otras chicas, entre ellas a Lydie, de quien solía hablarme. Desde que lo había probado, no pensaba más que en eso. En casa, a menudo le entraban ganas de hacerlo.

Ahora, Adéle hacía que nos bañáramos por separado, y ya no se entretenía como antes. A mí, todavía me dejaba que le acariciara los pechos, y me frotaba hasta que gozaba, pero sin insistir. Pero a Max le hacía lavarse solo, quizá porque papá le había insinuado que ya era bastante mayor para poder arreglárselas sin ayuda. En dos o tres

ocasiones, según él, lo había hecho descargar, pero con prisas, como si quisiera quitárselo de encima; de manera que, en cuanto llegaba el lunes, Max volvía a la carga conmigo, sin ningún pudor de levantarse la camisa de dormir mientras yo me quitaba los calcetines sentada en la cama, para mostrarme una picha que se erguía prácticamente recta de tan tensa como estaba y pedirme que me pusiera a cuatro patas en el suelo. Yo me negaba, porque mamá estaba a cuatro pasos y podía llamarnos mientras nos encontrábamos... Así pues, buscó otra manera de hacerlo, pues se daba perfecta cuenta de que a mí me encantaría aceptar.

Una noche, cuando toda la casa estaba a oscuras y yo me disponía a dormir, se metió en mi cama. Yo no me atreví a decir nada, ni siquiera en voz baja, por miedo a despertar a Adèle o a papá, y me volví de espaldas, que era precisamente lo que no debía hacer. Aún hacía frío en la habitación y me resultaba agradable sentir el calor de su cuerpo. Me arremangué el camisón para aprovecharlo y él hizo otro tanto. Luego, pasando la mano por detrás, cogí su picha, que estaba bastante gorda y dura, y comencé a frotársela. Sin decir una palabra, la coloqué con suavidad entre mis nalgas e intenté introducirla. Pero, en cuanto él empujó un poco, sentí un dolor, y como no era cuestión de ir a buscar una pastilla de jabón, se me ocurrió mojarme los dedos con saliva y metérmelos en el trasero. Como me di cuenta de que la cosa iba mejor, repetí la operación. Esta vez era perfecto. La sentía entrar poco a poco, porque a él tampoco le resultaba fácil, hasta que llegó hasta el fondo y empezó a moverse en mi interior como si fuera una locomotora, chu-cu-cha-ca, chu-cu-cha-ca, cada vez más deprisa. Yo también me movía, procurando no respirar demasiado fuerte, y noté que Max descargaba en abundancia, bien porque tenía muchas ganas, o bien porque a mí ya no me cogía tan de sorpresa y pensaba: «¡Atención! La picha se está poniendo caliente. Va a descargar». Seguramente por los dos motivos. En cualquier caso, a mí me proporcionaba un intenso placer, y a Max también. Por la noche, después de que Adèle viniera a arroparnos, yo esperaba un cuarto de hora, apartaba las sábanas, me mojaba los dedos con saliva y susurraba:

—¡Max! ¿Estás durmiendo?

Un instante después, mi hermano se deslizaba junto a mí, me sujetaba por la cintura y me metía la minina con toda facilidad, porque él también se la mojaba con saliva mientras iba de su cama a la mía. Así transcurrió todo el mes de abril. No lo hacíamos todas las noches, pero casi. Yo creía que nadie se daría cuenta, pero Adèle no era tonta y había observado que ahora eran mis sábanas, y no las de Max, las que estaban manchadas y tiesas siempre a la misma altura. Comprendió lo que estaba pasando, y una mañana en que mi hermano no había ido a clase, no recuerdo por qué, entró en nuestra habitación y le dijo (Max me lo contó así):

—Así que, señorito Max, ¿ahora lo hace todas las noches con Lucienne?

—¿Qué es lo que hago? —preguntó Max, avergonzado—. Lo sabes de sobra, galancete —respondió Adèle—. La ensartas por detrás como te enseñé a hacerlo.

Max no tuvo más remedio que confesar, y ella le dijo que debía ser razonable, que

se iba a quedar sin fuerzas, a quedarse sordo y Dios sabe cuántas cosas más. Y, sobre todo, que cuando se convirtiera en un hombre, ya no sería capaz de poseer a una mujer como es debido, es decir, por delante.

—Tienes suerte de que yo esté aquí —añadió—. Te haré cambiar de opinión. Hoy puedo.

Max no preguntó por qué un día podía y los demás no. No era asunto suyo. Coincidió con que no habíamos hecho nada desde hacía tres días, porque yo no me encontraba bien y no me apetecía, de manera que también Adéle tuvo suerte. En resumen, que ella tuvo el placer de desvirgar de verdad a mi hermano, y de la manera más sencilla, al estilo paterno, que tantas veces he tenido ocasión de probar por mí misma después, siempre con gran regocijo. Me explicaré: no es que sea el más satisfactorio —se acaba demasiado pronto, ellos gozan apenas han entrado—, pero sí le hace sentirse a una como si fuese su verdadera madre, la que les hace descubrir el único placer de la existencia que nunca nos sacia.

Adéle nunca me habló de ello. Tenía su pudor. Max sí, y con todo detalle. Adéle se había acostado en mi cama, con las piernas bien abiertas, y había hecho que Max se tumbara encima de ella. Estaba muy mojada, muy pegajosa (según me dijo él); le cogió la minina, que no estaba aún demasiado tiesa, y la paseó durante un buen rato por su hendidura mientras dejaba escapar suaves gemidos; cuando estuvo lo bastante dura, ella levantó un poco las caderas y él entró con toda facilidad. Ella lo apretaba contra su sexo, susurrándole al oído:

—¡Oh, qué bien me jode el muy guarro! El señorito Max tiene una buena polla... ¡Ay, qué piílla es! Se ha salido... Estoy muy caliente por ahí abajo, ¿verdad? Más fuerte, más... fuerte..., hombrecito... ¡Ah! Estás ardiendo, lo siento... ¡Oh! Qué gusto da... Estoy gozando... Estoy gozando...

Adéle se movía con tanta violencia para sentirlo mejor, que la cama crujía por todas partes. Pero no tenía importancia, porque en casa no había nadie excepto mamá, que dormía profundamente.

Yo estaba contenta por mi hermano, y todavía más por haberme enterado de cómo lo hacían las mujeres con sus maridos o sus amantes. No podía contar con la pobre mamá para que me instruyera. Las noches siguientes a la confidencia de Max, me acostaba boca arriba e intentaba imaginar que Vincent estaba tumbado encima de mí, moviéndose y metiéndome su «pijo» (otra palabra nueva, aunque muy utilizada, según supe después) en aquella minúscula abertura donde ni siquiera podía introducir el dedo meñique sin sentir dolor.

Estoy convencida de que el episodio se repitió varias veces. Max podía faltar al colegio de vez en cuando, y lo hacía cuando Adéle le decía que estaba disponible. Seguramente ella sabía los días en que no podía quedar embarazada; o bien le hacía salir a tiempo y descargar sobre su vientre. El caso es que mi hermano me tenía abandonada, y a veces me pasaba casi una semana sin que me ensartara. Y eso era mucho.

En principio, Adèle tenía libres la tarde del domingo y la mañana del lunes. Sin embargo, no le apetecía en absoluto salir esos días por París para ir a parar con obreros de medio pelo. Así pues, se quedaba en casa para poner la mesa y fregar los platos, y a veces, cuando acabábamos de comer pronto, nos llevaba a dar una vuelta hasta los bulevares, rebosantes de luz, de ruidos y de transeúntes, donde no corría el riesgo de que la abordaran estúpidamente.

Aquel domingo anunció que saldría sola «para tomarse una limonada». Por lo general, mis padres se quedaban tranquilamente en casa, y mis abuelos regresaban a la calle del Château-d'Eau, deteniéndose en el camino para tomarse un licor de guindas. Cuando nos encontrábamos así, sin nada que hacer, yo solía coger mi cuerda de saltar y Max su aro, y nos dirigíamos al jardín de la Trinité, donde todo el mundo nos conocía. Aquel día, al llegar al final de la calle Blanche, delante de mi colegio, Max me dijo:

—¿Sabes una cosa, Lulu? He sido yo quien le ha pedido a Dédèle que no nos llevara con ella. Y tengo una idea mejor que ir al jardín. Vamos a hacerle una visita a mi amigo Vierneau.

¿Vierneau? ¿Vincent Vierneau? Me quedé de piedra. —Pero ¿tú crees que estará en casa?— pregunté—. ¿Y sus padres? ¿Nos espera? ¿Te ha invitado?

Mientras volvíamos a subir por la calle Blanche, me explicó que Vincent llevaba tres días insistiendo en que fuera a su casa el domingo, y que había precisado: «Con tu hermana». Su padre «corría» por provincias, su madre debía asistir a una reunión de damas, y la criada tenía el día libre y no volvería hasta la noche. Le habían encargado que cuidara la casa durante ese tiempo, y a él no le molestaba. Tenía bonitos libros ilustrados y soldados de plomo, y su padre acababa de regalarle un magnífico caleidoscopio que todavía no se había cansado de hacer girar.

De la Trinité a la calle Chaptal, donde estaba su casa, apenas había cinco minutos de camino. En la época, hace quince años, esa parte del barrio aún no estaba totalmente edificada; y con el suave sol que empezaba a asomar, ir hasta allí era un paseo muy agradable. El corazón me latía con rapidez de pensar que iba a encontrarme cara a cara con el guapo Vincent en su casa; sin embargo, no decía nada. Hasta que no llegamos a la puerta, no me decidí a preguntar con un hilo de voz:

—Max, ¿tú crees que Vincent ya ha hecho lo mismo que nosotros con una chica? ¿Con su hermana, quizá? —Pregúntaselo tú misma, abuela— replicó Max.

De repente, ya no tenía ningunas ganas de saberlo. Además, mi pregunta era estúpida. Tenía una hermana, en efecto, pero era mucho mayor que él y no vivía con ellos. Debía de tener unos veintidós años. Así es la infancia: las calles parecen más anchas, las personas más viejas, los días más largos.

Vivían en el primer piso. El portero no nos preguntó nada, y Max dio tres breves tirones al timbre de su puerta. Estaba claro que lo habían convenido, pues Vincent abrió enseguida y exclamó:

—¡Aquí tenemos a los Chauron! Bienvenida, Lulu. Salud, viejo Max.

Cerró la puerta detrás de nosotros y nos besó; a mí, tres veces, en la mejilla, muy cerca de la boca. Estaba más guapo aún que como yo lo recordaba. Llevaba una bata de estar por casa hecha a medida. Era de franela roja, el mismo color que brillaba en mis mejillas.

Realmente, me sentí Caperucita.

Tres

*¡Ah! ¡Las oaristis! ¡Las primeras amantes!
El oro del cabello, el azur de los ojos, la flor de la carne,
y después, con el olor de los jóvenes y amados cuerpos,
¡la tímida espontaneidad de las caricias!*

Paul Verlaine.
Poemas saturnianos, I, IV.

Sucedió, por supuesto, pero no exactamente como yo lo había imaginado. Le veía arrastrándome al dormitorio de una dama como los que aparecen en los grabados del marchante de la calle Saint-Lazare, bajo la suave luz de una lámpara de petróleo, y una vez allí, mimándome con tanta ternura que no me daría cuenta de nada hasta el último momento. Dado que mi experiencia apenas se remontaba a unas semanas, y que yo tenía catorce años y él más de quince, sólo tendría que dejarme llevar. Estaba completamente decidida a no ser la primera en hablar de lo que había sucedido en el baño entre Max, Adèle y yo; y como Maximilien no sabía o no quería encarrilar la conversación por esos derroteros, nos pasamos una media hora mirando los soldados y el caleidoscopio, y bebiendo agua fresca con jarabe de casis. Bebimos tanta que empecé a retorcerme de las ganas que tenía de hacer pipí. Cuando no pude aguantar más, le dije:

—Vincent, quisiera ir a hacer pipí. ¿Podrías mostrarme el camino?

Al llegar al excusado, interné cerrar la puerta detrás de mí, pero él la bloqueó con un pie y dijo:

—Eres mi invitada, así que tengo derecho a ver cómo lo haces. Si no, no te dejo.

Protesté, pero enseguida cedí. Tenía demasiadas ganas y, en el fondo, no me molestaba bajarme las bragas delante de él porque, con las enaguas, no podría ver gran cosa. Cuando terminé y me levanté, él me empujó contra la pared y me dijo:

—Ahora me toca a mí. Yo no necesito sentarme como las chicas. Ya verás, ¿qué te apuestas a que desde donde estoy llego hasta la taza? ¡Mira!

Entonces se desabrochó la bata. Debajo no llevaba nada. Yo miré y, en efecto, el chorro llegaba muy lejos, aunque al final Vincent tuvo que acercarse a la taza. Por lo demás, su cosa era igual que la de mi hermano, tal vez un poco más gorda. Verla me infundió valor.

—Vincent, ¿puedes hacer que se ponga más gorda y tan dura como un tronco de leña? —le pregunté.

Él no vaciló como le había sucedido a Max cuando Adèle le hiciera esta misma pregunta.

—No depende de mí, pequeña —me respondió—. Crece ella sola por las mañanas, cuando me despierto... A veces durante el día, en el colegio... Y también por las noches, cuando me la toco... Oye —añadió—, voy a intentarlo para complacerte, pero con la condición de que te quites las bragas y me enseñes el trasero.

Estuve de acuerdo. En el excusado y a solas con un muchacho como Vincent, creo que cualquier chiquilla de mi edad lo habría estado. Quienes conocen el alma de las escolares nunca han puesto en duda que sólo sueñan con acariciarse y enseñar el culo. Además, dejando a un lado el decoro, era precisamente por eso por lo que había deseado tanto ir a su casa. Y, en definitiva, puesto que el decorado me iba a las mil maravillas, no vacilé ni un instante en bajarme las bragas, volverme hacia la taza y apoyarme con una mano, mientras con la otra sostenía el vestido, arremangado hasta la cintura.

—¿Es así como querías verme? —le pregunté del hombro.

—Sí, pero agáchate un poco más para que pueda verlo bien todo... ¿Sabes, Lulu? Tienes un culo precioso —se dignó añadir, decidiéndose a acariciarlo.

Yo ya empezaba a estar bastante caliente, y confiaba en que la cosa no quedara ahí, siempre que Max no viniera a molestarnos. Le dejé admirarlo y tocarlo durante un momento. Pero, en amor, todo el mundo sabe que los anticipos hay que darlos a ineditas.

Así pues, me volví y le dije:

—Ahora que ya lo has visto bien, me gustaría tocarte la minina. ¿Puedo?

—Se llama picha, tonta —respondió con brusquedad—. Me lo ha dicho mi padre. Minina es la de los niños. La mía ya es una picha.

—Está bien, la picha —acepté, conciliadora y siempre deseosa de aprender cosas nuevas—. ¿Puedo tocarla?

Él respondió, todavía un poco gruñón:

—Sí, pero luego te vuelves otra vez. Lo de delante no me interesa. Lo que quiero ver es tu trasero.

¡La de veces que he oído esas mismas palabras! Quiero ver eso, quiero ver lo otro, esto me excita, aquello no... Yo jamás he sabido decir que no. ¡Mejor para mí!

O peor, ¿quién sabe? No me gustan los hombres que no piden nada en particular, que me dejan tumbarme boca arriba como una idiota con las piernas abiertas, cuando en realidad no han venido a verme para eso; en todo caso, no sólo para eso. Me gusta obedecer a un hombre que me gusta o que me paga, y, por consiguiente, me gusta que me dé órdenes.

¡Menuda carrera de chulo hizo más tarde Vincent Vierneau! A los quince años ya había comprendido que a una mujer no se le debe decir: «Me gustaría» o «Quisiera», sino «Quiero». Hay que reconocer que tuvo suerte de empezar conmigo, con una verdadera pequeña odalisca tan carente de voluntad como una marioneta o un trapo mojado. Una chiquilla sumisa... Sí, eso es exactamente lo que fui desde entonces, por lo menos a los hombres. Así y todo, yo quería saber más cosas.

—¿Es el primero que ves? —le pregunté—. ¡Claro que no! ¿Qué te has creído? —respondió pavoneándose—. Pero no exactamente así. No tan bien. Y tú, ¿le habías visto alguna vez la picha a un chico?

—¿A un chico? —repliqué—. Bueno, a una chica no, desde luego, porque no tienen. Si te interesa saberlo, he visto la de mi hermano. Pero la tuya es mucho más bonita —me apresuré a añadir.

La verdad es que había adquirido consistencia. No era más larga que la de Max, pero sí más gorda, y ya estaba muy tiesa. En fin, es esos momentos resulta difícil distinguir con exactitud, y en aquel más, porque en el excusado no había demasiada claridad. Alargué la mano y le pregunté:

—¿Puedo cogerla?

—Claro que sí. Puedes hacer todo lo que quieras, y yo haré todo lo quiera con tu trasero. ¿De acuerdo, mi Lulu?

Me había llamado «su Lulu». ¡Qué maravilla! Era como estar en el cielo.

—De acuerdo, hombrecito mío —respondí de inmediato, ya como una muñeca bien adiestrada—. Todo lo que quieras... Puedes seguir mirando el trasero de tu Lulu. Y puedes seguir tocándolo.

Volví a colocarme de cara a la taza, con el vestido arremangado, y estiré por detrás de mí aquella famosa picha, cuyo calor ya pasaba a través de todo mi cuerpo. En aquel momento recordé lo que había dicho Adèle: que un chico empalmado puede dejar «perderse su jugo en la nada»; y a mí no me interesaba de ningún modo que eso sucediera.

Por fortuna, Vincent tenía más instinto que mi hermano. Experiencia, no creo; estoy convencida de que yo fui la primera. Se había acercado a mí por detrás e intentaba introducir su chisme entre mis nalgas. Yo le dije:

—Espera un segundo, Vincent, así me harías daño... Mójate bien los dedos con saliva y mételos entre mis nalgas... Eso es, así... Creo que ahora irá mejor.

Pero no fue así. No estaba lo suficientemente mojado, y yo me contraía. Le dije que volviéramos a empezar. Vincent era un muchacho práctico e ingenioso.

—¿Sabes una cosa, Lulu? —dijo—. Voy a mojarte el trasero directamente, así no

se perderá nada por el camino.

Me pareció una idea estupenda y acepté. Se arrodilló detrás de mí, me separó las nalgas y empezó a mojar el ojete besándolo y chupándolo. Me resultaba tan placentero sentir aquella boca en mi ojete, que perdí la cabeza.

—Más, hombrecito mío, más. ¡Ah! ¡Vaya con el ojete! Mira que no querer recibir a mi Vincent. ¡Qué malo es! Métela ahora...

Él era demasiado alto, y no hacía más que resbalar entre mis nalgas. Pero el instinto de las jovencitas es admirable, pues me puse de puntillas apoyándome con las dos manos en la taza. Él, por su parte, se agachó un poco y entró de golpe, con la energía de un pequeño toro. Como ya he dicho, yo estaba enamorada; de lo contrario, sin duda hubiera gritado y puesto fin al asunto, ya que realmente tenía una picha un tanto gorda para una chiquilla de mi edad. Más que un portaplumas dentro de un servilletero, parecía un rodillo de amasar dentro de un anillo. Pero deseaba tanto que entrara hasta el fondo, que no paraba de animarlo:

—Empuja un poco más, Vincent... Un poco más... No me hace nada de daño (mentía, pero cuando se ama las cosas se ven de un modo muy distinto)... Vas a descargar, ¿verdad? Cuando llegues al fondo de todo... Ya verás qué gusto da descargar dentro de mí...

Mucho gusto debía de dar, a juzgar por el ardor con que se agarraba a mis caderas y con que me lanzaba un chorro tras otro. Cuando se retiró, su jugo se deslizaba por mis muslos. Me volví para besarlo y..., ¡oh sorpresa!, ¡desagradable sorpresa!..., mi hermano estaba allí, apoyado en la puerta y observándonos tranquilamente. Aparte de darle la espalda, nos encontrábamos demasiado ocupados con nuestro amor (¿Por qué no? ¡Todavía seguíamos estándolo!) como para haberlo oído acercarse y abrir la puerta. Iba descalzo y en camisa. Vincent también se volvió y, sin sentir ningún rubor, exclamó:

—¡Ahí!. ¿Estabas ahí, Max? Bien, pues ya ves, acabo de ensartar a tu hermana. Fíjate, ha sido ella quien lo ha querido. No hay por qué enfadarse, ¿verdad?... ¿Verdad Lulu? —repitió en mi nombre.

¿Enfadarnos? ¿Enfadarme, cuando estaba tan a gusto con esos dos muchachos, en aquel excusado donde se mezclaba el aroma de mi deseo satisfecho con el de mi trasero lleno de jugo?

—¡Oh, no! —repliqué—. Nos estamos divirtiendo, y no hacemos ningún daño a nadie, ¿no es cierto? Ahora, muchachos —ordené—, dejadme sola un momento. Esperadme fuera.

—De acuerdo —respondió Vincent—. Ven, Max, te enseñaré nuestro cuarto de baño.

Me reuní con ellos tres minutos después, el tiempo necesario de calmarme y limpiarme un poco. No volví a ponerme las bragas por miedo a mancharlas... y quién sabe por qué más.

Los Vierneau tenían mucho dinero. Su cuarto de baño era magnífico:

embaldosado verde de linóleo, una inmensa bañera de cobre bien lustrosa (a mí me parecía inmensa, aunque en realidad era una bañera como cualquier otra) y un calentador de gas también de cobre, por no hablar del lavabo de loza verde. Nunca había visto nada igual. Cuando entré, ellos estaban comparando sus mininas, como hacen todos los muchachos en cuanto se quedan solos, sin personas mayores a su alrededor, y mi hermano ganaba: la suya estaba tiesa y le golpeaba el vientre, mientras que la de Vincent, después de lo que acababa de ocurrir, le colgaba entre los muslos. Comenzaba a oscurecer, así que Vincent se subió a un taburete, dio vuelta a la llave del gas, y la habitación se iluminó súbitamente. Me sentía deslumbrada y más enamorada que nunca. Él me preguntó:

—Lulu, ¿es cierto que tu hermano te ha ensartado varias veces?

Teniendo en cuenta que yo se lo había contado con todo detalle a mi amiga Lydie, estaba segura de que mi hermano había hecho lo propio con Vincent, y que éste sólo pretendía oírmelo a mí.

—Sí, es verdad —respondí de inmediato—. Y también lo ha hecho con nuestra criada.

Vincent se quedó desconcertado.

—¿Es verdad, Max? —balbuceó—. ¿Con tu criada también? ¿Con Adéle? ¿Aceptó hacerlo contigo?

—¡Ya lo creo! —respondió Max riendo—. Y como Lulu es una buena hermanita, va a explicarte cómo lo hice con Adéle.

No le faltaba audacia a mi hermano. Eso le ha llevado más lejos de lo que hubiera deseado, incluso demasiado. En pocas palabras, a la mismísima cárcel, donde todavía se pudre... Como yo no decía nada, insistió:

—Si te incomoda explicarlo, no tienes más que adoptar la misma postura que Adéle, y yo también me pondré como aquel día. Todo irá bien, ya verás, fíjate cómo está la minina.

—No se dice la minina, Max —rectifiqué, alardeando de los conocimientos recientemente adquiridos—. Eso es cosa de niños. Se dice la picha. Me pondré como Adéle si es eso lo que quiere Vincent. Mi enamorado es él, no tú. Y preferiría que fuese él quien me lo hiciera, en lugar de ser tú.

—¿Él? —protestó mi hermano—. Él acaba de ensartarte en el excusado, ahora me toca a mí.

Ahora me toca a mí, ahora me toca a mí... Esas palabras también las he oído en infinidad de ocasiones desde aquel día. Y cuando no eran los hombres, yo misma me decía: «Bueno, éste ya se ha llevado lo suyo, ahora le toca al siguiente...». En el fondo, que fuera Max o Vincent, Lebrun o Leblond, Durant o Randut, me resultaba bastante indiferente con tal de que no me hicieran esperar demasiado el momento de pagar su tributo en mi culito. Empezaba a impacientarme.

—De todas formas, es una tontería —me lamenté—. Hubiéramos podido hacerlo así antes, en lugar de quedarnos de pie. Pero ahora tú ya no puedes, Vincent. La picha

tiene que estar bien tiesa para poder entrar.

Era una observación de sentido común, que yo había podido verificar sin dedicarle demasiadas horas. Sin embargo, a veces lo más evidente requiere ser explicado, y los muchachos pusieron una cara como si acabaran de descubrir América. Ellos, al fin y al cabo, tenían la excusa de la novedad; pero, esta reflexión tan simple, ¿cuántas veces habré tenido que hacerla a lo largo de mi vida, más o menos diplomáticamente, a hombres que se obstinaban en creer en milagros?

Los muchachos también se impacientaban. Vincent interrumpió la conversación, diciendo:

—Bueno, Lulu, que empiece tu hermano y luego ya veremos.

Extendí en el suelo una toalla grande para no tener frío en las manos y las rodillas, y me instalé encima a cuatro patas, con las enaguas arremangadas y echadas sobre los hombros, y la nariz aplastada contra mi codo, al igual que hiciera Adéle.

—¿Así? —preguntó Vincent a mi hermano por encima de mi espalda—. ¡Qué divertido! Dime, Max, ¿tu criada tiene el culo grande?

—Enorme, viejo, enorme —respondió Max—. No alcanzaba a rodearlo con los dos brazos, pero eso no me impidió ensartarla.

—¡Y un cuerno! —replicó Vincent—. Quieres hacérmelo creer, pero ni siquiera se la metiste. Es imposible.

¡Menuda pinta debía de tener yo, con el culo al aire y escuchando su conversación! Volví la cabeza y dije:

—Yo esta allí, Vincent, y te aseguro que es verdad. Además, ¿por qué no iba a ser posible? Max te lo demostrará.

Por fin sentí que alguien se instalaba entre mis piernas. Era Max. Reconocí su forma de meterla, de golpe y sujetándome por la cintura. Solté un gruñido, pero de satisfacción, porque no se me había ocurrido lavarme y, con todo el jugo que quedaba entre mis nalgas, entró sola. Supongo que también era porque ya empezaba a estar bastante formada por esa parte. Resultaba placentero, por supuesto, pero seguía pensando que lo hubiera sido todavía más con Vincent.

Al fin y al cabo, con un hermano no deja de ser una diversión, los sentimientos no cuentan, mientras que con un enamorado son éstos los que prevalecen. Y eso ayuda.

Cuando Max hubo terminado, me dio mucha pereza levantarme. Me sentía tan bien que casi me hubiera dormido en aquella posición. A mi mente acudió la historia del pretendiente de Adéle, que podía volver a empezar sin salir de ella. Era un hombre, desde luego, pero Max también lo había hecho dos veces seguidas aquel domingo, una conmigo y otra con Adéle, y Vincent tenía un año más que él. Debo reconocer que todo resultaba misterioso y confuso, pero aun así no pasó ni un minuto antes de que dijera:

—Ahora te toca a ti, Vincent. Inténtalo. Si no lo consigues, no te guardaré rencor, pero inténtalo.

Me arremangué las enaguas, con las que Max me había tapado el trasero, y separé

bien las piernas como si no hubiera hecho otra cosa en toda mi vida. Vincent tomó posiciones justo a la altura adecuada. En parte por instinto y en parte por habérselo visto hacer a Adèle, pasé una mano entre mis muslos para tocar su picha. Tenía la misma consistencia que la primera vez, y aún estaba pringosa. A mí cada vez me salía más jugo por el culo, de manera que apenas lo sentí entrar. Una vez que se colocó y llegó casi hasta el fondo, descubrí que todavía daba más gusto si meneaba el trasero como si fuera el péndulo de un reloj, pero mucho más deprisa. Él me había agarrado las nalgas con las dos manos, pellizcándome como si quisiera comprobar que no lo tenía tan gordo como Adèle, y empezó a moverse con violencia hacia adelante y hacia atrás, mientras yo me contoneaba a un lado y a otro. Balanceo y cabeceo... Ningún hombre puede resistirlo mucho tiempo... Descargó otra vez, lanzando abundantes chorros, y permanecimos así durante un buen rato, el más agradable.

Max había salido dejando la puerta abierta, y se oyó que el reloj tocaba las cinco. ¡Ya! Vincent también salió, si se me permite decirlo así, y la puerta se cerró tras él. Esta vez era absolutamente preciso que nos laváramos, sobre todo yo, para no manchar la ropa y que nuestras respectivas criadas no nos descubrieran. Se lo dije a Vincent. Llamamos a Max, y los tres nos enjuagamos y nos secamos toqueteándonos y bostezando de cansancio.

Max estaba nervioso por volver a casa. Era tarde y había llegado el momento de vestirse y separarse. Al despedirme de Vincent, le di cuatro besos y le dije al oído:

—¿Sabes una cosa, Vincent? De ahora en adelante sólo lo haré contigo aunque otro chico me lo pida. Ni siquiera con Max, te lo juro.

Así se desarrolló mi primer día de puta. Sin dinero de por medio, pero juramento incluido.

La primavera no le sentó bien a mamá. Al contrario, con las borrascas de abril comenzó a toser. Sufría unos accesos que a ella le desgarraban los pulmones y a mí el corazón. No obstante, entre un ataque y otro se mostraba alegre y confiada; en el fondo, estaba convencida de que no se trataba más que de un simple resfriado temporal y de que todo se arreglaría al llegar el verano. Pero, por las noches, más de una vez sorprendí a papá llorando, y a Adèle se le llenaban los ojos de lágrimas cuando oía el timbre que anunciaba una de las frecuentes, aunque inútiles visitas del doctor Boulay, cuyo consultorio estaba en el primer piso del inmueble donde vivíamos.

Lucien Boulay
Doctor en medicina por la Facultad de París
Enfermedades contagiosas y de las vías urinarias
citas concertadas

Ese era el texto que figuraba en la gran placa de cobre del primer piso. Me lo sabía de memoria de tanto verlo al hacer un alto en el descansillo para recuperar el aliento cuando regresaba del colegio con Max. Cuando iba sola, me ponía de puntillas para

leer con detenimiento cada palabra, y echaba a correr en cuanto oía pasos en la escalera. Algunas veces eran otros inquilinos y, otras, personas que iban a ver al doctor; la mayoría, mujeres que no tenían aspecto de estar muy enfermas, más bien jóvenes y bien vestidas.

El señor Boulay era un hombre atractivo de la edad de papá, al que se parecía bastante, aparte de ser más corpulento, tener barriga y llevar una barba negra con forma cuadrada, mientras que mi padre lucía perilla y no llevaba binóculos. Los del señor Boulay eran de oro, al igual que la cadena de su reloj, los dijes que colgaban de la misma y el gran cronómetro que observaba fijamente cuando tomaba el pulso a los enfermos.

El doctor Boulay era más bien un médico de ricos. Si nosotros hubiéramos tenido que pagarle las visitáis al mismo precio que sus clientes habituales —cinco francos, cuando no eran diez—, no habría frecuentado muy a menudo nuestra casa. Pero, como éramos vecinos, subía cuando quería, normalmente a horas en las que, de todas formas, no recibía en su consulta. Además, entre un médico y un cajero de una compañía de seguros resulta fácil entenderse. Hoy me doy cuenta de que, llegado el caso, se enviaban clientes uno a otro.

Las enfermedades contagiosas ya sabía lo que eran. Nos lo habían explicado en clase el año en que la mitad de las alumnas, incluida yo, cogimos la escarlatina.

En cierto modo, la de mamá lo era, ya que el doctor nos había recomendado encarecidamente que procuráramos no besarla, además de que ella se retiraba a su habitación en cuanto empezaba a toser.

En lo que se refiere a las vías urinarias, iba perdida, por decirlo de algún modo. Así pues, se lo pregunté a Adéle un día que nos detuvimos en el descansillo. Ella no estaba mejor informada que yo.

—Creo que es cuando te hace daño al hacer pipí —me respondió—. O cuando sientes una especie de quemazón por ahí.

¡Ahí! ¿Así que era eso? Como yo sentía esa especie de quemazón cuando me frotaba demasiado contra la barandilla, pensé que podría contárselo al señor Boulay un día que viniera a ver a mamá, pero resultaba demasiado violento. Tendría que enseñarle dónde era, hablaría con papá sobre el asunto y no adelantaríamos gran cosa. Además, sería muy capaz de preguntarme si sentía algún deseo en ese sentido.

Yb los sentía a todas horas, debo reconocerlo, y todavía más con los primeros calores. Les pasa a todas las chiquillas de esa edad, desde luego, pero de un modo más vago, más soñador, mientras que a mí se me presentaban cada vez con más precisión desde aquel domingo en que Vincent y mi hermano me ensartaron tres veces seguidas. Bastaba con que me encontrara en el excusado, con las manos apoyadas en la taza, para ser presa de la necesidad de sentir una picha no demasiado grande, aunque sí bien dura (la de Vincent se adaptaba perfectamente a mis gustos), entrando en mi ojete y que después el jugo resbalara entre mis muslos. Estaba Max, pero Adéle debía de haberle aleccionado con el fin de reservarlo para su uso

exclusivo, pues ya no venía a mi cama ni siquiera cuando yo le preguntaba en repetidas ocasiones: «Max, ¿estás durmiendo?», olvidando la promesa que le había hecho a Vincent.

Este, por su parte, esperaba la primera ausencia de sus padres para invitarme, esta vez sola. Me lo había dicho, pero ya habían pasado casi quince días desde nuestro idilio y seguíamos esperando que se presentara la ocasión.

Como si aquello no bastara para atormentarme, fue por entonces cuando comencé a interesarme por algo más que mi trasero; me refiero a lo de delante. Era natural, pues ya tenía catorce años cumplidos, y al parecer lo que no estaba bien era lo otro. Sin embargo, yo no lo creo así. Bougrot, mi pintor, que estuvo en África pintando cuadros, me contó que allí hay chiquillas que se casan a los once años y que son madres a los doce. Pero claro, son salvajes. En nuestra civilización, hasta los dieciséis años una chiquilla bien educada no puede ofrecer a un señor que la pretende más que su trasero o su boca. La mano también, por supuesto, pero eso en último extremo. Y no es tanto por el mito que rodea a la virginidad de delante, mientras que nadie le pregunta nunca a una por las demás; ni siquiera porque todas las señoritas sepan por dónde se hacen los niños. La verdad es que, de no ser por Adèle, yo habría seguido mucho tiempo creyendo que la cigüeña los traía y los depositaba directamente en la cuna; o, como mucho, en el vientre de su madre. En cuanto al papel que los muchachos o los hombres desempeñan en la aventura, suelen descubrirlo más tarde, con frecuencia demasiado tarde, para su desgracia.

Se me dirá también que el placer que siente una mujer cuando la joden al estilo normando no se parece, ni de lejos, al que siente cuando la joden como mandan los cánones. Eso es cierto, pero también lo es que no necesitamos a los hombres (en fin, no nos resultan imprescindibles) para eso. Las tortilleras lo saben, y así lo demuestran. A una mujer de la vida pueden meterle veinte pichas en una noche y no sentir nada; el placer se lo proporcionará su amiguita en el dormitorio. Y, para las que no son bolleras, existen instrumentos muy satisfactorios.

En cualquier caso, a la edad que yo tenía entonces ni me había pasado por la mente la idea de que lo que entraba por detrás sin demasiadas dificultades, y proporcionándome un tipo de placer del que jamás he renegado, podría proporcionármelo aún mucho mayor entrando por delante. ¡Afortunadamente! ¡Dios sabe de qué tonterías hubiera sido capaz, si semejante horror se me hubiese metido en la cabeza! Incluso mi amiga Lydie, que se limitaba a su plumero y se negaba, aunque cada vez con menos convencimiento, a probar otra cosa, hubiera puesto el grito en el cielo ante tal posibilidad.

Yo adopté su sistema; no con un plumero, sino con un borrador que cogí del colegio y con el que me frotaba la hendidura hasta experimentar tanto dolor como placer. En realidad, más bien dolor, pero no encontré nada más.

El caso es que empecé a mirar a los chicos y, poco a poco, a los hombres, más bien a la altura de la bragueta que a la de los ojos. Rondaba los quince años, era

guapa y, sin ser demasiado consciente de ello, tenía ya esa forma de mirar de reojo y con disimulo que delata el vicio al igual que el farolillo advierte de la existencia de una casa de placer.

Cuando iba a hacer los recados, algunos se volvían a mirarme al cruzarme con ellos por la calle. En dos ocasiones, coincidió con que yo me volví en el mismo instante: la primera, fue un joven de pelo crespo y bigote engominado, que debía de ser dependiente; la segunda, un viejo bien plantado, el típico burgués con sombrero, bastón y guantes, en busca de una aventura fácil y rápida en el barrio. Me causó mucha más impresión que el joven. Él también tenía mirada viciosa. Intuí que se disponía a dar media vuelta y a abordarme. Hubiera bastado con que me volviera otra vez y no habría vacilado. Tal vez hubiese debido hacerlo. Después de todo, chiquillas de trece o catorce años que permiten que un señor las persiga hasta darles alcance en un callejón y ofrecerles un franco a cambio de cinco minutos, en París las hay miles, y uno de mis amantes me dijo que en Viena o en Londres todavía era peor, ya que empezaban a los diez años por diez céntimos. No en vano se dice que al hambre no hay pan duro. ¡Y qué verdad es! Pero en aquella época, veinte céntimos no significaban nada para mí, y ni siquiera imaginaba que pudiera existir una relación entre un señor viejo, mi trasero y el dinero. En realidad, tuve miedo de lo que pudiera pasar a continuación y me refugié en la primera tienda que encontré, que era una pastelería. Farfullé no se sabe qué, y la pastelera, al verme tan turbada, hizo que me sentara. Cuando salí de la tienda, el hombre ya no estaba allí. Mi primer cliente aparecería más tarde.

Un jueves por la mañana, mientras yo bajaba por la barandilla, casi de un tirón, los cuatro pisos que separaban nuestra vivienda de la del señor Boulay para ir al catecismo, que era a las once, él acompañaba a una paciente con un aspecto en apariencia tan bueno como el mío, de modo que nos encontramos cara a cara delante de la puerta de su casa.

—¡Vaya! ¡Aquí está mi amiga Lucienne! —exclamó riendo—. Eres muy oportuna, precisamente quería hablar contigo. No tienes prisa, ¿verdad? Siendo jueves por la mañana, no creo... Bien, entra y charlaremos un rato.

Dado que había estado en casa el día antes y que a papá se le veía preocupado mientras cenábamos, pensé que quería tranquilizarme. En cuanto al catecismo, iba bastante adelantada, y no me pareció que hubiera realmente ningún motivo para oponer resistencia. Desde hacía tiempo, el señor Boulay era casi como de la familia.

Me hizo pasar delante de él, y entré. La casa era todavía más bonita que la de los Vierneau. Había muebles dorados, espejos inmensos, plantas tan grandes como árboles en macetas de todos los colores, y flotaba un aroma cálido, de medicamento, o más bien de perfume, como el del cuarto de baño de la señora Vierneau. Me señaló con la mano un sofá más largo que una cama, en mi vida había visto nada igual. Me senté allí, y él lo hizo frente a mí, en un sillón tapizado. Yo esperaba que me hablara de mamá, pero no fue así.

—No deberías bajar por la barandilla como lo haces, Lucienne —dijo, increpándome con un dedo prácticamente debajo de mi nariz, aunque con una sonrisa en los labios—. Eso está bien para los niños, y tampoco demasiado. Pero tú ya eres una jovencita, y las jovencitas no deben arrastrar las bragas por la barandilla. Apuesto a que las llevas sucias. ¿Me equivoco?

Lucien Boulay tenía una voz suave y profunda; justo la que necesita un médico para tranquilizar o atemorizar, según los casos. Y sus manos me fascinaban. Eran muy grandes, aunque no tanto como las de un campesino, y estaban cubiertas de vello hasta los dedos. La verdad es que no sé lo que me sucedió en aquel momento. Probablemente fue porque me había hablado de las bragas. Me levanté y le respondí sin pensarlo dos veces:

—No, señor Boulay, las bragas no están sucias. Al menos, no demasiado. Véalo usted mismo.

Entonces, me arremangué el uniforme y comencé a deshacer los lazos de las bragas, por debajo de la camiseta. Él permanecía tranquilamente sentado, con los ojos brillantes, y esperó hasta que las bragas cayeron a mis pies para cogerlas con tanta presteza que me quedé un poco parada. Les dio vueltas y más vueltas entre sus manos, y las olfateó una y otra vez. Luego dijo, esta vez muy serio:

—Tienes razón, están casi limpias. Pero no son ellas las que me preocupan, sino tú.

—¿Yo, señor Boulay? ¡Oh, no vale la pena! Sé bajar por la barandilla tan bien como cualquier chico. Y en caso de que cayera—. Al ver que tenía respuesta para todo, se quedó un tanto confundido. Sin levantarse, alargó el brazo, me cogió por la falda y me atrajo hacia él para sujetarme entre sus rodillas. Sentía tal emoción que mis mejillas estaban mojadas de sudor, aparte de que en la casa hacía mucho calor.

—Aunque no caigas —dijo—, no te conviene hacerlo. Es una parte del cuerpo muy delicada y que se irrita con facilidad.

Al mismo tiempo que decía esto, me pasaba la mano por esa parte del cuerpo tan delicada. Era igual que con Adèle, pero me producía más impresión porque su dedo había encontrado de inmediato el lugar donde debía frotar y porque era un hombre. No pude evitar suspirar y gemir.

—¡Ah, señor Boulay! ¡Ah!... ¡Ah!... Más..., más...

En efecto, hubo más, pero cuando sentí que el placer ascendía por mis rodillas, él se detuvo y comenzó a acariciarme las nalgas diciendo:

—Es mejor que la barandilla, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —respondí—. ¡Mucho mejor! Pero no pare, por favor...

—Está bien, accedo con la condición de que me digas si algún chico te ha acariciado alguna vez así (su dedo había reanudado el movimiento, aunque sin prisas).

—No, señor Boulay, ningún chico..., se lo juro... pero no pare, por favor...

—Entonces, ¿otra mujer? ¡Ah, ya lo sé! —exclamó, mientras el placer comenzaba

a ascender de nuevo—. Adéle, por supuesto.

—Sí, señor Boulay..., Adéle... Pero ella no lo hace tan bien como usted...

—Así pues —prosiguió, sin dejar de acariciarme y esta vez mirándome a lo ojos—, ¿no has visto nunca una minina?

Temblorosa, me preguntaba lo que debía responder para darle gusto. ¿No? ¿Sí?

—No, señor Boulay —me decidí a contestar—. Bueno, sí. Quiero decir que he visto la de mi hermano. Me la enseñó un día en el baño... Y sé que se llama picha, no minina.

Él emitió un silbido de admiración.

—¡Exacto, se llama picha! ¿Y yo también tengo una picha igual que tu hermano?

Mientras tanto, aquel dedo iba y venía entre mis piernas, daba vueltas en torno a mi clitoris haciendo que contoneara las caderas, y se desplazaba hacia las nalgas después de cada pregunta, como para darme a entender que debía responder si quería que regresara adelante. Era como para volverse loca. ¡El doctor me preguntaba si él tenía una picha!

—¡Oh, sí, señor Boulay! Sin duda... En fin, creo...

—No hay que creer, hay que saber, señorita Lucienne —me respondió con severidad—. ¿Usted lo cree," o lo sabe?

Parecía que estuviéramos en el colegio, y yo empezaba a encontrarlo divertido.

—No lo sé, señor Boulay. ¿Cómo puedo saberlo? La de Max, la he visto, y por eso lo sé. Pero la suya...

—¿Te daría miedo? ¿Es eso lo que quieres decir? —dijo él, comenzando a desabrocharse el pantalón con la mano que tenía libre.

—¿Miedo? ¡Oh, no! Si no me hace daño con ella, no, señor Boulay —respondí, mirándolo yo también a los ojos—. Y si la toco, ¿también descargará usted, igual que mi hermano? —proseguí, sin dejar de mirarlo y preguntándome si lograría sacarla del pantalón.

—Ahora seré yo quien le dé una lección, señorita Lucienne. No se dice «descargar», sino «correrse». Al menos en mi caso...

Continuábamos mirándonos fijamente, como para averiguar hasta dónde estábamos decididos a llegar uno y otro. Por mi parte, la respuesta era: lo más lejos posible, a condición de que mis padres no se enteraran nunca de nada, por supuesto, y de que él no me asustara. Yeso era exactamente lo que yo leía en sus ojos, que me hacían la misma pregunta muda: ¿guardarás silencio? Los viciosos se reconocen siempre con ese simple intercambio de miradas. Hoy lo sé por haberlo comprobado cientos de veces. Entonces, lo intuí. ¡Y la ocasión era inmejorable!

Seguro de nuestro entendimiento —mucho más que si hubiéramos continuado hablando—, se levantó, me indicó que me sentara en el sofá y fue a cerrar la puerta con pestillo. Yo permanecía a la espera, más excitada que inquieta. Cuando se volvió,

ya se la había sacado del pantalón y la sostenía con las manos colocadas bajo las dos gruesas bolas. La puso ante mí como si estuviera ofreciéndome un ramo de flores y me lo acercase a la nariz para que aspirara su aroma. Al margen de ser la misma parte del cuerpo, no guardaba ninguna relación con la de Max o la de Vincent: era tan gruesa como mi puño, menos erecta y blanca que la de los muchachos, y la punta, casi totalmente al descubierto, muy roja, casi violeta. Me quedé pasmada, con el miembro a la altura de los ojos y apenas a medio metro de distancia, sin saber muy bien lo que debía hacer.

—Arremángate el vestido hasta el vientre, pequeña —me dijo con la voz sofocada y tartamudeando ligeramente—, quiero ver tus muslos.

Hice lo que me pedía, procurando enrollar las enaguas hasta la cintura para que pudiera admirar a placer.

—Está bien..., muy bien —prosiguió en el mismo tono bajo y cálido—. Tienes unos bonitos muslos... Y eres muy amable, mi pequeña Lucienne... Separa esos muslos tan preciosos y muéstrame lo más hermoso...

Obedecí de nuevo con el mismo placer.

—¿Así, señor Boulay? ¿Es el chichi lo que quiere ver?

—El chichi, no —respondió—, el coñito. Eso se llama coño. La amable pequeña Lucienne me enseña su coñito... Sí... Sepáralos más, por favor... Con los dedos... Sí, así...

—Señor Boulay —dije entonces tímidamente—, usted puede verlo, pero yo ni siquiera sé cómo es. ¡No es justo!

—Tienes razón, pero hoy no... El próximo día que vengas te lo enseñaré en un espejo... Y la gran picha del doctor Boulay —continuó, levantándola aún más—, ¿la ha visto bien la amable pequeña Lucienne?

—No hago otra cosa —respondí, abriendo los ojos como platos para divertirme—. Tendría que medir la picha del amable doctor Boulay... con una cinta...

—No, no —exclamó con precipitación—. Con una cinta no..., con tus dedos... A ver si puedes rodearla con una sola mano... Querías tocarla, ¿no es cierto?

Era una idea excelente, que me permitía evitar una situación embarazosa. Desde el principio, mi deseo era hacer que descargara como había hecho con Max, pero temía que me encontrara excesivamente desvergonzada si la tocaba sin su permiso. Bien, el caso es que con una mano no conseguía rodearla.

—No puedo —suspiré—. La picha del amable señor Boulay es demasiado grande...

—No, no —replicó riendo—. Una picha nunca es demasiado grande, señorita. Lo que sucede es que tus manos todavía son algo pequeñas... Y si quieres ver como descarga, debes deslizar la mano de un extremo a otro apretando un poco... Prueba, a ver si sabes hacerlo...

¿Probar? Prescindiendo del tamaño, eso ya lo había hecho. Deslicé varias veces la mano y le pregunté con aire de inocencia:

—¿Así, señor doctor? ¿No aprieto demasiado?

—No, no, lo haces muy bien, pero debes llegar hasta la punta, sobre todo hasta la punta... Pero ¿en qué estaré pensando? —exclamó, apoyándose con ambas manos en mis hombros—. ¡La graciosa boquita de mi amable Lucienne todavía no ha saludado a la pichita de su Lucien! Un saludo de verdad... Con beso incluido...

Decididamente, ¡el doctor lo adivinaba todo! Más tarde supe que yo no era la primera chiquilla que pasaba por sus manos y que tenía el número bien ensayado. Un hombre atractivo de su edad, con su posición, y siendo médico, obtiene todo cuanto desea, no de una mujer, pero sí de una jovencita de catorce años, siempre y cuando no exija lo imposible el primer día. Entre la curiosidad, el orgullo de sentirse tratada como una mujer, la diversión y el temor a decir que no a un personaje tan poderoso, ninguna le negaría nada a poco que tuviera un ápice de vicio para gastar o pudiese ganar unos pavos con ello. Es así.

No se rechaza lo que se desea. Así pues, me atreví a darle un besito en la punta, y luego, sin soltarla, otro y muchos más hasta llegar a la base, a los recios pelos oscuros y rizados que cubrían también las bolas: y, como seguía sin saber qué sabor tenía aquello, regresé a la punta para dar unos breves lametones, igual que hacen los niños con los pirulís de chocolate. Él ya empezaba a soltar algo de jugo, pero despacio, una especie de licor claro que fluía por la fisura de la punta.

Se había acercado para que yo no tuviera que inclinarme, y me pellizcaba los hombros con las manos, respirando a fondo y hablando entrecortadamente:

—¡Oh! ¡Qué lengua tan deliciosa tiene mi Lucienne!... ¡Qué lengua tan deliciosa!... Ahora, mi pequeña va a cerrar los ojos y a abrir una boca bien grande..., escondiendo los dientes para no morderle la picha a su amable doctor... Sí, señorita, eso es... Pero cierra bien los ojos... Es para darte una sorpresa, una agradable sorpresa...

En el punto al que habíamos llegado, lo único que podía sorprenderme era que nevase en el mes de julio. En esos casos, cerrar los ojos es algo instintivo; no sé por qué, pero es así. ¿Quizá para abrir la boca con más facilidad? Yo, desde luego, la abría tanto como cuando el médico nos examinaba la garganta en el colegio. Pensaba en ello mientras sentía como su grueso miembro avanzaba entre mis labios, en tanto que yo adelantaba la cabeza para demostrarle que no tenía miedo. A pesar de mi buena voluntad, aquello no podía llegar muy lejos; tal vez la punta violeta un poco más. El doctor la sacó, volvió a meterla, la sacó de nuevo y luego la metió otra vez, diciendo:

—¡Ah! ¡Mi Lucienne tiene una boca deliciosa! ¡Qué caliente! ¡Oh! Ya veo que te gustará hacer esto cuando seas más mayor... Entonces entrará... entera... ¡Ya lo verás! ¿Verdad que está bueno, señorita glotona?

Me había acostumbrado con rapidez a tener aquella cosa enorme en la boca, y

acudía a su encuentro para hacer que entrara aún un poco más, de tal modo que de pronto me atraganté. La alejé de mí, y él se retiró del todo.

Necesité un momento para recobrar el aliento. Se me saltaban las lágrimas, y para que se tranquilizara me apresuré a decirle:

—Su picha está buenísima, señor Boulay. La culpa de lo que ha sucedido es mía. He querido comerme un trozo demasiado grande. Pero me gustaría volver a empezar poco a poco.

—No, no, pequeña, de ningún modo —replicó—. No debes ser tan glotona. ¿Quieres seguir complaciendo a papá Boulay?

—¡Oh, sí, papá Boulay! —respondí—. A usted y a su gran picha, que parece aburrirse desde que ha salido de mi boca.

No es preciso decir que, en adelante, volví a ver a Lucien Boulay con bastante frecuencia, como amigo y como cliente. Era un hombre demasiado galante para recordarme nuestro primer encuentro, pero yo no lo había olvidado. Todavía hoy leo en su mente, como si lo tuviera delante, lo que pensaba de mí en aquella época: que estaba destinada al vicio y a la calle del mismo modo que otras lo están al ganchillo y las obras de caridad, porque una joven de quince años, bien educada, que habla de complacer a la picha de un señor con el que se mantiene relaciones, es que tiene ya alma de puta. Por lo demás, yo no reflexionaba en lo que iba a decirle. Me salía con toda naturalidad, por el placer de oír como salían de mi boca aquellas palabras groseras, y también porque recordaba lo que había dicho Adèle el día del baño, que «lo que les gusta a los hombres es descargar para una mujer». El hecho de que el doctor aún no lo hubiera hecho para mí, me contrariaba. Al menos en eso coincidimos con las mujeres honradas, en que no nos gusta que nos decepcionen cuando nos entregamos a un hombre. Max y Vincent se corrían en dos minutos; sin embargo, yo era demasiado joven para saber que un hombre habituado al amor jamás tiene prisa por acabar. Por otra parte, aquella atractiva enferma a la que el doctor acompañaba cuando yo le lloví del cielo... ¡No estaba precisamente falto de afecto el artista de las vías urinarias!

Hoy comprendo que la situación era todavía más embarazosa para él que para mí. ¿Qué esperaba al detenerme cuando nos cruzamos? Evidentemente, nada más que la diversión de ver revolotear a su alrededor, con la falda arremangada, a una adolescente complaciente; es probable que también el placer de acariciar un trasero ya muy prometedor, e incluso el de convertirse en el iniciador verbal de una joven virgen a la que, por su porte y mirada, podía considerar más interesada que otras en los misterios del cuerpo. Y, aun en caso de que sintiera una preocupación casi paternal por mi futuro, ello no era motivo para bajarse los pantalones y blandir ante mí un objeto que, por norma general, sólo se exhibe ante los ojos de una mujer tras haberla prevenido y que ésta haya dado su consentimiento. En cuanto a su

observación sobre lo inapropiado que resulta que una señorita bien educada baje tres pisos a horcadajas sobre la barandilla, no constituía, ni en sentido propio ni figurado, una invitación para ponerse las bragas por montera...

Llegados a este punto, era inevitable que el deseo de aprovecharse, sin haberla provocado, de (como dicen los sacerdotes) la impudicidad de una chiquilla poseída (también como dicen ellos) por el demonio de la concupiscencia, prevaleciera en él sobre cualquier consideración de prudencia o dignidad. Mi fornido doctor no era hombre que hiciera ascos a un goce tan picante...

Sin embargo, empalmado como estaba, ¿qué hacer con una chiquilla de apenas quince años, cuyo grado de complacencia era más elevado del que correspondía a su edad? ¿Desvirgarla? Aparte de los inconvenientes y el desagrado habituales de dicha operación, me habría desgarrado y, sin duda, se habría privado del modo más tonto de las seductoras satisfacciones que podría obtener de mí más tarde, cuando volviéramos a vernos. ¿Metérsela en el trasero? En aquel momento, ningún dato le permitía saber que ese camino había sido recorrido. Y, de todas formas, no habría entrado del todo, igual que en mi boca.

La cuestión se resolvió por sí sola. Mientras él parecía darle vueltas al asunto, yo había vuelto a tomar entre mis manos el enorme chisme, ahora bien mojado con mi saliva y el jugo que no cesaba de brotar lentamente de la fisura, y lo manoseaba con energía de la punta a la base, cada vez más deprisa, siguiendo los dictados de mi instinto, y a dos dedos de mi rostro. Sus manos crispadas se apoyaban en mis hombros.

—Sí, amable Lucienne, sí, masturbas muy bien a papá Boulay —balbuceaba, respirando profundamente—. ¡Oh! Esas deliciosas manitas... Ahí, sí... Un poco más... Ya viene..., ya viene...

Y, en efecto, vino. Primero surgió un chorro que recibieron mi nariz y mi boca; luego, otros dos no tan fuertes. Levanté la cabeza para mirarlo con ojos extasiados, mientras su miembro seguía goteando en mis manos y mi vestido. ¡Un auténtico diluvio de licor! Salió de su embotamiento al ver el estropicio que había causado, y me dijo aún con la respiración entrecortada:

—Vamos a limpiar ese pringue, hijita. Enseguida nos ocuparemos de ti.

Cuatro

«¡Muchas gracias! ¡Gastar un céntimo en esos viejos! Preferiría que me dieras libertad una vez para que me la...». De inmediato, su rostro enrojeció, adoptó una expresión desgarrada y se cubrió la boca con una mano como si quisiera tragarse las palabras que acababa de pronunciar y que yo no había comprendido en absoluto.

Marcel Proust.
La prisionera.

El señor Boulay era un soltero feliz, uno de esos solterones de vida a la vez ordenada y disipada. Es la mejor manera de vivir para un médico, sobre todo teniendo una clientela de mujeres. No se le conocía ningún vínculo, y de hecho huía de ellos como de la peste. A su edad, continuaba siendo un macho cabrío dispuesto a montar a todas las cabras en enaguas que se pusieran a uro, y con tendencia a cansarse de ellas cuando había obtenido lo que quería. En suma, el cliente ideal para las mujercitas de la vida; yo he conocido a muchos clientes de ese tipo, de los que nos miran al llegar como se mira un plato antes de sentarse a la mesa y, al dejarnos, como se mira cuando uno está saciado. Sin embargo, que yo sepa (o, para ser respetuosos con la gramática, que yo supiera), no frecuentaba su compañía más que en caso de necesidad. ¿Por qué tendría que ir en su busca cuando otras acudían a él?

La dispuesta abuela Franju se encargaba de mantener su piso limpio y no demasiado desordenado. La mujer se pasaba una buena parte del domingo en casa del doctor, frotando, fregando y pasando el plumero, además de algunas tardes entre semana. Él no solía comer en casa, como es obvio.

Ciertamente, no era la primera vez que tenía que borrar las huellas más visibles de su pasión de un vestido o una camisola, pues no creo que, por lo general, a sus pacientes-amantes les diera tiempo de quitarse el corpiño y la ropa interior, y

seguramente ni siquiera el vestido. Después de todo, cuando ellas cedían, para él seguían siendo sus clientas, y las que esperaban haberle pagado en especies, no tardaban en sentirse decepcionadas. Las demás, que eran la mayoría, se sentían enormemente felices de encontrar en su médico, con semejante facilidad, *amor sin escándalo y placer sin temor*.

Yo era demasiado joven entonces para llegar a la misma conclusión. No obstante, aquel día salí de su casa sabiendo mucho más que cuando había entrado. Él me hizo mirar de cerca, antes de quitarlo con un trapo mojado, el líquido untuoso que se extendía por mis manos y mi vestido, e incluso insistió en que lo probara. No me pareció ni bueno ni malo, sino un tanto empalagoso, a la vez que muy excitante para la mujer a la que un hombre acaba de rendir tal homenaje.

Una vez borradas las huellas, se ocupó de mí a su manera. Por muy aturdida que estuviera a causa del calor, del placer de sentirme tan cómoda entre aquel lujo, y sobre todo de su voz, recordé que no era en su casa donde hubiera debido estar ese día y a esa hora, pero...

—¿Y el catecismo, señor Boulay? —exclamé mientras ponía en orden mis ropas—. ¡El catecismo! Es preciso que vaya, aunque sea tarde...

—¿Es preciso que vayas, o quieres ir? —me preguntó observándome fijamente, como si deseara hipnotizarme.

—¡Oh, no! Yo no quiero... En fin, no tengo mucho interés... Pero es preciso...

—No es en absoluto preciso, señorita Chauron —interrumpió él sonriendo—. Escribiré una nota para certificar que no te encontrabas bien esta mañana, y se la entregarás al cura. Hoy, el catecismo soy yo.

Aquel impío tenía su gracia. El hecho de no creer ni en Dios ni en el diablo era otra cosa que le unía a papá. Yo nunca había sentido gran interés por la santurronería y las plegarias, pero, puesto que no podía escapar de ello, no protestaba.

El doctor Boulay me hacía preguntas curiosas que no recuerdo con la suficiente nitidez como para reproducirlas, y yo le contestaba cualquier cosa, riendo. Por ejemplo:

Él. —Hija mía, ¿cuáles son las tres personas que componen la Santísima Trinidad?

Yo (*contando con los dedos*). —Bueno, padre, está el Padre, el Hijo...

Él (*alzando los brazos al cielo*). —¡En absoluto, hija mía, en absoluto! En una mujer, las tres personas que componen la Santísima Trinidad son el coño, el culo y la boca. A ver, repítalo... Y ahora, hija mía, dígame cómo puede recibir una joven cristiana el sacramento de la santa picha.

Yo (*indecisa*). —¿De la santa qué, señor capellán?

Él. —De la santa picha, señorita. O, si lo prefiere, de la santa verga, del santo rabo, de la santa polla.

Yo. —¿De la santa ampolla?

Él (*paciente*). —De la santa polla, jovencita. ¿Cómo ha recibido la señorita

Chauron la santa polla? Vamos, hija mía, haga un esfuerzo... La ha recibido en el culo...

Yo (*rebelde*). —¡Oh, no, señor Boulay, no!

Él (*en tono doctoral*). —No se debe engañar a un médico en esas cosas, Lucienne. No te lo reprocho, a tu edad es natural, y además no perjudica la salud. Lo cual significa que mi amable Lucienne ya ha sido bien enculada.

Yo. —¿Bien qué, querido señor Boulay?

Él (*paciente*). —Bien enculada, es decir, bien ensartada por el trasero. El autor ha sido tu hermano, ¿verdad?

Yo. —...

Él. —Y los amigos de tu hermano, por supuesto.

Yo (*con aire modesto*). —¡Oh, señor Boulay! Sólo uno. ¿Quién se lo ha dicho?

Él. —Mi dedo, señorita, mi dedo. Tu ojete lo ha aceptado sin crispase. ¿Es cierto o no?

Yo ya no pensaba ni por casualidad en el catecismo, quiero decir en el auténtico, el de la perseverancia, que por otra parte ya carecía de importancia, puesto que no era en ese aspecto en el que yo quería perseverar. Mientras recitaba el suyo, el doctor Boulay no había parado de acariciarme el clítoris con una mano (explicándome, al mismo tiempo, que ése era su nombre científico) y de manosearme las nalgas con la otra, sin privarse de introducir un dedo en el ojete para explorar.

Se había sentado de nuevo en el sillón, y yo permanecía de pie frente a él, con las manos juntas sobre el pecho para divertirlo. Al hablar de bendición, se desabrochó la bragueta y volvió a sacar su picha, que estaba hinchada y aún reluciente de licor, aunque no demasiado erecta; en una palabra, muy apetecible. La lección le había excitado tanto que tartamudeaba. Yo no lo estaba menos que él, de manera que me arrodillé entre sus piernas en cuanto la sacó y la introduje en mi boca, esta vez casi entera. Enseguida comenzó a crecer y a endurecerse, como cabía esperar, no porque la boca de una chiquilla sea mejor que la de una mujer del oficio, que pone en ello, como yo aprendí a hacerlo después, menos ardor que conocimientos, sino porque lo que imagina el hombre resulta infinitamente más excitante.

Me asió por los cabellos para obligarme a ir más despacio y me dijo con la voz transformada:

—No, Lulu, déjalo, no podrás. Además, tengo demasiadas ganas de comerme tu culito. Ven.

Se levantó sin recomponer sus ropas y me condujo a su habitación. Yo también tenía tantas ganas de hacer cualquier marranada con él, que estaba a punto de llorar, y me arrojé sobre la cama sin poder pensar en otra cosa. Él corrió el pestillo y, sin decir una palabra, se quitó la levita y el chaleco; luego, me descalzó, me bajó las bragas y las enaguas, e hizo que me colocara boca abajo, arremangándome el vestido hasta la

altura de los hombros. Mientras me acariciaba el hueco de los riñones y recorría mi espalda, me obsequió con una letanía de cumplidos dedicados a mis nalgas. Dijo que eran muy redondas, muy blancas, muy bien proporcionadas, e incluso que ya tenía «un precioso culo de zorra». Yo no respondía nada; me sentía demasiado feliz escuchando y esperando lo que no podía dejar de suceder a] continuación, es decir, que hundiera allí su lengua y su rostro. Como sin duda él pensaba que era el primero en hacerlo, y yo intuía que eso lo ponía muy caliente, no dije nada. Por otra parte, era infinitamente mejor que con Vincent, porque con su gruesa lengua rasposa recorría toda la raja y, levantándome un poco la pelvis, la zona que queda entre los dos agujeros; también porque su barba y su bigote me hacían cosquillas, y porque él había deslizado una mano bajo mi vientre para acariciar la hendidura y el clítoris.

Yo me retorcí y levantaba tanto el trasero para ir al encuentro de su lengua, que acabé por encontrarme casi de rodillas, con la cabeza entre los codos, y mordiendo el cubrecama para no gritar de emoción. No pudiendo reprimirme por más tiempo, susurré:

—Ahora quiero que..., que me ensartes..., que me encules..., amable doctor... Sí, sí, quiero... Te juro que quiero...

Tras sacar la cabeza de entre mis muslos, se tumbó a mi lado colocándose de lado, de cara a él, y a continuación me besó y me acarició suavemente el rostro sin decir nada. Pensando que no me había oído, repetí:

—No finjo tener ganas, ¿sabes?... Realmente me gustaría... Igual que con una mujer...

—Yo tampoco finjo —respondió, sonriendo y guiando mi mano hacia su verga—. Tócala y dime si te parecería razonable pretender meterla ahí. —Y, al decir esto, metió el dedo gordo en el ojete hasta el fondo, con toda facilidad—. Por otro lado —prosiguió—, tienes un culo demasiado hermoso... Quédate aquí un momento, enseguida vuelvo.

Un minuto después estaba de regreso, en mangas de camisa y descalzo, llevando en la mano un botecillo de porcelana.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Vaselina oficial, señorita Chauron. Deseo consentirte el capricho, y también a mí, pero no hasta el punto de dejarte lisiada.

—Pero si yo habría recibido perfectamente tu picha tal como es —protesté—. ¡Con las ganas que tengo...! En fin, sea... De todas formas —añadí suspirando—, espero que me hagas un poco de daño; si no, no da tanto gusto.

Sin decir nada, me volvió del otro lado y me untó copiosamente el lugar sensible con el producto que contenía el bote. Era muy untuoso, ni agradable ni desagradable. Lo hizo penetrar con un dedo, luego se tumbó sobre mí, con el vientre contra mis nalgas, y se dispuso a ensartarme así, del modo más tierno y más cómodo, incluso con una chiquilla, yo ya lo sabía por experiencia. Ambos teníamos razón. Cuando se encula, el dolor y el placer deben guardar la misma proporción que la sal y la carne

en un asado: un pellizco de sal por libra. Él había pasado un brazo por encima de mí para poder masturbarme con comodidad, mientras guiaba su verga con la otra, susurrándome al oído:

—No pienses en nada, relájate como si fueras a dormir. Sí, es... ¡Ah! ¡Qué culito tan delicioso!

Me sobresalté al sentir que la punta forzaba mi ojete. Como se encontraba justo en el lugar adecuado, con tan sólo una embestida me metió casi la mitad. Fue horrible, pero apenas durante un cuarto de segundo, el tiempo de sentir una quemazón y de gritar; enseguida me encontré tan a gusto que retrocedí para obligarle a entrar más, gimiendo:

—¡Oh, es enorme! ¡Qué grande es! ¡Oh! Deja que me habitúe... No la saques del todo... Sólo un poco...

Eso fue lo que hizo unas diez veces; y, a cada embestida, me daba la impresión de que entraba un poco más, lo cual era cierto. Sin duda, la de mi hermano o la de Vincent no eran menos largas, así que mi interior ya estaba acostumbrado; y en cuanto al grosor, resultaba mucho más placentero, pues me sentía totalmente llena. Es todo lo que piden las hembras, ya sea la del ratón, la del elefante o la del hombre. A este respecto, mi filosofía no es nada original y está más que comprobada.

Cuando sintió que le venía (yo lo sentía también), salió del todo y, en el preciso instante en que empezaba a correrse, volvió a entrar; luego salió de nuevo y, finalmente, entró otra vez hasta el fondo para soltar el último chorro. Yo estaba tan llena que una picha todavía más gorda que la suya hubiera entrado con la misma facilidad. ¡Qué gusto daba! ¡Oh, qué gusto! Estaba rendida, y él también, de manera que permanecimos tumbados en la cama unos minutos sin que saliera de mí. Los botones de su pantalón se me clavaban en los muslos, y como era mucho más grande que yo, me asfixiaba. Pero su picha seguía estando allí, desinflándose poco a poco, y yo apretaba el ojete para retenerla, totalmente dispuesta a creer en Dios.

La semana siguiente, es decir, unos días después de la Ascensión, hubo una gran agitación en casa. El tío y la tía Crapart llegaron el sábado de Nogent-le-Rotrou, pasaron la tarde con mamá, luego con papá cuando éste regresó de la oficina, y nos dieron un beso antes de irse a cenar y a dormir a su hotel. Al día siguiente, domingo, comieron en casa, esta vez con el primo Léon, que estaba interno en el colegio Louis-le-Grand desde principios de curso. Era la segunda vez que venía a casa, a pesar de que mamá le había propuesto a su hermana recibirlo uno de cada dos domingos. Sin embargo, al tío Augustin no le hacía gracia ver a su adorado hijo, un futuro notario, mezclarse con gente humilde como los Chauron; nosotros éramos los trapos, y él la servilleta. Ya Léon aún le hacía menos gracia. Era dos años mayor que Max y se consideraba un joven, un prestigioso joven, que tenía cosas mejores que hacer que relacionarse con niños; y, por si fuera poco, con niños sin educación.

Vanidad aparte, Léon era un muchacho de trato agradable, cariñoso, no muy inteligente, pero con «buenos modales». Se sintió terriblemente despechado al tener que comer con nosotros en la cocina el domingo, porque papá, el tío, la tía y la abuela Boireau querían hacerlo fuera del alcance de los oídos de «los pequeños». Pusieron el cubierto de mamá, que estuvo sentada con ellos un cuarto de hora, hasta que fue presa de un acceso de tos y tuvo que volver a acostarse.

Adéle iba y venía de la cocina al comedor en silencio y muy seria. La señora Franju se ocupaba de nosotros y de la vajilla. Nosotros apenas abríamos la boca. Léon, que seguía sintiéndose vejado, cantaba las excelencias del Barrio Latino para deslumbrarnos, de los bares iluminados por la noche con lámparas de gas, tan brillantes como a pleno sol, de las tiendas, del estanque del jardín de Luxemburgo y Dios sabe de qué más, que en realidad sólo conocía de pasar por delante en fila, yendo de paseo con los internos. Max y yo hubiéramos podido contarle muchas más cosas, pero no teníamos ningunas ganas de hacerlo; además, la señora Franju estaba pendiente de la conversación que se desarrollaba en la mesa de los niños, de manera que la comida transcurrió de un modo más bien aburrido.

Cuando las mesas estuvieron recogidas, la señora Franju en su casa y Adéle fregando, papá vino a buscarnos. Sentada en torno a la mesa, la familia presentaba un aspecto tan terriblemente serio que a mí se me aflojaron las piernas y se me quitaron las gemas de hacer ningún comentario gracioso. Papá nos explicó que a mamá la iban a internar en un hospital donde los médicos la curarían, y que nosotros pasaríamos los últimos meses de clase y las vacaciones de verano en Nogent-le-Rotrou, donde todo el mundo estaba seguro de que seríamos un modelo de buen comportamiento, para que mamá se sintiera orgullosa de nosotros cuando regresara a casa y todo volviera a ser como antes. Después de aquello, los Crapart —padre, madre e hijo— se marcharon, y Adéle nos llevó a pasear al otro lado de la estación, hasta la iglesia de Saint-Augustin, que quería ver sin falta antes de dejar París al mismo tiempo que nosotros.

Aquella noche me pasé un buen rato llorando en la cama antes de poder dormirme. Max también.

«Lloros de joven no llegan al amanecer», decía la abuela Chauron cuando nos sorprendía lloriqueando. De hecho, cuando nos fuimos al colegio a la mañana siguiente hacía un maravilloso día de mayo, y yo casi lamentaba haber llorado tanto la noche anterior. Por otra parte, me parece que aquella noche habría derramado las mismas lágrimas por cualquier tontería (un desollón en la rodilla o una reprimenda de Adéle), de tan nerviosa que me había puesto aquel conciliábulo familiar, la expresión desconsolada y fisgona de la señora Franju, las historias pretenciosas del primo Léon y, sobre todo, el disgusto de tener que cambiar mi querido barrio por un «pueblucho» de campesinos.

Estaba lo de mamá, por supuesto... Pero, puesto que los mayores ponían la mano en el fuego sobre el hecho de que regresaría curada en otoño, bastaba con creer en sus

palabras. No obstante, en un rincón de mi mente algo me decía que nada volvería a ser como antes; aunque, de todas formas, nada era ya como antes desde el día en que mamá se había visto obligada a permanecer en la cama y yo, por mi parte, casi tan apartada de ella como si ya no hubiera estado allí.

A la hora del recreo, conduje a Lydie a un rincón para anunciarle la mala noticia, y contamos con los dedos los días que faltaban para que abandonara París. Siete exactamente, ya que el tío Augustin vendría a buscarnos el lunes siguiente, muy temprano, para llevarnos a Nogent... En medio de mi desgracia, la suerte me sonrió. Al día siguiente, un carruaje con unas copas de más (el cochero, no el carruaje ni el caballo) atropello al maestro, y no hubo clase durante tres días. La señora Pasquier no tenía criada, sólo una mujer que iba a hacer la limpieza, y Lydie se las arregló para que pudiéramos pasar la tarde del miércoles tranquilos en su casa. A la señora Pasquier le sucedía lo mismo que a la señora Vierneau: se pasaba más tiempo en la calle que en casa.

Así pues, en ese sentido todo iba sobre ruedas. La noche antes, Max me dijo que en su clase todo el mundo sabía que los Chauron dejaban París, y que su maestro ni siquiera se tomaba la molestia de ponerle falta. Así que fuimos los dos.

La señora Pasquier tenía bien montada la casa. Era del mismo estilo que la de los Vierneau, y flotaba un aroma similar, una mezcla de cocina, mujer y pachulí. Hablando claro, imperaba un lujo de regenta de burdel, llamativo y desordenado. No era ni la riqueza de la casa del doctor Boulay, ni la pobreza de la nuestra, sino una mezcla de ambas. En aquella época, no hacía falta nada más para deslumbrarme. Me sentía orgullosa de caminar sobre alfombras sin hacer ruido. Las había por todas partes, hasta en la habitación de Lydie, un dormitorio para ella sola, con una cama de persona mayor, o casi, con colcha de encaje, aunque desordenada y un tanto sucia.

A Max no le intimidaba aquella elegancia. Ni siquiera le interesaba. Había adquirido mucha seguridad en su trato con las mujeres, quiero decir con Adèle y conmigo, convirtiéndose en el gallo del corral. Y en esa ocasión no tenía que realizar grandes esfuerzos para seducir, ya que yo le había asegurado que Lydie estaba dispuesta a intentarlo, e incluso a ir algo más allá. Pese a todo, se mostró galante a su manera. Una vez instalados en la habitación de Lydie, con una caja de galletas que su madre había comprado para los amiguitos de su hija y una botella de jarabe de grosella, se plantó delante de ella y le dijo:

—Didie, ¿es verdad que no le has visto la picha a ningún chico? ¿Ni siquiera una vez?

—No, no... —respondió Lydie, muy ruborizada—. Bueno, un poco, la del niño del reloj de pared que hay en la habitación de mamá, el de las alas. Pero ése no cuenta, porque es demasiado pequeño.

—Vale, entonces pon la mano aquí —le dijo Max, cogiéndosela y colocándola sobre el pantalón, justo a la altura adecuada— y notarás la diferencia.

Pensé que podían prescindir de mí un momento y dije que iba a buscar otra

botella de agua a la cocina. Cuando regresé a la habitación, había novedades, en efecto. Max ya tenía fuera la picha, que había adquirido bastante consistencia, y la paseaba bajo la nariz de Lydie, que permanecía sentada en la cama, igual que el doctor Boulay me había presentado la suya una semana antes.

—Lydie —intervine—, tienes que cogerla entre tus manos y acariciarla si quieres que siga creciendo.

—Sí, pero antes debe quitarse las bragas y enseñarnos el trasero —protestó Max.

Ella empezó a poner pegas: que si estaba sucio, que si ya no quería, y cosas por el estilo. Entonces, me arremangué el vestido y las enaguas, y dije:

—Yo ya me las he quitado, Lydie. Si tú no lo haces, no podremos divertirnos y te arrepentirás cuando nos hayamos ido a Nogent. Vamos, Didie, no seas tonta.

Después de bajarse las bragas, se tranquilizó y se decidió a tomar la picha de mi hermano entre sus manos, empujando la piel hacia atrás para ver salir la punta roja. Como aquello le parecía divertido, continuó hasta que Max estuvo totalmente empalmado. Él la había cogido del cabello y comenzaba a respirar como hacen todos los hombres cuando están a punto de correrse. Y, en aquel momento, Lydie hizo algo que me dejó atónita: acercó la cabeza, abrió bien la boca, como yo había hecho con el doctor Boulay, y se metió el chisme de mi hermano; no sólo la punta rosada sin piel, sino más de la mitad del miembro. Tenía las mejillas completamente hinchadas y los ojos cerrados. Así pues, llegué a la conclusión de que se trataba de algo natural, ya que ella lo había hecho por decisión propia, sin que Max se lo hubiera pedido ni yo le hubiese contado nunca que se la había chupado al doctor Boulay.

Por otra parte, resultaba evidente que a Max era la primera vez en su vida que le hacían eso, pues decía:

—Lydie, pero... ¿qué haces? Deja mi picha, la vas a morder... Así no...

¡Como si oyera llover! Seguía chupando cada vez con más energía y más a fondo. En resumen, había descubierto que tenía dotes para ello y no estaba dispuesta a que interrumpieran su número, que evidentemente le parecía muy agradable, pues continuaba sin verse forzada a hacerlo. En el fondo, Lydie era todavía más viciosa que yo. Por lo demás, después lo demostró sobradamente. En ella, sin duda era algo hereditario, como dicen los sabios para explicar lo que no comprenden. A mí también me gusta chupar, pero desde luego esa afición no me la transmitieron ni mi pobre querida mamá, que era una santa, ni mi padre, que en su vida echó una cana al aire más que en el tema de la caja.

No me atrevería a decir lo mismo en el caso de la señora Pasquier. Más tarde la volví a ver, cuando regresé a París, y tenía en efecto boca de chupona: carnosos labios salientes, siempre entreabiertos, y una sonrisa que decía que, por esa puerta, la entrada era libre, si no gratuita. Y quizá, para completar la herencia, en aquel momento el funcionario de Asuntos Árabes hacía que una beduina de doce años le

sacara punta a su lapicero. ¡Quién sabe!

Esas reflexiones no se me ocurrieron en aquel momento, por supuesto. Entonces sólo sentía celos de ver que Lydie hacía desde el primer día más cosas que yo después de dos o tres semanas de aprendizaje, y me prometía poner, si se me permite decirlo, toda la carne en el asador con tal de no permitir que me superara. Y, por descontado, ver que aquella picha entraba y salía de su boca como si fuera una manzana de caramelo, me ponía frenética.

Acerqué un puf y me senté frente a ellos. Max había dejado de protestar y Lydie ponía tanto ardor en la faena que, por momentos, engullía la picha casi entera, emitiendo ronquidos por la nariz. ¡Menuda revelación! Yo separé las piernas para acariciarme a gusto, cada vez con más energía y rapidez, hasta que me di cuenta de que Max iba a descargar y de que era preciso detenerlos. Yo también me detuve y dije:

—Déjalo, Lydie, no le has hecho venir para eso. ¡Vamos, para!

Aquellas palabras en cierto modo la despertaron, y abandonó su pirulí estornudando y resoplando.

—Es verdad —dijo Max, sofocado y sin aliento—, no habíamos dicho nada de hacer esto. Lo que yo quiero es ver bien tu trasero y ensartarte. Espero que tú todavía quieras.

Una vez repuesta de la emoción, ella respondió que seguía queriendo y me preguntó:

—Lulu, ¿cómo debo ponerme? ¿A cuatro patas en el suelo? No te olvidarás del jabón, ¿verdad?

Yo tenía otros planes. Prefería verlos haciéndolo como el señor Boulay me lo había hecho a mí, en la cama.

—No, tengo una idea mejor —respondí—. Tú te acostarás como hacen las personas casadas, y Max se tumbará encima de ti. Igual que con Adèle —añadí, dirigiéndome a mi hermano—, pero por el otro lado.

Max estaba de acuerdo. Lydie se acostó boca abajo y yo le levanté las enaguas hasta la cintura. Tenía unas bonitas nalgas. Comprendo que nalgas como ésas, o como las mías, puedan volver locos a los hombres, por la sencilla razón de que en aquel momento hubiera deseado ser uno de ellos para manipularlas a placer. ¡Y eso que no eran más que unas nalgas de jovencita! Las de las mujeres, cuando son bonitas, encienden en mí tanto deseo como en los hombres.

—¿Así? —preguntó una vez instalada, con el rostro hundido en la almohada—. Pero no quiero que me haga daño.

—No te preocupes —respondió mi hermano—. Lulu y yo sabemos cómo hacerlo.

—Didie, separa más las piernas para que Max vea bien tu ojete —añadí—. Y no hables más, nos ocuparemos de ti.

Ella obedeció. Le dije a Max que se subiera a la cama y esperara un poco tal como estaba, y me acerqué a Lydie para prepararla. Quería hacerlo yo misma para

saber qué gusto tenía el agujero de un culo. El de Lydie estaba muy limpio y tenía muchos pliegues, como todos, evidentemente. Separé sus nalgas e introduje la nariz para aspirar. Desprendía un agradable olor de sudor, y yo me daba cuenta de que mi lengua le producía el mismo efecto que a mí me había producido la del doctor Boulay, porque ella se retorció gimiendo, igual que yo. Max me dejaba hacer, pero decía:

—Date prisa, Lulu, quiero ensartarla.

Los hombres ignoran lo que es realmente bueno para una mujer. En el prostíbulo no me atrevía demasiado a proponerlo, pero cuando un cliente amable y cariñoso me lo pedía, yo aceptaba a cambio de dos francos más, y siempre los obtenía; y entonces no fingía, sentía verdadero placer además de ganar cuarenta pavos. En resumen, que de ese modo acabé teniendo amigos realmente íntimos y fieles. Pero, no hago más que hablar sin parar, ¡y la leche hierve en el fogón!

Al tiempo que le comía el trasero, mojaba a conciencia con saliva allí donde era necesario; luego me retiré y le dije a mi hermano:

—Ya está, Max, pero no vayas muy deprisa para que pueda ver cómo entra tu minina.

Max se tumbó encima de Lydie, y ésta dejó escapar un débil grito.

—¿Te hace daño, Didie? —pregunté.

—¡Oh, no! Apenas un poco, ha sido la sorpresa —respondió con la voz sofocada—. ¡Qué bien ha entrado! Es una sensación extraña. ¡Oh! No empujes con tanta fuerza, Max... Lulu, dile que no vaya hasta el fondo... ¡Ah! Ha salido..., ahora está mejor. ¡Oh, no! Vuelve a entrar... ¡Oh! Pero esta vez... ¡Qué gusto! Sí, sí, puede continuar...

Cada vez me sentía menos interesada. Ellos se movían, uno encima de otro, como si intentaran destrozarse la cama. Y yo sólo tenía una idea: largarme para que me hiciera otro tanto el primero con quien me encontrara. No, el primero no, Vincent. «Existe una posibilidad —pensé de pronto—. Si me doy prisa, puedo llegar a su colegio antes de que salga. Le esperaré y le pediré que me lleve a su casa». Era una idiotez, pero yo ya no razonaba. Así pues, fui a buscar mis bragas a la cocina y me las puse en un santiamén, así como los zapatos, que también me había quitado. Ellos acabaron en ese preciso instante, con gran acompañamiento de gruñidos, de gemidos, de «ay, ay», de «ah, ah» y de «oh, oh».

—Yo me largo —le anuncié a Lydie mientras ella se sentaba en la cama junto a Max—. Vuelvo a casa. Pero vosotros podéis quedaros. Ya verás, Lydie, dentro de un cuarto de hora Max volverá a empezar y te lo pasarás todavía mejor.

Me largué corriendo, en efecto, y llegué más de diez minutos antes de que Vincent saliera. No pareció muy sorprendido al verme sin mi hermano, y me saludó con un beso.

—Vincent —le dije—, me gustaría que me llevaras a tu casa. Quiero pedirte algo.

—Pero ¿tú qué te has creído? —replicó él—. A esta hora mis padres están en

casa, al menos mamá, además de la criada. Yo quisiera, pero seguro que mi madre no te quitará el ojo de encima.

—Es igual, Vincent, vamos. Me gustaría estar sola contigo una vez, porque podría ser la última en mucho tiempo, ¿sabes?

Él lo sabía. Incluso le había explicado a sus padres nuestra situación, confiando en que su padre le propondría albergar a Max en su casa a la vuelta y le encontraría un empleo como aprendiz; tal vez incluso a mí, como complemento.

Yo ya no estaba tan enamorada de él desde que había pasado por las manos del doctor Boulay, una conquista mucho más halagadora que la suya para una chica de mi edad. No olvidaba que precisamente al día siguiente debía despedirme del sátiro del primer piso, pero lo uno no quitaba lo otro; al contrario, la perspectiva de los meses que pasaría interna o en casa de los Crapart, sin ninguna posibilidad de divertirme, enardecía mis ansias de pichas y esperma. Ahora ya sabía que es así como se llama el jugo de los hombres.

Por el camino no dijo nada; apenas se tardaba unos minutos, y los pasó reflexionando. Al entrar en el patio de su casa, llamó al timbre de la portería. No acudió nadie.

—Bueno, el señor Cuvier no está y supongo que tardará —dijo—. Ven por aquí.

El patio estaba atestado de pequeñas construcciones bastante ruinosas: un establo (se oía ruido de cascos al golpear contra las tablas), una cochera, dos o tres cobertizos y un excusado. Vincent me condujo hacia uno de los cobertizos, que debía de conocer, donde había colgados arneses y fustas; al fondo había amontonados sacos de avena y paja. Resultaba más bien agradable para alguien como yo, a quien le gusta el olor de los caballos y del estiércol. Empujó la puerta; se podía incluso cerrar cogiendo la llave que estaba fuera. El cobertizo debía de servir también de trastero a los Vierneau, pues en un rincón había un maniquí de costurera, un viejo patinete y unos cuantos aros. Seguramente por eso se le había ocurrido a Vincent ir allí.

—¿A que se está bien aquí, mujercita mía? —me preguntó, mientras yo me sentaba en los sacos—. Y puedes acomodarte, ¿sabes? Nadie vendrá a molestarnos hasta la noche, y a lo mejor ni eso.

—Sí, se está muy bien, Vincent. Y ya que disponemos de un rato de tranquilidad —añadí—, ¿qué quieres hacer? De momento, voy a quitarme las bragas para que puedas mirarme el chichi... Y yo..., yo miraré tu picha...

Eso fue precisamente lo que hicimos. Yo mantenía los muslos muy separados, y él se sacó la minina del pantalón, ya hinchada pero no muy tiesa. Me preguntaba si ya se la habría chupado alguna chica, pero pensándolo bien me daba exactamente igual. Incluso lo habría preferido, porque así estaría al corriente y no haría aspavientos. Lo estaba, sin duda, aunque tal vez por haberlo comentado entre chicos, pues no mostró sorpresa cuando la atraje hacia mí y me la metí en la boca, llevando mucho cuidado de no hacerle daño con los dientes. «Si Lydie ha conseguido meterse la de Max hasta el gaznate —pensaba—, no hay ninguna razón para que yo no pueda hacer lo mismo.

Además, quiero que se corra en mi boca».

Así pues, me metí en faena. Digo «en faena», como dicen todas las prostitutas y mujeres de la vida que le hacen un francés a un cliente, porque ponía todo mi empeño, sin calentarme, en que mi hombre quedara satisfecho y no se le ocurriera que otra podría hacérselo mejor. Era la máxima de la abuela Chauron: «Todo cuanto merece hacerse, merece hacerse bien, hijita». Cocinar, zurcir, bordar a punto de cruz o mamar un dardo son actividades que constituyen un auténtico arte, y es preciso realizarlas con amor. En el estudio de Bougrot (Adolphe, mi pintor), cuando los alumnos estaban juguetones cantaban:

*A los catorce años, chupando pollas,
nuestra amiguita se graduó,
tachín, tachan, tachón...*

Por lo que a mí se refiere, ponía el máximo interés en graduarme, ayudada por el azar y con enorme placer. Nunca lamenté haber empezado pronto. En aquel momento me sentía un tanto inquieta por el desenlace, pues una cosa es lamer o chupar, y otra muy distinta tragar. La primera vez es la decisiva. He conocido prostitutas que eran incapaces de hacerlo y les entraban ganas de vomitar cuando se veían en tal situación, simplemente porque se habían dejado vencer por la náusea la primera vez. Y otras, como yo, que lo único que pedían era eso.

En parte gracias a la suerte, y en parte al instinto, salí bien parada de aquélla. Acababa de ponerme en marcha tras el movimiento anterior, igual que el pistón de una máquina de vapor que ha llegado al final de su itinerario y se dispone a partir en sentido contrario, cuando él comenzó a correrse, de manera que pude conservar todo el jugo y tragármelo a continuación. La sorpresa del primer chorro me hizo apretar ligeramente los dientes, y él gritó:

—¡Ay, ay! ¡Lulú, no me muerdas!

Para que me perdonara, y porque me gustaba hacerlo, mantuve su picha en mi boca mientras se desinflaba soltando aún pequeños chorros.

—¡Ah, sí! ¡Qué gusto da ahora, Lulu! —exclamó, agarrándome del pelo—. Chupa bien, aún queda un poco... Así... Un poco más...

Yo obedecí. Como dice el anuncio de un licor de los monjes de Fécamp, era «sabroso hasta la última gota».

Cinco

Atleta fornido y nervudo, con el sudor chorreándole hasta por los pelos de las orejas, parecía un gorila de largos y velludos brazos, y de mandíbula esculpida en bronce.

Courteline.
Le train de 8h.47

No había perdido el tiempo, por supuesto, porque ahora sabía que algún día, cuando tuviera unos años más, podría proporcionar placer a los hombres de ese modo. Sin embargo, lo que divierte a la boca no contenta al trasero; beber resulta delicioso cuando se tiene sed, siempre y cuando se coma cuando se tiene hambre. Así pues, decidí subir con Vincent a casa de sus padres. En primer lugar por cortesía, ya que íbamos a dejar París; y en segundo lugar para darle tiempo a que recuperara las fuerzas y le entraran ganas de ensartarme. Tal como le había dicho a Lydie, con muchachos de esa edad es cuestión de esperar un cuarto de hora.

Los dos estaban allí, la señora y el señor. Eran muy amables, bulliciosos y más bien parlanchines. Me causaron buena impresión, incluso cuando me reprocharon no haberles visitado más a menudo, siendo como era mi hermano el mejor amigo de su hijo. La señora improvisó una merienda con pastelillos que la criada fue a comprar a la calle Blanche y jarabes. El señor me hizo un montón de preguntas acerca de lo que iba a ser de Max y de mí en caso de que mamá no se curara de aquí al otoño. Por lo que decía, comprendí que no creía en absoluto en la curación de mamá y en nuestro regreso a París. De vez en cuando, su mujer y él me miraban como si estuvieran pensando lo mismo sin decirlo. Pero ¿qué podía ser? ¿Que sería una lástima que la atractiva joven en que prometía convertirme se enterrara en una pequeña ciudad de provincias, cuando él podía forjarme una carrera parisina mucho más divertida y lucrativa? Sin duda había algo de eso, pero no podían ser más que proyectos

aventurados y lejanos. Sabiendo, como hoy sé, que la señora estaba asociada a las actividades de «corredor» de su marido, creo que, al mirarme y escucharme, tuvieron al mismo tiempo una especie de reflejo profesional, algo así como: «Esta pequeña no reúne las condiciones para casarse. Sin un céntimo y sin relaciones, por muy bonita que sea no le interesará más que a algún patán. Por el contrario, sin madre y con un padre más bien indiferente, será un milagro si permanece virtuosa por mucho tiempo. No la perdamos de vista».

—Vincent, ¿sabes que tu amiguita es muy mona? —dijo de pronto la señora Vierneau. E inmediatamente añadió—: Sí, sí, Lucienne, le aseguro que en pocos años se convertirá en una joven encantadora. Claro que sería preciso poder vestirla un poco mejor, pequeña. ¡Tal como va, parece el as de picas, hijita! ¿No eres de la misma opinión, Émile?

Emile alzó los brazos al cielo para manifestar su conformidad y su impotencia a este respecto. Su mujer se empeñó en conducirme a su tocador para «pasarme el peine». En realidad, era para decirme:

—Lucienne, tengo un gran interés por usted, igual que mi marido lo tiene por su hermano. Se enfrentará a años difíciles. Si es necesario, no dude en recurrir a nosotros.

En aquel momento, yo tenía la estúpida idea de que quería casarme con su hijo. Nada más lejos de la realidad. Con toda aquella historia, mis asuntos no habían avanzado, y veía que se acercaba el momento en que tendría que despedirme de ellos y regresar a casa sin que Vincent me la hubiera introducido. Con todas aquellas preguntas y reflexiones, sentía menos deseos que antes, pero pensar en los meses que tendría que pasar en casa de los Crapart sin poder acceder a una picha, ni siquiera un instante en un rincón oscuro, me exasperaba. Quería, al menos, hacer provisión de recuerdos, del mismo modo que los marinos hacen provisión de galletas y agua potable antes de embarcarse con destino al cabo de Hornos.

«Si hoy consigo sacar provecho de la de Vincent —pensé al regresar al salón—, será necesariamente en un abrir y cerrar de ojos, y a condición de que no perdamos ni un minuto en preparativos y destapes». Por consiguiente, le pregunté a la señora Vierneau, por cortesía, dónde estaba el excusado, pues conocía el lugar, ¡y de sobra! Una vez allí, me quité las bragas y las escondí bajo el corpiño, apretando bien el cinturón del vestido para que no cayeran a mis pies delante de todo el mundo. Resultaba realmente agradable y curioso ir así, preparada para cualquier cosa, con el trasero accesible a una mano o una picha, a conceder favores y rendir tributos. Ya sentía como si Vincent estuviera levantándome las enaguas, y pensaba en la sorpresa que se llevaría al encontrarme con el culo al aire y poder ensartarme en dos minutos.

Cuando el señor Vierneau me recordó que había llegado el momento de que volviera a casa, pregunté:

—Señor, ¿podría acompañarme Vincent? Sólo serán cinco minutos. ¿Quieres, Vincent?

Mientras lo decía, le dirigía tiernas miradas, como en el pasillo del Folies-Bergère, para que comprendiera que contaba con él. Fue que sí, por supuesto. Dije adiós a sus padres y le di un beso a la señora con las lágrimas asomando a los ojos.

—No, Lucienne, adiós no, hasta pronto —corrigió ella.

Al llegar al patio, tiré de Vincent hacia el cobertizo de los arneses; él dudó, porque pensaba que el señor Cuvier había regresado a la portería.

—Vale, pero sólo un momento. Se armaría un escándalo si nos descubriera.

No importaba. Pasé delante de él y, apenas estuvimos dentro, me arremangué el vestido y le pregunté:

—¿Crees que podrás enseguida, Vincent? Enséñamela. Él se la sacó, y como no parecía estar lo bastante erecta para entrar, la mojé con saliva y la froté entre mis manos. Enseguida se irguió, y yo me puse enferma de ganas de sentirla en mi trasero y de que se corriera. Nos quedamos de pie para que yo pudiera bajarme rápidamente el vestido y él abrochase si oíamos que el señor Cuvier se acercaba al cobertizo. Coloqué los pies en un estribo para quedar más alta y me apoyé en los sacos, sujetando el vestido para que no se me bajara. Dado que no estaba muy mojada, la picha no entró con tanta facilidad como de costumbre y sentí un ligero dolor, pero preferí no decir ni hacer nada; fue una medida prudente, pues un instante después mi ojete estaba totalmente lubricado y permitió el habitual vaivén sin ningún problema. Tras diez o doce idas y venidas, Vincent se corrió estrechándome contra él y permaneció un buen rato inmóvil. Sentí que el líquido me inundaba el vientre, y apreté el ojete varias veces seguidas para conservar el máximo posible.

Cuando llegué a casa, Max aún no había regresado. Me dirigí directamente al excusado, diciéndole a Adèle que se trataba de «una urgencia»; una vez allí, me puse las bragas. Todavía se deslizaba jugo entre mis muslos, y me froté con él. Más tarde, evidentemente se impuso la necesidad de que cuidara con esmero mi aseo íntimo para los clientes y amigos. Sin embargo, he conservado la afición a no lavarme ni limpiarme inmediatamente después de hacer el amor, siempre que puedo. Ayuda a recordar.

Papá había recibido una carta de su cuñado esa misma mañana. Mi tía no había encontrado un internado apropiado para mí, de manera que iría al colegio de las Ursulinas de Nogent-le-Rotrou y viviría en casa de los Crapart. En definitiva, era un mal menor. En cuanto a Max, el tío estaba buscándole un empleo como aprendiz que fuera honorable. Partiríamos el lunes por la mañana, como se había convenido; y a mamá la trasladarían el martes al hospital. Papá hablaba de aquello con gran calma, como un hombre que se ha resignado a lo inevitable y que ve mucho más allá.

No me faltaba trabajo: preparar mis tres pobres mudas, mis cuadernos del colegio, mi estuche de costura, mi servilletero..., y las cosas de Max, que era un dejado.

Según me contó, la tarde pasada con Lydie había acabado muy bien, excepto que la señora Pasquier había estado a punto de sorprenderlos enganchados uno a otro como un perro a una perra. ¿Sospechó algo al encontrar juntos en su casa a su hija y a un muchacho de dieciséis años, tan sofocados y violentos? Es probable, como también lo era en el caso de la señora Vierneau y su marido respecto a Vincent y a mí. Pero padres como éstos tienen la prudencia de comportarse como si no se hubieran dado cuenta de nada. Con frecuencia, ellos hicieron lo propio a la misma edad, y no por eso fueron peores. No es ese tipo de distracción el que puede resultar perjudicial para una chica, y mucho menos para un chico, porque a un chiquillo ni se le ocurre desvirgar a una jovencita mientras puede encontrar placer enclándola amablemente.

El caso es que la mamá de Lydie se había mostrado encantadora con Max, al que sin duda encontraba ya lo bastante guapo como para hacer planes respecto a él. La virginidad de mi hermano había naufragado entre los muslos de Adèle, pero la señora Pasquier lo ignoraba. Y, de cualquier modo, debía de pensar ella, dos o tres años pasan volando. Virgen o no, un joven tal como Max prometía serlo a los dieciocho años constituye un instrumento de placer perfecto para una mujer cuyo marido se dedica a joder moras a miles de kilómetros de allí.

Aquella noche dormí como un tronco. Estaba agotada, igual que Max, y, al ver que la cabeza se nos caía sobre el plato durante la cena, Adèle no tuvo que esforzarse mucho para adivinar que no nos habíamos pasado el día haciendo flanes de arena. Papá también sospechaba algo, al menos respecto a Max, que debía de tener unas ojeras enormes, pues le dijo en un tono extraño:

—Me parece que te has dedicado a visitar a tus amigos para despedirte, Max. No te lo reprocho, hijo mío, pero no deberías olvidar que tendrás que trabajar mucho en cuanto llegues a Nogent. Así que procura no fatigarte demasiado aquí.

La cosa quedó ahí, con gran alivio por mi parte. Por lo demás, mis ocupaciones del día más bien me habían estimulado que extenuado. Sin embargo, había trajinado no poco, porque tuve que bajar de nuevo a toda prisa, apenas volver a casa, para recoger de la farmacia una caja de pastillas que Adèle había olvidado al ir de compras. Así pues, sentía que los ojos se me cerraban y que el sueño me vencía, cuando Adèle vino a arroparme. Metió una mano bajo las sábanas y a continuación la deslizó entre mis nalgas, que todavía estaban impregnadas del jugo de Vincent. Luego introdujo dos dedos de golpe y me dijo al oído:

—Lulu, ¿no te da vergüenza hacer que te la metan sin parar en el trasero, cuando vas a separarte de tu mamá quizá por mucho tiempo?

—Pero, Dédèle —protesté débilmente, de tantas ganas que tenía de dormir—, ¿qué crees que he hecho? Te aseguro...

—Te aseguro que tengo los dedos empapados del jugo que has hecho que te metan —respondió, al tiempo que los hundía un poco más—. ¿Es de tu hermano?

—No, Dédéle, es de Vincent. Pero no tiene importancia, puesto que mañana nos vamos.

—¡Sí, nos vamos, pero tú sólo piensas en una cosa, grandísima guarra! — exclamó—. En fin, después de todo, es tu problema. Y mañana os dejaré dormir lo que sea necesario.

Así pues, al día siguiente nos levantamos tarde, a las diez, justo a tiempo para que yo llegara al catecismo. Estuve todo el rato distraída, cosa lógica teniendo en cuenta los recuerdos del jueves anterior. Al separarme de mi apuesto doctor, le había dicho que no quería faltar dos jueves seguidos para no afligir inútilmente a mamá si llegaba a enterarse. Aquella insistencia en desear con semejante firmeza dos cosas tan contradictorias —santurroneías, como él decía amablemente, y juegos de culo—, le había hecho gracia, pero no se burló de mí; tan sólo masculó una frase que yo le pedí que me explicara: «Mujer de mucha misa, mujer de mucha picha». Total, que quedamos en que, si la escalera estaba tranquila, daría dos timbrazos cortos y uno largo al pasar ante su puerta cuando regresara de la iglesia. Él estaría solo, y podríamos vernos al menos un momento antes de la hora de comer; después, ya veríamos.

Yo me sentía muy orgullosa de tener una cita con un hombre, como una verdadera dama. Mientras el abate Ballandin, el vicario de los niños, nos hablaba de la próxima comunión solemne, yo le daba vueltas a lo que podría hacer con mi amable doctor para llevarme de él un recuerdo realmente consistente. Por desgracia, el vicario me atrapó en el momento en que me disponía a escabullirme discretamente, y no tuve más remedio que dejar a un lado mis proyectos y fantasías para responder como una niña buena a sus preguntas: que cómo se encontraba mamá, que si me había portado bien desde que ella cayera enferma y que si le había rogado al Buen Dios que se curara para poder regresar a mi querida parroquia de la Santísima Trinidad.

Se aprende rápido a ser hipócrita cuando uno se ve obligado a ello. Respondí, con lágrimas en los ojos, que me sentía demasiado triste por todo lo que me sucedía para pensar en otra cosa que no fuera el Buen Dios, y que había comenzado una novena a la Santísima Virgen para que mamá recobrara la salud. En resumen, cuando por fin conseguí llegar a casa del doctor, jadeante, hubiera debido estar ya sentada a la mesa.

No sabía muy bien cómo actuar con él. ¿Debía arrojarme en sus brazos y ofrecerle la boca? No sentía ningún deseo de hacerlo. Sobre todo porque, en tal caso, habría tenido la sensación de estar visitando a un respetable tío, y él no era ni lo uno ni lo otro. Y también porque los niños se forjan una idea muy distinta a la de las personas mayores, acerca de lo que resulta o no apropiado en los inicios de una relación amorosa. Para éstas, el beso apasionado es de rigor entre dos amantes. Invierten en ello el mayor tiempo posible, y sólo mucho después las manos del señor se aventuran por la grupa de la señora, la cual, cuando se abandona a la pasión, aventura a su vez sus manos por la bragueta del señor. Para los niños, en cambio, lo correcto es abordar cuanto antes las ocupaciones serias: la picha para ella, y el culo

para él. ¡Nada de remilgos! ¡Directamente al grano! Las mujeres de la vida no razonan de un modo muy distinto. Sus clientes se sentirían bastante violentos si se comportaran con ellos como amantes de una hora.

Pero, después de todo, aquella mañana mi querido doctor no estaba para bromas. Me cogió en brazos como si fuera una muñeca, me arrojó sobre la cama y comenzó a bajarme las bragas a tirones.

—Pero, señor Boulay —protesté riendo—, me quitaré yo misma las malditas bragas que le impiden disfrutar del trasero de su Lucienne... Así, ¿ve? Ya no están. Y sin necesidad de rasgarlas... ¡Al diablo las bragas! —exclamé, enviándolas de un puntapié lejos de la cama—. No dispongo de mucho tiempo, ¿sabe, señor Boulay?

—Tienes razón, soy un bruto —se excusó, colocándose detrás de mí—. ¿Qué quieres? Hace una hora que no paro de dar vueltas por el consultorio como un león enjaulado, esperando el momento en que por fin podría comerme el delicioso culito de mi Lucienne.

—Pues come, come, mi fiero león —dije—. Pero no con los dientes, ¿eh? Sólo con los labios y la lengua—. Y eso era precisamente lo que ya había comenzado a hacer, gruñendo y separando mis nalgas con las dos manos. Así descubrí la brutalidad, o, mejor dicho, el amor brutal, que es al mismo tiempo cariñoso y solícito. Le tomé gusto aquel día y jamás lo perdí. Me agitaba entre sus manos como si un ejército de hormigas rojas me recorriera la espalda, y apenas me dio tiempo a darme cuenta de que me había dado la vuelta como si fuera una tortilla, cuando empezó a chuparme por delante con el mismo frenesí. Se detuvo un instante para ver si yo lo aceptaba, y balbuceó:

—Ahora tu coñito... El coñito más precioso del mundo... ¡Oh, cómo va a gozar mi Lucienne! Aquí, sí, aquí...

Yo no podía responder nada. Gemía cada vez más fuerte, casi como una verdadera mujer, hasta que en efecto gocé, o en cualquier caso sentí lo que yo entendía por gozar, y que para mi edad lo era. Me quedé exhausta, y permanecí un buen rato incapaz de realizar el más mínimo movimiento, ni siquiera abrir los ojos. Él se había incorporado, y cuando vio que salía de aquel estado de embotamiento me dijo:

—Hay que ser razonable, pequeña. Ahora debe vestirse y subir a casa. Y, sobre todo, procurar no bostezar demasiado en la mesa.

—Pero, señor Boulay, yo quería hablar con usted acerca de mamá. Y también decirle adiós a la picha de mi amable doctor...

—Adiós, no, hasta pronto —rectificó, igual que había hecho la señora Vierneau—. Bien, podríamos vernos mañana...

—¿Mañana? ¿Por qué no esta tarde? —pregunté.

—Porque su fornido doctor todavía tiene que visitar a cinco enfermos hoy, señorita. Y porque tú debes descansar. ¿Puedes salir de casa mañana muy temprano, pequeña hada? ¿Hacia las ocho?

¿Cómo podía decir que no? Al día siguiente ya era viernes, y estaría mucho más ocupada y vigilada el sábado para confiar en poder escabullirme.

—Sí... Creo que sí... Pero un poco más tarde, cuando papá se haya marchado a la oficina. Le diré a Adéle que debo entregarle los cuadernos al maestro antes de que empiece la clase, eso se lo creerá.

—De acuerdo, mi preciosa mentirosa —dijo riendo, mientras yo ponía en orden mis ropas—. Y ni siquiera tendrás que llamar al timbre. Dejaré la puerta entornada, bastará con que empujes... Como en las novelas, pequeña, como en las novelas—. Para mí lo era, en efecto.

Poco faltó para que las cosas se torcieran, como debe suceder en las buenas novelas. La comida no se acababa nunca. Adéle tenía un mal día, Max estaba socarrón y comía como un guarro y papá se había quedado en la oficina, como solía hacer cuando los números no le cuadraban. Yo, por mi parte, me sentía confundida por tantas agitaciones y emociones, hasta el punto de levantarme de la mesa antes del postre para ir a echarme a la cama.

Allí, fui presa de la desesperación y estallé en sollozos. Ahora estaba segura. «Cuando vaya a besar a mamá a su cama el sábado por la noche —me decía—, será la última vez en mi vida que sienta mi piel contra la suya, mi cuerpo entre sus brazos y sus labios en mis mejillas. No habrá nada, jamás volverá a haber reprimendas. ¿Hasta pronto? No, adiós, adiós para siempre...». Cuanto más me repetía esa horrible palabra, más convulsivo se hacía el llanto. «Y lo más terrible es que ella está aquí —pensaba—, al otro lado de la cocina, a dos pasos, que sin duda está llorando tanto o más que yo de oírme gritar, y que no debe, no puede dar esos dos pasos para venir a consolarme; ni yo ir con ella para intentar consolarla de la muerte...».

Adéle se había sentado junto a mí, advirtiéndole a Max que no se moviera de la cocina. Ella también lloraba, aunque en silencio, y me acariciaba el rostro; pero era inútil, yo no podía hacer otra cosa que no fuera gritar y berrear como una loca. Afortunadamente, al final sentí una arcada y se lo indiqué con un gesto a Adéle. Ella regresó con una cubeta, y yo vomité como un animal enfermo. Dédéle me sostenía la cabeza y me pasaba una esponja mojada por la cara. Cuando pasó la crisis, continué llorando, pero con suavidad, sin esfuerzos, y me quedé dormida.

Creo que dormité un buen rato, por lo menos dos horas, y cuando me desperté la tormenta había pasado. Estaba muy cansada, pero tranquila. Max había salido. Adéle hizo que me lavara la cara y el cuello con agua fría, cubriéndome de besos y susurrándome palabras cariñosas; y como yo oía a mamá toser, decidí ir a verla en cuanto le pasara el acceso para llevarle una taza de chocolate, su último placer. Ella roe pidió que le contara novedades del colegio, el catecismo, el barrio, e incluso de Lydie, de la que le había hablado con frecuencia cuando todavía nos hablábamos; y todo eso como si fuera a levantarse a la mañana siguiente tras un fuerte resfriado. Luego le dije que debía ir a hacer algunos recados y que le compraría un pastel de chocolate con mis ahorros. Así lo hice.

Aquel día me acosté muy temprano y dormí como supongo que deben de hacerlo los ángeles, sumida en una dorada nada.

Le había pedido a Adèle que me despertara antes de las ocho. Le dije que era para desayunar con papá y porque debía estar en el colegio temprano para despedirme del maestro. Dejé que mi padre bajara solo con el pretexto de ayudar a Adèle a lavar las tazas, y llegué a la hora convenida al descansillo del primero, fresca como una rosa y sin bragas. ¿Para qué las quería si volvería a casa antes de comer y tendría tiempo de ponérmelas discretamente? Ahuyentados los pensamientos tristes, me estremecía imaginando que mi fornido doctor adivinaría que no llevaba nada bajo el vestido, y que antes de decir una sola palabra me acariciaría el trasero con su gran mano velluda.

Ni que decir tiene que las cosas sucedieron de un modo muy distinto. La calabaza sólo se convierte en carroza en los cuentos de hadas. Empujé la puerta y él la cerró tras de mí de inmediato. Si yo iba sin bragas, él, por su parte, iba en bata y zapatillas, llevaba una especie de gorro turco en la cabeza y estaba más tranquilo que la víspera. Nos sentamos uno frente a otro. La bata, de color rojo, rameada y de lana buena, se había entreabierto, y yo veía sus fuertes pantorrillas cubiertas por un bosque de vello negro; pero no permití que nada me distrajera. Incluso me tapé las rodillas con el vestido para evitar que lo hiciera él, y le pregunté con calma:

—Señor Boulay, mamá no volverá nunca del hospital, ¿verdad?

—No, Lucienne —respondió con la misma calma.

—Va a morir, ¿verdad?

—Sí. Le quedan tres semanas o un mes de vida. Ella lo sabe, y tu padre también.

—Yo también, señor Boulay. Pero quería que usted me lo dijera.

Permanecimos en silencio durante un buen rato, tal vez el tiempo de contar hasta diez, mirándonos y en cierto modo sopesándonos. Era mi primera emoción de adulta; en cualquier caso, la primera vez que me sentía tratada como una «persona mayor». Hoy, al revivir la escena, me da la impresión de que cuando nos observábamos en aquel momento no éramos dos, sino cuatro. En primer lugar, la chiquilla que había encontrado el valor de preguntar tranquilamente si su madre iba a morir pronto, y el médico respetable que le había respondido con la misma tranquilidad que «sí», y que además era cuestión de días. Los otros dos eran un hombre de cuarenta años, hambriento de fruta verde, que acababa de hincar el diente en «un asunto» inesperado, tal vez el mejor de su vida, y una jovencita hambrienta de machos que también acababa de hincar el diente en «un asunto» raro. Eso sumaba cuatro. Cuatro personas en dos no es lo mismo que tres en una, como en el caso de la Santísima Trinidad. Pero, al menos, aquellas cuatro estaban unas frente a otras en carne y hueso, preguntándose cuál de ellas tomaría la palabra primero. Fui yo.

—Señor Boulay —pregunté, del mismo modo que si estuviera haciendo una

pregunta en clase—, ¿se sufre mucho al morir? ¿Hace mucho daño?

—No lo sé, Lucienne —confesó tras haber reflexionado un instante—. Sólo los que mueren lo saben. Yo he visto morir a algunos gritando de dolor, y a otros con gran calma, sonriendo.

—¿Mamá sufrirá mucho? —precisé.

—No, Lucienne. Te prometo que no. Estoy pendiente de que eso no suceda. Toma jarabe de láudano de Richard tres o cuatro veces al día, y en el hospital aumentaremos la dosis. Morirá como un fuego que se extingue.

—¿Qué le da?

Me explicó que se trataba de un producto que embota los sentidos agradablemente, y que incluso exalta un poco a los enfermos y les crea la ilusión de que se encuentran mejor.

—Prefiero saber que morirá así —dije—, y le quiero mucho por haber pensado en ello. Sí, sí, le quiero mucho por eso —repetí en respuesta a sus gestos de negativa—. Pero, de todos modos, me quedaré muy sola en la vida... Y ni siquiera en París... Señor Boulay, ¿usted conoce Nogent-le-Rotrou? —pregunté con una triste sonrisa.

—¡A fe mía que no, señorita Chauron! —respondió—. No tengo ese honor, y no me muero de ganas por tenerlo.

En aquel momento, ya no recordaba en absoluto haber empujado su puerta una hora antes como una jovencita hambrienta de macho, ni que él me la había abierto como un macho hambriento de jovencitas. Y, en apariencia, él también había decidido olvidarlo. Le expliqué los arreglos familiares, qué clase de hombre, por lo que yo sabía, era el tío Augustin, y que la única posibilidad que me quedaba era que papá pudiera volver a casarse pronto, y aun así, porque una madrastra...

—Y eso es todo —concluí—. Cuando salga del colegio de monjas, la tía Yvonne me buscará cualquier marido para librarse de mí. No puede suceder de otro modo. Y, cuando eso suceda, mi amable doctor Boulay ya me habrá olvidado —suspiré.

No me detendré detallando sus protestas. Es cierto que se preocupaba por mí, y también un poco por Max, así como que no albergaba ninguna esperanza acerca de la ayuda que podía esperar de mi padre si las cosas tomaban mal cariz para nosotros. En un momento dado, se levantó, fue hacia su escritorio y regresó con una caja de cartón que depositó sobre mis rodillas. Contenía cinco sobres dirigidos a él, escritos de su puño y letra, todos ellos con el sello necesario para enviarlos por correo y una hoja de papel de carta en el interior; y, bajo los sobres, una especie de abultada bolsa, o limosnera, pesada y tintineante.

—Esto es lo que puedo hacer por ti hoy por hoy, Lulu —me dijo—. En esa bolsa hay cien francos, en monedas de veinte y cuarenta céntimos para que puedas gastarlos sin llamar la atención. Y los cinco sobres con su sello son para que puedas escribirme si tienes ganas y, sobre todo, si te encuentras en algún apuro. Echarás las cartas al correo por medio de Adèle.

Me quedé impresionada. Ni por un instante se me ocurrió que los cien francos —

una suma tan enorme para mí que perdía todo su significado— fueran su «regalo» a la señorita que le había proporcionado placer. Y no era ésa su intención. Habría hecho lo mismo por mí si entre nosotros sólo hubiera habido simpatía. De cualquier modo, yo no sabía cómo darle las gracias, y me quedé allí, como una tonta, dando vueltas maquinalmente a los sobres. El tiempo pasaba, y al final me decidí a decirle:

—Debería amarle aún más por esto, señor Boulay. Debería..., pero en estos momentos me siento incapaz. ¿Sabes una cosa, mi amable doctor? —proseguí de un modo impulsivo—. Ayer por la noche me dormí soñando en todo lo que haríamos juntos esta mañana. Y ahora, esos pensamientos ya no ocupan mi mente... No me guardas rencor, ¿verdad?

—La mía tampoco, mi querida pequeña —respondió él suspirando—. Pero la mente, la mente... Cuando el resto se pone en marcha, ella lo sigue. Y sería una tontería despedirnos con esas historias de dinero y de sellos, ¿no te parece?

Yo era de la misma opinión. Me levanté, me arremangué el vestido y volví a sentarme con las piernas bien abiertas.

—Tiene razón —dije—, mi querido doctor siempre tiene razón. Aunque mi mente no tenga ganas, al resto le encantará ser chupado por un gran lobo barbudo —añadí riendo.

No fue necesario nada más para hacer que abandonara el sillón y se arrodillara entre mis muslos. Me levantó las piernas para apoyarlas en sus hombros, luego me asió las nalgas con ambas manos para situarme a la altura de su boca, y comenzó a chuparme de un modo maravilloso, partiendo desde abajo, lentamente, hasta que sintió bajo la lengua mi minúsculo clítoris. Yo le agarré el pelo con las manos, como hacen todas las mujeres cuando las chupan así, y todo lo demás desapareció de mi espíritu como la niebla bajo los rayos del sol. Empecé a suspirar y a gemir, mientras él continuaba lamiendo y, de vez en cuando, aspirando.

—¡Oh, ya me viene, ya me viene! —balbuceaba—. Continúa, continúa chupando...

En aquel momento, una de sus manos se deslizó por mis nalgas hacia la raja y tanteó el ojete con el dedo gordo, intentando introducirlo. Entró sin dificultad, y yo sentí que enloquecía todavía más al experimentar de nuevo las sensaciones que me invadieran la primera vez que Adèle me había hecho lo mismo.

—¡Oh, sí! —gritaba yo con voz ronca—. Ahí también, ahí también... ¡Oh! Tu dedo, tu dedo... Ya viene..., ya viene por los dos lados... ¡Aaah!

Estaba anonadada de experimentar con semejante intensidad, y fascinada por aquel nuevo placer, sobre todo con el acompañamiento del dedo, mucho más agradable con el de un hombre, pues es algo que a las mujeres no se les suele ocurrir, y todavía menos cortarse la uña como él había hecho mientras me esperaba; aunque quizá fuera simplemente un hábito de médico. Por otra parte, al abandonar mi hendidura dejó el dedo donde estaba y continuó moviéndolo. Cuando recuperé las fuerzas y el aliento, le acaricié con suavidad las mejillas y dije:

—Mi apuesto galán ha mimado mucho a su Lucienne. Ahora me toca a mí... Pero no dejes mucho tiempo mi agujerito sin ocupante, por favor, se quedaría muy triste.

Antes de llegar a la habitación ya me había quitado el vestido y las enaguas, y me había quedado en camiseta y calcetines. Él me quitó la primera, sacándomela por la cabeza, y me dejó los segundos. Es un hecho conocido que los calcetines de las chiquillas excitan a los hombres. Yo cogí su bata por una manga, como para quitársela, y él la dejó caer a sus pies. Para ser la primera vez que veía a un hombre completamente desnudo, quedé bien servida. Una auténtica capa de vello rizado se extendía desde su pecho hasta su vientre, y a continuación se perdía en torno al rabo y todo lo demás: un todo lo demás que yo va conocía un poco, pero que todavía me intrigaba.

—Doctor, ¿para qué sirven estas bolas con su hueso dentro? —pregunté, tomándolas con suavidad entre mis manos.

—Sirven para producir el licor de las glotonas, señorita Chaoron —respondió—. Y, en castellano correcto, se llaman cojones. Les gustan tus manilas, ¿sabes?, pero no las aprietes, son muy sensibles. /

—¡Ah! —exclamé, soltándolas y arrojándome a él, con la nariz a la altura de su corazón. No podía hacer otra cosa si quería seguir sintiendo el calor y el grosor de sus partes velludas en las mías. Luego, comencé a frotarme contra su pubis, apoyando una mano en su hombro y dejando que la otra se deslizara a lo largo de su vientre. En cuanto la toqué, su picha se estremeció y empezó a ponerse erecta. Él me había pasado un brazo por la espalda y deslizaba la mano entre mis nalgas.

—¡Qué fuerte eres, mi amable doctor Boulay! —murmuré—. ¿Quieres que te diga una cosa? Pero no debes enfadarte... Me da la impresión de estar en el zoo, en brazos del gorila. ¿Te hace gracia?

Por toda respuesta, él emitió unos gruñidos cómicos. Lo que le parecía gracioso, y que yo ignoraba, era que el año anterior, creo, habían presentado en la Feria de Muestras la escultura de un gorila que llevaba bajo el brazo a una mujer completamente desnuda, la cual se debatía intentando escapar de las garras del monstruo. En París todo el mundo hablaba aún de aquello. Y ése fue el motivo de que me sintiera bruscamente levantada del suelo y descansando en su cadera como un vulgar fardo, pataleando en el aire en busca de tierra firme.

Cuando me soltó, tomé de nuevo su rabo, ahora completamente tieso y duro, y pregunté:

—¿Tú crees que el gorila tiene una así? Sólo lo pregunto para instruirme, ¿comprendes? Aunque la tuviera diez veces más gorda, continuaría prefiriendo la tuya.

—¡Menos mal! —exclamó aliviado—. Si te enclara, su miembro te saldría por la boca.

Tardé un instante en comprender su respuesta, momento que él aprovechó para llevarme a la cama y tumbarse junto a mí. Recordando aquella mañana, me parece

descabellado afirmar que entonces aprendí lo que es la ternura, porque, en definitiva, más que en hacernos arrumacos, mi interés se centraba en acariciar aquel fabuloso rabo y rascar sus cojones, y el suyo en tocarme el culo y meterme el dedo donde a mí tanto me gustaba. Y, sin embargo, resultaba agradable. Pero como ninguna ternura resiste mucho tiempo a las emociones menos puras que provocan en un hombre el vaivén de una mano carnosa a lo largo de su verga, y en una mujer la incursión insistente en el culo de un dedo experimentado, no tardamos en sucumbir a ellas.

—Querida jovencita —me susurró al oído—, a modo de despedida me gustaría saciarme con la visión de tu gracioso ojete.

—Será un honor para él, señor Boulay —respondí en el mismo tono—. Pero debes colocarme como tú quieras, porque lo único que yo deseo es obedecerte.

Entonces él me agarró de las caderas, situó mi cabeza a sus pies, e hizo que pasara las piernas al otro lado de su cuerpo, de tal modo que mis corvas quedaron aprisionadas bajo sus axilas. Su torso era tan ancho que me sentía un tanto desgarrada, pero eso hacía que todavía resultara más agradable para ambos, porque yo intuía que, de aquel modo, podía contemplar a placer mi trasero y disfrutar de él, y mucho más después de haberse colocado un gran almohadón bajo la espalda para hacerlo aún más accesible a su vista y a su mano. Luego, ejerció una ligera presión sobre mi nuca para curvarme y exponerme más en profundidad a su mirada.

Yo me mostraba dócil y me sentía feliz. ¿Por qué a las mujeres, incluso a las sensatas, les halagan tanto los cumplidos que un hombre les hace a propósito de sus hombros, su cuello o sus manos, y en cambio se avergüenzan de un modo enfermizo ante la idea de que el mismo hombre pueda pedirles que expongan sus nalgas y demás partes íntimas a su admiración? Sería ingenuo por nuestra parte imaginar que se contentará con la mera visión, por fascinante que resulte, pero es una tontería aún mayor negarle tal posibilidad y no participar una misma en semejante placer. Los ojos de un hombre que desea poseen realmente (fue aquel día cuando lo descubrí) un poder mágico sobre mi alma. Por desgracia, pocos hombres lo adivinan. Y, si consideran como una loca «exhibicionista» (fue uno de mis clientes quien me dijo, hace dos o tres años, que yo era eso) a la mujer que se atreve a proponerles tal espectáculo, más para su goce que por los dos francos suplementarios que ganará, con mayor motivo aún si sospechan que lo hace por placer.

Como si se hubiera anticipado a mis reflexiones, le oí preguntar:

—Lulu, ¿te gusta esta postura?

—¡Oh, sí! ¡Sí! —murmuré.

—Entonces, dilo en voz alta, mi querida guarra, di que te gusta enseñarme el culo... Vamos, te escucho...

—Sí, señor Boulay, sí —exclamé con fervor—, me gusta enseñarte el culo... Y me gusta que lo mires bien... Y me gusta, me gusta... no sé... Me gusta todo lo que vas a hacerme...

—Bien —dijo atrayéndome hacia sí por la cintura—, pues en la cama, al igual

que en la mesa..., lo que me apetece, me lo...

De pronto me encontré a caballo sobre su rostro. Me chupaba al mismo tiempo la hendidura y el ojeté como un perro enloquecido. Sin embargo, por mucho que yo me inclinara, estaba todavía demasiado lejos de su rabo para poder llevármelo a la boca; así pues, comencé a masturbarlo lo mejor que pude. A los dos minutos, los dos estábamos a punto, como dicen las novelas que leemos en el prostíbulo entre dos polvos, «de experimentar al mismo tiempo la felicidad suprema»; al menos él, pues su miembro estaba tan caliente que me quemaba la mano, y hubiera bastado un instante más para que comenzara a correrse. En mi caso era más dudoso, ya que a la edad que yo tenía no se goza de verdad. Se siente, el sexo se humedece, todo el cuerpo se estremece, e incluso, cosa que me sucedió entonces, puede escaparse un chorrito de pipí, pero no es un goce de mujer.

—Preciosa Lucienne —suspiró, apartándome—, deberíamos dejar las cosas así. El tiempo pasa y...

—¡Y usted espera a otra mujer, horrible gorila! —le interrumpí—. ¿He acertado?

—No, cielo, no —protestó—. La mañana la he reservado para ti, pero...

—Nada de peros, señor. Dentro de tres días habré dejado París, Dios sabe por cuánto tiempo, ¿y vas a ser capaz de negarme el único recuerdo de ti que realmente quiero? —pregunté.

Él se quedó callado, hizo que me pusiera de lado y cogió de la mesilla de noche el bote que yo ya conocía. Luego le sentí penetrarme poco a poco, retirarse antes de llegar a hacerme daño y volver a entrar, mientras con la mano derecha me acariciaba el clítoris e incluso introducía con delicadeza un dedo en la hendidura. Finalmente, se retiró del todo y entró por última vez corriéndose con fuerza. Me sentía aniquilada, perdida entre aquellos brazos velludos y musculosos, desgarrada por el movimiento al que me había entregado al sentirme empalada de aquel modo, y a punto de perder el sentido. Permanecimos así un rato, hasta que él me zarandeó cortésmente para recordarme que sólo estaba en su casa de visita, y de visita clandestina, y que tres pisos más arriba seguramente empezaban a preocuparse por mí.

Antes de acompañarme a la puerta, hizo que me lavara con esmero en un pequeño mueble, cuyo uso me explicó y me recomendó, incluso cuando no hubiera adoptado... posturas que pudiera reprocharme. Por último, cuando estuve vestida me tendió los sobres y la bolsa, además del pequeño bote, metido en una bolsita de seda, cuyo contenido acabábamos de utilizar.

—Lo de los sobres y los cien francos —repuse un tanto sorprendida—, lo comprendo y lo acepto. Pero la pomada, la... vaselina, mi amable doctor, ¿que pretendes que haga con ella? Si estás pensando lo que yo creo, señor Boulay, puedes quedarte tranquilo. De ahora en adelante tu Lucienne será buena, buena como una santa hasta el día en que volvamos a vernos, aunque tardemos un año. Guarda el bote.

—No, jovencita —me respondió, sonriendo y besándome—. Escóndelo entre tus cosas, como lo demás. Estoy seguro de que serás buena, pero no se debe decir nunca:

«De este agua...».

Seis

*—¿Adonde va el señor? —preguntó el cochero—. ¡A donde a usted le parezca!
—respondió León, al tiempo que empujaba a Emma hacia el interior del coche.
Las cortinillas se corrieron y el pesado carruaje se puso en marcha.*

Gustave Flaubert.
Madame Tiovary.

Mi último sábado en París estuvo plagado de emociones tumultuosas y sorpresas. Para empezar, una gran agitación en torno a las maletas y cajas por miedo a que descubrieran mis pequeños tesoros. Luego, los cambios de humor de Adèle, que no sabía muy bien si debía participar en la aflicción general o alegrarse de volver a su Normandía y a su querido Maizy-le-Thou; las escapadas de Maximilien, al que hubiera sido preciso atar a la pata de la cama para impedirle que fuera a visitar a Lydie; y, para acabar, el agobio de papá, que erraba de una habitación a otra preguntando en qué podía ser útil y que, al borde de la desesperación, propuso llevarnos a los dos hasta la plaza de la Opera para dejar el campo libre a Adèle y a la señora Franju, que le ayudaba a limpiar la cocina por última vez.

Al llegar a la Opera, papá hizo que nos sentáramos en su café favorito, uno grande que ocupa la esquina de la Chaussée d'Antin con la plaza, y pidió con autoridad un «panaché» de cerveza y limonada para Max, y un chocolate con un cruasán para mí. Él tomó su habitual vasito de absenta diluida en agua, y me permitió mojar los labios en él mientras mi chocolate se enfriaba. Estaba de un humor inmejorable. Tenía un carácter afable, en el que los peores disgustos rebotaban como balas al chocar contra los adoquines. No lo critico, pues también yo soy así. La tristeza, auténtica, de perder a una mujer a la que amaba, se diluía en la felicidad presente de encontrarse sentado en la terraza de un café como pez en el agua; y la de separarse de nosotros, en una oleada de palabras bondadosas: que el tío Augustin y la

tía Yvonne nos adoraban, que en definitiva teníamos mucha suerte de cambiar el gris París por el verde campo, que mamá ya se encontraba mucho mejor y que éramos nosotros, más que ella, quienes debíamos recuperar la salud al aire libre. Él iría a pasar uno de cada dos domingos en Nogent-le-Rotrou, para contarnos novedades de mamá y mantenerse al corriente de nuestro trabajo en el colegio. En tren, el encantador Nogent estaba a la vuelta de la esquina. Por lo demás, nos prometía que muy pronto regresaríamos a París, y aquello era un motivo más para tomar el contratiempo por el lado bueno. De hecho, era casi un viaje de placer.

Max ponía cara de no estar muy interesado, y yo me sentía dividida entre la indiferencia, la piedad y la indignación. Oír bellas promesas cuando todavía resonaban en mi mente las respuestas mucho más serias que me había dado el doctor Boulay, resultaba a la vez cómico y desconsolador, y estuve dos veces a punto de «descubrirle el pastel». Pero ¿de qué hubiera servido? Más bien buscaba excusas para no hacerlo: él ignoraba que yo estaba al corriente, y Max sospechaba algo, pero no sabía que el final era inevitable y estaba próximo. De manera que resultaba mucho más fácil y prudente para todos retrasar hasta más adelante el momento de la verdad. Cuando los tiempos de lágrimas acechan tras la puerta, ¿qué necesidad hay de abrísela antes de hora?

Cuando nos disponíamos a partir (eran más de las once y la comida nos esperaba), Vincent, que subía hacia la plaza Clichy con su madre, cargada de paquetes, nos vio, y los dos se sentaron a nuestra mesa. Le dije a papá quién era la señora Vierneau. Ella se sentó y yo le hice un sitio a Vincent a mi lado, arrimándome a él a causa de los paquetes. Tras los saludos y las presentaciones, la señora Vierneau dijo:

—Precisamente, señor Chauron, estábamos pensando en ir a despedirnos de sus hijos, que son, por lo que sé, los mejores amigos del mío. ¿No es cierto, Vincent?

Los tres asentimos con convicción, intercambiando miradas muy serias. Después de todo, era verdad, con la particularidad de que nuestra «amistad» iba un poco más lejos de lo habitual. Después, ella sacó del bolso dos sobres cerrados, uno para Max y otro para mí.

—Es un pequeño detalle que mi marido y yo queríamos ofreceros antes de separarnos —dijo—. Sólo os pido que no abráis los sobres hasta que no lleguéis a Nogent-le-Rotrou.

Evidentemente, no esperamos tanto tiempo. Eran dos monedas de cinco francos para cada uno —ruedas de atrás, como las llaman las comadres— y una breve nota en la que decía que siempre seríamos bien recibidos en su casa cuando regresáramos a París.

Después de comer, no encontré ninguna ocupación; mi equipaje estaba listo, y Adèle ya no me necesitaba, de manera que decidí ir a despedirme de los comerciantes del barrio, algunos de los cuales me habían visto entrar en su tienda en brazos de mi

madre. Todos estaba al corriente de nuestras desgracias, pues habían seguido el proceso de la enfermedad de mamá por la frecuencia con que yo hacía las compras en su lugar, hasta el día, ahora hacía dos meses, en que dejaron de verla del todo.

Había reservado para el final la pastelería, que queda cerca de la esquina de la calle Taitbout con la calle Saint-Lazare, donde los domingos nos tomábamos un bollo después de misa, y yo un pastel de vez en cuando con el dinero de los recados. «Así —pensaba—, si la señora Buisson me da un paquete de bizcochos, no tendré que ir cargada con ellos a las demás tiendas». Así pues, estábamos las dos charlando entre dos clientes, escasos a aquellas horas, cuando el mismo señor de edad bien vestido que se había vuelto a mirarme unas semanas antes abrió la puerta. No era casualidad: me había reconocido a través del escaparate mientras andaba a la caza de faldas, supongo, y había entrado para verme más de cerca y probar suerte.

Las mejillas se me encendieron súbitamente, al verme atrapada en la trampa. Nos saludó a la señora Buisson y a mí, quitándose el sombrero, como si fuéramos princesas: «Le presento mis respetos, señora Buisson... Buenas tardes, señorita...». Yo no sabía dónde meterme. Para justificar su presencia, le encargó a la señora Buisson dos libras de pastas de té para el día siguiente por la tarde, y ella lo anotó sin preguntarle el nombre. Él insistió en la hora, a las cuatro, y volvió a presentarnos sus excusas «por haber interrumpido nuestra conversación». No puedo afirmar tajantemente que me guiñara el ojo, pero era todavía peor; y como, por mi parte, yo tenía aquella sonrisa de viciosa...

—¡Ah, ese viejo verde! —exclamó la señora Buisson en cuanto él estuvo en la calle—. Es incorregible... Y cada vez se las busca más jóvenes... ¡Oh! No debe de llegar muy lejos, supongo, aunque nunca se sabe... Lucienne —añadió—, no es asunto mío, y como cliente no tengo ninguna queja de él... De todos modos, si te aborda, no te dejes engatusar...

A continuación, me envolvió la libra de barquillos que me regalaba para el viaje y me acompañó hasta la puerta, como si quisiera asegurarse de que el hombrecillo no me acechaba para hacerme pasar un mal rato. En apariencia, no... Pero, evidentemente, sí. Enseguida lo distinguí más arriba, en la calle Taitbout, escondido a la entrada de un edificio, de donde salió en cuanto la pastelera cerró la puerta tras de sí, para esperarme en esta ocasión sin disimulo.

Aquél no era mi camino, pero me dirigí a su encuentro. Él volvió a levantar el sombrero y me dijo:

—¿Me permite que la acompañe un trecho, señorita..., señorita...?

—Señorita Lucienne, señor. Bueno, no sé cómo podría impedirselo.

Paso por alto los cumplidos y las proposiciones de llevarme a tomar un refresco a su *home*. Yo no respondía nada, por la sencilla razón que en tales casos no hay nada que responder: cuando no se da media vuelta, es que se está de acuerdo, y yo lo estaba. El hambre, la ocasión, la hierva fresca, y *también, creo yo, una especie de diablo que me empujaba...*, acabaron de decidirme a arrojarme al agua y ver qué

pasaba. Después de todo, no tenía cara de dedicarse a violar jovencitas, ni a estrangularlas. «Será más o menos como con mi doctor —pensaba—, con la diferencia de que éste es más viejo y menos interesante. Pero así acabaremos antes...».

Cuando torcimos a la derecha por la calle de Aumale, me armé de valor e interrumpí sus pamplinas para decir:

—Señor, me encantaría pasar un rato con usted, pero que no se alargue demasiado ni esté muy lejos, por favor, porque mis padres se preocuparían...

—Bien, señorita Lucienne —contestó, deslizándose la mano por mi espalda hasta llegar a las nalgas—, puede estar tranquila. Iremos aquí al lado, a la plaza Saint-Georges, y estará de vuelta con su familia en un cuarto de hora.

—Entonces, de acuerdo —dijo con decisión. Y añadí—: ¿Y qué me dará usted a cambio del... paseo?

No pareció sorprendido por mi pregunta. En cualquier caso, menos que yo de haberla hecho... Todavía hoy ignoro cómo me salió de un modo tan natural... Fue una revelación, como en Pentecostés, cuando los apóstoles empiezan de pronto a hablar lenguas diferentes... Porque yo no había pensado en ningún momento, ni siquiera en la pastelería: «¡Aquí tengo un cliente!», como lo he hecho decenas de veces después. Sin duda hay palabras que se abren camino en silencio por la mente, y que afloran a la lengua sin avisar. En este caso, la palabra adecuada me había sido inspirada en el momento preciso por el diablo, o por mi ángel de la guarda, ya que el uno no existe sin el otro. Aquel día comprendí que, en el fondo, eso es lo que la mayoría de los hombres con los que nos relacionamos esperan de nosotras, y que se sienten aliviados al saber «cuánto» sin tener que preguntarlo. Éste no fue la excepción a la regla. Se detuvo ante un vehículo que estaba estacionado, y respondió:

—Señorita, a una pequeña Lucienne como usted le daré veinte céntimos. Y subiré hasta cuarenta si realmente se muestra muy amable.

Comprendí sus palabras poco después. Abrió la portezuela y me empujó al interior con energía, al tiempo que decía:

—Vamos a dar una vuelta, pequeña. Ahora vuelvo. A continuación, cerró la portezuela para dar las oportunas instrucciones al cochero y regresó a sentarse junto a mí, corriendo las cortinillas de los dos lados. Yo me sentía más divertida que inquieta, y mientras él se arrimaba a mí y comenzaba a meterme mano por debajo de la falda, me preguntaba si en un caso así debía exigir mi regalo de inmediato, o esperar. De hecho, él ya tenía en la mano dos monedas de plata, que metió en mi bolsillo diciendo:

—Aquí tiene sus veinte céntimos, señorita... Y ahora, ¡divirtámonos!

Para él, la diversión consistía en acariciarme los muslos al tiempo que guiaba mi mano hacia su bragueta. Se le daba realmente bien, como un hombre acostumbrado a semejante tipo de ejercicio, pues en menos de un minuto había deslizado sus dedos bajo mi ropa y me frotaba la hendidura con tanta habilidad que comencé a retorcerme

y a suspirar. Con la otra mano, se había desabrochado para incitarme a que buscara sus partes bajo el pantalón. Buscar es la palabra adecuada, pues el conjunto tenía dimensiones considerables, pero estaba totalmente flácido. Lo saqué, bolas incluidas, y comencé a mover la mano arriba y abajo mientras mi excitación iba en aumento, ya que él me había localizado el clítoris y lo acariciaba con destreza.

El carruaje había descendido por la calle Saint-Georges lentamente, y ahora doblaba a la derecha por la calle de Châteaudun, la de la compañía de seguros de papá. Pensar que pasaba bajo sus ventanas en coche y masturbando a un viejo por veinte céntimos, me excitó todavía más. Debía de hacerlo a su gusto, pues su miembro crecía en mi mano, y ya podía sacar la punta de su funda de piel y estrecharla entre mis dedos, lo cual le producía a todas luces un gran efecto.

Habíamos llegado a la altura de la iglesia de la Sainte-Trinité, en la plazuela; yo conocía lo suficiente el barrio, metro a metro, para estar segura, y la idea del abate Bailandin preparando en aquel momento a mis compañeros de clase para la salvación, me excitó aún más. Para contentar del todo a mi señor, que no paraba de farfullar palabras acerca de mi manita y mi pequeña hendidura, escupí copiosamente en mi mano y me puse de nuevo manos a la obra con celo y con éxito: el miembro aún seguía flácido, pero muy hinchado.

—¡Ah! ¡Qué amable colegiala he encontrado! —exclamó entonces dejando de acariciarme—. Todavía virgen, ¿verdad?

—¡Es una pena! ¡Es una pena! —prosiguió—. En fin... En otra ocasión será... —Y, al ver que continuaba acariciándole en silencio, añadió, vacilante—: Un gran pirulí no creo que le diera miedo a mi colegiala... Este que tiene en su manita, por ejemplo...

Esta vez me decidí a responder:

—Me gustaría mucho intentarlo, señor... Pero...

—La comprendo perfectamente, señorita Lucienne. Treinta céntimos por esa boquita, ¿de acuerdo?

—Además de los otros veinte, señor, ¿vale?

—¡No se anda por las ramas, hijita! —exclamó sin enfadarse, e incluso, al parecer, apreciando mi audacia—. ¡Sea! Treinta céntimos además de los que ya tienes, con una condición...

No resultaba difícil adivinar de qué se trataba, pero yo quería ver cómo se las arreglaba para decírmelo. Mientras tanto, el caballo se había puesto al paso para subir por la calle Londres.

—¿Cuál es la condición? —pregunté con voz de tonta.

—Pues que... que llegues hasta el final, pequeña.

—¿Quiere decir que me trague el jugo cuando usted descargue en mi boca, señor Pirulí? —pregunté en voz lo bastante alta como para que se oyera entre los ruidos de la calle—. ¿Es eso?

—Sí, sí, pero no grites, pequeña —respondió, empujándome con suavidad y

separando mis piernas para indicarme cómo debía colocarme—. Sí, se trata de eso, pero no te impacientes, preciosa. Por desgracia, ya no soy un jovencuelo —añadió suspirando—. Pero lo lograremos aunque tenga que añadir diez céntimos a tus dos francos, ¿verdad, hija mía?

Seguramente le había indicado al cochero el itinerario a seguir, o tal vez éste era experto en aquel tipo de paseos. El caso es que me imaginé que, después de la calle Londres, iniciaba otra subida por la calle Amsterdam hacia la plaza Clichy. «Va por la calle Amsterdam», pensé mientras me arrodillaba en el suelo, entre sus piernas, resuelta a ganar mis dos francos y medio no sólo sin repugnancia, sino incluso muy feliz de encontrarme en aquel carruaje inesperado, con una polla en la boca, y justo con la que necesitaba en ese momento. La tomé entera, empujando con la lengua el capuchón y metiéndola con suavidad hasta el fondo, luego retrocedí estrechándola entre los labios, y después de tres o cuatro idas y venidas similares se inició un lento crecimiento. A aquellas que quizá un día lean estas *Memorias* y no hayan experimentado aún este placer, por ser demasiado jóvenes (¡aunque yo sólo tenía quince años!), o porque todavía no se les ha ocurrido o no han tenido oportunidad, puedo decirles que es una sensación deliciosa, muy superior para una mujer a otras de las que se hace mucha propaganda en el mundo galante, como, por ejemplo, la de ser atravesada con un ímpetu brutal. En lo que a mí respecta, continúa sin hastiarme, mientras que todo lo demás comienza a aburrirme, a excepción, eso sí, de una enclavada bien hecha.

Además de aconsejarles que lo prueben, añadiría otra sugerencia, que es válida para todas y que se resume en dos palabras: ni demasiado, ni demasiado poco. Dicho de otro modo, no hay que cogerla ni demasiado pequeña, porque no se siente nada, ni demasiado grande, porque resulta asfixiante. La receta ideal consiste en emprenderla con la del propio amante cuando la pobre no marque más de las seis y media, y abandonarla a las doce menos cuarto. A quien se le escape la comparación, ¡que haga un dibujo!

Lo que se me está escapando a mí ahora es el hilo del relato. ¡Ah, sí! Subíamos por la calle Amsterdam acompañados por el ruido de la fusta que el gallardo cochero hacía chascar por encima de su cabeza para animar al rocín, cuyo ardor también estimulaba injuriándolo en la mejor tradición de la profesión, mientras, por su parte, mi señor subía al encuentro de mi boca dando débiles embestidas y agarrándome los hombros para que mi ánimo no decayera.

De aquel modo doblamos los cuatro a la derecha por la calle de Liège, recorrimos con precaución la peligrosa calle de Clichy, y nos aventuramos alegres y decididos por la calle Moncey (mariscal de Francia y gobernador de los Inválidos, 1754-1842), que es una continuación de la anterior, para frenar en seco justo en la desembocadura de la calle Blanche, por donde bajaba en aquel instante un carro cargado de bloques de yeso, procedente de las canteras de América.

Aquella maniobra desesperada y el tumulto consiguiente, ni me desconcertaron a

mí ni le enfriaron a él, que finalmente estaba empalmado. Sin mucho énfasis, debo reconocerlo, pero con una plenitud que bastaba a mi apetito del momento y que parecía colmarlo de orgullo, pues repetía febrilmente:

—¡Ah, sí! ¡Sí, hijita! ¡Estamos a punto de conseguirlo! Siento algo, pequeña... Chupas tan bien... No podía imaginar... Sí, continúa... Y acaricia la bolsa con la otra manita, por favor... Sí, ahí...

Y así, impulsados sin cesar hacia nuevos horizontes, franqueamos la calle Blanche, tan familiar a mi infancia, para abordar la calle La Bruyère, cuya suave pendiente debía conducirnos al término de nuestro periplo. Fue en esta apacible vía provinciana donde tuve la alegría de sentir bajo mi lengua los estremecimientos anunciadores de su placer, y donde él logró, en efecto, escupirme al gznate un modesto chorro de licor que no me costó ningún esfuerzo tragar, tai como él deseaba.

Cuando recobró el aliento, me tendió un pañuelo para que me limpiara los labios y después me lo quitó.

—Lo conservaré en recuerdo de esa deliciosa boquita —dijo—. Hasta la próxima, señorita... —Entonces, sacó las tres monedas prometidas de la cartera y las depositó en mi mano, precisando—: Que será en cuanto tú puedas, pequeña. El viernes que viene, por ejemplo. Yo estaré paseando por el barrio. Y no lo olvides: ¡cincuenta céntimos!

—Entendido, mi gentil señor, hasta el viernes —respondí, guardando el dinero en mi bolsillo y sin molestarme en explicarle que ese día me encontraría lejos de París.

Me abrió la portezuela, asomó la cabeza para asegurarse de que podía salir sin problemas, y me hizo descender mientras pagaba al cochero, que había estacionado el vehículo.

—Pórtese bien y vuelva a casa, señorita Lucienne —me dijo, acariciándome el pelo—. Y espero que volvamos a vernos el viernes.

—Sí, señor..., señor...

—Señor Lebon para servirle, señorita.

—Señor Lebon. Por favor, ¿qué hora es?

—¡Cielo santo! Apenas las cuatro, preciosa —constató tras haber consultado su reloj—. La hora de separarnos... Yo iré hacia arriba y usted hacia abajo. ¡Y encantado de haberla conocido!

Estaba llegando al final de la calle, y dudaba entre regresar a casa o continuar paseando para poner mis ideas en orden, cuando nuestro carruaje se detuvo a mi altura.

—¡Eh, pequeña! —gritó desde su asiento el cochero, un tipo bajo y delgado con pinta de granuja—. ¡Te has dejado un paquete en mi vehículo!

¡Dios mío! ¡Los barquillos! ¡Y aquel maldito cochero hablándome a voz en grito en plena calle, a cien metros de mi casa, en un barrio donde todo el mundo me

conocía! Hubiera debido conservar la sangre fría y contestarle que se equivocaba, por supuesto... En cambio, me quedé clavada en el sitio sin saber qué hacer.

—Sube a cogerlo —me dijo—, te dejaré en la plaza.

Los barquillos de la señora Buisson estaban allí, en el asiento, pero el maldito carruaje se puso en marcha con un chasquido de látigo en cuanto hube subido y, ¡pies para qué os quiero!, descendió en línea recta por la calle Saint-Georges. Antes de que consiguiera salir de mi asombro, el vehículo estaba en la calle Lafayette, y la abandonó de inmediato para internarse por un laberinto de calles que yo apenas conocía, en las inmediaciones del barrio de Montmartre. «Bien —me dije, un tanto inquieta a mi pesar—, está perdiendo el tiempo conmigo. En cuanto se detenga, saltaré del coche».

Se detuvo, en efecto, pero en una cochera que sin duda conocía bien. Abrí la portezuela, y me disponía a bajar cuando el cochero se plantó delante de mí, muy sonriente.

—¡No está bien largarse así, señorita! —dijo muy amable, al tiempo que me empujaba hacia adentro—. No sin antes haber pegado la hebra tú y yo, pollita.

—¿Pegar la hebra? ¡Es usted un atrevido! —exclamé—. He recuperado mi paquete y quiero irme a casa.

—No digo yo que no, pollita, no digo yo que no. Iremos... Pero, si no te portas bien, daremos un pequeño rodeo por la calle Drouot y le contaré al comisario que estabas ejerciendo en mi coche. ¿Es eso lo que quieres?

Me quedé horrorizada. Es evidente que, ni siquiera a los quince años, se vive en un barrio como el nuestro sin enterarse de lo que pasa. Y estaba claro que yo me había montado en su coche con un viejo verde que no era la primera vez que hacía una excursión similar. «¡Cochero, en marcha y sin prisas!», con las cortinillas corridas, los ruidos, y luego la dama que desciende furtivamente, con la ropa arrugada y el pelo revuelto... Ese es el pan nuestro de cada día en todos los carruajes; y no reporta más que beneficios al cochero. Pero lo del comisario no era para tomárselo a broma.

Estaba tan conmocionada que me hice pipí en las bragas, bastante maltratadas ya por el asunto con el señor Lebon. ¡Ay! Sus dos francos y medio estaban a punto de costarme muy caros...

Por fortuna, no tengo un carácter propenso a caer fácilmente en la desesperación. Ya que ese sinvergüenza —no había otra palabra mejor para calificarlo— quería pegar la hebra conmigo antes de dejarme marchar, la pegaría aunque ello me llevara más lejos de lo previsto. Después de todo, me libraría de él de un modo u otro en cuanto el golfante obtuviera placer, y llegaría a casa a una hora prudencial. En el punto al que había llegado de mis aventuras, una más no constituiría demasiada diferencia. Además, como ya he dicho, me había convertido en una viciosa, y a medida que me sentía menos paralizada por el miedo a caer entre las garras del comisario, consideraba al granuja con más indulgencia e incluso con cierto interés.

—Está bien —dije, fingiendo resignación—, usted gana. Pero luego no se queje si a mí también se me ocurre pasar por la comisaría para denunciarle.

—¡Bah! Tú llevas las de perder en este asunto —respondió burlón—. Yo saldría del paso con una bronca del comisario, y en cambio tú acabarías en Saint-Lazare. — Ante aquella alusión todavía misteriosa para mí, y en consecuencia mucho más temible, decidí no seguir provocándolo—. ¡Vamos, no te hagas la sueca! Acabas de tirarte a un viejo, y ahora vas a obsequiarte con un joven. ¡Así es la vida, pequeña! Y quedarás mejor servida conmigo que con él, si es eso lo que buscas. ¡No te muevas! Voy a atar al caballo y vuelvo enseguida.

Aproveché su ausencia para quitarme rápidamente las bragas. Se me adherían a las nalgas y, además, así ganaría tiempo. El hombre regresó al cabo de un momento, corrió las cortinillas, hizo que me sentara y se desabrochó con toda tranquilidad. En la oscuridad, no podía apreciar a qué miembro de los que yo conocía se parecía el suyo, pero él me tomó la mano y la condujo hasta el lugar en cuestión, soltando una carcajada.

—¿Qué te parece? No tiene nada que ver con la de tu viejo, ¿eh? Toca, toca, ¡si esto no es sólido!

Lo era. La tenía apenas más grande que la de mi hermano o la de Vincent, pero era más larga, puntiaguda en el extremo, y dura como un portaplumas. Al tocarla, sentí una especie de descarga eléctrica ante la idea de que se me presentaba una última oportunidad de que me ensartaran antes de dejar París durante una larga temporada. Empezaba a preguntarme cómo nos las arreglaríamos en un espacio tan reducido, a pesar de que él no era mucho más alto que yo, y más o menos igual de delgado. No me dejó reflexionar demasiado tiempo.

—¡Ah! ¡La señorita Remilgos ya se ha quitado las bragas! —exclamó, mientras su mano recorría mis muslos—. Por lo que veo, el culito está que arde. Me estás poniendo calentorro, ¿sabes? No vamos a andarnos con tonterías tú y yo, ¿verdad, pollita?

—No, señor —balbuceé—, pero no me haga daño, por favor. Y deje que me quite el vestido para no ensuciarlo más —añadí.

En cuanto me lo hube quitado, me asió bruscamente por debajo de las rodillas y me levantó las piernas, separándolas, hasta que pude apoyar los pies en el asiento. Luego, avanzó de golpe y sentí que la punta de su armatoste se abría paso con brutalidad en mi hendidura.

—¡No! ¡Ahí no! ¡Detrás, detrás, en el ojete! —grité aterrorizada.

Como si oyera llover... Mis gritos y súplicas le dejaban indiferente. Respiró a fondo, empujó de nuevo y me forzó al mismo tiempo que se corría, lo cual facilitó la entrada de la mitad de su portaplumas sin apenas hacerme daño, una vez rota la barrera. Sin lugar a dudas, en mi caso, como en el de todas las jovencitas viciosas, el paso estaba medio abierto a consecuencia de mis ejercicios solitarios. Y, por suerte, no se alargó demasiado al final de la carrera: una decena de empujones y vaivenes

más bien agradables, que me calmaron. Si él hubiera podido continuar y yo hubiese estado en una postura más cómoda, probablemente habría gozado, aun cuando es poco frecuente en una desfloración.

Porque, eso era lo esencial, había sido desflorada con todas las de la ley, o con algunas, y sin apenas haber sufrido. Había manchado el asiento de sangre, aunque poco, y sentía deslizarse por mis nalgas una mezcla viscosa no demasiado agradable. Pero ¡basta ya! No se puede hacer una tortilla sin huevos.

El sinvergüenza no se esperaba aquello, y se sentía aún más molesto que yo.

—¡Vaya, vaya! ¡Así que eras virgen! —repetía en tono lastimero—. No te he hecho mucho daño, ¿verdad? Te juro que de haberlo sabido—. Pero ya no había arreglo posible. El pájaro había volado y, mientras me secaba los ojos, pensé que, en el fondo, era preferible así.

El hombre fue a buscar al portaequipajes un enorme pañuelo más o menos limpio, lo mojó en el cubo de agua del caballo, y me limpió con bastante amabilidad los muslos y el sexo. Me puse de nuevo las bragas, tras comprobar que la sangre había cesado de manar, cogí el maldito paquete de barquillos, y me dispuse a volver al redil a pie, pues no era cuestión de que me llevara en aquel carruaje portador de desgracia. Estuve tentada de contarle la aventura a Adèle, pero la familia tenía ya suficientes motivos para estar de mal humor como para disuadirme de añadir uno más. En cuanto a la posibilidad de haberme quedado embarazada, en aquella época lo ignoraba todo acerca del asunto, y, por otra parte, aún no había tenido mi primera regla (la tuve quince días después, en Nogent-le-Rotrou, quizás a resultas del incidente). Por consiguiente, me senté a la mesa para cenar en familia y me contenté con relatar ampliamente todo cuanto había podido oír durante mi recorrido de despedida. Y así fue, sin redoble de tambores ni toque de trompetas, como me convertí en una mujer.

Para mí, el domingo pasó igual que si, al salir de la pastelería, hubiera tenido la prudencia de doblar inmediatamente a la izquierda y entrar en mi calle, en lugar de dirigirme al encuentro de aquel viejo. Por otra parte, todos nosotros teníamos bastantes motivos de reflexión y preocupaciones personales como para dejar a los demás con los suyos, sin preguntarse ni preguntar a nadie acerca del modo en que había pasado la tarde. Cada hora que transcurría era una de las últimas que vivíamos bajo el mismo techo, de suerte que nos comportábamos como en un entierro a cámara lenta y nos limitábamos a hablar lo estrictamente necesario.

Motivos de reflexión, yo tenía para dar y vender; pero ¿a quién? Así pues, en los intervalos de tiempo libre que me dejaban los preparativos del viaje y las despedidas, me dediqué a poner en orden mis impresiones y recuerdos. De mis dos aventuras sucesivas en el carruaje no había obtenido ningún placer digno de mención; en cualquier caso, mucho menos que de las anteriores. Acababa de experimentar el amor pagado y el amor a la fuerza, si es que a eso se le puede llamar amor, un sentimiento que, por lo demás, no sentí sino hasta mucho más tarde, y en contadas ocasiones. Aquello no me había supuesto realmente ningún esfuerzo, y debía confesarme a mí

misma que el placer de chupar una picha no era ni mayor ni menor según se tratara de la de un chiquillo o un hombre mayor, de la de un cliente o un amante. En cuanto al de que te jodieran por delante, en lugar de por detrás, y al estilo cochero, en lugar de al estilo normando, no poseía aún los suficientes conocimientos para formarme una opinión al respecto. Era cierto que, al final, había sentido despertar en mi vientre algo muy distinto a la sensación que conocía después de haberme hecho dar por el culo una veintena de veces, pero la sorpresa, el miedo y la rapidez no me dejaban elegir más que entre un recuerdo desagradable o ningún recuerdo.

En consecuencia, la única posibilidad que me quedaba era dedicarme a pensar en cuestiones más prácticas. No contábamos con o tía fortuna que lo que ganaba mi padre en La Fourmi Française, por lo que yo, sin dote, me vería inevitablemente abocada a un matrimonio por necesidad, ¡y aún gracias! Ahora bien, sin haberlo buscado, o apenas, acababa de ganar en un cuarto de hora los dos trancos y medio que una buena costurera se siente feliz de obtener a cambio de toda una jornada de trabajo, dejándose los ojos en el empeño. Los cien francos del doctor no los contaba; tal vez también me los hubiera dado simplemente por simpatía o por piedad. Tal vez... Aunque, bien mirado, no le había dado nada a Max...

Ciertamente, por más vueltas que le daba no veía el modo de utilizar mis nuevos conocimientos en Nogent-le-Rotrou. Y, allí, ¿para qué quería dinero? Sin embargo, la apacible y tranquila vida en casa de mis tíos, instalada, alimentada e incluso bien vestida, no duraría siempre. Como mucho, dos años, al cabo de los cuales me encontraría ante la alternativa del matrimonio o la calle.

Cuanto más pensaba en ello, más provechosas me parecían las últimas semanas pasadas en París. De no haber sido por Dédéle para empezar, por la habilidad del amable doctor a continuación, y por la aventura del carruaje como colofón, hubiera continuado siendo exactamente igual que cualquier chiquilla del montón a esa edad, más o menos bien educada y cuidada: lisonjera, curiosa, e incluso un tanto viciosa, pero sólo de pensamiento, no de obra. Una especie de Lydie, tal como era antes de persuadirla de que permitiera a Max hacérselo. Más tarde conocí mujeres de la vida, cuya infancia había transcurrido de un modo muy diferente: un solo colchón en el suelo para el padre, la madre, el hermano y la hermana; con un padre que obligaba a la hija a que lo masturbara y se la chupara en cuanto tenía siete u ocho años, aprovechando la ausencia de la madre; y con una madre que pervertía al hijo en cuanto conseguía que éste perdiera el miedo; por no hablar de quién (padre, hermano o amigote borracho) acabaría desvirgando a la desdichada criatura. Y, en el otro extremo, también conocí mujeres de mundo que a los veinte años, la víspera de su boda, aún no se habían tocado nunca el clítoris. Bien mirado, tuve una enorme suerte en ese aspecto.

Lydie Pasquier vino a despedirse a la hora de la merienda, sin mamá ni carta, aunque con su plumero redondo, que me dejó «en recuerdo de lo que tú ya sabes, Lulu». Estaba un poco llorosa, y creo que si hubiera podido encerrarse un cuarto de

hora con mi hermano en el excusado, habría dejado con gusto que éste le sacara brillo a la arandela. Pero era del todo imposible, como también lo era para Vincent y para mí, con la diferencia de que yo, de momento, no tenía ningunas ganas de que nadie me ensartara.

Un rato antes de la cena, la señora Franju, que se había marchado a la portería, subió de nuevo para entregarle una carta a papá.

—Hijos —anunció tras haberla leído—, el doctor Boulay no podrá venir a despedirse de vosotros como esperaba hacer. Ha tenido que salir a efectuar una visita urgente y tardará en regresar. Dice que conserva muy buen recuerdo de vosotros y os pide que tampoco le olvidéis.

Llegamos a Nogent-le-Rotrou al día siguiente por la noche. Como decía el tío Augustin cada vez que parábamos, treinta y seis leguas no se recorren en una zancada; ni siquiera en ocho, ya que el cabriolé iba tirado por dos caballos. Viajábamos bastante bien instalados: el tío y Adéle en el asiento del fondo, y nosotros dos enfrente. Yo dormí, o dormité, hasta Rambouillet, donde hicimos un alto en un hostel para comer. Lucas desenganchó a los caballos para que descansaran, y para darles de comer y beber.

Lucas era el chico para todo de los Crapart: jardinero, cochero, leñador, y recadero cuando era necesario. Un campesino de unos veintiséis o veintiocho años en aquella época, alto, más bien delgado pero musculoso, con una pelambreira pelirroja, igual que el bigote, aunque sin apenas barba; como no trabajaba dentro de casa, el tío no le obligaba a afeitarse. Hablaba en tono cordial cuando quería, tenía una mirada viva y un tanto socarrona, iba bastante aseado... Este sería su retrato en el aspecto físico.

Había pasado cinco años en el ejército, contando el tiempo de servicio militar y el que estuvo reenganchado; para ser más exactos, en los coraceros, a los que al parecer no se les exige más que ser «robustos, fuertes y tontos». En lo que a él respecta, no tan tonto, ya que le importaba un bledo y desempeñaba muy bien su trabajo. En todo caso, ignorante, ya que apenas sabía leer, y era incapaz de escribir una sola letra. Adéle leía bastante bien y sabía escribir un poco. En el fondo, no le hubiera servido de gran cosa. En el campo, un hombre que sabe cuidar caballos encuentra trabajo con más facilidad, y mejor pagado, que otro capaz de leer los carteles y escribir una carta, pero sin aptitudes manuales. Para cualquier chica del pueblo, el tal Lucas era un buen partido. Huérfano y, en consecuencia, sin tierras ni más casa que la de los Crapart, se había despabilado mucho en el ejército, durante los años que pasó con su regimiento en Rambouillet, sin contar las seis semanas de París, adonde le enviaron como escolta de un general porque tenía buena pinta y era de los que destacaban. Había ahorrado de su sueldo, céntimo a céntimo, lo suficiente para establecerse como conductor de caballos cuando decidiera casarse, y continuaba haciéndolo gracias a los pequeños

servicios que prestaba aquí y allá; sin contar con que mi tío, según supe más tarde, no escatimaba en salarios.

El pretendiente de Adèle, el que podía volver a empezar sin sacarla, era él. Si lo hubiera sospechado, la forma en que se abrazaron al encontrarse el domingo, cuando el tío Augustin llegó de Nogent, me lo habría confirmado. Todo iba sobre ruedas. Nos entendíamos muy bien con él, sobre todo Maximilien.

Nuestra primera semana en Nogent la pasamos deshaciendo el equipaje e instalándonos. Mi tía me adjudicó una habitación en el último piso, junto a la de Adèle, y a Max otra en el mismo piso, pero en un extremo, junto al desván. No estaban ni bien ni mal; de todas formas, no había motivos para ponerse exigentes. El miércoles o el jueves, la señora Crapart me presentó a la madre superiora de las Ursulinas de Nogent, que dirigía el colegio de jovencitas donde yo debía asistir a clase a partir del lunes siguiente, al menos durante unas semanas, hasta final de curso. La única preocupación de la madre superiora, que se gastaba unas maneras más bien afectadas, era la de saber si cumplía con mis deberes religiosos: si comulgaba con frecuencia, si me confesaba por lo menos una vez a la semana, qué notas había obtenido en catecismo y si respetaba como es debido los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Así pues, improvisé una existencia de niña modelo y me extendí ampliamente ensalzando a nuestro vicario, el abate Ballandin, un santo al que admiraba. Aquél era el resultado de mis reflexiones y de mi resolución: nada de lamentos, llantos, enfados y discusiones. ¿Querían una señorita dócil, modesta, respetuosa y aplicada, en una palabra, la virgen pura de los santos Evangelios? Pues bien, la tendrían.

No es que yo sea hipócrita, pero hay que tomar las cosas y a las personas como son, en lugar de enzarzarse en una guerra cuando se llevan todas las de perder. Max, en cambio, tenía un temperamento propenso a rebelarse y oponer resistencia; es más natural en un chico de dieciséis años que en una chica que acababa de cumplir los quince en julio. Me daba cuenta de que en mi vida no sucedería nada de particular por lo menos durante dos años largos: la rutina de las clases en el colegio de monjas, la vida y las comidas familiares en casa, las visitas de papá, una escapada de vez en cuando a Chartres para comprarme ropa nueva, pues continuaba creciendo, una merienda de compromiso los jueves, el «día» de mi tía, con las damas del pueblo, ¿y qué más? Ir a misa cuatro o cinco veces a la semana, por supuesto, sin contar las vísperas y las salutations, las procesiones en verano, mi confirmación en agosto, las confesiones... Quizá también algunas cartas de Lucien Boulay o de los Vierneau, pero cartas que la tía Yvonne querría leer, naturalmente, y que mi doctor escribiría en el tono oportuno. «¡Consulten el programa de mano!», como se dice en el teatro. Éste era el mío.

París, los baños, las mininas de los muchachos y el rabo de mi gorila eran recuerdos deliciosos, pero mi ánimo no estaba para deleitarse. Aquello había sucedido en otra vida, y yo estaba demasiado ocupada organizando la presente para

permitir que esos buenos momentos me distrajeran. Y, sin embargo, aquel cambio radical de existencia de un día para otro me había conmocionado. A una chiquilla, la fiebre del culo le ataca igual que un resfriado y la abandona del mismo modo, sobre todo en un caso como el mío, en que de hecho sólo me había rondado: manosear pichas, chupar alguna que otra y permitir ciertas intrusiones en la trastienda constituían más bien curiosidad que auténtico deseo.

Lo que me quedaba de los años de París era la vanidad de ser una parisiense de pura cepa entre aquellas campesinas, la más pobre de las cuales era cien veces más rica que yo, hijas de acomodados granjeros e hidalgos de gotera a las que, en cuanto me vieron desembarcar en las Ursulinas, les faltó tiempo para restregarme por los morros sus relaciones y el dinero de su papá. Para su desgracia, y por suerte para mí, las superaba con mucho en los estudios. Podían llamarme «la parisina» e incluso, las más perversas, «la mendiga», lo sabía de sobra, y darse codazos señalando mi chaqueta, que empezaba a estar rozada y a quedarme estrecha; yo no respondía nada, me mantenía al margen de todas, excepto de tres o cuatro cuyos padres frecuentaban al notario o que me manifestaban cierta amistad.

Entre éstas, me fijé enseguida en una chica guapa y simpática, unos meses más joven que yo, aunque más alta, tan esbelta como yo regordeta, tan rubia como yo morena, tranquila, discreta y, en apariencia, a disgusto entre las demás, que por otra parte me pareció que la marginaban. Odette de Courmanche era hija de una viuda que se había instalado en Nogent-le-Rotrou hacía unos años, tras haber vivido largo tiempo en París. Aquello bastó para que me abordara con amabilidad unos días después de mi ingreso en las Ursulinas. A pesar de su apellido, no tenía pretensiones de nobleza ni se sentía en absoluto molesta de entablar amistad con una Chauron, sobrina de un Crapart.

Me parecía hermosa, y realmente lo era, aunque también muy simple; ella pensaba lo mismo de mí. Nuestra amistad comenzó hablando de París, donde ella no había estado desde hacía más de un año; ella continuó mediante notas deslizadas en el bolsillo de mi delantal, en las que me decía que estaría encantada de convertirse en «mi mejor amiga» y que yo ya lo era de ella. En resumen, niñerías, aunque por lo demás muy agradables. A continuación, su madre, que a veces iba a buscarla a las cinco a la salida del colegio, me conoció y me invitó a ir a su casa un domingo. El tío Augustin dio su consentimiento con una sonrisilla que podía significar cualquier cosa; de hecho, fui enterándome poco a poco y me daba exactamente igual, la señora de Courmanche no era viuda, sino que estaba separada de su marido, con el que se había quedado el hijo mayor, un muchacho de unos veinte años, y que vivía en París, adonde su mujer iba a visitarlo tres o cuatro veces al año para resolver asuntos comunes. Ella, por su parte, recibía de vez en cuando la visita, durante un día, en raras ocasiones más, del «padrino» de Odette, un hombre soltero de Chartres del que mi amiga contaba maravillas.

Aquello no era de mi incumbencia. Sin embargo, la señora de Courmanche

«provocaba habladurías», un pecado que en provincias no se perdona jamás, ni siquiera cuando lo que se dice son meros chismes malintencionados. Los Crapart no participaban en ese complot de insinuaciones. Mi tío era el notario de la dama, y mi tía, parisiense de origen como nosotros, lo había seguido siendo de corazón en la medida suficiente para ignorar los pecadillos, por otra parte sólo posibles, de la señora de Courmanche.

Así pues, fui a su casa un domingo. Me recordó a la señora Pasquier, del mismo que Odette me recordaba en cierto modo a Lydie, pero a una señora Pasquier melancólica y apacible. Ella y su hija vivían con comodidad en una casa bastante grande que la mujer había heredado de su familia, y cuyo encanto la había decidido a retirarse allí tras separarse de su marido. No era ni pobre ni rica, al menos en apariencia: tenía una vieja criada, un jardinero-cochero del estilo de Lucas pero ya metido en la cuarentena, y un pequeño tiro de caballos, lo cual no significaba estar en la miseria, aunque tampoco indicaba opulencia para una familia de pueblo.

Me gustó, y sin duda también yo a ella, puesto que permitió a su hija que viniera a verme a casa de los Crapart y me animó a ir a la suya cuando quisiera.

Así transcurrieron mis primeras semanas en Nogent. La da Yvonne tenía mil delicadezas conmigo, el tío Augustin se mostraba amable, y yo tenía una amiga. A las monjas profesoras estaba claro que no les hacía demasiada gracia tener que ponerme siempre las mejores notas de la clase en todas las asignaturas, ¡incluida la Historia Sagrada! Sin embargo, lo hacían con honestidad; pese a todo, era la sobrina del notario, un pez gordo. De haber estado interna, como lo estaban la mayoría de las chicas cuya familia vivía lejos de Nogent-le-Rotrou, sin duda habría sido desgraciada, pues me hubieran hecho pagar en el dormitorio mis éxitos en clase. Pero todas las tardes a las cinco, incluso los jueves, en que había Instrucción religiosa, alguien de casa iba a recogerme a la salida; a veces era Adèle, otras mi tía, y otras Lucas. Se tardaba un cuarto de hora largo en ir caminando del colegio a casa, y era una molestia inútil, de manera que, una vez me hube aprendido el camino, propuse ir y volver sola.

No obstante, hay un punto en el que, por regla general, los campesinos superan a los parisienses, al menos los de Normandía o la Beauce, que son ricos. Se trata de la alimentación. Al tío Augustin le gustaba cuidarse y tenía el pico fino, mi tía no le hacía ascos a los placeres de la mesa, y los clientes de la notaría con frecuencia preferían dejar en el despacho un capón, una liebre, o un cesto lleno de cangrejos de río, que pagar en monedas de oro los consejos que pedían a su notario; así pues, en casa de los Crapart se comía todos los días —a las cinco, como es costumbre en los pueblos— tan copiosamente como en París por veinte francos por cabeza. Mi tío me llenaba el plato de alas de pato, pescado frito, pastel de liebre o carne de jabalí, y mi tía me animaba a comer «para recuperar el tiempo perdido». Lo cierto es que comía por cuatro y con apetito, incluso en el desayuno que tomaba antes de ir a clase, en el

que Adéle me servía una loncha de jamón fresco o un huevo pasado por agua. ¡Me relamía!

Los domingos la cosa cambiaba. Los Crapart tenían siempre dos, tres, y hasta cinco o seis invitados, peces gordos del pueblo, como ellos: el registrador de la propiedad o el recaudador de impuestos acompañados de sus respectivas esposas, el cura de Saint-Hilaire sin su sobrina, consejeros generales, oficiales del ejército, canónigos e infinidad de personajes más. A veces gente de Chartres, y otras, las menos, parisienses que tenían intereses en el pueblo y que acudían a mi tío en su calidad de notario. Los más «parisienses» eran el conde y la condesa Aymard de Bresles, unos nobles auténticos que tenían su castillo a ocho leguas de Nogent-le-Rotrou. Habían ido por primera vez al principio de mi estancia en casa de los Crapart, con el hermano del conde, y me deslumbraron. Ellos eran dos rubios de ojos azules, de treinta y cinco y treinta y dos años respectivamente, dos hombres apuestos, normandos en cuanto a las facciones y parisienses en todo lo demás, es decir, en la elegancia y el modo de comportarse en la mesa. Ella era una muchacha encantadora, apenas más alta que yo, regordeta, tan rubia como yo morena, y parlanchina. Si era realmente la señora de Bresles, no estaba del todo claro. Un día en que mi tío hablaba sobre ellos con su mujer delante de mí, porque irían a casa al domingo siguiente, le había dicho enérgicamente:

—Querida, aquí y para nosotros esa dama es la condesa de Bresles. En cuanto a lo que pueda ser en París, río es asunto nuestro.

Y así, uniendo fragmentos de conversación escuchados aquí y allá, y a través de Guillemot, el primer oficial de la notaría, supe que el anciano señor de Bresles había muerto hacía dos años, que su mujer se había retirado a Le Mans, y que los dos hijos estaban, según Guillemot, «tocados de la cabeza». El «hada Electricidad» les había dado un toque con su varita mágica, y tenían en ella la misma fe que los discípulos en el Mesías. Los hechos les dieron la razón, pues en diez años les reportó más beneficios que todas sus fieras normandas en un siglo. Un americano acababa de inventar una ampolla que iluminaba por incandescencia y que, en opinión de los hermanos de Bresles, muy pronto suplantaría los sistemas tradicionales. Así pues, habían decidido invertir en el proyecto y, en consecuencia, vender sus tierras, pastos, granjas y bosques, quedándose sólo con el castillo, que por otra parte pertenecía a la viuda. Todo ello por mediación del señor Crapart, que se desvivía por aquellos jóvenes alocados (pensaba en su fuero interno), tan impacientes por cambiar verdaderas riquezas por «fantasmagorías».

Evidentemente, Max y yo no comíamos con los señores el domingo, sino en la cocina con Adéle, mitad antes y mitad después que los invitados. Era una ventaja, pues podíamos atracarnos a nuestro gusto y al mismo tiempo divertirnos. En contrapartida, no podíamos entretenernos, al menos yo. Me habían encargado que me ocupara de poner la mesa, lo cual me llevaba una hora larga, sin contar las que pasaba frotando la plata con blanco de España y sacando brillo a la cristalería. Jamás había

visto una mesa tan bonita, y pasó mucho tiempo sin que viera ninguna parecida. No tenía nada que ver con los cubiertos de ruolz y los manteles de diario de la familia Chauron.

Se me daba tan bien poner la mesa con gusto y sin romper nada, lo cual no le sucedía a Adèle, que mi tía decidió, a partir del segundo o tercer domingo, confiarme los detalles del servicio de la mesa: acudir cuando ella llamaba, retirar los platos, servir más pan cuando se acababa y ese tipo de cosas. Para ello, me compró un delantal con bolsillos pequeños y una cofia de doncella. Me presentaba como su sobrina de París, y yo recibía los cumplidos de los invitados, en particular los de un teniente que, un domingo, llegó incluso a guiñarme el ojo.

Con semejante ritmo de vida, no tardé en tomar color y redondeces, sin contar con que dormía como un tronco. Gané más kilos que centímetros. Decididamente, sería, como en efecto lo soy, más bien regordeta que esbelta. En aquella época empezaron a formárame unas caderas y unos pechos como los que les gustan a los hombres, con curvas prietas y bien dibujadas, que no me privaba de realzar contoneándome y arqueando la espalda, hasta el punto que la tía Wonne tuvo que recordarme varias veces que una señorita bien educada no atrae la atención de los hombres sobre sus formas. Para llevar corsé, aún era demasiado pronto, pero tuve que ocultar mis piernas, demasiado apetecibles, bajo faldas cada vez más largas.

Me da vergüenza escribirlo, pero la muerte de mamá no me hizo perder ni el sueño ni el apetito, sobre todo teniendo en cuenta que Max y yo nos enteramos cuando todo hubo terminado y mamá estuvo en el cementerio. Sucedió después del 14 de julio de 1889, el famoso, el de la Exposición Universal y el centenario de la Revolución, y poco antes del reparto de premios en el colegio. Papá había venido avernos dos o tres veces, tal como había prometido, comunicándonos que mamá no se restablecería tan pronto como estaba previsto, y que si no podíamos regresar a París en octubre, como él había esperado, sería en Navidad.

De hecho, él, los Crapart y los abuelos ya habían decidido que era preferible que permaneciéramos en Nogent-le-Rotrou durante los inevitables últimos días. Mis tíos fueron al entierro a París, y no nos dijeron la verdad hasta su regreso. Max y yo lloramos convenientemente, pero nuestro corazón no estaba para llantos. Había pasado una página de nuestra vida.

Siete

Nogent-le-Rotrou, cabeza de partido, departamento de Eure-et-Loir, a 53 km de Chartres, a orillas del Huisne, afluente del Sarthe; 8415 hab. (Nogentino, -ina).

*Nouveau Larousse.
Illustré (1904).*

Las vacaciones llegaron, y con ellas pequeñas novedades en la marcha de mi existencia. La más notable para mí fue el cambio de vestuario, que se llevó a cabo en Chartres bajo la supervisión de la tía Yvonne, con una generosidad que no esperaba de ella. Me compró un conjunto de falda y chaqueta de dril, muy fomal, para el colegio y los domingos, y un vestido de crespón estampado con la falda rematada por tres volantes de encaje para casa y los paseos; además, unos botines adecuados para el primero y un sombrero ribeteado. En resumen, que ya iba vestida como una verdadera joven, o al menos como una chiquilla mayor. La señora Crapart, además de la ilusión que le hacía vestir a una chica (había tenido una hija, pero murió a los siete u ocho años de edad), tenía interés en que su sobrina de París no la dejara en mal lugar.

En contrapartida —siempre hay una para todo—, se me adjudicó una buena parte de las tareas domésticas. Y mi tío ya pensaba en adjudicarme una en su notaría, porque, según decía, era ordenada y tenía la letra bonita. En efecto, hizo que sacaran los legajos que molestaban de una especie de cuchitril al que se accedía a través de su despacho, lo dejó más o menos en condiciones para que me instalara (una mesa, una silla y un escritorio) y comencé a pasar una hora cada mañana en compañía de su oficial, un muchacho alto, seco, polvoriento y autoritario, iniciándome en las sutilidades de las minutas y los documentos legales.

Max lo tenía más negro. A pesar de que había logrado obtener por los pelos el Certificado de estudios, mi tío no confiaba en su futuro en la notaría ni en cualquier

otra profesión que exigiera cierta regularidad, aunque buscaba para él un empleo como aprendiz que le permitiera ganar al menos para alimentarse, y sobre todo para abandonar el techo de los Crapart antes del final de las vacaciones. Tanto en su caso como en el mío, era lo más lógico, pues si bien no estábamos totalmente a cargo del notario (papá les entregaba para nosotros una especie de pequeña pensión), podíamos encontrarnos en tal situación de la noche a la mañana. De cualquier forma, más pronto o más tarde tendríamos que ganarnos el pan, y cuanto antes fuera mejor, al menos para él. Max, por su parte, no hacía nada por mejorar sus relaciones con la familia. No cesaba de hablarme del día en que podríamos regresar a París, primero él y luego yo, para disfrutar de «la buena vida», como la que llevaba, si hacías caso a lo que decía, su amigo Vincent. ¿Cómo? Lo ignoraba, pero pensaría en ello en cuanto saliera de aquel agujero.

Mientras tanto, pasaba la mayor parte del tiempo en el jardín o las caballerizas, ayudando a Lucas tal como el tío le había pedido, porque aquel no daba abasto en verano para hacer todo lo necesario; ellos aprovechaban la circunstancia para hablar largo y tendido. Lucas estaba encantado de tener un oído atento a sus recuerdos de regimiento y, a medida que mi hermano y él iban haciéndose más íntimos, a los de las nodrizas y muchachas a las que, de creer en sus palabras, se había tirado durante años sin que le flaqueara la picha. Pero ¿por qué Max no iba a creerle? Lucas era bastante buen mozo como para haber seducido a todas las hijas y mujeres de soldados que descaí a. Quizá no estaba muy apetecible con sus andi ajos de jardinero, empujando sudoroso la carretilla o el arado, pero debía de tener buena pinta con el uniforme de paseo de coracero; guerrera azul, cuello y paramentos rojos, charretera escarlata, casco con crin negra, bolas relucientes...

Yo había visto coraceros en los desfiles que papá nos llevaba a veces a ver; y en ocasiones también era testigo, con Max, de los recuerdos de Lucas, al menos de los que a él le parecía conveniente contar delante de mí, de modo que conocía el uniforme al dedillo. En cuanto al resto, mi hermano me relataba fragmentos para encontrar a su vez un oído complaciente.

—¿Sabes, Lulu? —me dijo un día—. Lucas me ha contado que en Rambouillet, en cuanto ahorrraba cuatro o cinco francos y le daban permiso para salir, se iba con sus compañeros a pasar un rato al lupanar. Y que también iba a París, donde era un poco más caro, pero mejor.

—¿Lupanar? ¿Qué es eso? —pregunté—. ¿Un café cantante?

Conocía los cafés cantante de oídas. Mis padres iban a veces antes de que mamá cayera enferma, y les había oído hablar de ello.

—¡Qué va, tonta, qué va! —respondió Max, condescendiente—. Es una casa... ¡Pues eso, una casa! —añadió, súbitamente embarazado.

—¿Una casa cómo? ¡Vamos, cuenta!

—Bien, pues es una casa donde hay mujeres en camisón que te llevan a su habitación, y tú puedes hacer con ellas lo que quieras.

—¿Lo que quieras? ¿Lo que hacíamos juntos en París?

—Es posible, pero no creo. Más bien lo que yo hice con Adéle.

«Lo que él hizo con Adéle —pensé—, es lo mismo que hice yo con el joven del carruaje». Pero aquello estaba decidida a no contárselo nunca a nadie, ni siquiera a Max. Así pues, continué informándome. Nunca se sabe bastante.

—¿Y hacen eso con cualquier hombre? —pregunté—. ¿Incluso varias veces al día? ¿Y dices que hay que pagarles?

No estaba seguro, pero por lo que había entendido la misma mujer salía de la habitación con un hombre, Lucas por ejemplo, y volvía a entrar de inmediato con otro, un compañero de Lucas. Y si Lucas quería a una mujer que no estaba en el salón, le daba cuarenta céntimos a la patrona y esperaba a que viniera para irse con ella.

—¿Cuarenta céntimos? —pregunté con interés—. ¿Dos francos?

—Sí, ése es el precio en París. Allí había un sitio donde sólo valía veinte, pero Lucas no fue nunca. Dice que las mujeres eran unos vejestorios para un joven como él. Y unos adefesios...

—Pero ¿por qué necesitaba cuatro o cinco francos si, según dices, sólo hacían falta cuarenta céntimos para..., para..., en fin, para ir con una mujer?

—Pues porque los dos francos hay que dárselos a la patrona del lupanar, y por esa cantidad sólo se tiene derecho a una vez. Pero, como Lucas no tiene bastante con una, le da discretamente otros cuarenta céntimos a la mujer y puede hacerlo todas las veces que quiera. Dice que prefiere no ir tan a menudo, pero llevar suficiente dinero.

Sin que mi hermano se enterara, yo reflexionaba sobre el tema del dinero. Los cincuenta céntimos del señor Lebon, ¿eran mucho teniendo en cuenta que se podía poseer a una mujer de verdad por menos de la mitad? ¿O eran poco, precisamente porque yo era una chiquilla casta y pura, en lugar de un vejestorio? Por otra parte, a medida que Max me contaba los devaneos del jardinero, me daba cuenta de que había visto cientos de lupanares por fuera sin enterarme. Ya no escuchaba a Max, sino que contaba mentalmente las casas de nuestro barrio que podían serlo. Por lo menos había tres que siempre tenían las persianas echadas y en cuya puerta había una especie de farolillo.

—Max —dije—, ¿hay aquí algún lupanar, puesto que es así como al parecer hay que llamarlos? ¿Lucas lo frecuenta? Según Max, había uno en una callejuela que salía de la estación, y se las arregló para pasar un día por delante y contármelo. En cuanto a si Lucas lo frecuentaba, no sabía nada.

—Me extrañaría —añadió—. Ahora que Adéle está aquí, debe de apañárselas con ella.

—Y tú, pobre hermanito mío —pregunté riendo—, ¿qué queda ahora para ti? Ya no tienes ni a Lydie, ni a Adéle...

—Sí —replicó—. Adéle ha sido mía dos veces aquí. Lo hace con Lucas casi todos los días, pero eso no le impidió venir hace dos semanas una noche a mi habitación, con la excusa de preguntarme si tenía ropa para lavar. Yo iba en camisa de dormir, y me la arremangué para mostrarle que estaba empalmado. Entonces, ella se apresuró a sentarse al borde de la cama, con las piernas abiertas, y me dijo que fuera porque tenía ganas de hacerlo y aquello le sentaba muy bien. ¿Crees que necesitó repetírmelo, vieja...?

—¿Y te acostaste encima de ella, cerdo? —pregunté, súbitamente excitada por su aventura.

Max también había ido calentándose mientras me hablaba de las mujeres en camisón que Lucas se tiraba, y de lo que él había hecho con Adéle. Nos encontrábamos precisamente en su minúscula habitación contigua al desván. Desde que habían acabado las clases, casi todos los días nos reuníamos allí o en mi dormitorio después de desayunar, una vez que la mesa quedaba recogida y antes de que él tuviera que ir al jardín. Dado que yo me había jurado no volver a hacer nada con él ahora que había estado con otros hombres, y que él tampoco me lo pedía, cualquiera que hubiera entrado no habría podido encontrar nada reprochable en nuestra conducta. Y, a fin de cuentas, éramos hermanos.

Por desgracia, aquel día ambos nos encontrábamos bajo presión, a causa de las historias de Lucas y también porque, desde que dejáramos París, hacía casi dos meses, Max sólo había podido satisfacerse un par de veces, y yo ni una. Para acabarlo de arreglar, en la habitación hacía el calor suficiente para excitar nuestros apetitos... Yo llevaba el vestido de crespón, sin bragas, y él unos pantalones de loneta con tirantes.

Mientras me contaba la visita de Adéle a su habitación, se había sacado casi maquinalmente la picha, ya empalmada, y yo deslicé la mano bajo el vestido para acariciarme.

—No —dijo para responder a mi pregunta, al tiempo que se manoseaba la picha—, fue ella quien se acostó. Yo permanecí de pie. Vamos, Lulu, sé buena chica y deja que te lo demuestre.

—¿Demostrarme qué? —Cómo lo hice con Adéle.

—Lo haré encantada por complacerte —respondí muy tranquila—. Pero sólo una simulación. Si tienes tantas ganas, basta con que vayas a buscarla —añadí con malicia.

Tras estas palabras, me instalé en la cama. Era estrecha y dura, y recordé el asiento del carruaje mientras me arremangaba el vestido y me sentaba lo más al borde que podía, con las piernas muy abiertas, tal como aquel sinvergüenza me había obligado a hacer.

—¿Cómo sabes que se puso así? —preguntó Max, sorprendido—. ¿Lo has hecho con otro?

—No, no —protesté, sintiendo que enrojecía hasta la raíz del pelo—, pero no es

difícil de imaginar teniendo en cuenta que tú te quedaste de pie. Bueno, ¿es esto todo cuanto querías ver? —añadí, deseando en mi interior que no se conformara, porque no podía resistir más ante la idea de ser penetrada por aquel apetecible chisme. Como tantas mujeres, soy capaz de mantenerme virtuosa mientras todo quede en palabras, pero incapaz en cuanto tengo ante los ojos y las manos un rabo bien tieso. Para provocarlo, le pregunté—: Entonces. ¿Dédéle te enseñaba su cosa... igual que yo? ¿Sigue teniéndola igual de grande y de roja?

—Igual de rojo —me corrigió—. El coño. A ella le gusta que lo llame así; dice que eso le excita. Sí, es como tú dices, pero tiene tanto pelo alrededor que debo acercarme mucho para verlo bien. Por cierto, hermanita, el tuyo lo veo bastante cambiado. Es más grande y más rosado, y tú también empiezas a tener vello.

Salí del paso explicándole que estaba convirtiéndome en una mujer, y que aquello era tan normal como crecer.

Pero aquel parloteo me aburría. Así pues, me decidí a avanzar un poco y a cogerle la minina.

—La tuya también se diría que es más robusta —constaté—. ¿Te lo ha dicho Dédéle?

—Sí. Y al parecer aún crecerá más, sobre todo si jodo con frecuencia. Al menos hasta que me toque hacer el servicio. Según ella, entonces estaré tan bien provisto como Lucas. Así que, cuando...

—Un momento, Max —interrumpí sin miramientos—, ya me contarás eso más tarde, porque si queremos hacer algo tiene que ser ahora, mientras estemos seguros de que no subirá nadie. ¡Vamos, ven!

—¿Por delante, igual que con Adéle?

—¡Ah, no! No podrías. Además, serías el primero —añadí sin vacilar—, y no quiero. No, por detrás, como de costumbre.

—Entonces, es preciso que te des la vuelta. —No, no, quiero hacerlo así. Llegarás bien, ya lo verás. Espera —dije, saltando de la cama—, voy a enjabonarme el ojete, eso nos traerá recuerdos.

Me dirigí con rapidez al palanganero, e hice lo necesario con una pastilla de jabón húmeda que había allí; luego, me coloqué de nuevo como antes, loca de impaciencia. Él se acercó a la cama y empujó su chisme entre mis muslos, pero la cosa no funcionaba. Se deslizaba hacia la hendidura, que quedaba justo a su altura, y estuvo a punto de entrar ahí. —¡No, no! —exclamé—. ¡Es más abajo! Max continuó intentándolo pacientemente, pero lo único que conseguía era restregar la polla contra el cubrecama sin encontrar la entrada correcta. Por fortuna, en parte por instinto y en parte recordando la aventura del carruaje, de pronto se me ocurrió el modo de facilitarle la tarea. Encogí las piernas sobre el pecho, sosteniéndolas por las rodillas, y le pregunté:

—¿Lo ves ahora, hermanito? ¿Podrás?

—No del todo, aún queda demasiado abajo —le oí responder.

—Pues desliza las manos bajo mi culo y levántame.

Él lo hizo, y enseguida sentí que empujaba en el agujero adecuado. Le cogí la polla con una mano para situarla correctamente, y ésta entró bastante al primer empujón. No cabía en mí de contento al sentirme de nuevo atravesada por un buen nabo duro y caliente. Pata relajarme, estiré las piernas y las apoyé sobre sus hombros. Lo único que veía era la cabeza de Max y los dedos de mis pies, ya que me había recostado por completo. Cerré los ojos. Una vez metidos en faena, nos lo tomamos con calma. Él la metía y la sacaba con suavidad, entrando un poco más a cada movimiento; y, como no la tenía ni demasiado gorda ni demasiado larga, se deslizaba a las mil maravillas. Resultaba tan agradable que comencé a suspirar cada vez más profundamente, y luego a contraerme, oprimiendo su picha.

—¡Ah, Lulu! Pequeña guarra —susurraba—, te gusta la picha de tu hermanito, ¿eh? ¡Oh! ¡Cómo aprietas el culo! Igual que Adéle, pero con más fuerza... ¡Oh, oh! Vas a hacer que me corra, Lulu... Sí... Sí...

Más tarde, en el prostíbulo, me enteré por las chicas de que a esa postura, la de colocarse con las piernas encogidas sobre los pechos (lo cual no queda demasiado elegante), se le llama de «la rana», y a la otra, la de estirarlas para apoyarlas en la espalda del hombre (que resulta más bonita), «del cisne». Si el cliente deseaba ensartarte al estilo normando, había que ponerse un cojín bajo el culo para estar segura de que no se equivocaría de camino; o, aún mejor, para darle la oportunidad de que eligiera entre los dos.

Ciertamente, Max y yo habíamos adquirido muchos conocimientos desde aquel domingo, hacía cuatro meses, en que nos encontramos uno contra otro a la salida del baño. Yo ya no era una principiante, pero de ahí a descubrir totalmente sola una forma de hacer el amor que la mayoría de mujeres continúan ignorando al abandonar este sucio mundo, había un gran trecho... Sin embargo, la naturaleza es sabia; más que los libros.

Por desgracia, el solaz que acababa de ofrecerme, y sobre todo aquel nuevo modo de hacer que me ensartaran, hicieron que me subiera de nuevo la fiebre del culo. El resfriado volvió a atacarme, y esta vez con más fuerza aún. Salí del dormitorio de Max acalorada, con el vestido arrugado y los muslos impregnados de jugo, y me dirigí al mío para lavarme mientras él regresaba al jardín. Una vez allí, me tendí en la cama con las piernas en alto, e imaginé que Lucas o cualquier otro hombre entraba en silencio, se desabrochaba con una mano y se aproximaba a mí, empalmado, para metérmela sin pronunciar una sola palabra; y, en esta ocasión, me la metía donde yo comenzaba a desearlo, como a una mujer, y no como a una chiquilla.

Evidentemente, por suerte no vino nadie, ya que de hacerlo habría sido más bien mi tío o mi tía, en lugar de Lucas, y yo me hubiera sentido fatal. Pero ensoñaciones similares son el pan nuestro de cada día de las señoritas, y, mediante ellas, éstas

acaban indefectiblemente por constatar que:

*Mi madre tenía razón, ahora lo veo,
nuestra felicidad reside en nuestros dedos.*

Los míos ya estaban recorriendo la hendidura en busca del clítoris. Dedicándome a estas prácticas durante mis primeras semanas en Nogent, había descubierto que éste se hinchaba y se endurecía al frotarlo, y ahora conseguía gozar con bastante facilidad. Aquel día se me ocurrió utilizar las dos manos: una para el clítoris, y el dedo medio de la otra para la hendidura, donde lo introduje con suavidad. La abertura era muy sensible, pero no resultó doloroso, de manera que imprimí más rapidez al movimiento y metí todo el dedo, imaginando que era una minúscula minina. Resultaba sumamente agradable, pues en mi maniobra recogía los restos del jugo de Max que todavía fluían de mi culo. Del dedo a la vela, todas las mujeres lo saben, no hay más que un paso. Yo jamás había oído hablar de esa forma de iluminarse el vientre; pero, cuando una muchacha no puede apartar de su mente la imagen de una polla en erección, comienza a buscar a su alrededor algún objeto que se le parezca y que tal vez pueda sustituirla. Y una vela es algo que se encuentra en todas las mesillas de noche. Supongo que nuestras tatarabuelas ya conocían el truco, y que los cirios que compraban no debían de servir tan sólo para sus oraciones.

Hice, pues, lo mismo que tantas otras, con una satisfacción pasable. A base de dedos y de vela, logré proporcionarme un pequeño goce. Era mejor eso que nada, así que a partir de entonces lo practiqué con regularidad, para distraerme mientras esperaba a mi Príncipe Azul.

En lugar de príncipe azul, fue al primo León a quien vimos desembarcar, quiero decir apearse del cabriolé recién pintado de su padre. Continuaba igual de presumido, suficiente y un tanto memo. No nos habíamos visto desde hacía aproximadamente tres meses, desde aquel domingo en que se nos informó de nuestro exilio a Nogent-le-Rotrou. Él no había cambiado, pero yo, a juzgar por su cara de asombro, sí. León había dejado a una chiquilla a la que podía mirar por encima del hombro, y encontraba a una jovencita tan atractiva como las que veía de lejos en las terrazas de las cervecerías del Barrio Latino, o quizá más.

Él perdió buena parte de su soberbia, y yo me hice merecedora de unos «¡prima, prima!» sumamente amables. Lo más curioso era que Max también parecía intimidarle, a pesar de su aspecto y sus ropas descuidadas de ayudante de jardinero. Y es que, si bien uno era el hijo único del notario y otro el primo pobre, Max poseía, a la misma edad que León, esa especie de seguridad irónica que garantiza a un joven el éxito con las mujeres; me refiero a haber ensartado o jodido a dos o tres. Una vez situado en el lugar que le correspondía, León, que percibía aquellas diferencias, resultó más bien un compañero de vacaciones agradable y cada vez más cercano a

nosotros.

Al trío que formábamos se unió poco a poco mi amiga Odette. Al ser la única de su edad que vivía en aquella casa tan grande, se aburría muchísimo, y su madre la animó para que viniera a pasar las tardes a casa de los Crapart, adonde ya venía de vez en cuando desde antes de las vacaciones, en particular cuando la señora de Courmanche se iba a pasar tres o incluso cuatro días a París para resolver sus asuntos. Aquellas tardes regresaba a casa cuando oscurecía, en compañía de la vieja criada. Unos quince días antes de que llegara León, y un poco después de lo que he contado a propósito de Max, su madre tuvo que trasladarse a Chartres y, de allí, a París. Estaría ausente durante tres, o seguramente cuatro días, y aceptó de buen grado la proposición que le hizo la tía Yvonne, a instancias mías, de confiarnos a Odette durante aquel tiempo.

Esta, pues, llegó por la tarde, con su camisón y sus cosas de aseo. Para alojarla, sólo estaba disponible mi dormitorio y una habitación pequeña en un pabellón que daba al jardín, pero que estaba aislado del resto de la casa. Mi tía pensó que a lo mejor le daba miedo permanecer por la noche tan alejada, y ordenó a Adèle que llevara un colchón y una almohada a mi habitación, que era lo suficientemente amplia como para que durmiéramos en ella las dos.

—Así podremos charlar todo lo que queramos —me dijo Odette—, ya que pasaré dos noches en vuestra casa.

Después de cenar, ella subió primero y yo me quedé para ayudar a Adèle a quitar la mesa. Cuando llegué, ella ya estaba acostada y completamente tapada. Mientras me desnudaba, hablamos de tonterías, de la cena, de los deberes que nos habían puesto para las vacaciones y cosas por el estilo. Tal como acostumbraba a hacer en aquellos días tan calurosos, me quité toda la ropa, incluidos calcetines y bragas, para refrescarme echándome un poco de agua por los hombros antes de ponerme el camisón. Apenas eran las ocho y las persianas no estaban echadas. Pasé varias veces por delante de sus narices desnuda, o más bien por debajo, ya que el colchón estaba en el suelo. Ella me preguntó sorprendida:

—¿Te quedas así todas las noches cuando vas a acostarte?

—Sí —respondí con toda tranquilidad—, ¿por qué no? La puerta está cerrada, estoy en mi casa y hace calor. ¿Tú no lo haces nunca en tu habitación?

—No... No me atrevo... Dicen que no se debe hacer...

—No me dirás que te acuestas con la camiseta puesta, ¿verdad?

—No, por supuesto, pero no me quedo totalmente desnuda, como tú. Me pareces muy guapa, ¿sabes, Lucienne? Tienes la belleza de una verdadera mujer...

—¿Cómo lo sabes, si nunca has visto a ninguna mujer completamente desnuda?

Como se sentía un tanto incómoda estando a ras del suelo mientras yo permanecía de pie, se decidió a sentarse en el colchón.

—¡Buena idea! —exclamé—. Si hubieras seguido acostada, habría acabado por pisarte. Ven —añadí, tirando de ella por un brazo—, no seas boba. Vamos a sentarnos

en mi cama, estaremos mejor.

Ella obedeció sin rechistar, pero se resistió un poco cuando intenté quitarle el camisón.

—Pero, Odette —dije—, si yo te deajo que me veas desnuda, también tengo derecho a verte a ti. Estoy segura de que eres tan hermosa como yo —añadí, mimosa—, o incluso más.

—Sí, creo que tienes razón —respondió—. Además, contigo me apetece. Pero no le dirás a nadie que me he quitado el camisón, ¿verdad?

—Pues claro que no —le aseguré, mientras acababa de quitárselo—. Tendría que estar loca para hacerlo. Ahora podemos comparar. Pero, primero, vamos a besarnos.

La estreché entre mis brazos y acerqué mi boca a la suya, esforzándome por separar sus labios para deslizar mi lengua entre ellos, igual que me había hecho un día el doctor Boulay. Ella se resistió un momento, pero luego cedió y me correspondió con el mismo entusiasmo. Estábamos tan pegadas una a otra, que sentía sus pechos y su vientre contra los míos. Mi excitación iba en aumento, pero llevaba el máximo cuidado para no asustarla con algún gesto apresurado. Sin embargo, muy pronto me di cuenta de que no tenía nada que temer en ese sentido. Desde luego, yo era para ella la primera, como por otra parte ella lo era para mí si no contaba a Adèle, y mucho menos a los chicos y los hombres. Jugar con pichas y ofrecer el ojete es totalmente diferente a entregarse con pasión a una chica de tu misma edad, que te devuelve todas las caricias que le haces y que le enseñas a saborear. No obstante, yo contaba con la ventaja de saber mí o menos adonde quería ir a parar y qué deseaba.

En cuanto empezamos a besarnos de nuevo, entrelazando nuestras lenguas, deslicé una mano por su vientre e introduje el dedo medio entre sus muslos apretados hasta alcanzar el clítoris. Ella me dio enseguida todas las facilidades, separando las piernas como si no esperara otra cosa. Ya tenía el coño bastante húmedo, más bien de sudor que de jugo, ya que era virgen, pero el resultado era el mismo: mi dedo iba y venía entre sus «labios», y yo sentía su clítoris cada vez más. Odette me estrechaba contra ella y, en su excitación, me babeaba en la boca y me mordía los labios. De repente gozó, como lo hacen las chiquillas, sin mojar pero tensando todo el cuerpo, y prácticamente se desplomó en mis brazos. No tuve más que empujarla un poco para que se dejara caer en la cama, jadeando.

—¡Oh, querida Lucienne! —gimió al recobrar el aliento—. ¿Por qué me has hecho eso?

—Porque da mucho gusto —respondí, tumbándome junto a ella y besándola suavemente en los labios—. Dímelo, dime que da mucho gusto.

—¡Ah, sí! Es como..., como... No sé... Tienes la sensación de que vas a desvanecerte, pero al mismo tiempo deseas que no se acabe nunca... Lo haremos otra vez, ¿verdad, mi querida Lucienne? —exclamó, ofreciéndome su lengua—. ¡Oh, sí! Hazlo, hazlo, siento que me invade de nuevo —añadió, mientras le acariciaba los pezones, ya bastante consistentes y totalmente erectos.

—No, no, Odette —respondí—, ahora no. Te pondrías enferma. Dentro de un rato o mañana por la mañana, sí, te lo prometo. Además —proseguí—, no eres la única habitante del planeta, cielo. A mí también me gusta...

—¡Oh, perdóname, perdóname Lulu! —gimió—. No había pensado en ti. Sí, ahora te lo haré yo, pero no sabré cómo si no me ayudas. Ni siquiera sé cómo explicarme... Debes de pensar que soy idiota, ¿verdad? Tú ya lo habías hecho con otras chicas, ¿no es cierto? No estoy celosa, pero me doy cuenta de que no soy la primera.

—Sí que lo eres —repliqué—. Sólo he estado con una o dos, pero les hacía esto como podía haberles hecho cualquier otra cosa. En cambio, tú serás mi amiguita de verdad a partir de hoy. La prueba está en que a ellas no las besé como a ti. ¿También te gusta eso?

Sin responder, se abalanzó sobre mi boca, y su lengua comenzó a moverse febrilmente. Al mismo tiempo, para poder arrimarse más a mí, me agarró las nalgas con las dos manos, por lo que nuestros vientres no cesaban de chocar uno contra otro. Era una sensación mil veces más intensa y agradable que la de sentir el vientre de un muchacho golpeando tu trasero para introducir la picha; o, por lo menos, completamente distinta. Yo la imité, pasando una pierna entre las suyas para intentar frotar mi nido contra el suyo, al tiempo que deslizaba una mano por sus nalgas. Muy de vez en cuando, Odette tomaba aliento, pero sus labios volvían a fundirse con los míos de inmediato. Aceptó sin rechistar que le tocara con el dedo medio el ojete, el cual estaba tan mojado de sudor que permitió la entrada y alojó el dedo en su interior sin el menor gesto de rechazo. Una vez dentro, comencé a moverlo y, separando un momento mi boca de la suya, le pregunté:

—Y esto, Dédette, ¿también te gusta?

—¡Oh! Sí, sí —me susurró al oído—, pero me da vergüenza. Meter un dedo ahí es una cochinada.

Y de nuevo me hizo la misma pregunta: «¿Por qué me haces eso?». Y yo le di la misma respuesta: «Porque da mucho gusto. Y lo que da gusto no es ninguna cochinada».

—Además —añadí—, así es como si fuera tu amiguito.

—¿Mi amiguito? —preguntó sorprendida—. ¿Es eso lo que les hacen a las mujeres? ¿En el trasero?

Era más o menos la misma pregunta que yo le había hecho a Adèle hacía seis meses. Una pregunta de ésas que gustan a quien se le hacen, y que lo excitan, pues no hay nada más excitante que enseñar lo que los imbéciles llaman «una guarrada» a alguien que, como vulgarmente se dice, acaba de caer de la higuera; siempre y cuando a ese alguien le guste aprender, por supuesto. Y en este caso resultaba tanto más excitante para mí cuanto que se trataba de la primera clase que impartía, de modo que improvisaba lo que iba a hacerle descubrir a medida que ella descubría la novedad anterior.

—Sí y no —respondí para salir del paso—. Te meten el dedo para ponerte a punto y para que te entren ganas de que te metan el chisme.

—¿El chisme? ¿Quieres decir el grifo del pipí? ¿Pueden metértelo?

Hubiera podido burlarme de ella, pero ¿por qué iba a hacerlo? No tenía más que unos meses más que ella, precisamente los que me separaban de la misma infancia ignorante. Respondí, pues, con seriedad, sin sacar mi dedo de donde estaba:

—Sí, pueden porque el grifo del pipí se les pone duro cuando les gusta una chica. ¿Lo sabías?

—Bueno..., en cierto modo..., pero no con exactitud... Entonces, ¿es lo mismo que hacen los caballos? Porque lo de los caballos sí lo sé. Una vez vi a uno en Tichebray que se peleaba con una yegua para meterle el chisme. El de los hombres, ¿cómo es de grande? ¿Más que mi dedo?

—¡Oh, mucho más! —respondí emocionada—. Más que dos dedos juntos —precisé, introduciendo otro junto al primero—. No te hago daño, ¿verdad?

Aparentemente, no, ya que había comenzado a retorcerse y a suspirar de tal modo que me resultaba un tanto difícil mantenerlos en su lugar. Yo mantenía la calma, no porque no tuviera ganas de que me masturbara y me metiera un dedo donde ella tenía los míos, sino porque sabía que disponíamos de buena parte de la noche, e incluso de unas horas durante el día y otra noche para repasar todo el catecismo de las caricias entre mujeres, un catecismo del que no conocía más que las primeras palabras, pero que las de más aventuras y mi imaginación no iban a tardar en revelarme. Entonces surgió la inevitable pregunta:

—V..., ¿es así como se hacen los niños?

—¡Oh! No quieras correr tanto —respondí—. Eso es algo más complicado. Odette —dije, apartándome de ella—, ahora vamos a mirarnos. Todavía hay claridad. Date la vuelta para colocarte enfrente de la ventana y abre las piernas. Yo te explicaré lo que veo. ¿Quieres?

—¿Crees que debemos hacerlo? Es lo que el vicario me pregunta siempre cuando me confieso, si he mirado a otras chicas o chicos, y si me miro al espejo. Pero, si tú quieres, yo también. No se lo contaré al confesor. ¿Y tú?

—Bueno —respondí evasiva—, yo creo que los curas no tendrían que preguntarnos esas cosas. ¿Acaso les pregunto yo a ellos lo que hacen por la noche, en su habitación, con su gobernanta?

¡Buena parrafada! Se la debía a mi padre, que era un grandísimo descreído, como creo haber dicho ya; recuerdo que un día se la soltó a la abuela Boiron en la mesa, hablando de la mojigatería que nos invadía por aquel entonces. Odette no insistió. Había comprendido que lo esencial era callarse y negarlo todo obstinadamente. Eso se aprende enseguida. Así pues, volvimos a lo nuestro. La coloqué como yo deseaba, al borde de la cama, con las piernas separadas, y miré un momento:

—¿Te parece bonito mi pipí? —preguntó—. Sí. Tienes el pelo rubio, y mucho más bonito que el mío, tan negro, aunque me parece que yo tengo más. Pero no digas

«pipí», es horrible. No sirve sólo para eso, ¿sabes? De hecho, es lo de menos.

—¡Ah! ¿Y cómo lo llamas tú? ¿La hendidura?

—No, el coño, es el coñito. Los hombres lo llaman así, y a mí me gusta. Dilo tú: mi coñito es precioso.

—Mi....

—Vamos, dilo: mi coñito...

—Mi... mi coñito. Es verdad, es gracioso decir «mi coñito». Lucienne, ¿me enseñarás el tuyo?

Estaba realmente encantadora, tumbada, lánguida, somnolienta, con la piel muy blanca y suave, y tan tierna... Aquel día empecé a ser un poco bollera, o más bien bastante, y luego continué siéndolo. Me acerqué a ella y le dije:

—Voy a besar tu precioso coño. No pienses en nada, sólo dime si te gusta sentir mi lengua.

Era la primera vez que se dejaba lamer el conejo, y la primera que yo lamía uno. Yo sabía que podría hacerla enloquecer si la lamía bien, como el doctor Boulay me había lamido a mí, aunque quizá consiguiera hacerlo mejor por ser mujer. Temía que aquello oliera un poco a pipí, aunque por otra parte eso no me habría hecho echarme atrás; pero no, era otro olor, más suave, embriagador, o una mezcla de los dos, no estoy muy segura. El caso es que conseguí atrapar su clítoris entre mis labios y comencé a jugar con él. Yo la asía de las caderas, y ella se agarraba a mi pelo y movía la pelvis, gimiendo cada vez más fuerte:

—¡Oh!... ¡Oh!... Continúa, Lucienne... Sí... Más... Siento como me sube por las piernas... Sí... Ya viene, ya viene... ¡Aaah!

—Es maravilloso, ¿verdad? —dije, secándome la boca en su muslo—. Explícame lo que has sentido.

—¡Oh, no lo sé! —suspiró—. No sé cómo explicarlo, ni siquiera me quedan fuerzas para hablar. Dilo tú.

—De acuerdo. Has gozado, Dédette.

—¿Gozado? ¿También significa eso?

—Significa fundamentalmente eso, cielo. Gozar es eso. Has gozado, e incluso te has corrido un poco en mi boca.

—¿Qué he hecho?

—Te has corrido. Así es como se llama cuando fluye jugo. Vamos, mi adorable amiguita, dilo tú ahora que ya has aprendido. He...

Me había tumbado en la cama, a su lado, y la estrechaba entre mis brazos y la besaba para animarla.

—He... gozado, he gozado —dijo.

—Y me he...

—Y me he corrido..., me he corrido...

—En...

—En la boca de mi querida Lucette, porque de ahora en adelante te llamaré

Lucette cuando estemos las dos solas —dijo de un tirón. Y repitió—: He gozado y me he corrido en la boca de mi Lucette.

—Mi amiguita tiene sueño —constaté, al verla bostezar entre mis brazos—, ¿no es cierto? Ahora debemos dormir.

—¡Oh, no! —protestó—. Yo también quiero besarte, como me has hecho a mí, el... el coño, y que te corras en mi boca. Si quieres que lo haga, claro —añadió tímidamente.

—Si no estás muy cansada, tal vez —respondí—. Pero no enseguida, porque tengo unas ganas locas de hacer pipí de verdad.

—Yo también —exclamó—, pero no me atrevía a decirlo. Haz tú primero, mientras yo te miro, y luego haré yo, mientras me miras tú. ¿De acuerdo?

¿Por qué no? A todas las chicas les gusta ver a otra orinar. No sé por qué, pero es así. Ya muchos hombres también. Algunos llegan incluso al extremo de no ponerse a tono hasta que no te meas delante de sus narices, cuando no es encima. Así pues, me instalé en el orinal y, cuando me disponía a vaciarlo en el cubo una vez hube acabado, ella exclamó:

—¡No, Lucette! Déjalo. Si soy tu amiguita, debemos mezclar nuestros pipis.

No me pareció mala idea. ¡Bien que se mezclan las salivas y los jugos cuando se hace el amor! Así que, ¿por qué no los pipis? Sobre todo teniendo en cuenta que los de las chiquillas huelen bien... Tras finalizar la operación y vaciar el orinal, Odette se acostó de nuevo a mi lado y me dijo:

—Es verdad que tenía sueño, pero se me ha pasado bastante. Todo irá de maravilla si me permites, si me permites...

—¿Si te permito qué?

—Lo sabes de sobra, pero quieres obligarme a decirlo, ¿a que sí, pillina?

—Si me permites que te chupe el coño...

—Está bien, pero no del todo. Lo que tú quieres chuparme es lo que te estoy tocando en este momento —precisé, poniendo un dedo sobre su clítoris—, es decir... ¡A ver si lo adivinas!

—Parece un botón..., un botón de botón. ¿Es eso? ¿Sí? Entonces quiero tomar tu botón entre mis labios y chuparlo. ¡Un centenar de veces! ¡Esta vez no puedes negarte! —concluyó triunfal.

¡Qué imaginación! A decir verdad, yo no estaba muy excitada; en cualquier caso, menos que ella. Hubiera preferido charlar y enseñarle palabras nuevas. A algunas tortilleras no les gusta más que darle a la lengua, y a otras dejarse hacer. Yo pertenezco más bien al primer grupo, porque lo otro resulta realmente agotador cuando tu amiga tiene talento, y además algunos hombres lo hacen igual de bien y no te cansas tanto. ¡Pero parecía tener tantas ganas! Además, también en esto la naturaleza y el deseo te hacen descubrir enseguida el camino del placer compartido, como dicen los autores de las novelas de amor. Yo nunca lo había intentado, pero evidentemente era posible, e incluso fácil.

Al ver que se disponía a bajar de la cama para instalarse como yo lo hiciera antes, la retuve.

—No, quédate junto a mí —le dije con suavidad—. Simplemente, date la vuelta para colocar tu preciosa cabeza entre mis muslos... Sí, así... Ponte cómoda, mi querida Dédette... ¡Ah! Ya siento tu boca, tesoro, ya siento tu deliciosa lengua... ¡Ah! ¡Qué gusto! ¡Qué gusto da!

Inspiración no les falta a las chiquillas en las noches de luna llena, cuando están bajo el mismo techo y en un lecho ardiente. Al mismo tiempo que sus labios y su lengua me lamían el clítoris, acerqué con suavidad su pubis hacia mí. Ella abrió las piernas para ofrecerme de nuevo su coño, e interrumpió un instante sus lametones para decir:

—Sí, Lucette, por favor, chúpame otra vez el coño mientras yo chupo el tuyo. Quiero volver a correrme en tu boca. ¿Lo hago bien? ¿Gozarás, Lucette?

—Sí, vamos, vamos, gatita mía, es una delicia... Separa bien mis labios con los dedos, igual que hago yo, para meter la lengua en la hendidura... Muy bien..., muy bien..., guarra mía...

En efecto, como tal se reveló la señorita de Courmanche en aquellos momentos, hasta el punto que, en cuanto mi lengua y mi dedo hicieron una incursión hacia su ojete, me agarró con las dos manos de las nalgas para levantarme un poco y me imitó con ardor. Luego, regresamos al mismo tiempo a los coños con glotonería, abrazándonos como auténticas posesas. Yo gocé primero, clavándole con furia las uñas en las nalgas del placer tan intenso que sentí; e inmediatamente después, también ella gozó, al tiempo que gritaba:

—¡Ah, ah! Lucette... ¡Dios mío! Estoy..., estoy corriéndome otra vez... en tu boca..., en tu boca...

La atraje hacia mí y la estreché entre mis brazos. Ella emitía con regularidad una especie de sollozos, y era presa de un llanto nervioso.

—Cálmate, Odette, te lo suplico —le dije—. Adéle subirá a acostarse de un momento a otro. Cálmate... Ya sé —añadí para apaciguarla—, nos abrazaremos tal como estamos. Así, yo sentiré el sabor de mi coño en tus labios, y tú el del tuyo en los míos.

Fue una idea excelente. En efecto, su boca despedía un olor fuerte, de mujer que acaba de gozar, y su lengua estaba salada.

Nos dormimos así, juntas, abrazadas y felices.

Ocho

Como dos tiernas flores en el mismo tallo, duermen; pero su seno turbador y bello se eleva al recordar sus fantasías alocadas.

Inspiradas por un mutuo amor, sus bocas acariciadas parecen aún dispuestas para un nuevo beso; y mañana, en este lecho cual voluptuoso féretro, el placer abrirá de nuevo sus corolas fatigadas.

H. Cantel.

Amores y priapeas, Sonetos (1869).

Aquella noche tuvimos suerte por partida doble. En primer lugar porque Adéle subió más tarde que de costumbre, y ya dormíamos profundamente cuando pasó por delante de mi habitación, por lo que se acostó sin entrar a desearme las buenas noches como hacía con frecuencia. En segundo lugar porque nos despertamos al mismo tiempo a media noche, creo que entre las tres y las cuatro de la madrugada. Después, he dormido con muchos hombres y un número considerable de mujeres, y he observado que siempre nos despertábamos hacia esa hora, alterados por el sexo, y que era entonces, como soñando despiertos, cuando mejor hacíamos el amor. Boulay, uno de los hombres con los que me sucedió, me explicó que era un momento especial para el cuerpo, y que entonces toda mujer, suponiendo que hubiera opuesto resistencia seis horas antes, se entregaba.

En cuanto nos despertamos, nos abalanzamos una sobre otra como hambrientas, ya desaparecido todo rastro de fatiga. Desnudas y calientes como estábamos, la cama se convirtió en un momento en un bullicioso entrelazado de piernas, dedos, brazos y bocas. Al otro lado de la pared, los apacibles ronquidos de Adéle acompañaban en sordina nuestros susurros y suspiros.

—Espera —le dije a Odette al tiempo que saltaba de la cama—, voy a encender una luz. Es mejor verse. Además, tengo una idea.

Encendí a tientas una mariposa y me acosté de nuevo a su lado.

—Ahora cruzaremos nuestras piernas, tú por aquí y yo por ahí. Así, nuestros coños estarán tan unidos como nuestras bocas.

Es una postura que adoptan todas las bolleras cuando no se están chupando, pero yo lo ignoraba. Lo había descubierto sin ninguna ayuda. Es muy fácil, y cuando sentí su coño contra el mío, comencé a frotar moviendo la pelvis. Como no teníamos casi vello ninguna de las dos, las carnes y los clítoris se calentaron enseguida, y no tardamos en gozar, primero yo, porque estaba más excitada, y ella después.

—¿Te ha gustado, Odette? —murmuré, estrechándola entre mis brazos.

—¡Oh, sí! Me recorría todo el cuerpo, hasta la punta de los pies... ¿Es así como lo hacen los maridos con sus mujeres?

Seguía insistiendo en el asunto de los papás y las mamás. Por consiguiente, fui un poco más explícita en mi respuesta, al menos hasta donde era capaz de serlo.

—En cierto modo, sí, aunque ya sabes que los hombres no tienen coño, sino una minina que se llama picha. Cuando está bien tiesa, la meten en el coño de su mujercita y pueden hacer un bebé, pero no siempre. Ya sé —añadí—, vamos a jugar a que tú eres mi marido y yo tu mujer. Como no tienes picha, me tienes que meter el dedo medio aquí —dije, guiándola—. ¡Ay, ay! Pero primero debes cortarte las uñas, así me arañas.

Con las tijeras pequeñas y la lima que tenía en el cajón de mi mesilla de noche, y a la luz de la mariposa, pronto estuvo hecho. A continuación, me tumbé con las piernas abiertas junto a ella.

—Venga, ya puedes meterlo. Despacio, despacio...

—¿Más?

—Sí, más, más... Ahora, mételo y sácalo sin parar... Así... ¡Oh! ¡Qué mojada estoy! Entra de maravilla... Ven, ponte encima de mí como si fueras mi marido de verdad —dije, colocando su cuerpo sobre el mío—, y continúa deslizando el dedo entre nuestros vientres... Sí, maridito mío, lo haces muy bien... Ahora dame un beso con la lengua... ¡Oh, qué gusto! ¡Oooh! Y aún sería mejor si me metieras dos dedos... ¡Ah! Sí, sí... ¡Qué bien me jodes, Dédette!... Sí...

De alguna manera, era igual que con el cochero, pero infinitamente mejor, pues tenía un hermoso cuerpo suave y desnudo sobre el mío, una boca cariñosa y caliente en la mía, unos pechos sensibles aplastados contra los míos, ¡y aquellos dedos entraban y salían de mi sexo proporcionándome tanto placer! Fue aquella noche, con Odette, cuando comencé a sentir un deseo acuciante de estar debajo de un hombre, con una auténtica picha ardiente en el lugar donde ahora tenía unos dedos. Ella no me ofrecía más que una primera impresión, pero lo hacía con tanto ardor que no tuve ninguna dificultad para volver a gozar, por tercera vez en la noche, si no me equivoco. Para una principiante, ¡no estaba nada mal!

Aquella fiesta de coños a media noche fue nuestro segundo golpe de suerte, porque, cuando nos calmamos, tuve la prudencia de obligarla a ponerse el camisón y a que se quedara en mi cama, trasladándome yo al colchón. De ese modo, cuando Adéle llamó a la puerta y entró por la mañana temprano para despertarme, no río más que a dos amigas en camisón, cada una en su cama; unas camas con las sábanas bastante revueltas, todo hay que decirlo, pero el intenso calor podía explicar el desorden. Odette seguía durmiendo como un tronco cuando salí de la habitación, en camisón y sin lavar me, para reunirme con Adéle en la cocina.

—Se te cierran los ojos —dijo mientras me tomaba el tazón de chocolate—. ¿No te habrás pasado la noche, por casualidad, haciendo cochinas con tu amiga Odette?

—Pero, Dédéle, ¡qué ocurrencia! —protesté muy virtuosa—. Odette es una chica muy formal. Le dejé mi cama para que durmiera mejor, eso es todo.

—Sí, sí, ya puedes ir hablando —respondió riendo—. Quiero enterarme y me enteraré. Ahora que no tienes mamá, debo velar por ti, Lulu.

Yo estaba sentada en un taburete de tres patas, ocupada limpiándome la boca, cuando ella deslizó con presteza una mano entre mis muslos, recorrió la hendidura y la sacó impregnada de jugo.

—¿Y esto qué es? —exclamó—. ¿Mermelada? Aún eres un poco inocente para engañarme, preciosa. No te pido que me lo cuentes, sólo que no me mientas. Eso es todavía peor que divertirse con otra chica.

—Bien, pues sí —confesé—. Odette y yo nos divertimos.

—¡Espera un momento! —prosiguió, presa de una nueva sospecha—. Levántate, por favor...

Protesté, aunque sin mucha convicción, pues sabía adonde quería ir a parar. Además, un día u otro tenía que descubrirse mi aventura con el cochero, y dentro de lo malo prefería que fuese Adéle, que más bien me prestaría ayuda en lugar de castigarme.

Tal como yo imaginaba, introdujo un dedo en mi abertura y comenzó a meterlo y sacarlo sin arrancarme un solo grito de dolor. Después, se dejó caer en una silla suspirando.

—¡Lo que faltaba! ¡Otro problema! ¿Y cuánto tiempo hace que sucedió?

Al ver que no respondía, me agarró y comenzó a sacudirme con energía.

—Lulu, esta vez no se trata de un juego —dijo enfadada—. ¿Cuándo fue?

—Justo antes de que nos viniéramos —contesté—. El sábado.

—Entonces, ¿fue antes de tener el período? ¿De verdad? ¿Seguro que no fue aquí?

—No, Dédéle, te doy mi palabra.

—¿Y quién fue? ¿Alguien que yo conozco?

—No. Y, si quieres que te diga la verdad, yo tampoco.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera sabes quién fue? ¡Pues no creo que fuera obra del Espíritu Santo! Lo que pasa es que no quieres decírmelo.

Que me creyera o no respecto a ese punto, de hecho me daba igual, desde el momento en que podía jurarle que no había sido ni mi hermano, ni Vincent, ni, sobre todo, su Lucas, el coracero jardinero. Por otra parte, hablarle de un cochero suponía exponerse a un sinfín de preguntas acerca del carruaje y de lo que yo hacía en él. Así pues, me inventé una historia de un granuja que me había empujado al fondo de un patio adonde había entrado para buscar el excusado, y que me había violado en un periquete. Era un muchacho joven, de manera que no me había hecho mucho daño.

—¿Y no gritaste para que acudiera el portero? —me preguntó, aún poco convencida—. ¿Le dejaste hacer?

Pues sí, porque me había metido un pañuelo en la boca para impedir que gritara, y yo tenía demasiado miedo para resistirme.

—¿Y después?

—¿Después? Bueno, él se escapó corriendo, y yo me limpié lo mejor que pude y volví a casa.

—¡Uf! ¡Menos mal que no causó demasiados estragos! —dijo aliviada—. ¿No has sentido mareos desde entonces? ¿Seguro? ¡Vaya, vaya! Así que has perdido la virginidad... ¡Bah! Más pronto o más tarde... Pero, escucha bien lo que voy a decirte...

Se dirigió hacia la puerta para cerrar con llave, por precaución, y me explicó sin andarse por las ramas lo que debía hacer si alguna vez, por casualidad, otro hombre volvía a metérmela por ahí. Al parecer, no se hacía muchas ilusiones acerca de mi conducta futura, ya que, según sus propias palabras, «quien bebe, repite», y porque sabía por propia experiencia lo difícil que resulta para una muchacha saludable como yo no dejarse tentar un día u otro. En tal caso, había que esperar justo hasta el momento antes o después del período (que tendría cada cuatro semanas, día arriba o día abajo), pues así no correría tantos riesgos de quedar embarazada. Y, sobre todo, debía procurar que mi galán saliera antes de haber escupido el veneno (aquello de «escupir el veneno» me pareció una forma más bien chocante de decir que se corría); si, por desgracia, no salía a tiempo y lo escupía dentro, debía levantarme enseguida y frotarme el vientre para que bajara la mayor cantidad posible de veneno; y, por supuesto, lavarme con agua y jabón si tenía ocasión de hacerlo.

Yo escuchaba atentamente, como una novata, por atolondrada que sea, escucha siempre ese tipo de consejos. Adéle no dijo nada acerca de que me hiciera ensartar «al estilo normando», en lugar de permitir que me la metieran por delante, cuando no estuviera segura de los días o de mi galán, porque suponía que lo deduciría yo misma, y en eso no se equivocaba; aunque tal vez fuera porque no quería evocar el pasado. El caso es que, entre eso y lo del pirulí, sí, lo del señor..., ¿cómo se llamaba?... ¡ah, sí! Lebon, tenía donde elegir, aunque la elección no siempre resulta fácil. En un burdel donde fui a parar más tarde, el de la calle Moulins para ser exactos, las chicas y la

madame me pusieron el sobrenombre de «el fusil de tres cañones», porque nunca hacía ascos a ninguna de las tres posibilidades, lo cual me permitía, dicho sea de paso, cazar un buen número de piezas.

Odette durmió como un lirón, y fue Adèle la encargada de hacer que se levantara, lavara y vistiera. Durante la comida, todo fue sobre ruedas. Mi tío estuvo particularmente alegre; parecía rejuvenecido por la presencia de las dos despampanantes muchachas que tenía frente a él. Max, por una vez, se presentó limpio y se mostró amable. La tía Yvonne, por su parte, daba la impresión de estar un tanto ausente, tal vez porque no podía evitar que le recordáramos que, si viviera, su hija tendría nuestra edad.

Una vez finalizada la comida, en la que, excepcionalmente, se nos permitió añadir un poco de vino al agua, nos animaron a dar un paseo los tres por el parque. Le daban este nombre a un amplio terreno amurallado, más parecido a un bosquecillo que a un parque, que el tío poseía desde hacía unos años a la salida del pueblo, en la carretera de Illiers, a diez minutos del despacho, y donde tenía previsto construir más adelante una residencia para la familia. Se accedía a través de una puertecilla, cuya llave nos entregó, tras lo cual nos pusimos en camino.

Cuando llegamos al lugar, y tras cerrar la puerta tal como mi tío nos había aconsejado, Odette quiso hacer un ramo de margaritas y flores de aciano, que se encontraban por doquier; yo, recoger fresas silvestres; y Max, cortar varitas de una rama de avellano. Al cabo de un rato, Odette y yo nos cansamos —sobre todo yo— y decidimos esperar a mi hermano tumbadas a la sombra, sobre una auténtica alfombra de césped.

—Tu hermano es muy simpático —dijo Odette, al tiempo que se desperezaba.

—No siempre —respondí—. Lo que sí es cierto es que gusta a todas las chicas que lo conocen. Incluso le gustaba —añadí pérfidamente— a mi mejor amiga de París, Lydie Pasquier, con la que me parece... ¡Oh! Pero no quiero aburrirte con esas historias... Además, si llegara a enterarse, me echaría una bronca.

—Yo no le diré nada, Lucette —exclamó—. Por favor, dime qué es lo que te parece...

—¿Me lo juras? ¿De verdad? ¿Me das tu palabra? Bueno, pues me parece que han hecho cosas juntos.

—¿Cosas? —preguntó con curiosidad—. ¿Quieres decir como las que hicimos nosotras anoche?

—Sí, pero del estilo de las que un chico puede hacer con una chica. ¿Y sabes qué? —añadí con prudencia—. Una vez le vi el chisme a mi hermano cuando lo tenía tieso.

Hablando del rey de Roma... Max llegó en aquel instante con sus varitas de castaño en la mano. Al tumbarse, a Odette se le había subido el fino vestido hasta un poco más arriba de las rodillas, y Max contemplaba el espectáculo, para ser sinceros

bastante inocente, ya que mi amiga llevaba unas enaguas de batista y, por supuesto, bragas.

—¿De qué hablabais? —preguntó, sentándose frente a nosotras, sobre un gran tocón.

—De tonterías —respondí—. Le contaba a Odette que tenías mucho éxito con las chicas, sobre todo con mi amiga Lydie, y que incluso...

—¿Incluso qué? —preguntó Max, al tiempo que Odette suplicaba:

—¡No, Lulu, no se lo digas!

—¿Incluso qué y no le digas qué? —repitió mi hermano, obstinado y un tanto socarrón.

—Bueno, después de todo, ¿por qué no iba a decírtelo? Que incluso habías hecho cosas con ella y que un día me enseñaste el chisme, la picha, completamente tiesa, igual que cuando te diviertes con Lydie.

—Ya puedes decir que está tiesa, ya —declaró Max, pavoneándose como un gallo—. Y no ha sido sólo con Lydie con quien me he divertido...

El pánico me invadió. ¿Y si aquel imbécil se disponía a contarle nuestros escarceos a Odette? Por fortuna, Max no tenía un pelo de tonto para esas cosas. Por otra parte, Odette no se dio cuenta de la alusión. Se contentaba con escuchar.

—¿Tu amiga ha visto ya alguna picha? —me preguntó directamente mi hermano—. ¿Alguna bien tiesa?

—No lo sé —respondí, prestándome al juego—. Pregúntaselo tú mismo.

—No, nunca —contestó Odette enérgicamente, sin esperar a que Max le hiciera la pregunta—. Pero le he visto el..., el..., el coño a tu hermana, y ella me lo ha visto a mí. ¿Verdad, Lulu? ¿A que eso no te lo esperabas? —añadió, imitando el acento parisiense de mi hermano.

Yo me daba perfecta cuenta de adonde querían ir a parar presumiendo de lo que habían visto, y me divertía sin apresurarme a intervenir. Odette se había sentado, y los ojos le brillaban; por otra parte, estaba segura de que la picha de mi hermano pugnaba por salir del pantalón. Así pues, me decidí a decir:

—Bueno, yo os he visto a los dos, y vosotros también a mí. Para estar en igualdad de condiciones, Odette tendría que enseñarle el coño a Max, y Max enseñarle la picha a ella. ¿Estáis de acuerdo?

Él afirmó enérgicamente con la cabeza y se dispuso a desabrocharse, pero Odette se tapó los ojos con las manos y protestó:

—No, Lucette, no. Yo quiero ver su cosa, su... picha, y tocarla, pero no quiero enseñarle lo que tú dices.

—Vamos, Dédette —dije, estrechándola entre mis brazos—, si yo estoy delante. Si quieres mirar, también tendrás que enseñar, ¿no te parece? Bien, ¿estás de acuerdo ahora? —Ella asintió en silencio y apartó las manos de la cara. Yo proseguí—: Elegirás tú. ¿Qué prefieres? ¿Ver primero y enseñar después, o al contrario?

—Primero enseñar —dijo en voz baja—. Tú me quitas las bragas y yo cierro los

ojos. Luego, él.

Odette se tumbó y cerró los ojos. Yo le quité con suavidad las delicadas bragas de encaje, con un corte a cada lado, le arremangué el vestido y las enaguas, y le hice una seña a Max para que se acercara en silencio. Él permaneció un rato mirando, de rodillas para apreciarlo mejor, y al levantarse se desabrochó la bragueta y liberó la preciosa picha que yo ya conocía y que apuntaba con furia hacia el cielo. Tiré de los brazos de Odette para que se incorporara, y le dije:

—Ya está, Dédette, ya lo ha visto. Ahora te toca a ti. Abre los ojos. Y no te los tapes con las manos, por favor. Ver jamás ha perjudicado a nadie —añadí.

Ella obedeció, observó el objeto durante un buen rato y exclamó:

—¡Qué grande! ¡Oh! ¡Qué grande! ¿Puedo... tocarlo?

—Por supuesto —respondimos los dos a un tiempo.

—No muerde —añadió Max gesticulando.

Odette alargó el brazo, se arrodilló y se decidió a tocarla, al principio con timidez, luego con resolución.

—¡Qué grande es! —repitió—. ¡Y dura! ¡Parece de hierro! ¿Para qué sirven esas bolas que hay debajo? ¿Cómo se llaman? —preguntó, dirigiéndose a mí.

Yo se lo expliqué, y añadí:

—Ahora, mi hermanito te enseñará cómo funciona, ¿verdad, Max?

—Sí, pero con la condición de que me haga venir ella —contestó—. Tú le enseñarás a hacerlo, Lulu. No le costará muchos esfuerzos, ¿sabes?, ya siento como sube el jugo.

A Odette ya no le quedaba ni pizca de inquietud o de vacilación. Cerré su mano en torno a la picha de mi hermano y dije:

—Es suave, ¿verdad? ¿Te gusta?

Ella hizo un gesto afirmativo y comenzó espontáneamente a hacer que la punta, completamente roja, saliera y entrara de su puño.

—¡Muy bien, mi querida Dédette! —exclamé besándola—. Voy a enseñarte otra cosa. Para que se deslice mejor, primero debes mojar la punta con saliva y luego empezar a mover la mano. Lo que estás haciendo se llama masturbar. Sí, así está muy bien —añadí, después de que hubiera mojado la picha, y en apariencia encantada de ver como la punta salía y entraba del capuchón a su capricho.

—¡Uno, dos! ¡Uno, dos! —canturreaba observándola—. ¡Adentro, afuera! ¡Adentro, afuera! ¿Esto le da gusto a tu hermano? —me preguntó sin atreverse a dirigirse directamente a él.

—¡Claro que sí! Estás poniendo muy cachondo al guarro de mi hermanito... ¿Verdad que mi amiga Odette te pone cachondo, Max?

—Ya lo creo —masculló—. ¡Qué bien masturba esta guarra! Pero ahora tendría que recorrer la picha de arriba abajo, y mover la mano más deprisa para hacerme venir...

—¿Así? —preguntó Odette.

—¡Sí! —dije—. Y acércate un poco más, está a punto de lanzar los fuegos artificiales.

Yo sentía una desazón horrible al observar lo que hacía y en espera de que mi hermano se corriera en su cara. Ya no podía soportarlo por más tiempo. No sé si ya he dicho que soy incapaz de ver a un hombre empalmado sin sentir deseos de que me posea. Pero aquello no podía ser. Lo único que podía hacer, y que, evidentemente, hice, era masturbarme por mi cuenta, arrodillada junto a Odette, con el vestido arremangado hasta la cintura para que no me molestara y las piernas bien abiertas. Ninguno de los dos prestó atención a lo que hacía. Estaban demasiado ocupados. Max no paraba de llamar guarra a Odette, mascullando entre dientes, y sus palabras más bien parecían estimularla que ofenderla. Todas somos iguales: enamorada o no, basta tratar a una mujer de guarra o de zorra para que ponga todo su empeño en justificar la palabra.

—¡Toma, guarra! ¡Toma! ¡Esto es para ti! ¡Y aún hay más! —gritó Max mientras se corría, sin que ella pareciera sorprenderse realmente al recibir aquellos chorros de licor en pleno rostro.

Odette volvió la cabeza hacia mí, pero yo también estaba a punto de gozar y quería llegar hasta el final antes de ocuparme de ella, de manera que no respondí enseguida a su pregunta.

—¿Has visto, Lulu? ¿Has visto lo que me ha hecho tu hermano? ¿Cómo se llama eso? Se desliza por dentro del corpiño. ¿Es eso el jugo de los chicos?

—Sí, es eso —respondí con un rechinar de dientes, pues estaba gozando—. Se llama correrse. Has hecho que mi hermano se corra. ¡Ah! Y también a mí... Estoy gozando, Dédette, estoy gozando... Igual que contigo...

A los quince o dieciséis años (Max iba a cumplir los diecisiete), cómodamente instalados sobre el césped, al sol, ¿se puede hacer algo mejor que no sea amarse los unos a los otros con todos los medios disponibles, estando además seguros de que nadie vendrá a meter las narices en lo que no le importa? Los excusados, carruajes, dormitorios de infancia y cocinas desempeñan su papel y en ellos resulta divertido; pero no son nada comparados con la naturaleza, *que te invita y te ama*, eso lo he aprendido, y que considera con una indulgencia infinita todo cuanto los humanos puedan inventar bajo su manto en materia de toqueteos y lamidas. Aquel día, la pequeña parisiense que yo era descubrió el placer de masturbarse entre un ramo de margaritas y un cesto de fresas silvestres, en espera de tiempos mejores. Entre hacer eso en una cama y hacerlo sobre el césped existe más o menos la misma diferencia que entre pintar un ramo de flores en un estudio de París o en un prado a orillas del agua. Dodolphe, Adolphe Bougrot, mi pintor, prefería el estudio para pintar, porque allí las flores no se mueven, y los bosques de Meudon para el amor, porque en ellos mi culo se movía como si estuviera poseído.

A Max y a mí, gozar nos alivió. Yo padecía por Odette, pero la noche pasada la había dejado sin demasiado apetito, aparte del de aprender el máximo posible en el

mínimo tiempo. Sin embargo, de momento, ¿qué más podía aprender?

Max se tumbó tal como estaba, sin abrocharse. Su picha se iba desinflando poco a poco, y aún rezumaba algunas gotas. Odette, que no tenía motivos para estar cansada, se acercó a él, observó durante un momento el fenómeno y se atrevió a preguntarle:

—Entonces, ¿eso es la picha?

—Sí —contestó Max—. Aunque ahora es más bien una minina. Cuando está tiesa sí que es una picha, o, si lo prefieres, una polla.

—¿Y cómo te gusta más? ¿Cuando está así o cuando está tiesa?

—Cuando está tiesa, por supuesto. Cuando está como ahora no puedo hacer nada con las chicas, mientras que cuando está tiesa...

—Puedes metérsela en el trasero, ¿es eso? —exclamó muy contenta—. Anoche, tu hermana me metió un dedo ahí y me dijo que era su mujercita —explicó—. Pero un dedo, o incluso dos —añadió soñadora—, no hace daño, mientras que la..., la picha es demasiado gorda cuando está dura, y cuando está blanda no puede entrar.

—Pero no sólo se puede meter ahí —intervine—. Pregúntale a mi hermano dónde le mete su polla a Adéle.

—¡Oh, eso también lo sé! —replicó Odette—. Se la mete por delante, como te hice yo con los dedos.

Max, sorprendido, me miró con curiosidad, pero no hizo ningún comentario. No sé si había comprendido que yo ya no era virgen, pero en cualquier caso el tema no le atraía lo suficiente, ni le interesaba tanto como calcular lo que, en la práctica, todavía podría obtener de aquella amiga de su hermana que le parecía tan avanzada en teoría.

—Max, ¿es verdad que se la has metido por delante a Adéle? —le preguntó a mi hermano.

—Sí, es verdad, porque Adéle es una mujer. A las chicas como tú —precisó—, no se les puede meter por ahí porque el camino aún está cerrado. ¡Mira! Sólo con volver a pensar en ello, ésta se pone a crecer.

En efecto, su picha comenzaba a erguirse de nuevo, y me hizo falta toda mi fuerza de voluntad para no ceder a la tentación de que mi hermano me la metiera por delante, para resistir al deseo que sentía de tumbarme e invitarlo a entrar.

Odette consideraba con interés, aunque sin tocarlo, la transformación del objeto.

—Piensa un poco más en Adéle, así crecerá más deprisa —dijo al cabo de un momento—. Me ha gustado mucho cuando te has..., cuando te has...

—... Corrido, Dédette —la ayudé—. Mi hermano se ha corrido en tu cara.

—¿Y podrá volver a empezar enseguida?

—Contéstale, Max —dije—. ¿Podrás volver a empezar enseguida? ¿Antes de volver a casa?

—Creo que sí —respondió Max, perezoso—. Claro que sería más rápido si ella me acariciara un poco. O tú, Lulu...

—¡No, yo! ¡Quiero hacerlo yo! —exclamó Odette—. Sólo lo he hecho una vez, y a medias, porque ya estaba muy dura.

—Está bien, de acuerdo —accedí—. Max puede quedarse tumbado, así será diferente. Y yo te masturbaré mientras tanto —decidí—. Vamos, quítate las bragas para que mi hermano te vea los muslos. Eso lo ayudará.

Odette hizo algunos remilgos, pero sin convicción, y sus bragas no tardaron en reunirse con las mías, que antes había dejado deslizar discretamente junto a las frambuesas para acariciarme.

—Dámelas —dijo Max—, me las pondré bajo la cabeza como si fueran una almohada, así estaré mejor. ¡Ah! ¡Qué piel tan blanca denes, Dédette! ¡Y unos muslos preciosos! ¿Verdad, Lulu?

—Puedes mirar, pero no tocar, hermanito. Te conozco, serías capaz de hacer alguna tontería.

Pringosa como estaba, la picha de mi hermano no tardó en apuntar hacia el cielo. Odette se había situado justo encima de ella, de rodillas, con una mano apoyada en el suelo. Separó dócilmente las piernas en cuanto yo se lo pedí empujándola con suavidad, e hice que se volviera para que Max pudiera verle las nalgas mientras yo la masturbaba. ¡Oh! ¡Lo que hubiera dado por ver llegar a un hombre en aquel momento! Un paseante, un cazador, Lucas, el tío Augustin, cualquiera con tal de que estuviera lo bastante empalmado para joderme sin más preámbulos. Por desgracia, el parque del señor Crapart no era un lugar público, e imaginar lo que deseaba con tanto ardor me quitaba las ganas de proporcionarme placer yo misma. Odette aún no había llegado a ese extremo. Sentía —cosa por otra parte normal— más curiosidad que deseo, como la chiquilla a la que sus padres llevan al zoológico, y se maravilla con la misma ingenuidad ante el pájaro mosca que ante el elefante. Todo es nuevo, todo es hermoso...

Además, no recibía más que mimos. Mis dedos se deslizaban con facilidad a lo largo de su hendidura y sobre su clítoris, mojados a causa de la excitación; y su mano recorría la polla triunfante de mi hermano.

—¡Oh, Lucette! —gimió—. ¡Da tanto gusto! Ahora os quiero a los dos por igual. ¡Oh! Voy..., voy..., ¿cómo se dice?, voy a gozar, Lulu... Y creo que tu hermano va a..., va a...

—¡No! —La interrumpí bruscamente dejando de acariciarla y apartando su mano de la picha de Max—. ¡No! Haremos algo mejor. No te muevas, Max. Ella se pondrá a caballo encima de ti, y yo frotaré tu polla contra su hendidura. Así, podrás imaginar que estás jodiendo con una mujer de verdad, y ella se hará una idea de cómo es. ¡Vamos a hacerlo como yo digo!

Hoy me doy cuenta de que realmente estaba destinada al oficio que ejerzo. De otro modo, ¿cómo se me hubiera ocurrido semejante montaje? En el burdel, cuando un cliente quería estar conmigo y con otra a la vez, a menudo empezábamos la sesión de ese modo. Una mujer sola también puede hacerlo, y muchas lo hacen para excitar al hombre; pero, siendo dos, la que frota el rabo del amante contra el coño de su compañera, puede al mismo tiempo situarse en cuclillas sobre su cara y hacer que la

chupe. A continuación, cambian de postura. En tales casos, la mayoría de las veces el cliente goza sin joder a ninguna de las mujeres, y no por ello queda menos encantado de sus servicios. Y todo cuanto obtienen ellas son beneficios: nada de cansancio, nada de riesgos, y para las que son de ese palo el placer suplementario de acariciarse los pechos una a otra o chuparse la lengua mientras el señor se divierte por su lado. Yen semejantes ocasiones, todas son de ese palo, empezando por mí. Existen muchas palabras para denominar esa danza, según haya una o dos mujeres, pero ese tema me alejaría demasiado del parque.

Así pues, formamos un triángulo. Yo me situé tumbada boca arriba junto a ellos para no perderme ni un detalle; Max continuó tan plácido como antes; y Odette se puso tan soliviantada y caliente, que por un momento pensé que la muy desgraciada se dejaría caer sobre el artefacto. Por fortuna, Max se corrió a tiempo y yo desvié su polla para evitar que la forzara en uno de los accesos de que eran presa los dos. La mano me quedó impregnada de jugo, con el que embadurné el coño de Odette para que de este modo gozara mejor. Ella no paraba de decir que nos quería a los dos por igual, que debía de ser delicioso sentirla entrar, y cosas por el estilo.

—Entonces, mi querida guarra, ¿volverás con nosotros al parque? —pregunté cuando estuvo lo bastante calmada y pude dejar que se sentara sobre el miembro de mi hermano sin correr ningún peligro, ahora que éste había escupido el veneno.

—¡Sí! —intervino Max, gruñendo—. Pero no contigo. Odette y yo solos. Tú puedes ir a otro lado mientras tanto.

—Como queráis, siempre y cuando no cometáis la tontería más grande de todas —repliqué—. Yo no soy vuestra niñera, y no me costará mucho encontrar a alguien que venga conmigo —añadí.

—¿Cuál es la tontería más grande de todas? —preguntó Odette.

—Lo sabes perfectamente, y Max aún mejor. ¡Venga! —ordené al tiempo que me levantaba—. Ahora nos vestiremos, recogeremos más frambuesas para la da y regresaremos a casa.

Así lo hicimos. Como buena ama de casa, ella nos había preparado mientras tanto una merienda por todo lo alto: tarta, un bol de crema, galletas y chocolate. ¡El paraíso!

—Hijos míos, ¿os habéis divertido? —preguntó cuando estuvimos sentados.

—¡Oh, sí tía! ¡Oh, sí señora! —respondimos a coro.

Era verdad, y ella se quedó tan contenta.

Día de poco trabajo parece largo, día de mucho trabajo parece corto, afirma un cartel que vi un día en el despacho de uno de mis amantes. De acuerdo, pero ¿qué trabajo? Si el trabajo es garabatear papeles o cargar fardos, ¡es muy poco para mí! Y así sucedió aquel día ¡por suerte!

Cuando acabamos de merendar, la tía Yvonne dijo:

—Hijos míos, a cambio de la tarta voy a pedirlos un favor. ¡Oh! Un favor agradable, ya que se trata de volver a salir de paseo. Tengo que hacer unas compras en el pueblo, pero no quiero enviar a Adèle porque tiene mucho trabajo, y yo no puedo ir porque no llevo la ropa adecuada. Así que os ha tocado a vosotros.

—Con mucho gusto, señora. Con mucho gusto, tía —respondimos de inmediato—. ¿Nos llevará mucho tiempo?

—Poco más de media hora si no os entretenéis. Digamos tres cuartos de hora, para que podáis estar aquí antes de las siete —contestó—. Hay que ir a la tienda de la señora Pignot a recoger el papel de carta y las tarjetas de visita que ya tiene preparados; luego, a la de los hermanos Chauffon a por azúcar; y, por último, a la del señor Goussain, en las *faldas* del castillo, a por cerillas y dos docenas de velas baratas. No tenéis que pagar nada, lo apuntarán en mi cuenta, pero os daré diez céntimos para que os compréis caramelos. *Podéis* regresar por el río, que es *más* agradable. Maximilien os hará de porteador, y vosotras, señoritas, pasearéis como auténticas damas. ¿Qué os parece?

Nos parecía que favores como ése estaríamos encantados de hacérselos todos los días, y así se lo dijimos. Sin embargo, yo había tenido tiempo de reflexionar mientras ella hablaba, y le pregunté:

—Tía, ¿podrían ir Odette y Max solos? A mí me gustaría arreglar nuestra habitación, ya que esta noche Odette aún dormirá aquí, y escribirle una carta a papá.

—Claro que sí, Lucienne —dijo mi tía—. Ya son bastante mayores para entrar en las tiendas solos, ¿no es cierto? —preguntó, dirigiéndose a ellos.

Era lo que ambos deseaban, tal como yo había imaginado, y a mí no me disgustaba quedarme a descansar un rato en casa. Nos separamos, pues, en la puerta de la calle, y yo subí a mi habitación. No tardé en aburrirme; hice las camas deprisa y corriendo, decidí dejar la carta a mi padre para mejor ocasión y bajé al jardín. Confieso que estuve un buen rato dudando antes de dirigirme hacia el cobertizo *donde* vivía Lucas, que quedaba al fondo. Ante todo, porque podía estar o no; y, en caso de que estuviera, lo mejor que yo podía hacer era no entrar, o largarme en cuanto me echara la vista encima. En resumen, tenía un montón de buenas razones para volver a casa, y una sola, más bien mala, para entrar en el cobertizo. De todos modos, ¿por qué me habría hablado Max de las mujeres a las que Lucas se tiraba en el lupanar de Rambouillet? Y, lo que aún era peor, ¿por qué antes de eso me habría contado Adèle que Lucas podía empezar de nuevo sin siquiera sacarla? *To be or not to be folled, that was the question*, habría dicho milord, *sir* Edward Brokingbroke, un rosbif como los que se ven en los tebeos cómicos, que me pagaba muy bien y me follaba muy mal. «En fin —pensé—, ¡que sea lo que Dios quiera!».

Lucas estaba. Di tres suaves golpes en la puerta, y me abrió sin ofrecerme la posibilidad de dar media vuelta y huir, que era lo que había decidido en el último momento.

—¡Vaya, vaya! ¡La señorita Lucienne! —exclamó tras observarme un momento a

contraluz, en el umbral—. Tiene suerte de encontrarme en casa. Estaba ordenando mis herramientas.

—¡Oh, Lucas! —balbuceé—. No quiero molestarle. Volveré en otro momento.

—¡Bah! Las herramientas pueden esperar —respondió riendo—. Si ha venido a verme, debe de ser porque quiere pedirme algo, ¿no es cierto, señorita Lucienne? —preguntó sin que yo pudiera discernir si hablaba en serio o en broma.

Después de todo, yo era la sobrina de su patrón, y un gesto imprudente por su parte podía costarle el puesto.

Tomándole la palabra, conseguí decirle en un tono más o menos indiferente:

—Sí. Necesitamos una lechuga para la cena, y... unas ramitas de perejil, y perifollo...

—Bien, señorita, entre —respondió, apartándose de la puerta—. Tendrá lo que necesita en dos minutos. Aunque, normalmente es Adèle quien viene a buscar las verduras, y yo siempre le meto un pepino de regalo en el cesto —añadió con una risa sofocada—. ¡Le gusta tanto mi pepino! Pero, pase, pase...

La cama estaba al fondo de la habitación, una amplia habitación dividida en dos por un tabique, tras el cual guardaba sus herramientas. La cama era antigua, de esas que son tan altas; debían de haberla sacado para él de algún desván, y me pareció que la tenía muy limpia, como seguramente también debía de tenerla en el cuartel. Aparte de eso, había una mesa, una silla y un palanganero con su correspondiente aguamanil, objetos que pude distinguir mejor cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a la semioscuridad del cobertizo. Me senté en la cama y di unos saltitos, intuyendo que él observaba mis pantorrillas con avidez. «Pero ¡qué le vamos a hacer! —me dije—. Además, me iré dentro de un minuto».

—Adèle no ha venido porque tiene mucho trabajo —dije para romper el silencio, que comenzaba a resultar violento—. No le molesta, ¿verdad?

Ahora era él quien estaba a contraluz, de forma que yo no podía leer nada en su rostro; y supongo que él leía en el mío que estaba tan dispuesta a satisfacer sus deseos como las mujeres del lupanar, y sin pedirle cuarenta céntimos a cambio. Como no decía nada, proseguí en un tono menos forzado:

—Buenos, Lucas, si me da la lechuga podré irme.

En silencio, dio media vuelta, corrió el cerrojo de la puerta y se dirigió hacia mí mientras se desabrochaba la bragueta. Yo fingí que no me daba cuenta.

—Ahora mismo, señorita Lucienne, ahora mismo —dijo—. ¿Quiere también el pepino? —añadió zalamero.

—Bueno..., no sé —respondí, empezando a comprender lo que quería decir—. Depende... ¿Que podría hacer con un pepino? —pregunté, al tiempo que me levantaba con disimulo el vestido hasta los muslos, para excitarlo y darle a entender que podía continuar.

Cuando no pagan, todos los hombres son iguales. Para lanzarse necesitan ver un gesto, el balanceo de un botón, el borde de un vestido retorcido por un dedo. La

manzana de nuestra madre Eva fue ya todo un gesto. En fin, que las recetas antiguas siguen siendo las más seguras...

—Depende —replicó a su vez—. Toque éste —dijo, guiando mi mano hacia su bragueta—, y dígame si una amable señorita como usted podría hacer algo con él.

—Está un poco blando —respondí con desdén, tras haberlo tocado—. Y quizá resulte un tanto grande para mí.

—Veo que la señorita Lucienne no se anda por las ramas —comentó en tono irónico—. ¿Y ahora? ¿Está lo bastante duro para usted? —preguntó mientras yo continuaba acariciándolo.

Lo estaba, en efecto, y si por un lado me divertía continuar el juego, por otro ardía en deseos de no prolongarlo por más tiempo. Entre Odette, Max y los demás, me habían hartado de mimos y frivolidades, de caricias, lamidas, chupadas e incluso enculadas a traición; y no me habían saciado, a excepción de mi doctor Boulay. Ahora bien, en aquellos momentos sentía perfectamente que me había convertido en una mujer. Lucas no se había equivocado al ofrecirme su pepino sin más preámbulos. Ni sus dedos ni su lengua: su pepino. Y me habría puesto de patitas en la calle, como si fuera idiota o repugnante, si le hubiera correspondido con otra cosa que no fuera mi coño, ya que Adèle y él... De todos modos, tampoco era ésa mi intención. «Por delante no me hará ni más ni menos daño que por detrás —me dije—, y yo quiero que sea por delante».

—Sí, señor Lucas —contesté sin dejar de masturbarlo perezosamente—, así es como me gustan. Pero irá despacio, ¿verdad?, muy despacio... Es la primera vez que veo uno tan grande —añadí para excusarme.

—Será un honor para mí, señorita —replicó con la misma ironía—. No tema, estoy acostumbrado a la juventud de la que usted hace gala. Era un buen coracero, pero también soy un buen jardinero. Satisfaré su albaricoque hendido sin perderle el respeto. Sospecho que todavía no han pasado muchos hombres por su vientre, dicho sea sin ánimo de ofender, así que me mostraré galante.

Yo le escuchaba sumida en una especie de languidez, divertida por sus palabras (lo de albaricoque hendido no lo había oído nunca, pero pensé que era una expresión muy apropiada) y preguntándome, con una mezcla de inquietud y fascinación, lo que sentiría cuando alojara su chisme en mi vientre. ¿Dolor? ¿Placer? ¿Las dos cosas a la vez? En cualquier caso, sentiría algo nuevo para mí, ya que lo sucedido con el joven del carruaje me había dejado más bien indiferente. Cuando mi mano lo comparaba con el de Lucien Boulay, el miembro de Lucas no me parecía monstruoso, ni siquiera enorme; sin embargo, era de un tamaño superior a la media, y sobre todo presentaba una dureza y un ardor notables. En apariencia, no estaba mucho más impaciente que yo por pasar a la acción. Puesto que nos habíamos puesto de acuerdo y teníamos tiempo, ¿por qué apresurarse, sobre todo tratándose de la primera vez, que requiere conocerse primero un poco y tantear el terreno, es decir, la picha y el coño?

Al ver que yo persistía en mi silencio por pereza, aunque sin abandonar las

caricias, que ahora se centaban en las 1 partes bajas, se aventuró a deslizar una mano entre mis t muslos y dijo:

—Podríamos ponernos un poco más cómodos, señorita Lucienne. Es que no quisiera estropear sus graciosas bragas de batís...

—Pues quítemelas, Lucas —respondí—. Yo le ayudaré. Después de hacerlo, dejó caer su pantalón al suelo y se enrolló la camisa hacia arriba para que no le molestara. Yo volví a sentarme frente a él.

—¿Le gusta que le toque las... bolsas? —pregunté, sopesándoselas—. ¿Sí? ¡Qué gordas son!

—¡Eso puede decirlo con toda tranquilidad! —exclamó—. Tengo unos cojones de caballo, con todos los respetos. ¡Y están bien llenos! Conmigo quedará satisfecha, ya lo verá.

—Precisamente eso quería decirle, Lucas. Quizás ahora podríamos...

Al verme decidida a lo irreparable, y también porque el jugo se le subía a la cabeza, comenzó a avanzar entre mis piernas al tiempo que preguntaba:

—¿Está bien así, sentada al borde de la cama? Podríamos adoptar otra postura, si tiene algún capricho en especial.

—No, no, Lucas, así estoy muy bien, pero acérqueme el almohadón para apoyar la cabeza. Gracias... Y no lo olvide: despacio, meta muy despacio su gran..., su gran picha.

—¡Ah! ¿Sabe cómo se llama ésta, señorita? En el cuartel decíamos picha de caballo. Pues bien, mi querida señorita, ¡voy a metérsela entera y ya me contará usted!

Me agarró de las caderas, tiró de mí para colocarme más al borde de la cama e intentó forzar la abertura. Yo dejé escapar un grito:

—¡No, Lucas, no! ¡Así no lo conseguiremos nunca! —¡Claro que sí! Lo que pasa es que usted es aún muy estrecha. No pretendo forzarla, señorita, pero, para que entrara bien, primero habría que preparar el albaricoque con saliva. A las jóvenes como usted no se les moja tanto como a las mujeres.

—¿Así? —pregunté, una vez realizada la operación, sin sorprenderme por haber encontrado su recomendación tan simple y natural, ya que venía haciéndolo por detrás desde la primera vez. Además, es el tipo de consejo que a una mujer no es necesario darle dos veces, suponiendo que no se le ocurra a ella misma tras una experiencia dolorosa—. Lucas me miraba hacer tranquilamente. —Un poco más, si no le importa —dijo—. Supongo que no seré el primero, ¿verdad? —añadió, con una sombra de inquietud en la voz—. Es que no quisiera que se arrepintiese.

—¡No, no! No es usted el primero —respondí con firmeza y cierta dosis de orgullo, mientras me embadurnaba el coño sin reparar en gastos—. Y si usted, Lucas —añadí—, hiciera otro tanto con su..., con su picha, ¿no iría todo mucho mejor? ¡No pretendo forzarle! —precisé.

Él lo hizo, y esta vez logró meterla por lo menos hasta la mitad. Yo sentía como si

me desgarrara poco a poco, sin violencia, como si un animal cálido y suave intentara alojarse en mi cuerpo del mismo modo que un niño se desliza y se oculta bajo las sábanas. Me di cuenta de que, tal como estaba colocada, Lucas tendría dificultades para penetrarme hasta el fondo, ya que yo aún era demasiado estrecha para que la punta de su picha pudiera situarse justo a la altura de mi abertura. Así pues, antes de permitir que se diera por vencido, dije:

—Lucas, tiene que levantarme las piernas para que siga entrando.

Él me agarró por debajo de las rodillas y yo me coloqué como lo había hecho con Max, en la postura del cisne, con los talones apoyados en sus hombros. Me sentía maravillosamente bien; al primer empujón, Lucas metió poco más de la tercera parte de la picha, desgarrándome un poco, eso es verdad, pero también despertando en mi vientre una sensación nueva que no había experimentado en el carruaje, porque en esta ocasión la vivía sin aprensión y deseaba, al contrario que en aquélla, sentir como se introducía más y más en mi interior. Por otra parte, él no insistió, sino que salió casi del todo, volvió a la carga y comenzó de nuevo, ganando cada vez un poco más de terreno hasta el momento en que estuvo toda dentro. Yo había empezado a gemir desde que él comenzara a empujar, y lo hacía cada vez con más violencia a medida que iba avanzando, de manera que, sin detenerse e incluso arrimándome más a él para que sintiera que había llegado al fondo, me dijo:

—Intente contenerse, señorita Lucienne, porque ahora es cuando va a empezar lo bueno... Parece que le gusta, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! ¡Oooh..., sí...! ¡Qué grande es! ¡Qué grande...! Lucas había practicado con calma y suavidad el mete-saca mientras había temido hacerme daño, sin duda porque pensaba que volvería a buscarlo de mucho mejor grado si conservaba un buen recuerdo de la primera vez. Sin embargo, al ver que todo iba sobre ruedas, ya no dudó en poseerme como el buen coracero que era, dando impetuosos empujones al tiempo que tiraba de mis caderas para que acudieran al encuentro de su picha. Yo no podía evitar gemir al ritmo de sus acometidas, ya sin ninguna conciencia de lo que me sucedía, aparte de que sentía mi vientre íntimamente acoplado a su cuerpo de un modo cada vez más acogedor. Él ya no necesitaba tirar de mí, pues yo buscaba su picha levantando el culo cada vez que ésta salía, con un jadeo violento y ansioso. Lucas también se enardeció y, en medio de nuestros suspiros, le oí decir:

—¡Tú también eres una guarra! Eres muy guarra, ¿eh? Te gusta mi pepino, ¿verdad? ¡Ah! Para ser tan joven, mueves muy bien el culo...

—¡Sí, sí! ¡Soy una guarra! —Logré decir entre dos gemidos—. No lo puedo evitar... Sigue, sigue... ¡Oh! Está ardiendo... ¡Qué gusto da!

Hubiera debido estar en guardia, pues sabía que cuando a un hombre se le pone la picha tan caliente es porque se va a correr. Pero no se le puede exigir demasiado a una principiante alocada. La fiebre del culo siempre ataca a las mujeres en dos tiempos: el primero es cuando de pronto sienten deseos de un hombre al verlo; el segundo, cuando sienten llegar el goce con dicho hombre, con otro, o..., con otra. Yo

me encontraba en la segunda situación, y no poseía aún la suficiente experiencia para conservar un ápice de sangre fría en medio de la tormenta, y ejecutar justo a tiempo el retroceso necesario para que el hombre se corra en la puerta de la gruta, en lugar de hacerlo al fondo. Por fortuna, existe un Dios para proteger a las imprudentes, pues con lo que Lucas me dio aquel día en mi vientre, al cabo de nueve meses hubiera debido dar a luz una buena carnada de bebés-jardineros, o jardineras.

Se corrió, pues, copiosamente, con acompañamiento de unos bramidos dignos de un caballo de tiro, hasta que a mi vez solté mi mantequilla de auténtica novilla normanda. No les he pedido opinión a tan bravos animales, pero supongo que, cada uno por su lado, deben de sentir lo mismo que un hombre que se corre casi con la misma abundancia que orina, o que una mujer que recibe semejante manguerazo.

Lucas permaneció un buen rato sin retirar la picha, que seguía en plena erección, y rociándome aún con algunos chorros más.

—¡Ah, señorita! —suspiró, una vez que se hubo calmado—. Es verdad que tenía los cojones a rebosar... Como Adéle tenga la ocurrencia de venir mañana a pedir su ración, ¡se armará la de Dios!

—A mí no me interesa lo que hace con Adéle —respondí, estirándome, aunque me sentía tan bien que no llegué a retirarme—. No quiero saberlo. Además —añadí con perfidia ahora que comenzaba a recuperar la consciencia—, ella tiene a mi hermano para satisfacerse, además de a usted. ¿No lo sabía?

—¡Oh! Sospechaba algo así, pero me importa un bledo. El hermano puede follarse a Adéle, siempre y cuando yo me folie a la hermana —respondió con toda tranquilidad—. Y, si ésta quiere, incluso puedo volvérmela a follar con mi pepino dentro de cinco minutos.

—¡No, no, Lucas! —exclamé, incorporándome de un salto—. La verdad es que no sé qué me ha pasado, pero no volverá a suceder.

—¡Oh! Todas dicen lo mismo y luego vuelven, señorita Lucienne. Por lo guarra que me ha parecido usted, no tardará ni dos semanas en venir a buscarme otra vez. ¡Coracero Lucas a su servicio! —concluyó alegremente mientras sé subía los pantalones.

Nueve

Los cangrejos deben estar vivos; las violentas sacudidas de su cola, constituirán para usted un indicio de su vitalidad y una garantía de su sabor futuro.

*El arte del buen comer.
2000 recetas sencillas y fáciles (1913).*

Regresé a casa sin tropiezos, con las manos vacías porque, evidentemente, no habría sabido cómo explicar por qué había ido a casa de Lucas, y haciendo un alto en mi habitación para tranquilizarme y refrescarme la cara. En cuanto a lo otro, antes de irme le había preguntado a él sin demasiado embarazo:

—Lucas, ¿podría..., en fin, ya sabe, lavarme un poco el..., el...? Usted me entiende, ¿no? ¿Se puede en su casa?

—¡Por favor, señorita! ¿Cree que Adèle no ha pensado en eso? —respondió, riendo a carcajadas—. Ya estoy acostumbrado. ¡Venga! Está al otro lado del tabique.

Aquello era un punto a su favor. En un rincón de la habitación había un palanganero, una jarra de agua y, ¡oh sorpresa!, incluso el pequeño mueble indispensable para ese tipo de abluciones. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¡Misterio! Seguramente era la compra que les había parecido más necesaria para sus amores rústicos, y que aquel día lo fue para mí. «Hay una primera vez para todo», pensé en actitud filosófica mientras estrenaba el bidet. Hoy me doy cuenta de que, del modo en que me lavé, impaciente por marcharme de su casa, me quedó en el vientre lo suficiente para dos o tres herederos. Pero aún no había llegado el momento...

Odette y mi hermano todavía no habían vuelto de hacer las compras cuando llegué al comedor, con las piernas aún temblorosas, pero en conjunto bastante presentable. Aquella noche dormí como una bendita. Hubieran tenido que darme una paliza para que compartiera el lecho con Odette, que por su parte estaba tan agotada por las experiencias vividas a lo largo del día como yo. En consecuencia, nos

besamos como dos hermanas antes de caer en los brazos de Morfeo, como decía Bougrot, mi embadurnador de lienzos, a quien el gobierno encargó un cuadro que debía representar el sueño de una diosa de tres al cuarto, Psique o algo así se llamaba, pero eso es lo de menos.

Nos despertamos temprano y totalmente repuestas. Yo digería en silencio la aventura de la víspera, mientras que Odette ya empezaba a preguntarse cómo podría reanudar la suya y obtener un poco más de instrucción y de distracción antes de que su madre regresara. A la edad que ella tenía, los primeros escarceos que se permite una señorita pueden dar dos resultados contrarios, según ésta tenga o no un temperamento amoroso: o bien se le quitan las ganas de volver a las andadas durante una larga temporada, o bien la excitan. También he observado que, a este respecto, resulta muy acertado decir «De tal palo, tal astilla», aunque en mi caso no sea cierto en absoluto. Sí lo era, en cambio, en el de Lydie Pasquier, que acabó mal, y en el de Odette de Courmanche, que se casó tres años después del verano que pasamos juntas en Nogent-le-Rotrou, aunque, por lo que tuve ocasión de enterarme, no tardó demasiado en hacérselas pasar de todos los colores a su marido.

—Mi querida Lucette —me dijo mientras nos levantábamos—, me hubiera encantado que volviéramos a abrazarnos sin camisón anoche, y pasar la noche divirtiéndonos, pero me quedé dormida en cuanto me dejé caer en la cama. ¡Perdóname! Da mucho gusto hacer esas cosas con otra chica, o con un chico, pero resulta agotador, ¿no te parece? La prueba es que tú estabas tan cansada como yo, y eso que no viniste de compras con nosotros.

—¡Oh! Me dediqué a otras cosas —respondí evasiva—. ¿Se portó bien mi hermano contigo?

—¡Calla, calla! ¿Sabes lo que me propuso?

—No lo sé, pero me lo imagino. Quiere que te dejes ensartar por detrás, ¿a que sí?

—Sí —respondió con las mejillas encendidas—, pero me aseguró que iría muy despacio y que no me haría nada de daño...

—Bueno, la decisión depende de ti —interrumpí con cierta brusquedad—. No serías la primera en pasar por ese trance, y si una chica tuviera que morirse por hacerlo, se sabría. Además, tu precioso agujerito tiene ganas de intentarlo, ¿verdad? —añadí, al tiempo que deslizaba una mano bajo su camisón y le acariciaba con un dedo.

—¡Oh! No te creas que tantas si pienso en otras cosas, excepto a veces cuando estoy en el excusado. Te reirás, pero ahora que sé que se puede hacer, cuando estoy allí casi siempre pienso en eso. Y, por supuesto, cuando siento que tu dedo intenta entrar —añadió contoneándose.

Yo estaba empezando a excitarme, pero no tenía la más mínima intención de dedicarme a juegucitos para chiquillas deseosas de enculadas. A pesar de todo, me resultaba tan placentero toquetear a Odette que continué. Creo que también deseaba ponerla a punto para que no pudiera resistirse a Max, en caso de que insistiera en

ensartarla, porque cuando un chico o una chica de nuestra edad se interna en el camino de la lujuria, como dicen los curas, no para hasta que consigue arrastrar tras de sí, quizá por vicio, al mayor número posible de discípulos. A todas las chicas les gusta preparar a sus amiguitas para que accedan a los deseos de su hermano, y lo mismo les sucede a los chicos con sus hermanas. Es lo que yo llamo «velar por los intereses de la familia».

—Dédette, te quiero —le dije—. Arremángate el camisón sin moverte. Quiero mostrarte una cosa.

Me arrodillé detrás de ella y acerqué la cabeza a su culo hasta encontrar lo que buscaba. Cuando mi boca estuvo en el lugar indicado, te separé las nalgas con las dos manos para poder respirar mientras chupaba. Ella se inclinó y se apoyó en la cama, y entonces yo hice lo que deseaba, lamerle la flor del culo. Por supuesto, yo ignoraba que hacer aquello se llamara así, pero tiene un nombre tan divertido que hago como si entonces lo hubiera sabido. Me lo enseñó más tarde Adolphe, que me hacía lo mismo cada vez que pasábamos la noche juntos, e incluso me explicó que había una obra de teatro con un título alusivo, *La olorosa flor del culo*, aunque no la conocía.

Sea como fuere, e hiciera o no teatro, lo cierto es que Odette enseguida se puso como loca, igual que todas las chicas y todas las mujeres amantes del placer. Tras lavarle bien el agujero y pasear la lengua por su interior, me acerqué a su rostro para preguntarle en voz baja:

—¿Te ha gustado lo que te he hecho, guarra mía? Por toda respuesta, Odette colocó su boca contra la mía, y nos besamos mezclando nuestras salivas. Luego me dijo en voz baja:

—Es curioso, tu boca acaba de chuparme el..., el...

—¡Atrévete a decirlo, boba! El agujerito, el ojete.

—Eso, el ojete, y al besarte en la boca siento como si yo misma me lo estuviera chupando. No te rías —añadió—, lo digo muy en serio. Te juro que he identificado el olor en tu lengua.

—Entonces, mi querida Dédette, lo que sucede es que eres tan guarra como yo. Dímelo, dime que eres una guarra...

—Sí, es verdad —respondió en voz tan baja que apenas la oía—. Contigo me convierto en una auténtica guarra... Antes de darme cuenta de lo que me está pasando, ¡ya está hecho!

Después, bajamos a desayunar. Max ya estaba allí, y Dédette se lo comía con los ojos. Adèle nos había preparado un espumeante chocolate, que encontré todavía mejor que de costumbre.

La llegada del primo León no trastornó nuestra rutina cotidiana, por lo menos los primeros días. Al principio se pasaba las tardes haciendo visitas de cortesía a las damas del pueblo, y las mañanas en la cama, de modo que no lo teníamos encima más que a partir de la hora de cenar. Lo de «tenerlo encima» resulta un tanto exagerado, pues en realidad aún no habíamos encontrado más ocupación común que

la partida de chaquete de la noche, que no incitaba precisamente a los devaneos.

Odette sólo venía por las tardes, ya que su madre había regresado a Nogent. Sin embargo, ello no le impidió lograr su propósito, que era el de hacer que mi hermano la ensartara. Yo no era su carabina, así que me enteré unos días después por Max, que, aparte de no tener ningún motivo para ocultarlo por mucho tiempo, más bien se sentía orgulloso de añadir una más a su lista.

—Yo no tenía demasiado interés —me dijo—. Ahora prefiero hacerlo con Adèle. Casi todas las mañanas pasa por mi habitación antes de bajar a la cocina, ¿sabes? Yo no corro nunca el pestillo; y, cuando está preparada, ella da unos golpecitos en el tabique para despertarme. Pero a esas horas yo siempre estoy despierto. Por las mañanas, yo..., en fin, casi siempre estoy empalmado, así que no perdemos mucho tiempo.

—¿Y se acuesta contigo?

—No, porque mi cama hace mucho ruido y nos da miedo que te despiertes. O, como máximo, en el borde, igual que aquella vez que te expliqué. Yo me quedo de pie y me coloco entre sus piernas, y ella me frota la..., la..., bueno, ya me entiendes, contra su coño, hasta que siente que le viene. Entonces me dice que entre, o me da una palmada en el culo para que sepa que ya la puedo meter. Así resulta más excitante que en el otro agujero, ¿sabes? —añadió doctamente—, por eso lo prefiero. Yo suelto mi jugo, y a continuación ella goza. Otras veces...

—Entonces —le interrumpí—, cuando llama a mi puerta para que me levante, ¿acaba de joder con mi hermano? ¡Si el tío Crapart llegara a sospechar algo! Sigue, sigue, ¿qué decías de otras veces?

—¡Oh! Con sus aires de mosquita muerta, Dédèle está hecha una guarra redomada. Hace que me tumbe en el suelo, con una almohada bajo la cabeza, y ella se monta a horcajadas encima de mí para que le acaricie las —al mismo tiempo que le meto el chisme. Incluso...

—¿Incluso qué? —pregunté, al ver que se quedaba en silencio.

—La semana pasada subió un día expresamente desde la cocina. Me dijo que estaríamos tranquilos porque los patronos aún no se habían levantado y a ti te había encargado que hicieras una cosa.

—¡Ya me acuerdo! —exclamé furiosa—. Fue el jueves. Me envió a buscar pan como si se tratara de un asunto urgentísimo. ¿Y qué pasó?

—Pues me dijo que me lavara el chisme, y luego se pasó un buen rato chupándolo para ponerme bien cachondo. Después, hizo que me sentara en el taburete, se sentó encima de mí y se lo metió. Era ella quien lo hacía todo; yo sólo tenía que chuparle los pezones al mismo tiempo. Y, como tú no estabas en tu habitación, no se privó de suspirar y gritar. Me lo pasé muy bien, porque a mí me gusta que haya mucho culo y muchas. —¡Hay más material para divertirse! Así que, como comprenderás —concluyó—, tu Odette y sus huevos al plato...

Fingí que me enfadaba, pero en realidad estaba muy contenta de aprender tantas

cosas. Olvidé pedirle que me explicara con detalle cómo lo había hecho con Odette, pero de todas formas me lo imaginaba. De todos modos, pocos días después, una mañana Max me llevó aparte para decirme:

—Lulu, Odette y yo quisiéramos que nos prestaras tu habitación a la hora de la siesta.

—¿Y nada más?

—Bien, también quisiéramos que te las arreglaras para que Adèle no subiera, ni tampoco los tíos.

—Por lo que respecta a los tíos, puedes estar tranquilo —dije—. El tío regresa al despacho después de tomar café, y la tía se va a su habitación a echar un sueñecito. Le pediré a Adèle que me enseñe a hacer una tarta, y así no tendrá ningún motivo para subir. Pero, estoy sorprendida, hermanito yo creía que «mi» Odette no te interesaba.

—¡Desde luego que no! Te doy mi palabra. Pero ¿qué quieres que haga? —dijo con resignación—. Ahora que lo ha probado, lo necesita.

—Entonces, ¿le gusta?

—¡Vaya que sí! —exclamó—. No tienes más que preguntárselo esta noche, cuando la acompañemos a casa. A mí me divierte. Le enseñé guarradas. Esta tarde le diré que si quiere que la ensarte tiene que chuparme la minina, y seguro que acepta. Con Lydie ocurría lo mismo, y con Adèle pasa también. Primero se hacen las remilgadas, pero a todas les gusta —afirmó el chulo que ya llevaba dentro.

El doctor Boulay nos había escrito dos veces desde que dejáramos París. Digo «nos» porque, por prudencia, enviaba el mismo día una carta para Max y otra para mí, y en la mía sólo hacía una o dos alusiones al zoológico o a la barandilla de la escalera. Yo le había contestado explicándole que, en Nogent, no me lo pasaba mal en absoluto, que había crecido y engordado, y me despedía de él dándole un fuerte abrazo. En resumen, una carta muy formal que eché al correo junto a las que mi tío me había entregado de la notaría.

Aquella mañana le escribí de nuevo. Le dije que, si me viera ahora, me encontraría muy cambiada (subrayé «muy cambiada»), que ya no era la chiquilla que él conocía, sino una jovencita que reflexionaba seriamente en su futuro, etcétera. «Seguro que entenderá lo que me ha sucedido —pensé—; y si, por casualidad, la tía me pregunta qué le cuento al señor Boulay, podré enseñarle la carta antes de cerrarla».

Después de comer, mi hermano y Odette desaparecieron con la excusa de «ir a buscar nidos». Al cabo de un momento, saqué la carta del bolsillo de mi delantal y le pregunté a Adèle si sería tan amable de ir a echarla al correo enseguida, porque así saldría aquel mismo día. ¿Por qué no iba yo? Porque no iba peinada, y además prefería quedarme para arreglar mis cosas y coser un poco. Al final aceptó, fingiendo

que lo hacía a regañadientes, pero yo sabía que para ella cualquier momento era bueno para ir a dar una vuelta por el pueblo. Con la cantidad de conocidos con los que se encontraría, me dejaría tranquila durante media hora larga.

Tenía la intención de hacerle una visita a mi coracero jardinero, pero el azar decidió otra cosa. Cuando cruzaba el jardín, el primo León empujó la puerta de la calle. Había comido en el pueblo, en casa de unos amigos de la familia Crapart, y regresaba a casa. No había manera de escapar y, por otra parte, ¿por qué iba a hacerlo? Se acercó a mí y nos besamos como buenos primos, tres veces en ambas mejillas.

—¿Ha ido bien la comida? —pregunté.

—¡Oh! Ya conoces a los Mouchain, son bastante pesados —dijo, pasándose la mano por la mejilla—. Les he presentado mis respetos y me he escabullido. Y tú, ¿estás sola? ¿Dónde se ha metido tu hermano?

—No soy la niñera de mi hermano —respondí con cierta brusquedad—. Supongo que estará haciendo la siesta.

¡Menuda siesta! En esos momentos debía de estar haciendo que Odette se la chupara, o quizá ya estaba ensartándola. «Y encima, en mi habitación —me dije con pesar—, mientras yo tengo que quedarme aquí con León, plantada en medio del jardín como una idiota. Lo que más rabia me da es que, desde que ha llegado, es la primera vez que me encuentro a solas con él».

Aquello era cierto, pero también lo era que había estado lo bastante ocupada con mi hermano, Odette y Lucas, para no haberme preocupado del primo León. Algunas veces me había pasado por la cabeza que mi deber de prima era pervertirlo, como lo hubiera sido de él iniciarme si yo hubiese sido más tonta, y él un poco menos. ¡Hablar de las mujeres del Barrio Latino con medias palabras, sí sabía! Pero mi instinto me decía que los más habladores suelen ser los que menos pasan a la acción. Max, por ejemplo, jamás le hubiera contado a nadie, excepto a mí, ni una palabra acerca de sus aventuras. Sin embargo, yo tenía mis propias ideas sobre León, del mismo modo que él podía tenerlas, aunque falsas, sobre mí. Al fin y al cabo, no llevaba escrito en la frente que corría detrás de las pichas desde hacía aproximadamente seis meses, y que la de mi primo me interesaba tanto como las demás. Y, como él podía perfectamente tomarme, si no por un corderito (me faltaba la lana), sí al menos por una chiquilla despierta, pero en el fondo formal, era a mí a quien correspondía dar el primer paso.

Evidentemente, durante los dos minutos que tardamos en intercambiar tres frases, no tuve tiempo de pensar en todas aquellas buenas razones. Ni siquiera una mirada insinuante me hubiera servido de nada; al cabo de un momento, hubiésemos entrado en casa, y una vez allí, no dispondría de ningún medio para retenerlo. ¡Si por lo menos mi habitación estuviera libre! Ahora me arrepentía de haber hecho el favor.

—Y tú, Lucienne, ¿no duermes? —preguntó sin moverse—. ¡Con el calor que hace!

—Precisamente por eso —respondí vivaz—. En mi habitación hace demasiado calor para dormir. Iba a mojarme los pies al arroyo.

Lo que ellos llamaban el arroyo cruzaba la propiedad, al fondo del jardín, en un rincón invadido por los matorrales y las malas hierbas del que Lucas no se ocupaba nunca porque no se podía hacer nada en aquel terreno, y salía de ella pasando bajo una reja. El arroyo no era ni ancho ni profundo, y cerca de la reja había un vado de gruesas piedras que permitía pasar al otro lado, igual de descuidado que el resto. Yo conocía el lugar porque había ido allí con Max y Lucas, que se dedicaban a pescar pececillos para divertirse, y a veces algún cangrejo despistado.

—Me gustaría ir contigo —dijo León—, pero llevo mi traje de paseo y, si me lo mancho, mamá me preguntará qué he ido a hacer al arroyo.

¡El muy imbécil! ¡Su traje de paseo! ¡Su mamá! Lo miré con el aire más vicioso de que fui capaz y, arrojándome todo lo posible a él, le dije:

—Yo si que voy, porque llevo el vestido de estar por casa. Podrías darle ese gusto a tu prima, León, ya que la tienes tan abandonada. No es que sea un reproche, pero...

—Lucienne, iría encantado si...

—Pues sube a cambiarte en cinco minutos y te reúnes conmigo en el arroyo, ¿vale? Tu madre está descansando, Adèle ha ido a hacer unos recados, y si te encuentras a tu padre, basta con que no le digas que me has visto. Es sencillo, ¿no?

En cuanto acabé la frase, se marchó. Yo me dirigí hacia el fondo del jardín, sin hacer ruido por si Lucas andaba por ahí, cosa muy improbable a aquellas horas. El corazón me latía con cierta agitación. Cuando llegué al arroyo, pasé a la otra orilla por encima de las piedras, me instalé detrás de un gran arbusto, me quité las bragas, hice una bola con ellas para esconderlas entre la maleza, y me dispuse a esperar. Empezaba a impacientarme cuando oí que me llamaba en voz baja desde la otra orilla:

—¿Lulu? ¡Soy yo, León! ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —respondí, levantándome—. ¡Ven!

Descendió hasta el vado, cruzó el arroyo y se reunió conmigo sin manifestar el menor signo de excitación o placer. «Un primer paso no basta —me dije—, hay que dar el segundo». Me dejé caer al suelo con la suficiente torpeza como para que mis pantorrillas quedaran al descubierto.

—Pero, Lucienne, ¡vas a arañarte las piernas! —exclamó, sentándose frente a mí—. ¿Estás segura de que aquí no hay serpientes? ¿Y hormigas?

—¡Sabes de sobra que no, imbécil! —repuse riendo—. Y mis piernas han pasado por trances peores. ¡Mira! —añadí, arremangándome el vestido bastante—. Hace quince días fui al campo de fresas silvestres que hay en el parque, y todavía voy toda arañada.

Ver mis piernas le hizo entrar en calor, pero no lo suficiente como para atreverse a tocarlas. Así pues, di un tercer paso.

—Puedes tocar —dije—. Ya no me hace daño.

León acercó la mano y rozó el lugar pretendidamente arañado, que en realidad no lo estaba mucho. Yo fingí tambalearme y me agarré a su camisa, desde donde dejé deslizar la mano hasta la bragueta. Al mismo tiempo, abrí un poco las piernas.

—Pero, Lucienne, ¡si no llevas bragas! —exclamó volviendo la cabeza.

—¡Claro que no! ¡Con el calor que hace! Además, así mi querido primo León podrá ver cómo está hecha su prima Lucienne. ¡Mira! ¡Mira! —dije, levantando con descaro el vestido, mientras él clavaba la mirada en mi mata de vello negro—. Y es verdad que eres mi primo querido, León —añadí al tiempo que le frotaba la bragueta—. Cuando estuviste en casa, en París, antes de la muerte de mamá, pensé que me gustaría mucho ser tu mujercita algún día.

—A mí también me gustaría —balbuceó.

—Pues, para que lo sea, tienes que jurarme que no has estado nunca con esas mujeres del Barrio Latino de las que tanto hablas —dije—. Vamos, jura que no has estado nunca con ninguna... Y que no has visto nunca a ninguna como me estás viendo a mí en este momento.

—Lulu —respondió embarazado—, yo cuento esas cosas porque mis compañeros también lo hacen. Cuando se está interno, todo lo que se puede hacer es hablar.

—¡Entonces, Júralo! Si no, me levanto y nos vamos.

—Te lo juro, Lucienne. Y te juro que no le había visto nunca la..., la..., en fin, la cosa a ninguna mujer. Sólo una vez, en una fotografía guarra que me enseñó un externo. Pero no se veía casi nada.

Su historia de la fotografía me interesó. Sabía que existían dibujos guarros, pero no fotografías. Creía que sólo se hacían en las bodas y las primeras comuniones.

—Y en esa fotografía —pregunté—, ¿estaba la mujer sola o con un hombre?

—Con un hombre completamente desnudo. Bueno, llevaba calcetines, igual que ella.

—¿Y observaste algo de particular en el hombre?

—Sí, pero no merece la pena decirlo. El... él...

—¿Estaba empalmado? —dije—. ¿Muy empalmado?

—Sí. Ya sé que se dice así, pero tú, Lucienne, ¿cómo lo sabes si nunca has visto a ninguno?

—Lo sé porque las chicas se enteran de todo mucho antes que los chicos —afirmé tajantemente—. Y tú, León, ¿has estado empalmado alguna vez? —pregunté por preguntar, ya que tenía la prueba en mis manos, y la tocaba a través de la tela del pantalón.

—¡Oh, sí! En el dormitorio, cuando no está el vigilante, comparamos nuestras..., nuestras cosas...

—¡Vuestras pichas! —exclamé en tono cortante.

—Sí, nuestras pichas —prosiguió estupefacto—, y cuando estoy empalmado yo soy uno de los que las tiene más grandes. Pero, dime Lulu, ¿es posible que tú ya le hayas visto la picha a algún chico?

—¡Oh, yo no estoy en un internado! —respondí con indiferencia—. Y los amigos de mi hermano tampoco, así que tendrás que enseñarme la tuya, ya que estás tan orgulloso de ella...

¡Dios mío! ¡Lo que cuesta hacer que un primerizo se decida! En el burdel sabemos que vienen a eso, y, una vez que entran, no salen hasta que no han sido estrenados. En el caso que nos ocupa, era yo quien tenía que hacerlo todo, y me dije que aquí no acabarían mis males, ¡ni mis pollas! Sin embargo, entre los dos —él más bien molestando que otra cosa— logramos sacar la suya de su refugio. Era de un tamaño aceptable; y, como de costumbre, al empuñarla me asaltó un deseo furioso de metérmela en el cuerpo. «¡También es desgracia tener un temperamento como el mío! —pensé—. Si por lo menos se sintieran obligados a suplicarme, tendría una excusa. ¡Pero no! En fin...».

—Es verdad, ¡qué grande es! —exclamé con convicción—. ¡Y qué dura! Se me ha ocurrido una cosa, León. Podrías acercarla a mi hendidura y hacer como si fuéramos marido y mujer. No te preocupes, es sólo un juego —añadí, al ver que le asustaba un poco el rumbo que tomaban los acontecimientos—. ¿Sabes al menos cómo se hace?

—¡Oh, sí! El hombre empuja, y la cosa entra. ¿Tú lo sabías? ¿Lo has hecho alguna vez?

No respondí, y él no insistió. Había calculado, contando los días en el calendario, que el período tenía que venirme dentro de dos días, tres a lo sumo, y me fiaba de lo que Adéle me había explicado. Incluso teníamos agua corriente a dos pasos, como en los apartamentos de París. Me dije que iba a hacer con León lo mismo que ella había hecho con mi hermano, para probar esa postura que las prostitutas practican de buen grado, ya que les permite retirarse si el hombre la tiene demasiado larga o demasiado gorda, o cuando está a punto de correrse, o incluso cuando no quieren sentir su aliento en el rostro. La llaman «montar a caballito».

—En cualquier caso, voy a hacerlo contigo —acabé por responder—. Pero no debes decírselo nunca a nadie, ¿me oyes bien, primo León? Repítelo: no se lo diré nunca a nadie...

—No se lo diré nunca a nadie...

—Y júrame que nunca lo has hecho con otra. Repítelo: no lo he hecho nunca con nadie.

—¡No lo he hecho nunca con nadie! —repitió, mientras le obligaba a tumbarse en la hierba para montar a horcajadas sobre él.

Me enrollé la falda hasta la cintura, le dije que se bajara los pantalones hasta los tobillos para no arañarme los muslos con los botones, y me instalé encima de él.

—¿Qué haces? —preguntó, más asustado todavía al ver que me chupaba los dedos y los pasaba varias veces por mi hendidura.

—Me preparo el coño para que mi querido primo pueda meter su picha sin hacerme daño —respondí.

—¿El qué?

—El coño. Se llama así. ¡Ya está! Ahora, primo, acariciáme los pechos por debajo del corpiño. Con las dos manos, por favor. Es para excitarme y que los dos nos lo pasemos mejor, ¿comprendes? La próxima vez lo haremos en mi habitación y me desnudaré, te lo prometo.

—¿La próxima vez?

—Pues claro, tonto, siempre y cuando esta vez me lo hagas bien. ¡Oh! ¡Es verdad que la tienes muy dura! —añadí, mientras recorría los labios de mi coño con la punta de su miembro—. ¡Aaaah! ¡Quisiera que estuviese ya dentro!

—Pero, Lucienne —gimió—, habías dicho que se trataba de un juego...

—¡Calla, adorado imbécil! ¡Mira cómo juego! —grité, al tiempo que me dejaba caer sobre él con todo mi peso.

El miembro entró de golpe hasta más de la mitad, y yo dejé escapar un débil grito, de sorpresa más que de dolor, pues me había embadurnado bien con saliva y, además, descubrí que mi coño también segregaba jugo por sí solo; como el de una mujer, hubiera dicho Lucas. Se debía a la excitación causada por todo lo que le había dicho y al hecho de saber que él era virgen; seguramente también gracias a aquella postura, que me había permitido humedecerme el coño con el primer jugo que soltó, ése que es más líquido y que expulsan todos los hombres cuando se disponen a hacer el amor. Me incorporé un poco, agarrándole las manos para obligarlo a que me frotara los pechos, y volví a dejarme caer. Su picha entró hasta el fondo, y continué subiendo y bajando como si estuviera en la montaña rusa por lo menos una veintena de veces. Estaba cada vez más mojada, y empecé a gozar de lo lindo. Él se corrió un poco pronto para mi gusto, pero yo le seguí de cerca, lanzando unos gemidos de placer que debían de oírse desde casa.

Regresé a casa un cuarto de hora largo después que él. Una vez despachado el asunto, él no pareció más deseoso que yo de prolongar nuestro cara a cara, o, para hablar con propiedad, nuestro picha a coño. No era demasiado sentimental, el primo... De momento, era tan sólo un estudiante más familiarizado con las apuestas en el dormitorio común o en los..., cosas del colegio, e incluso quizá, ¡qué horror!, con los manoseos entre internos, que con mujeres o primas. Le pedí que me ayudara a meterme en el arroyo para lavarme copiosamente el trasero.

Se puede decir lo que se quiera, ¡pero la naturaleza es otra cosa! Me había quitado los calcetines y los zapatos, y me agarraba con una mano a un pequeño sauce que lloraba de felicidad, mientras con la otra me enjuagaba. Bougrot, mi maestro de los pinceles, que me hacía posar en escenas «ornitológicas», como él las llamaba, me habría encontrado perfecta de no ser porque me movía demasiado para un pintor. Todavía me parece oírle decir, mientras yo permanecía en el estrado de su estudio en traje de Eva: «Tensa bien los brazos, arquea más el torso, estira las piernas, vuelve la

cabeza y mira siempre hacia el mismo lugar del techo... Aparte de eso —precisaba —, puedes hacer todo lo que quieras». Pero ¡ya estoy otra vez divagando!

Le sugerí a León que se metiera conmigo en el arroyo para lavarse, pero fue inútil. Quitarse los escarpines, el pantalón y los calzones delante de una mujer, fuera ésta o no prima, era pedirle demasiado a aquel joven de buena familia. Y, sin embargo, el agua estaba deliciosamente fresca, transparente...

—¡León, acércate, rápido! —grité—. Mira, hay cangrejos. Vienen hacia mí. Ven y atrápalos.

En efecto, a un metro de mí, a la derecha, había cinco o seis hermosos ejemplares. León se acercó sin prisa.

—Sí, ya los veo, son cangrejos, ¿y qué? —dijo con desgana—. ¿No habías visto nunca ninguno?

—No, nunca. Excepto en el plato, por supuesto —respondí—. Pero cuando los sirven a la mesa son rojos, mientras que ahora son verdes.

—Sí, ¿y qué? Se vuelven rojos al hervirlos.

—¡Ah! —exclamé, decepcionada al ver que huían agitando la cola con violencia.

Finalizado el incidente, se echó un poco de agua en el miembro furtivo, quejándose de que estaba fría, y se escabulló. Sola al fin, pues León comenzaba a irritarme, me puse las bragas y descansé un rato antes de volver a la otra orilla.

Nos encontramos más tarde, a la hora de merendar. Había pastel de prunas y chocolate. Devoré la merienda mientras me divertía pensando que los cuatro acabábamos de joder, al estilo normando o montando a caballito, y que yo era la única en saberlo, ya que Max y Odette creían que yo estaba abajo mientras ellos se refocilaban en mi habitación, y León pensaba que ellos habían salido cada uno por su lado. Odette murmuraba y parloteaba con nerviosismo, los chicos se reponían en silencio de su desgaste, y yo me recreaba en la satisfactoria sensación de haber gozado y en la espera tranquila de una nueva sesión de jodienda. Para distraerme, toqué con el pie a Odette por un lado, y a León por el otro al mismo tiempo, dedicándoles sendas sonrisas lúbricas y pasando la lengua entre mis labios tras haber atraído sus miradas. Ellos no respondían a mis insinuaciones y se ruborizaban, incómodos porque Adèle estaba allí y porque mi tía entraba y salía de la cocina constantemente. Cuando acabamos con el pastel, cada uno se fue por su lado y yo me quedé sola con Adèle.

—Lucienne, ¿limpiaste tu habitación a fondo esta mañana? —me preguntó.

¡Mi habitación! ¡Maldita sea! La había ordenado por encima, pero, con lo distraída que era Odette y lo negligente que era Max, ahora seguramente volvía a estar todo patas arriba.

—Sí, más o menos, pero como no tengo nada mejor que hacer subiré a barrer un poco —respondí—. Incluso fregaré el suelo, para que estés contenta.

—Un momento —dijo, cerrándome el paso—. No vas a ir. Vamos a ir. Tengo curiosidad por ver qué aspecto presenta ese palomar.

Allí había gato encerrado. Palomar, palomar... Debía de haber visto salir a los tortolitos; o quizás había pasado por delante al regresar de la oficina de Correos y había oído ruidos sospechosos. De cualquier modo, yo no podía oponerme. Así pues, fuimos, y el espectáculo no dejaba ninguna duda acerca del uso que se le había dado a mi habitación durante la tarde: la palangana y la jarra de agua en el suelo, las sábanas revueltas y, para acabarlo de arreglar, una mancha amarillenta todavía húmeda.

—¿Y bien? ¿Puedes explicarme esto, marrana? —gritó, tras haber constatado el desorden reinante—. ¿Con quién ha sido esta vez, aprendiz de zorra? Dime, ¿con quién, devoradora de hombres? —repitió, furiosa.

—¡No he sido yo, Adéle! ¡Te doy mi palabra de honor de que no he sido yo! —grité a mi vez, protegiéndome la cara con las dos manos porque presentía el tortazo que se me venía encima, merecido, eso sí, todo hay que decirlo.

—¡No has sido tú! ¡No has sido tú! Entonces has estado incitando a otros... ¿Quién ha sido?

—Odette —balbuceé.

—¡Ah! Ya veo por dónde van los tiros. Odette y tu hermano, ¿no?

—Sí. Me pidieron que les dejara mi habitación para divertirse. ¡Por lo menos hubieran podido ordenarla! —exclamé.

—¡Vaya, vaya! Parece que la señorita de Courmanche también va por buen camino —dijo Adéle, consternada—. Podéis cogeros las dos de la mano. Bueno, ¿y tú? —prosiguió, ya más calmada—. ¿Dónde estabas tú mientras ellos se ocupaban aquí de sus asuntos? La señora dice que no te ha visto desde después de comer.

Viéndome atrapada, guardé silencio.

—¿Dónde estabais vosotros? —repitió Adéle, cuya cólera iba en aumento ante la idea de que hubiera podido aprovecharme de su ausencia para hacerle una visita al jardinero—. Porque —continuó—, en vista de que la otra guarra estaba con Max, es preciso que haya habido otro hombre para explicar ese brillo que veo en tus ojos. Vamos, ¿me dirás la verdad aunque sólo sea por una vez?

—¡Con Lucas no! —grité, mientras me sacudía agarrándome de los brazos como si fuera un ciruelo—. Te lo juro, Dédéle, con Lucas no. Estaba en el arroyo, pero con León.

—¡Ah, bueno! Ese te lo regalo —dijo, al tiempo que me soltaba—. De todas formas, si lo descubren, no podré servirte de mucha ayuda. Mientras no toques a Lucas, con los demás...

¡Cómo quiero a Adéle! Digo que la quiero porque, quince años después de esta conversación, ya casada y madre de familia ella, voy una vez al año a visitarles con sumo placer a Maizy-le-Thou, en el Orne. Ellos saben en lo que me he convertido, pero me reciben como si fuera una dama, o incluso mejor aún, como a una verdadera amiga. Al igual que la mayoría de las mujeres que son víctimas de la fiebre del culo, Adéle no experimentaba, y todavía hoy no experimenta, más que dos sentimientos: unos celos endiablados de las que revolotean alrededor de su hombre, y una

indulgencia infinita hacia las demás.

Limpiamos y ordenamos la habitación más bien con alegría. Mientras hacíamos la cama, me preguntó:

—Lucienne, tendrás la regla dentro de poco, ¿verdad?

—Sí, mañana o pasado.

—¿Y has dejado que tu primo..., en fin, te dejara mucho dentro?

—Lo suficiente —murmuré. Y, ante su gesto de desaprobación, añadí—: Sé que no está bien, pero ¿qué quieres que haga, Dédéle? Pierdo la cabeza de tal modo que, cuando me doy cuenta, ya es demasiado tarde. Pero me he lavado a fondo en el arroyo, como me dijiste que hiciera.

—Aun así... ¿Acaso quieres cargar con un retoño de tu primo, Lucienne? ¿O de cualquier otro? Si quieres continuar viendo a León, hazlo por el otro agujero. A su edad, y con lo ingenuo que es, no notará ninguna diferencia.

—¡Pero yo sí! —protesté—. ¡Y no poca!

Descendimos de nuevo como buenas amigas. Sin embargo, la situación había llegado a un punto crítico.

Diez

París no es una excepción; está llena de viejos verdes con aspecto circunspecto, que vomitan de asco ante nuestros libros, tachándolos de impúdicos, y que todas las noches se dedican a ejercitar la lengua. ¡Cuán hermoso es el decoro!

J.-K. Huysmans.
Carta a Arij Prins, 6 de septiembre de 1886.

Siguiendo con el tema de las situaciones críticas, el mes de agosto fue el peor. El primer golpe cayó sobre Maximilien, y sucedió de un modo tan estúpido que no tuve por más que admitir que se lo había buscado. Hubiera podido tomarse las cosas con calma y sacar el máximo provecho a sus amoríos, sobre todo desde que veía ampliamente colmados sus deseos, con Adèle en lo que se refiere al meollo de la cuestión, y con Odette en un aspecto más tierno del asunto. En definitiva, saciado en la mesa y en la cama, ¿qué necesidad tenía de mostrarse cada vez más desagradable con nuestros tíos, en lugar de acariciarles el lomo como tan sabiamente hacía la mosquita muerta de su hermana? ¿Por qué escaparse a cada momento de aquella bendita casa para ir a vagabundear por el pueblo con cuatro granujas de su calaña y, crimen execrable, a robar en las tiendas? Y, sobre todo, ¿por qué aficionarse a apurar los culos de las botellas que se servían los domingos, hasta el punto de que se le trabara la lengua y se tambaleara delante de nuestra tía? Yo veía venir el desastre. Sin embargo, por más que lo ponía en guardia y le suplicaba que cambiara de actitud, o que al menos dejara de provocar inútilmente al tío, él insistía en dejarse llevar por su mala cabe/a, hasta que, finalmente, hubo una gota que colmó el vaso.

El vaso se desbordó el día en que Max se enredó en una disputa con Guillemot, un engendro odioso al que todavía guardo rencor, pero que era el pasante preferido del notario, y lo derribó de un puñetazo. Mi tío le ordenó a Lucas que lo condujera a su habitación, donde lo encerró con llave y sin más alimentó que un trozo de pan. Al

día siguiente, al amanecer, lo envió a Chartres, donde uno de sus clientes, que era maestro de obras, aceptó aquel mismo día contratarlo como albañil a cambio de la comida, de un camastro en un desván y de diez francos cada cuatro semanas, asegurándole al notario que lo metería en vereda.

Así fue como mi hermano desapareció durante un tiempo de mi horizonte. Y digo durante un tiempo porque, como tal vez cuente algún día, aprovechó la primera ocasión para, con el dinero que le había dado la señora Vierneau y diez libras de plomo que le robó a su patrón, montarse en el tren que llevaba a París, donde lo encontré cuando a mi vez fui allí, tres meses más tarde.

El segundo golpe cayó sobre Adèle, pero no tuvo nada que ver con los favores que le dispensaba a mi hermano. Sucedió poco después de aquel escándalo. Su madre se dislocó el hombro derecho transportando una gavilla de avena demasiado pesada, y tuvo que guardar cama. Siempre llueve sobre mojado, como se suele decir. El señor Bondon, por su parte, se encontraba en la granja de Maizy-le-Thou con dos brazos de menos, y robustos, en el peor momento, por no hablar de las comidas que había que preparar y servir para los segadores.

Así pues, se dirigió a Nogent a buscar a su hija, no menos robusta, pero que prefería con mucho la buena vida que llevaba en casa de los Crapart, a la de sirvienta de granja que le esperaba en casa de sus padres. Sin embargo, tan sólo fue cuestión de aproximadamente un mes, tras el cual la vi regresar a Nogent, con la piel de la cara curtida y las manos callosas.

Antes de hablar de su lado bueno, diré que el reverso de la medalla consistió en que una buena parte del trabajo que ella realizaba recayó sobre mis hombros. La tía Yvonne contrató a una mujer del pueblo, muy dispuesta, para las tareas más pesadas de la cocina, y a una jovencita estúpida para limpiar, pero ello no evitó que notara la diferencia. Sin embargo, el desgraciado percance de Max me hizo reflexionar, y me ayudó a conservar mi buen humor a pesar de aquel incremento de trabajo; o más bien, pues yo nunca he sido perezosa, a pesar del tiempo que me quitaba para dedicarme a ocupaciones menos fastidiosas.

En cuanto al lado bueno..., la propia Adèle lo había visto con claridad, lo cual sembró en su espíritu cierta inquietud y celos. El día de su partida a Maizy-le-Thou, me dijo al despedirse:

—Bien, Lulu, durante una temporada no estaré encima de ti. Podrás darte un buen atracón de Odette y de León, e incluso pasar con ellos toda la noche en tu habitación, si es que estás de humor.

—¡Oh! Más bien creo que de lo que voy a atracarme es de fregoteos, recados, pucheros...

—¡Bah! —replicó Adèle—. ¿No querrás disfrutar de todas las ventajas, sin pagar nada a cambio? En definitiva, basta con que tus manos ignoren durante el día lo que tu culo hace por la noche para que todo vaya bien. Esa ha sido siempre mi máxima, y de acuerdo con ella me comporto. Tú actúas con la suficiente galanura como para

trabajar con las manos de día y con el culo de noche, sin equivocarte; lo cual, al fin y al cabo, no me incumbe en absoluto. En cuanto a Lucas —añadió, encogiéndose de hombros—, sucederá lo que tenga que suceder. No le provoques, no sería honesto por tu parte. Ahora que el sinvergüenza de tu hermano se gana la vida en otra parte, trabajo no le faltará. Pero conozco muy bien lo que es el deseo; eso no se puede controlar, ¡y Lucas no es precisamente de los que necesitan que les inciten!

Sin embargo, no fue él el primero en volver a la carga, sino el primo León. Digamos, para hacer honor a la verdad, que nos sucedió a los dos al mismo tiempo, unos diez días después de nuestro idilio —más bien lamentable— a orillas del arroyo; es decir, mientras mi tío conducía a Maximilien a Chartres, y antes de que Adéle se marchara.

Una vez superada la emoción del desvirgamiento, estuvo unos días mirándome con otros ojos; no viciosos, no esperaba tanto de él, pero sí interesados. De todos modos, la cosa no pasaba de ahí, pues a León le horrorizaba la idea de que su padre o su madre lo sorprendieran en un momento en que me estuviera cortejando. Yo también me mostraba con él tan prudente como una ratita acercándose a un trozo de queso, pues el incidente de mi hermano me incitaba a calcular todos y cada uno de mis gestos y palabras delante de sus padres.

Como no era aconsejable que fuera muy a menudo a pedirle lechugas y perejil a Lucas, ya que Adéle habría sospechado, y como, por otra parte, Odette de Courmanche sólo venía por las tardes, me quedé con las ganas durante una larga semana. «Con las ganas» es una forma de hablar, pues justo entonces los ingleses comenzaban a batirse en retirada, y necesité algunos días, después de que hubieran liberado el territorio, para recuperar mi humor habitual.

Mi tía no me dejaba hacer la colada. «Te estropearías las manos, con lo bonitas que las tienes —decía—. Y, lo que es aún peor, acabarías con la espalda combada. A la edad que tienes, sería un pecado por mi parte pedirte que lo hicieras». En cambio, no se oponía tanto a que planchara, por lo que ayudaba a Adéle con las piezas más delicadas, los plisados, por ejemplo. Yo lo hacía muy a gusto, incluso a pesar del calor que hacía en el lavadero en verano. Eso fue lo que, más tarde, me decidió a trabajar en prostíbulos, cuando en realidad ganaba más pasta en la calle. En los burdeles bien montados, como Las Odaliscas o El Telescopio, el patrón no escatima nunca en calefacción. Sabe perfectamente que le sale mucho más a cuenta, porque una mujer que tiene frío no trabaja bien.

Cuando acabábamos de planchar la ropa de la semana, yo era la encargada de guardarla en las cómodas y los armarios. Así pues, una mañana, hacia las once, me encontré cargada con una pila de camisas y corbatas, las del coqueto «señorito León», que en Nugent se cambiaba de ropa casi todos los días, provocando la admiración de su mamá y la irritación de Adéle. A mí me daba igual porque, los días de plancha, me vestía únicamente con un blusón gris, sin mangas, ajustado a la cintura con una cinta, y unas sandalias. No habría soportado llevar nada más.

Al llegar a la puerta de su habitación, aunque estaba convencida de que a aquellas horas se encontraba en el pueblo, di dos breves golpes a la puerta para mayor tranquilidad y oí una voz sofocada que respondió:

—¿Quién es? ¿Eres tú, mamá?

Entreabrí la puerta y, sin ni siquiera asomar la punta de la nariz, dije, intentando imitar la voz de Adéle:

—No, señorito León, no soy su mamá, soy la planchadora. Vengo a traerle las corbatas.

Él se dignó levantarse de la cama, en camisa de dormir, para abrirme.

—Pero ¿todavía duermes a estas horas? —pregunté.

—¡Ah! Eres tú, Luciente —dijo simplemente—. No dormía, estaba leyendo y no me he dado cuenta de que iba pasando el tiempo. ¿Qué hora es?

—Casi las once. Déjame pasar —dije, cargada con la pila de ropa—, ¡y no te aproveches de la situación para sobarme! —añadí, sin confiar en que se atreviera a hacerlo—. Debe de ser muy interesante el libro que estás leyendo para que ni siquiera hayas pensado en vestirme —continué, guardando las camisas en la cómoda—. ¿Me dejas verlo?

—¡No, no! —contestó precipitadamente, ruborizándose como un monaguillo—. Es un... un Código Civil. Mi padre quiere que estudie una página cada día, y me he quedado dormido mientras estudiaba la de hoy. —La medianería, ¿sabes lo que es eso, Mulu? —añadió, evidentemente para evitar que continuara haciéndole preguntas.

—Si no lo supiera después de casi cuatro meses viviendo en casa de un notario —repliqué—, sin duda sería porque estaba sorda. La medianería es lo que hay en estos momentos entre tú y yo.

Mientras le respondía, abrí el último cajón de la cómoda y comencé a guardar las camisas una a una, sin ninguna prisa. Permanecía de pie, de tal modo que, al agacharme, podía balancear la grupa de derecha a izquierda ante los ojos de mi primo, del que, a pesar de mis burlas, estaba un poco enamorada; y, de todas formas, con el atuendo que llevaba, que era tanto como decir que iba desnuda, pues el blusón se adhería a mi piel, en aquella habitación y después de una semana larga de ayuno, cualquier mano de hombre que se hubiera atrevido a deslizarse entre mis nalgas habría sido bien recibida. Pero, por desgracia, la suya no se aventuró... ¿Acaso aún no se había hecho a la idea de que me había abierto la puerta a mí, y no a su madre? ¿O quizá...?

Para asegurarme, y puesto que acababa de cerrar el cajón abriendo las piernas lo suficiente para darle otra oportunidad, sin éxito, alargué la mano derecha por detrás de mi espalda antes de incorporarme, y ésta tropezó enseguida con el saliente que formaba su picha bajo la camisa de dormir.

—Pero... primo..., me ha parecido que estás empalmado —dije sin volverme y acariciándolo a través de la tela.

—No seas tonto, querido primo, ya que estás empalmado podríamos cambiar la

medianería por el goce compartido. ¿O acaso ya no deseas a tu prima? —añadí, al tiempo que me volvía y me arremangaba el blusón justo hasta debajo del pecho.

—Pero..., pero..., Lucienne...

—No hay «peros» que valgan —dije en tono cortante—. Mi tía está en el pueblo, y yo creía que habías salido con ella. De todas formas, cierra la puerta con llave, corderito mío, y vuelve enseguida para ayudarme a quitarme este ridículo blusón. ¡Vamos! —añadí, al ver que no se movía.

Al final se decidió, y, en cuanto se volvió de espaldas, me saqué rápidamente el blusón por la cabeza y corrí hacia la cama, donde me encontré acostada al regresar, tras haber cerrado la puerta. Mi excitación debía de ser contagiosa, pues no vaciló en venir a unirse a mí y en arrojarse a mis brazos, murmurando:

—Te quiero, Lulu. ¡Oh, te quiero! Sí, sí, es verdad —repitió, al ver que yo hacía un mohín—. Ya sé que el otro día, en el arroyo, no me mostré muy solícito contigo...

—¡Desde luego! —constaté.

—Pero es que era la primera vez que estaba con una mujer... Además, yo... No me lo esperaba... Yo... ¡me quedé tan sorprendido!...

—¿Piensas seguir hablando mucho rato? —interrumpí—. ¿Ni siquiera te has dado cuenta de que me he quedado completamente desnuda para ti? Contesta. ¿O es que te da igual?

—¡Oh, no, Lucienne! ¡No me da igual! —exclamó—. Te deseo, Y te quiero todavía más.

—Si estás enamorado de mí, ¿por qué no te quitas la camisa? —repliqué—. Los amantes de verdad siempre se acuestan totalmente desnudos.

Él obedeció, y nos recreamos un buen rato mirándonos. Mi primo era de ese tipo de hombre alto, delgado y delicado; tenía la piel casi tan blanca como la de una mujer, cuatro pelos mal contados en el pecho, y pocos más en el pubis. En resumen, el joven ideal para una señorita de buena familia. Comparándolo con el doctor Boulay y el coracero Lucas, e incluso con Vincent Vierneau, lo encontré mucho más fino, pero eso me excitó todavía más. Por otro lado, ahora deseaba a alguien que me jodiera con más suavidad que los anteriores, e incluso con menos habilidad, un hombre amable que no pudiera enseñarme nada, sino que más bien tuviera que aprenderlo todo de mí. A León podía imaginarlo como un joven marido del que me hubiera sinceramente enamorado. O incluso como un hombre leal que estuviera aprovechándose de mi vicio natural e ingenuo. A los otros, no.

Salí de mis ensoñaciones al sentir sus manos, que él pasaba torpemente por mis pechos, rozando los pezones. Habían crecido mucho durante el último mes, y ya casi se habían convertido en unas verdaderas de mujer, cuyos pezones sentía endurecerse bajo sus caricias.

—Tienes unos..., unos pechos preciosos. Me gustan mucho tus..., tus...

—¡Mis —tontorrón! ¿Por qué no te atreves a decirlo, si tantas ganas tienes?

—Es verdad, no me atrevo —confesó—. En el internado hablamos con frecuencia

de —y todas esas cosas; pero ahora que las estoy tocando, no me atrevo.

—¡Pues debes hacerlo, querido León! Porque a mí me gusta que le digas esas palabras a tu Lucienne. Yo también te las diré a ti —añadí—. ¿Quién empieza? ¿Tú o yo?

—Tú, por favor —susurró—. Así me animaré.

—De acuerdo. Las —ya las conoces. Pasemos a lo siguiente. Esto —dije, abriendo las piernas y asiéndolo por la cabeza para acercársela—, esto de aquí, donde metiste la picha el otro día, se llama... ¡Vamos, estoy esperando! Se llama...

—Coño... Es el coño de mi Lucienne —respondió con una voz tan susurrante que apenas oía sus palabras.

—¡Muy bien, señor estudiante! ¿Yeso? —pregunté, al tiempo que me colocaba boca abajo y daba palmadas en mis nalgas para que no se equivocara—. ¿Cómo se llama?

—Bueno..., eso es el trasero.

—¡El trasero, el trasero! ¡No! El trasero es para sentarse. Pero cuando lo que se quiere es meter la lengua, o la picha, deja de ser el trasero para convertirse en...

—¡Es el culo! —exclamé triunfal—. Vamos, repítelo mientras lo acaricias. Es el...

—Pero, Lulu, ¡eso es una palabrota! —balbuceó sin atreverse a tocarlo.

—¡No! O, en todo caso, es una hermosa palabrota. Si no la dices, no lo tendrás, y si la dices, podrás besarlo —dije riendo.

Paso por alto las tonterías que vinieron a continuación. En cierto modo, era una pérdida de tiempo. Dado que él ya no se encontraba en situación de poder joderme tras aquel preámbulo, se la chupé con amor para volver a ponerlo cachondo. Después de aquello, yo ya no podía resistir por más tiempo, necesitaba que me poseyera.

—Querido hombrecito, ¿quieres que me monte a horcajadas encima de ti, como el otro día? —le pregunté, mientras acariciaba su picha con la mano.

—Creo..., creo que preferiría que te tumbaras, Lulu —susurró.

Yo también lo prefería. Cuando una está enamorada, es la mejor postura, y en aquel momento yo lo estaba de verdad. La prueba es que tenía la almeja tan mojada, que estuve a punto de gozar antes de que me la metiera. Así pues, hice que se colocara encima de mí, lo estreché entre mis brazos, y guíé su picha hacia la hendidura. León la introdujo sin demasiados titubeos y sin hacerme casi daño; yo ya era una mujer, y él aún no la tenía muy grande. Casi de inmediato, crucé instintivamente las piernas sobre sus riñones para obligarlo a que empujara hasta el fondo con decisión, y lo besé en la boca con furor, deslizando la lengua entre sus dientes para unirla a la suya.

Permanecimos así largo rato. En realidad, tales «largos ratos» no existen más que en nuestra mente. Tan sólo los viciosos (y las viciosas) calculan sus movimientos con

objeto de prolongar su placer, que nunca es ni apasionado ni furioso. Las demás parejas, todas las demás, que son la mayoría, no buscan más que un alivio para sus cojones, en el caso de los hombres, y la satisfacción del deber cumplido, en el nuestro. El deber conyugal si se trata de mujeres honradas, y el deber, ¿cómo decirlo?, comercial si se trata de mujeres de la vida. Tanto en un caso como en otro, sólo tardan el tiempo necesario para hacer un huevo pasado por agua. Eso lo sabe todo el mundo.

Por consiguiente, para León y para mí fue corto, pero maravilloso. No teníamos ni tiempo ni ganas de palabrería. Él resoplaba, y yo gemía cada vez más fuerte, hasta que me di cuenta de que era una imprudencia emitir un gimoteo tan continuo a dos pasos de la habitación de su madre. Así pues, agarré la sábana para metérmela en la boca y la mordí con furia. Su picha iba y venía como el pistón de una locomotora, y yo me sentía transportada de felicidad, como debe ser, pues, gracias a la naturaleza, que sabe hacer bien las cosas, cada vez que el miembro entraba, frotaba mi pepitilla. Gocé una vez antes de que él se corriera, otra al sentir los chorros que me lanzaba, y una tercera después de que la sacara, cuando yo creía que todo había terminado; la última fue la más extraña y la mejor, de esas que te hacen sentir como los propios ángeles.

El idilio acabó al galope. Me pasé una esponja para limpiarme los muslos, me puse el blusón y las sandalias, y me peiné a toda prisa. «Quita la sábana, yo vendré a recogerla esta tarde. Deja que pase un rato antes de bajar. Ahora tengo que irme. Sí, ya te diré cuándo podemos repetir. ¡Hasta luego!».

Pensándolo bien, los padres y las madres, incluidos Padres y Madres, los tíos y las tías, los curas, los polis, los matasanos y toda su camarilla tienen razón. Hacen bien en vigilar estrechamente la virginidad de las crías, en amenazarlas con las llamas del infierno si se dejan mancillar, en meterles en el cuerpo auténtico pánico, siempre que no pasen de los toqueteos y las chupaditas. Hacen bien porque una joven de quince años que goza una vez como yo lo hice aquel día, acaba inevitablemente convirtiéndose en una puta. En la calle, en un prostíbulo o en una casa de citas, eso es lo de menos.

*Todas seréis, sois o fuisteis,
de pensamiento o de hecho, putas.*

dijo un viejo poeta. Bien, todas no. Pero sí todas las que hicieron que les rompieran el virgo de jovencitas.

Lo somos por pasta, eso es cierto; y raras veces lanzamos las campanas al vuelo con los clientes, eso también lo es. Pero de cada diez chicas que se pueden ver haciendo la calle, nueve ya se habían metido el dedo en la entrepierna el día de su primera comunión. A partir de los dieciocho años, empiezan a calcular los riesgos que

puede acarrear abrirse de piernas; y la sopa de minina empieza a quedárseles en el vientre. Antes, se dejan llevar sin pensarlo por la fiebre del culo. Por eso se llenan de mujeres, con la ayuda de los empleadores y los macarras, esas casas que habría que inventar en caso de que no existieran. Los chicos, en cuanto se agita una bandera delante de sus narices, enseguida están dispuestos a dejarse matar; las chicas, en cuanto se ven con una tranca en la mano, a dejarse joder. Es así, y no creo que fuera peor de otro modo.

Por lo que a mí se refiere, aquella mañana no me amenazaba ningún peligro inmediato. Mi ángel maligno, que acababa de saciar sus deseos, había cedido el puesto al de la guarda, que me protegió. En cuanto a peligros más lejanos, ignoraba si habría alguno en mi horizonte. No descubrí que estaba encinta hasta tres meses más tarde. Quizá fuera de León, pero desde luego no del día de la ropa planchada.

La catástrofe sobrevino por otro lado. Los dos primeros meses que siguieron a nuestra separación, mi padre había mantenido su promesa de venir a pasar uno de cada dos domingos con nosotros; incluso vino dos domingos seguidos tras la muerte de mamá. Luego, un domingo no se presentó; envió una nota dirigida a su cuñado, en la que se excusaba, y una carta afectuosa para nosotros. Recibimos otras dos cartas seguidas hacia mediados de agosto, la segunda de las cuales parecía haber sido escrita por un loco, más que por el respetable cajero de una compañía de seguros seria.

Probablemente, mi tío también había recibido otra. Se mostró muy preocupado, pero no dijo nada. A vuelta de correo, pidió explicaciones a nuestro padre. No las recibió. El notario volvió a escribir, pero siguió sin obtener ningún resultado y sin hacernos partícipes del secreto. Una tercera carta le fue devuelta con un sello de correos donde ponía: «Ausente del domicilio». Aquel mismo día, mi tía me dijo que papá debía de estar pasando por serias dificultades laborales o personales, que su marido estaba muy intranquilo y que había decidido ir a París en persona al día siguiente para ver si se enteraba de algo.

La verdad de aquel embrollo no la averigüé hasta unos meses después, a mi regreso a París. Papá se había metido hasta el cuello en el canal de Panamá, y se había ahogado, como tantos otros. El problema era que no se había conformado con arriesgar los cuatro cuartos de la dote de mamá. Llevado por la ilusión habitual del jugador arruinado, que «echa mano» de sus conocimientos para recuperarse, él había «echado mano» de la caja de La Fourmi Française, falsificando firmas. Al verse perdido sin remedio, había decidido irse de Francia por un tiempo, por supuesto con algún dinero en el bolsillo. Vendió discretamente nuestros muebles de la calle Saint-Lazare a un usurero del barrio, que debía ir a recogerlos al día siguiente de la «partida» de mi padre, el cual le había entregado la llave del piso y no había conservado más que las joyas de mamá y su reloj de oro. Por último, un sábado por la tarde se marchó tan apaciblemente como de costumbre de la ventanilla de la compañía, llevándose la caja, cosa no demasiado habitual en un cajero, aunque tampoco extremadamente rara. En la calle de Châteaudun, se montó en un carruaje

que lo condujo hasta la estación del Norte, donde cogió el tren de la noche hacia Bruselas sin ni siquiera una muda.

En medio de aquel desastre, el tío Augustin se portó muy bien, debo confesarlo. Como buen notario y buen normando, sin duda estaba preparado desde hacía tiempo para afrontar el fracaso del canal y, como consecuencia, el de su cuñado Chauron. Remover la tierra para llenar un calcetín de lana (un calcetín avaricioso, como decía en broma papá, que no era demasiado amante de ahorrar), era lo que hacían todos sus clientes. Pero la tierra que tenían bajo los pies, y no la que estaba en el otro extremo del mundo.

A pesar de todo, papá había pensado en nosotros. Le había dejado a mi tío la dirección de su notario de París, pidiéndole que fuera a verlo en cuanto llegara. El colega, en efecto, había recibido de mi padre, en depósito y con instrucciones de que se los entregara al señor Crapart, que prácticamente se veía convertido en nuestro tutor, cincuenta Obligaciones de la Ciudad de París, aproximadamente unos ocho mil francos, con los cuales se suponía que debía mantenernos a Max y a mí hasta el día en que pudiéramos sacarnos las castañas del fuego por nuestros propios medios.

El caso armó un gran alboroto en el barrio. Sin embargo, 1889 fue un año de gran confusión, gracias a la cual todo el mundo se olvidó enseguida del asunto. La gente tenía otras preocupaciones como para perder el tiempo con ésta.

Con todo, algunos nos escribieron, a la atención del señor Crapart, para demostrarnos su simpatía y todas esas cosas. Entre ellos figuraban el doctor Boulay y los Vierneau. El doctor, evidentemente, no podía proponer nada concreto para ayudarnos. En cambio, los Vierneau sí. En su carta, primero se daban a conocer ante el notario, otorgándose un trato favorable: la señora pertenecía a una familia bordelesa (sin duda quería decir «burdelera»), honorable y de posición acomodada; el señor se dedicaba a los negocios y estaba sólidamente establecido. Su hijo era el mejor amigo de Maximilien, y ellos se sentían en la obligación, en recuerdo de nuestra querida mamá, una amiga de infancia de la señora Vierneau, de «asistirnos» en la desgraciada situación en que nos encontrábamos. El señor estaba dispuesto a iniciar a Max en sus «negocios», y a la señora se le había presentado una ocasión inesperada de situarme convenientemente: una vieja tía de ella, rica, viuda y sin hijos, buscaba una señorita de compañía para dotarla, ¿quién podía saberlo?, convenientemente. Por diferentes razones, el asunto, que era seguro, no podía llevarse a cabo hasta pasados dos o tres meses; sin embargo, los Vierneau estarían encantados de acogerme en su casa, junto a su hijo Vincent, a partir de octubre, si el notario daba su consentimiento.

Por muy astuto que fuera, mi tío no lo era lo bastante, y sobre todo no estaba lo suficientemente enterado de las costumbres parisinas, para no caer en la trampa. Me entregó la carta que la señora Vierneau me dirigía personalmente, y en la cual me decía lo mismo que al notario, aunque en un tono más «maternal», de manera que cuando mi tío me interrogó acerca de aquellos amigos providenciales, yo tuve el

sentido común de confirmar todo lo que decían los Vierneau, e incluso de añadir algún detalle concerniente a sus relaciones con mis padres antes de que sobreviniera la catástrofe.

En resumen, el notario respondió que aceptaba la oferta, con la condición de que se le informara con más detalle cuando tuviera la ocasión de ir a verlos a París. En cuanto a Max, que ya se encontraba bajo la custodia del maestro de obras de Chartres cuando sucedió este lance imprevisto, y que todavía permanecía con él, mi tío consideraba el trato cerrado de inmediato. En lo que se refiere a mí, se decidió que no regresaría a las Ursulinas cuando empezara el curso, que me llevarían a casa de los Vierneau en el momento oportuno, lo cual no sería antes de mediados de octubre, y que hasta ese momento no se produciría ningún cambio en la vida que llevaba en Nogent. Estaba finalizando el mes de agosto. Me quedaban por pasar, pues, seis semanas largas en casa de los Crapart, durante las cuales procuré darles las máximas satisfacciones posibles, ya que se habían mostrado enormemente comprensivos y amables conmigo en todo momento, y además parecían lamentar dejarme partir. Yo también lo lamentaba un poco. No porque sepa (perdón, supiera, ¡no acabo de acostumbrarme!), lo que me esperaba en París, que por otra parte suponía muy agradable, sino porque, en resumidas cuentas, no tenía ninguna queja de mi estancia en Nogent-le-Rotrou.

Al pobre León también le quedaban pocas semanas de vacaciones, y estaba dispuesto a aprovecharlas ahora que había descubierto la fórmula para pasarlas del modo más agradable posible.

La tarde de aquel famoso día de las corbatas, le pedí, delante de sus padres, que me acompañara a Correos. Por el camino, cuando él intentaba cogerme de la mano, yo le rechazaba, regañándole por ser tan poco prudente.

Pero, Lucienne, es que te quiero. ¿Tú ya no me quieres tanto como esta mañana?

—Sí, más aún —reliqué—. Pero, cuanto más me quieras, más debes guardar las distancias conmigo. ¡Me mirabas de un modo en la mesa! ¡Menos mal que tus padres estaban distraídos con otra cosa y no se han dado cuenta! Nos meterías a los dos en un buen lío si sospecharan lo que hay entre nosotros. Porque —añadí—, ¿acaso crees que te permitirían casarte conmigo, aunque descubrieran el pastel? Ni se te ha ocurrido pensar en ello, ¿verdad? Además —proseguí—, ¿quién te dice que yo aceptaría?

—Pero, querida Lucienne, ¡nos entendemos tan bien!

Querida Lucienne por aquí, querida Lucienne por allá...

Yo deseaba con toda el alma saciar mi deseo con él, e incluso estaba un poco enamorada. Pero los arrumacos, las carantoñas... A mí eso me parecía muy poco.

—Lo primero que tenemos que hacer es ponernos de acuerdo para repetir sin que nos pillen —dije—. Tu habitación queda descartada, incluso de noche. Además, la

noche está hecha para dormir —añadí.

—Entonces, ¿en la tuya?

Hice un mohín. A Odette o a mi hermano nadie se extrañaría de verlos allí, mientras mantuvieran la compostura. Pero a mi primo...

—No, tampoco puede ser. Cualquiera podría buscarte, o buscarme... Y no se puede acariciar bien cuando se tiene miedo.

—Entonces, ¿en el arroyo? Igual que la primera vez, Lu...

—¡De eso nada! Yo estaría temiendo que apareciera Lucas y tú que te atacaran las hormigas. En el arroyo, no. Tal vez en el parque —dije.

Aquello tampoco era fácil. Si íbamos juntos, sus padres empezarían a preguntarse qué nos dedicábamos a hacer allí. Si cada uno iba por su lado, se preguntarían dónde estaba yo y pronto empezarían a sospechar.

—Escucha, querido primo —concluí durante el camino de vuelta—, no se me ocurre más que una cosa. ¿Conoces el... el cobertizo que hay detrás del establo?

—Sí, claro. El cobertizo...

—Bueno —dije riendo—, el cobertizo donde uno va cuando tiene una necesidad y no quiere entrar en casa. El que utilizan Lucas y Adéle.

—Pero, Lulu...

—Pero ¿qué? Esto también es una necesidad. Por lo menos podríamos quedar allí.

Conseguí convencerlo. No era mucho menos imprudente que en otro lado, pero, desde que lo había probado con Vincent Vierneau, la idea de joder, no digo de hacer el amor, en ese tipo de estancia, acudía de vez en cuando a mi mente. No es algo tan extraño. En el burdel conocí a un cliente que reservaba el excusado para ir allí conmigo y con Rosa la Flor. Las otras hacían muecas de asco, incluso Rachel la Judía, que no era de las más delicadas; la prueba está en que la *madame* le reservaba a los «niños crecidos», esos que sólo lo consiguen si su mamá los sienta en el orinal y... Pero ya estoy divagando otra vez. El caso es que a mí me gusta, lo mismo que a Rosa la Flor. Al margen de que el cliente paga por ello un suplemento de cinco francos, cifra nada despreciable por cierto.

Así pues, León y yo acordamos que al día siguiente nos quedaríamos despiertos hasta mucho después de que todos se hubieran acostado; por lo menos hasta las doce de la noche. Él cogería una linterna, saldría para agitarla bajo mi ventana, y yo bajaría a reunirme con él.

¡Era una idea encantadora! La víspera yo había dormido muy bien, y durante toda la tarde me sentí muy excitada pensando en nuestra cita. Aquella noche, mientras quitaba la mesa conseguí que me viera hacerle un guiño disimulado y humedecerme furtivamente los labios. No creo que comprendiera nada. Después de fregar los platos y ponerlo todo en orden, me quedé charlando un momento con Adéle, que bostezaba de fatiga, y más tarde subí a mi habitación para prepararme y esperar. «Muchas ganas ha de tener para lanzarse a una empresa como ésta», me dije. Y, justo cuando estaba a punto de sonar la medianoche, vi la linterna. Bajé en camisón y zapatillas, pues la

noche era calurosa, y sin encender la luz; conocía perfectamente la escalera y el camino que debía recorrer.

Cuando llegamos al cobertizo en cuestión, le dije al oído que sería mejor apagar la linterna para no atraer la atención de Adèle, que podría ver la luz desde su ventana.

—Pero no te preocupes, duerme como un tronco —añadí—. ¡Venga! Vamos a entrar.

El lugar, como todos los de ese tipo, era bastante grande y albergaba una tarima con encofrado de madera, un común en el que muy bien podían sentarse dos personas, y también, evidentemente, su tapadera con el pomo en el centro. Una vez cerrada la puerta, el recinto resultaba confortable, y hacía casi tanto calor como en una habitación. En cuanto estuvimos a cubierto, dejé la linterna en un rincón y tomé a León entre mis brazos para besarlo en la boca, a lo cual él me respondió con ardor. Al mismo tiempo, tanteé el terreno a través de su camisa de dormir. Tal como me imaginaba, estaba completamente plano. ¡Pobre querubín! Entre los nervios, la inquietud y las tinieblas que nos rodeaban, ¿cómo hubiera podido empalmarse?

—Querido León, me alegro mucho de que hayas venido. Vas a amar intensamente a tu Lucienne, ¿verdad?

—Me... Me gustaría mucho. Pero no sé...

—¡Sí, sí! ¡Ya verás como sí! Siéntate —le ordené, empujándole hacia la banqueta—, y déjame hacer.

Cuando estuvo sentado, me arrodillé ante él separando sus piernas, sintiéndome más a gusto en aquella oscuridad y sobre la tarima de madera, que en el carruaje del señor..., ¿cómo era?... ¡Ah, sí! León. Me gusta ocuparme de un hombre de ese modo, yo de rodillas y él sentado. El calor te invade, sus muslos te rodean como si fueran brazos, y he observado que les viene con más facilidad que estando tumbados o de pie, tal vez porque la sangre circula con mayor libertad. Le quité la camisa y comencé a chuparle el dardo con suavidad. Estaba encogido a causa del fresco de la noche, de modo que pude tomarlo por entero en mi boca, así como los cojones, y retenerlo así, dándole calor, hasta que sentí que empezaba a crecer. Luego, continué haciendo que entrara y saliera de mi boca. Le había pasado un brazo alrededor de los riñones, mientras acariciaba sus cajones con la mano que me quedaba libre. Él me agarraba del cabello y suspiraba. No tardó en estar empalmado. Ahora y en crispas sus manos sobre mi cabeza.

—Se la meterás a tu amada Lucienne —murmuré, incorporándome—. Pero antes debes acariciarme. Sí, ahí, con el dedo... Junta las piernas para que yo pueda abrir las mías. Sí, muy bien, con el dedo... Recorre toda la hendidura... Sí, sí, León... No digas nada... Continúa... Ahí, ahí, en el clítoris... ¿Notas lo mojada que estoy ahora, para que mi León pueda metérmela sin hacerme daño? Y, mientras tanto, yo sigo masturbando a mi León para que me dé... ¡Oh, oh! ¡Espera, mi vida! —exclamé, jadeando—. ¡Para un momento!

Ya no sentía las piernas. Me arremangué con presteza el camisón y me dejé caer

lentamente sobre su picha, guiándola con la mano. Cuando noté que la punta estaba situada en el lugar adecuado, proseguí el descenso separando las piernas todo lo que pude; y, cuando la mitad del miembro estuvo dentro, me senté a horcajadas sobre sus muslos.

—¡Ah, qué gusto! ¡Qué gusto da así! —suspiró León—. No sabía... ¡Oh, cómo aprieta! Lucienne, qué caliente se está dentro de tu..., de tu...

—¡Dentro de mi coño! Sí, es verdad, pero tu picha también está ardiendo. Cógeme de la cintura para ayudarme... ¡Vamos, cabalga, cabalga, amor mío!

Estaba tan excitado, que su miembro se salió dos veces de mi conejo, pero yo volví a meterlo enseguida. No me atrevía a gemir, y me asía con fuerza a sus brazos para calmarme un poco. Ahora, el olor de pipí que flotaba en el ambiente, y que al principio no había percibido, me inundaba los sentidos. Era delicioso, delicioso... León se corrió abundantemente y a continuación yo gocé, una sola vez, pero destilando más jugo que en otras ocasiones. Cosas del ambiente, como decía mi masturbador de pinceles, Adolphe Bougrot, a quien también le gustaba hacerlo en el retrete de su taller, que había pintado de colores chillones.

Repetimos la aventura dos o tres días después, de la misma forma, pues no teníamos otro medio de hacerlo en el lugar en cuestión, a no ser que fuera de pie, pero eso todavía hubiera resultado menos cómodo y no tan agradable, ni para mí, ni para él. A esa postura, las mujeres le dan el nombre de «la enfurruñada» o «la dama enfadada», porque si colocan de espaldas al hombre, como si no quisieran verlo. Lo que yo no había descubierto, y León aún menos, es que él hubiera debido acariciarme y pellizcarme los pechos al mismo tiempo, por debajo del camisón. Viene a ser algo así como la pimienta en la cocina: aporta un toque suplementario.

Once

En su tierno corazón, con presteza, el sátiro hunde, hunde... un largo objeto motivo de llanto.

Lo que era, yo podría decíroslo; pero me callo por respeto al decoro; pero me callo por respeto al decoro.

Béranger.
Chansons (1834).

Entonces fue cuando Adèle se marchó a Maizy-le-Thou, lo cual nos permitió actuar con mayor tranquilidad, puesto que yo era la única que me alojaba en el piso alto del edificio de la casa.

Sin embargo, nuestros encuentros seguían estando llenos de dificultades. En primer lugar, porque yo disponía de poco tiempo libre y, cuando llegaba la noche, me caía de sueño; y, en segundo lugar, porque durante el día cualquiera podía pillar a Léon subiendo la escalera sin ninguna razón confesable. En consecuencia, nos encontrábamos por la mañana, muy temprano, inmediatamente después de desayunar juntos, mientras su madre estaba en el cuarto de baño y su padre enfrascado en sus papeles.

No era lo ideal, pero podíamos contar con media hora larga de seguridad, e incluso más, pues ni a su madre ni, todavía menos, a su padre se les hubiera ocurrido nunca buscarlo en mi habitación.

Fue allí donde le enseñé a comerme el conejo y a lamerme el clítoris hasta que logré gozar en su boca. ¡No fue una tarea fácil! Mi primo era todavía muy pudibundo. En ese aspecto, lo son casi todos. Entre los hombres, los amantes de chochitos distinguidos constituyen una excepción, mientras que entre las mujeres eso es algo habitual; me refiero a las aficionadas a la bollería, por supuesto, que son muchas más de las que por lo general la gente se imagina. Comprendo perfectamente que a todo el

mundo no le gusta el bacalao, pero una mujer limpia destila un delicioso aroma natural, un perfume único, según dicen los que saben apreciarlo. Un día, en la calle Moulins, mientras esperaba precisamente a un apasionado del café Deux-Colonnes, se me ocurrió verter medio frasco de colonia en el agua para lavarme. Para lavarme eso, evidentemente. Pues bien, a mi cliente no le gustó en absoluto, y poco faltó para que me echara de la habitación y me cambiara por Mimi la Gamba.

—Por esta vez, pase —me dijo—. Pero que no se vuelva a repetir, pequeña. Un coño debe oler a coño, y no a agua de colonia.

Me di por enterada. Aquel hombre tenía toda la razón. Bien, volviendo al tema, tuve que utilizar todo tipo de zalamerías y ruegos para convencer a mi primo. Al final, cedió por complacerme, pero yo hubiese preferido que la iniciativa partiera de él. Desgraciadamente, los chicos no tienen mucha imaginación. Es cierto que, en ese aspecto, las mujeres honradas no están mejor dotadas. Cuando el marido lo desea, ellas no quieren ni oírlo mencionar; y si por casualidad es a la mujer a quien le apetece, a ellos ni se les ocurre. Con igual razón, igual castigo (¡esta sentencia se la debo al coracero Lucas!) por permitir la entrada por la puerta falsa. Cuando ni uno ni otro piensan en el asunto, no pierden nada siendo como son. Cuando ambos piensan en ello, enseguida se entienden en la oscuridad y bajo las sábanas. Pero, cuando sólo lo desea uno de los dos, sea él o ella, cuesta Dios y ayuda convencer al otro. Yo pasé por eso con León. ¡Ah! ¡El mundo está mal repartido!

Con todo, el asunto de las lamidas de chochito funcionó cada vez mejor. León es un sentimental. Siempre se quedaba fascinado cuando me veía gozar. Sólo por eso, se le puede perdonar cualquier cosa. Ahora bien, en cuanto aprendió a chuparme convenientemente, en particular la pepitilla, que estaba cada vez más grande y sensible a fuerza de ejercitarla, a mí me venía después de unos cuantos lametazos. No sólo soltaba mi jugo antes de que a él se le pusiera blanda, sino que muy pronto constató que hacerme gozar de aquel modo, antes de hacer el amor, le excitaba enormemente, de modo que, poco a poco, se fue aficionando.

Unos ocho días después de la marcha de Adèle, murió un tío del señor Crapart, uno bien situado, dueño de una heredad, que vivía en Chaudé-sur-Sarthe, cuna de todos los Crapart de la cristiandad. Veintitrés leguas *por caminos empinados, arenosos, penosos*. Un día entero para ir, otro para enterrarlo y otro para regresar. La casa era exclusivamente nuestra durante tres largos y hermosos días, ya que Lucas también iba al entierro con objeto de conducir el cabriolé.

Cuando éste desapareció tras el primer recodo del camino, saludado desde el umbral por nuestros pañuelos, me arrojé en brazos de León y exclamé:

—¡Gocemos del amor y del buen vino, querido León! ¡Hace tanto tiempo que sueño con pasar contigo una noche entera! ¡Por no hablar de los días! Estoy tan contenta, que pagaría una misa con mis ahorros en memoria del tío de Chaumont.

Apenas eran las seis de la mañana. Estábamos muertos de hambre, así que preparé un desayuno de lujo para mi hombre. Después, recogí las cosas, eché una paletada de

carbón al fogón de la cocina y le pregunté:

—¿Dónde, querido primo? ¿En tu habitación? ¿En la mía? ¡Si quieres, aquí mismo! O en el excusado, ¿por qué no?

Eligió su habitación, cuya cama era, todo hay que decirlo, mucho mejor que la mía, y subimos allí cogidos de la mano. Me quité la ropa con toda tranquilidad, incluida la camiseta, a pesar del frío de la mañana, y revoloteé un momento a su alrededor, completamente desnuda, para obligarle a que se la quitara él también, *avergonzado como un zorro atrapado por una gallina* a causa de su pudibundez. Luego me tumbé en la cama sin esperarlo, boca arriba y con las piernas abiertas. Tenía una colita diminuta, pero a mí eso nunca me ha preocupado, por lo menos con un hombre joven, a quien un poco de calor basta para ponerse cachondo. Después de todo, lo que tienen los hombres ahí no es un hueso. ¡Ni siquiera relleno de tuétano!

Realmente, mi primo estaba haciendo grandes progresos. Puedo afirmar que llegué a convertirlo en un amante aceptable. Tomó posiciones lo mejor que pudo, doblando las piernas, que tropezaban contra los pies de la cama, y empezó a trabajar con la lengua. Yo me fui desplazando poco a poco hasta quedar atravesada, sin interrumpirlo ni dejar de suspirar, de tal modo que acabé por encontrarme lo suficientemente cerca de su cuerpo como para poder pasar un brazo bajo su vientre y atraerlo hacia mí. Él comprendió entonces lo que yo pretendía hacer. Colocó su cabeza entre mis piernas, sin soltar el caramelo, y yo por fin pude amorrarme a su picha de la forma que llevaba días soñando hacerlo con él.

Todo el mundo conoce esa postura, salvo quizá los zulúes, que tan sólo saben contar hasta veinte. Es el sesenta y nueve, una especialidad nacional cuyo nombre y uso nuestro audaz país ha extendido por todas las tierras habitadas o no, hasta el punto que entre los prusianos y los ingleses no se conoce otra. ¡Viva Francia, mi general!

Debería decir los sesenta y noves, porque existen tres y hasta cuatro maneras de hacerlo. Nosotros, o, mejor dicho, yo, había decidido acostarme de lado, frente a él, que para mi gusto es la variante más tierna y menos fatigosa. Esa es una. En realidad, dos, porque yo habría podido tumbarme tanto apoyada en el costado derecho como en el izquierdo. Cuando volvimos a hacerlo, unos días después, me subí poco a poco encima de él, mientras ambos ejercitábamos activa y amorosamente nuestras respectivas bocas, él en mi clítoris, y yo en su picha. Esa es la tercera. Resulta más agradable para la mujer que para el hombre, pues en cierto modo ella tiene libertad de movimientos, mientras que todo el peso de su culo descansa sobre el hombre. No obstante, muchos hombres la prefieren a las otras precisamente por eso, porque les gusta que la mujer los aplaste y porque les deja las manos libres para ocuparse de las nalgas de la elegida; y, en particular, delicia entre las delicias, para meterles el dedo de honor, o, si se prefiere, para ofrecerles el honor de un dedo, lo cual, *possibly*, como decía mi milord, prepara la entrada de los artistas al episodio siguiente.

Esta tercera variante, la más revoltosa y sabrosa, no es más que la recompensa de la cuarta, que tan sólo es la anterior, pero al revés, con ella montada en clara alusión a la nata del mismo nombre.

Aquella fue la primera vez que pasé toda la noche con un hombre. Por un lado me gusta y por otro no. Me gusta cuando está nevando y no me atrevo a levantarme a media noche para echar más carbón al brasero, cuando la habitación está fría y el lecho glacial.

Entonces, sí, es una suerte tener al lado de una un calentador de cama que te toca las nalgas y las tetas, te frota la espalda y te acaricia los hombros para hacerte olvidar que es enero, y cuya picha se hincha contra tu vientre hasta el momento en que te abres de piernas. Y todavía es mejor cuando, de madrugada, después de dar media vuelta para dormir plácidamente, de pronto te despierta un dedo masturbador que acaba por mojarte y abrirte, y hacerte desear que entre y te haga gozar sin llegar a interrumpir del todo tu sueño. ¡Eso sí que me gusta!

Y por la mañana también. ¡Ah, esas triunfales mañanas de los jóvenes amantes! Las que yo he vivido, seguían por buen camino. El primero en salir del sueño, despierta al otro con suavidad. Con la boca. Si es él (depende de los hombres, pero no es habitual), debe deslizarse hacia los pies de la cama evitando destaparme porque en la habitación hace frío, separar mis muslos muy despacio e instalarse ante mi tesoro para hacerle el aseo matutino. Entonces, me despierto como en un lecho de rosas, y raro es si no tengo ante mis narices el tesoro correspondiente, que despierta a su vez, aún húmedo a causa de las hazañas de la noche. No hay nada mejor que un sesenta y nueve antes de desayunar, para empezar con buen pie el día que se inicia.

Si me despierto yo primero, la maniobra es a la inversa. Me deslizo bajo el cobertor, subo las piernas para darle calor en el bigote, y me centro en el objeto. En cuanto consigo ponerlo en estado de operar, me instalo sobre él como una amazona, y partimos al galope.

En pleno verano la cosa no es tan agradable. ¡Dios mío! Duermo fatal junto a un hombre sudoroso, incluso aunque sienta algo por él; así que con mayor razón si no siento nada. Pero así es el oficio, con sus alegrías y sus tristezas. Las primeras veces pedí cinco francos, pero me di cuenta de que estaba malgastando mi talento. Cuando un amante me bautizó como Lulu la Chic y empecé a ser bastante conocida en la Chaussée d'Antin, subí la tarifa a diez francos, y luego a un luis. Debo decir que, por veinte francos, yo daba mucho juego: todo lo que se le antojara al cliente, ¡incluida una visita al vecino!

Con Léon, para ser la primera vez (no cuento las noches que pasé con Odette de Courmanche, porque pasar la noche con una mujer siempre es mejor que con el mejor de los hombres), fue perfecto: ni demasiado caliente, ni demasiado frío, ni demasiado quieto, ni demasiado bullicioso, y cariñoso como el personaje de una novela. El día transcurrió en calma —estábamos un poco cansados y, además, había muchas cosas que hacer en casa—, aparte de que le serví la comida en la mesa de los señores,

llevando puesta la cofia que su madre me había comprado para los domingos en que había invitados. Aquello acabó como cabía esperar, sobre todo porque nos habíamos bebido un buen trago de vino de Oporto cada uno, en el mismo vaso, «para conocer nuestros pensamientos», y se nos había subido a la cabeza. Después de comer, y una vez todo en orden, regresé de la cocina muy alegre y me senté dando un salto en la mesa, al tiempo que le preguntaba:

—¿Estaba a tu gusto, nuestra comida de enamorados? ¡Espero que sí! Sí, ¿verdad? Entonces, ven a darle las gracias a la camarera.

—Conseguir que me besara tal como yo estaba, sentada sobre la mesa familiar y con las piernas colgando, no fue muy difícil. En cuanto a lo demás, tuve que insistir.

—Te lo ruego, querido León, me muero de ganas. Mete la mano y verás qué mojada estoy. ¿Tú no tienes ganas?

—¡Claro que sí, mi adorada Lulu! Pero en mi habitación, o en el jardín, si lo prefieres.

—No, yo quiero aquí —respondí, fingiendo que me enfadaba—. Aquí y tal como estoy. Encima de la mesa. En tu habitación, en la mía y en el jardín ya lo hemos hecho. En cambio, aquí no, y no tendremos otra oportunidad.

—Pero, Lucienne, ¿cómo quieres que lo hagamos aquí? La mesa empezará a tambalearse, y caerá al suelo todo lo que hay encima.

—¡Qué va! Con lo antigua que es, debe de haber visto de todo. Vamos, León, saca tu..., tu... cosa, para que vea si me sigues queriendo.

—Me quería un poco, porque se sentía aprisionada. Pero una vez libre, y tras hacerle una caricia, me quería muchísimo. Le dije a León que se acercara para ver si estábamos a la misma altura, y de pronto me quiso con pasión. Yo me había arremangado la falda y me encontraba muy cómoda con las nalgas apoyadas en la mesa y los pies en el vacío. Sin embargo, me hizo un poco de daño al entrar, quizás a causa de aquella nueva postura, y seguramente también porque mi chochito estaba congestionado por el ejercicio que había practicado durante la noche. Eso sí, estaba muy mojado, pues la idea de hacerlo en el comedor del notario, bajo la mirada de los retratos de familia y sentada en su mantel de los domingos me excitaba enormemente. Tras las primeras embestidas, le dije que me cogiera por debajo de las rodillas para levantarme las piernas, y entonces se deslizó a la perfección.

—Así fue como me tomé mi primera copa de después del café, sin haber bebido ni una sola taza.

Por más que se tengan quince y diecisiete años respectivamente, haya amor y se disponga de todo tipo de facilidades durante tres días, la naturaleza es la naturaleza. Tras la copa, ordenamos el comedor y subimos a dormir la siesta como dos niños buenos; luego fuimos al pueblo, donde yo tenía que hacer algunas compras para cuando volvieran sus padres, y cenamos una loncha de jamón. Por la noche, decidimos acostarnos en mi habitación para variar. Me quité toda la ropa delante de él, incluso la camiseta, a pesar del frío que hacía, y empecé a dar vueltas a su

alrededor mientras él se desnudaba. Cuando se dignó a reparar en mi presencia, le dije:

—Nunca me has hablado de mi culo, primo del alma. De lo demás tampoco me has dicho gran cosa, pero del culo, ni una palabra. ¿Es que no te gusta mi trasero? ¿Lo encuentras demasiado grande? ¿O demasiado pequeño?

—No, no, está muy bien como está. Lo que pasa es que a mí, el culo...

—¿Cómo? ¿Qué es eso de que «a mí, el culo...»? Si me quieres a mí, debes quererlo a él también.

El hecho es que no le interesaban en absoluto mis nalgas. Por más que yo me empeñaba en realzarlas, contoneándolas voluptuosamente ante sus narices, sin duda él no imaginaba que pudiera hacerse con ellas nada distinto de lo que se hace con las de una sufrida hermana, o sea, sentarse encima. Eso no habría sido un problema con una chica a la que tampoco le hubieran interesado. ¡Pero conmigo! Yo tengo esa zona muy sensible. Siempre ha sido así, y no sólo a las caricias. Ni papá ni mamá me pegaron jamás, pero algunas veces me gané algunos azotes bien aplicados, tres o cuatro seguidos, que más bien incitaban mis deseos de recibir unos cuantos más en la otra nalga, en lugar de persuadirme de que me estuviera quieta. Y eso que los recibía a través de la falda o del camisón, con lo cual apenas los sentía. Más adelante, no me faltaron hombres dispuestos a administrarme una ración de pam-pam al culo. Aunque, por desgracia, no tan abundante como yo hubiera deseado. Y no me refiero al látigo o la vara, ¡qué horror!, que es lo que ahora se ha puesto de moda. En París hay por lo menos un burdel, El Experto Azotador, en la calle de la Lune, donde todas las mujeres deben aceptar que les zurren; incluso van allí auténticas mujeres de mundo a las que les gusta recibir. Educación inglesa, así es como se le llama desde hace unos años. Pues por mí, los ingleses pueden quedarse con su educación.

Pese a todo, no está bien criticar lo que no se conoce. Yo nunca me he sentido tentada por el látigo, pero Fanny la Blanca Doble, que trabajaba precisamente en El Azotador, me confesó un día que ella fingía los gemidos y el llanto para satisfacer a los clientes, pero que en realidad le había tomado tanto gusto que ya no podía gozar más que cuando sus amantes le habían puesto las nalgas al rojo vivo. Pero, he vuelto a salirme del tema otra vez.

Así pues, mientras me lamentaba de la indiferencia de mi primo respecto a mi «blanca doble», mi mente no paraba de darle vueltas a la idea de conseguir que León me jodiera al estilo normando, tal como se lo había visto hacer, hacía ya algunos meses, a Adèle con mi hermano, y como yo misma lo había hecho con otros chicos, con la diferencia, por una parte, de que yo pretendía obligar a León, mientras lo tuviera bajo control, a abandonar sus costumbres burguesas, y, por otra, que quería sentirlo por detrás, en efecto, pero como una mujer.

—¿Me has oído, querido León? —repetí al ver que guardaba silencio—. Debes querer a mi culo y proporcionarle placer.

Él respondió que nada le gustaría más, pero que no veía la manera de hacerlo. Me

acerqué a la cama, donde él se había recostado para esperarme, con la picha empezando ya a apuntar hacia el cielo (en ese sentido, no tenía motivos para quejarme), y le dije que, realmente, había que enseñárselo todo, que era una cosa de lo más sencilla, etcétera. Luego me arrodillé delante de él, con la cabeza apoyada en la almohada para presentarle una buena panorámica del culo, y las piernas bien abiertas para mostrarle el camino. Yo no veía a Léon, pero sin duda aquella novedad había despertado su apetito carnal, pues, cuando pasé la mano entre mis muslos para ayudarle a que me la metiera, la tenía tan tiesa como si no hubiéramos hecho nada desde la víspera. ¡Qué hermoso es ser joven!

—¿Te das cuenta como es muy fácil? —dije, volviendo la cabeza hacia él mientras guiaba con suavidad su picha—. ¿Y ahora? ¿Todavía sigues burlándote del culo de tu prima? —añadí.

—¡Oh, no, Lucienne! Tenías razón. Da mucho gusto hacerlo así. ¡Oh! ¡Qué bien entra! —exclamó—. Iré muy despacio, querida prima, para no hacerte daño.

—Eres muy amable, porque todavía está un poco irritado de esta tarde. Ahora puedes empujar, ya entra mejor... Un poco más... ¡Oh, qué dura está! Me frota el interior... ¡Qué delicia! ¡Qué delicia!...

Realmente era delicioso. Esta postura se conoce con el nombre de «el gemido», aunque ignoro por qué. Es cierto que yo no podía evitar gemir cada vez más fuerte, a medida que su picha me iba llenando y que sentía su calor, pero gemir mientras se hace el amor es algo más característico de la mujer que de la posición. La mayoría de ellas, por no decir nueve de cada diez, o bien no gozan, o bien lo hacen dejando escapar apenas un lamento parecido al chirrido de una puerta, ya sea porque no les nace, o porque se reprimen de gemir y gritar porque no está bien visto, al menos en el caso de las mujeres honradas. Otras, en cambio, no paran de gritar mientras tienen un cipote en el vientre, estén en la postura que estén. Bougrot, mi follador de diosas sobre lienzo, tuvo antes de conocerme a mí una amante a la que se le oía desde la calle gritar que le venía y llamar a su mamá, hasta el punto de que el portero debía aporrear la puerta del taller para calmarla. Al final, Dodolphe le indicó amablemente el camino de salida. De hecho, le gustaba presumir ante los inquilinos por hacer gemir a una mujer de aquel modo, pero muy pronto se cansó.

El caso es que, aunque no se gima, «el gemido» es una postura excelente desde todos los puntos de vista, sobre todo por el que ofrece al amante o cliente. Hay una cosa que aumenta todavía más el placer, por lo menos a mí. Se trata de que el hombre me agarre de las caderas y me pellizque en el momento de correrse, con objeto de acercarme todo lo posible a su vientre. ¡Eso me vuelve loca! Casi todos lo hacen instintivamente, y no por brutalidad, sino para tener ocupadas las manos y avisar de que van a soltar el licor.

Léon también lo hizo, y sentí que se me metía tan adentro, que temí realmente que me dejara preñada; así pues, casi sin darle tiempo a que la sacara, salté de la cama para lavarme con abundante agua, acuclillada en la palangana. Como él se

quedó sorprendido, tuve que explicarle por qué no había esperado ni un segundo después de sentir su chorro, y añadí que le quería lo suficiente como para no hacerle salir antes de acabar, pero no hasta el punto de verme, y además con él, a la cabecera de un primito llorón.

Cuando sus padres regresaron de Chaudé-sur-Sarthe al día siguiente por la noche, encontraron la casa en orden, la mesa puesta, la sopa hirviendo en el fogón, a su hijo en el dormitorio estudiando el Código Civil, y a su sobrina pelando zanahorias en la cocina. Aunque aquella mañana Léon estuviera aún rebosante de savia, yo no le había permitido demasiadas libertades: tan sólo un sesenta y nueve, pues, a pesar de que no hubiera puesto la mano en el fuego, me decía que es imposible que un niño te hinche la barriga simplemente por tragarte el licor. Un poco más tarde fui a buscar a la pequeña cretina que mi tía había cogido, para que me ayudara a fregar el alicatado y la escalera, de modo que no nos quedó más que el tiempo justo para toquetearnos un poco la picha y la hendidura antes de la noche. Se me ocurrió que, a modo de despedida, sería divertido conseguir que nos viniera a los dos al mismo tiempo, pero el deseo estaba ya demasiado aplacado.

No sé muy bien cómo su madre adivinó que había sucedido algo entre su hijo y yo durante su ausencia. ¿Tal vez nos había encontrado con aspecto de estar demasiado cansados? ¿Quizá le había sorprendido que hubiera puesto a lavar tres sábanas y un mantel de golpe? ¿O acaso, sin estar realmente segura de nada, había observado que contábamos cosas demasiado triviales a propósito de esos tres días, que evitábamos sonreírnos y hablarnos, en resumen, que se nos veía excesivamente limpios para ser honrados? El resultado de sus sospechas fue que decidieron enviar a su retoño, en el acto, a pasar la última semana de vacaciones en casa de su abuela, que vivía en Chartres y que fue la primera sorprendida por aquel detalle inesperado. No hay mal que por bien no venga, pues después de haber estado con él sin tener que escondernos, yo no habría aceptado volver a encontrarnos a medianoche en el... común del jardín, para montar la nata deprisa y corriendo.

Dado que mis tíos habían organizado el viaje de Léon sin que nos diera tiempo a reaccionar, nos despedimos como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros; y, sin embargo, salimos beneficiados, cada uno por su lado, al abandonar definitivamente *el verde paraíso de los amores infantiles...*

Mis vacaciones también tocaban a su fin. Tras la partida de Léon, me juré no volver a dejarme tentar por nada ni por nadie durante las tres o cuatro semanas que me separaban del día en que subiría la escalerilla del tren de París, y en cambio multiplicar los cuidados, atenciones y servicios prestados a los Crapart, con objeto de evitar que me impidieran marchar en el último momento. Ignoro si se debió a cierta

desconfianza por parte de mi tía, o simplemente por comodidad en relación con la casa, pero el caso es que me instaló en la habitación de su hijo el mismo día que éste se fue.

Me sentí contrariada y, al mismo tiempo, aliviada por aquel cambio. No hice ningún comentario, por supuesto, pero confieso que había pensado vagamente en la posibilidad de que, tras la partida de León y con Adèle aún ausente, Lucas tuviera la audacia, en una noche sin luna, de ofrecerle su pepino a la crema a la señorita desvergonzada que ya se había dejado servir una buena ración. Debía renunciar a ello, por mi bien, desde luego, pero con todo el dolor de mi corazón. O de mi culo, para ser más exactos. En cierto modo, la predicción de Lucas se había cumplido. No habían pasado semanas sin que yo pidiera más; sin embargo, el afortunado no había sido él, sino mi primo. Lucas lo ignoraba y, en consecuencia, debía de creerme lo suficiente hambrienta de hueso con tuétano como para recordar con placer lo sucedido entre nosotros. Así pues, al día siguiente de su regreso de Chaudé, cuando yo me dirigía al jardín a tender la ropa, se plantó delante de mí y, sin decir una palabra, se desabrochó rápidamente para dejar paso, no a mí, sino a su empalmado armatoste. Yo me había acostumbrado al de León, que sin duda era tan largo como el suyo y no mucho menos duro, aunque tenía el grosor de un bonito ejemplar de espárrago, mientras que el de Lucas, lo recordaba y pude verificarlo, alcanzaba el de mi puño, por lo menos hasta donde se perdía en la maleza.

Había calculado muy bien el ataque. Al verme salir de casa, se había dirigido a mi encuentro como para desearme los buenos días o ayudarme a llevar el cesto de ropa mojada, y esperó hasta estar a dos pasos de mí para exhibirse, de manera que yo no pudiera ni volverle la espalda, ni escabullirme sin correr el riesgo de que lo vieran en tal estado desde la casa.

—Buenos días, Lu..., señor Lucas —balbuceé, dejando el cesto en el suelo—. Voy..., voy a tender la ropa...

—Ya lo veo, señorita Lucienne —respondió sin turbarse, e incluso cogiéndose el paquete, con bolas y todo, para obligarme a que me fijara en lo empalmado que estaba—. Esta también le saluda —añadió en voz más baja y riendo—. ¡A su servicio mientras Adèle no esté, señorita guarra!

Yo hubiera deseado resistirme, pero ¿cómo? Pese a todo, respondí con toda la dignidad de que era capaz:

—Déjeme pasar, señor Lucas. —Y, buceando en el recuerdo de los folletines que había leído, añadí—: Se aprovechó de un momento de debilidad por mi parte, pero no crea que podrá seguir abusando de mí. ¡Déjeme pasar! —repetí.

—¡Calma, calma! —dijo, avanzando un paso más—. La lengua dice una cosa, pero el culo piensa otra, ¿no es cierto, señorita?

¡Si! ¡Claro que era cierto! Hoy rindo honores al jardinero de los Crapart, que entonces fue el único, ¡por fortuna!, en adivinar desde nuestro primer encuentro lo que yo era sin ser realmente consciente de ello: una zorra redomada, una

tómame-toda-entera de quince años. ¿Abusar de mí? ¿Por qué iba a hacerlo, cuando yo le había dejado usarme sin ninguna clase de remilgos?

—Y, para demostrarle que soy un buen caballo —prosiguió—, le ayudaré a llevar la canasta. ¡Si no es una osadía decir tal cosa a una inocente chiquilla como usted!

Entonces, se volvió con presteza, sin abrocharse y tan empalmado como antes, cogió la canasta por un asa, me indicó que yo la cogiera por la otra, y se puso en camino hacia la zona del jardín donde estaban los alambres para tender la ropa. ¿Cómo podía yo negarme a ir con él? Si por casualidad mi tía me estaba espiando desde la ventana de su habitación, no hubiera podido ver más que una escena normal, es decir, al jardinero prestándome un servicio de lo más natural, ya que el montón de ropa era, en efecto, pesado.

Aquella parte del jardín quedaba bastante apartada de la casa, por lo que, si alguien se acercaba, se le distinguía desde lejos. Una vez allí, Lucas sacó del cesto dos grandes sábanas, las sujetó a un alambre con las pinzas que yo le iba pasando, y cuando finalizó se secó las manos en el pantalón, que seguía desabrochado. Yo temblaba de nerviosismo e inquietud, paralizada y con la mirada fija en aquel enorme chisme que no descendía ni un milímetro.

—¡Rápido! ¡Quítese las bragas, señorita! —me ordenó en cuanto estuvimos ocultos tras las sábanas—. Tranquilícese, no pueden vernos, pero debemos apresurarnos.

Yo obedecí como si fuera una muñeca mecánica y dejé las bragas sobre el montón de ropa.

—Lucas, por favor —balbuceé—, vaya con cuidado. Si me hace daño, me veré obligada a gritar y tendríamos que salir corriendo.

—No hay por qué preocuparse. ¿Está ya bastante mojada? Desde luego, el calibre de mi aparato no es para tomárselo a risa —dijo, tomando mi mano para obligarme a tocárselo—. Aunque ya asoma una perla por la punta, así que todo irá bien, ¿verdad, preciosa?

Efectivamente, tenía el ciruelo impregnado del primer jugo, que comenzaba a fluir por la fisura y que yo extendí con la mano, frotándoselo dos o tres veces para excitarlo aún más.

—Ahora déjeme a mí —dijo, mientras me agarraba con ambas manos de las nalgas y me levantaba—. Abra un poco las piernas.

Dada su fuerza y corpulencia, el coracero Lucas me izó sin ninguna dificultad a la altura de su pecho. Yo pasé las piernas en torno a su cintura y me así a su cuello, al tiempo que él me separaba las nalgas y me dejaba caer lentamente sobre su rabo. En el regimiento debía de ser un tirador de primera, el aguerrido Lucas, pues apuntó con tal exactitud que el miembro se introdujo en la abertura sin ningún tropiezo. Acostumbrada a León, había olvidado que un hombre pudiera tenerla tan gorda, y me mordí un brazo para no gritar cuando sentí entrar la punta. Sin embargo, me separaba tanto las nalgas, y estábamos tan excitados y mojados, que todo funcionó de

maravilla, como él me había anunciado. Yo le ayudaba con los brazos y los riñones a que me subiera y bajara ensartada en su picha, y cuanto más repetíamos la operación, más gusto daba, hasta el punto que comencé a soltar jugo sin parar, gozando y mordiendo su camisa para no gemir demasiado fuerte. Aquello no duró demasiado, por lo menos para mi gusto; tras meterla y sacarla unas diez veces, Lucas se corrió, clavándome las uñas en las nalgas y mascullando expresiones como «¡Toma zorra!», o «¡Toma mujerzuela!», cada vez que lanzaba una descarga a mis entrañas.

Me sentía agotada, y de buena gana me hubiera dejado caer al suelo para dormir si él no me hubiese seguido manteniendo adherida a su cuerpo, resoplando como un caballo. Su picha apenas había menguado de tamaño y, justo en el tiempo de contar hasta veinte, tal como dijera Adèle, sentí que el jardinero volvía a empalmarse y a deslizar el miembro de arriba abajo y de abajo arriba, sumergiéndolo en el pantano de mi entrepierna.

—¡Ah! ¡Te gusta el semen!, ¿verdad, grandísima guarra? —farfullaba—. ¡Pues toma! ¡Aquí tienes más!

Él me obsequió con otro manguerazo, y yo le correspondí con una nueva inundación. Luego me dejó en el suelo, sacó un inmenso pañuelo a cuadros del bolsillo y me dijo:

—¡Vamos, pequeña! Límpiame las piernas y ponte las bragas. Yo tenderé su maldita ropa en un momento.

Cuando acabó de tender, se dirigió hacia el arroyo para dejar que regresara sola a casa, con la canasta bajo el brazo y las piernas tan flojas que apenas me sostenían. Un cuarto de hora después, todavía resbalaba jugo entre mis muslos.

Ese polvo descarado, el último que eché en Nogent-le-Rotrou, continúa siendo el mejor recuerdo que guardo de aquellos cuatro meses en el campo.

Doce

Súbitamente, deseó que llegaran los tiempos felices en que tendría dieciséis años. Sería una mantenida, como las hermosas damas que veía sentadas en las terrazas de los cafés, con su traje sastre y su sombrero de fieltro, bebiendo caros licores que les ofrecían unos señores muy bien vestidos.

Paul Adam.
Le troupeau de Clarisse (1904).

Al regresar Adéle, temí encontrarme un tanto ociosa hasta el momento de mi partida, puesto que se había decidido que no volvería al colegio. Por fortuna, se presentó una ocasión de mantenerme ocupada que se adaptaba perfectamente a mis gustos.

Dado que la venta de sus propiedades iba viento en popa, y para no multiplicar los viajes entre París y Nogent, el señor y la señora de Bresles decidieron instalarse durante unos diez días en el castillo de la familia, donde podían velar de cerca por sus intereses y adonde, de todas formas, habrían ido en octubre, con motivo de la temporada de caza. Tenían a su servicio a un matrimonio que se ocupaba de la casa y a un jardinero. El señor de Bresles podía prescindir de ayuda de cámara durante unos días, pero a la señora le gustaba estar atendida de forma correcta.

Así pues, le había pedido a mi tía que le buscara a una muchacha despierta para aquellos diez días. Cuando Adéle volvió a casa, mi tía pensó que yo podía hacer el trabajo tan bien como cualquiera del pueblo, y que, después de todo, para la sobrina pobre de un notario no sería ninguna deshonra trabajar como camarera de una condesa. Me lo propuso de tal modo que no me quedó más remedio que aceptar, por otra parte encantada ante la idea de aquellas vacaciones suplementarias, ¡y en casa de unos parisienses!

—Pediré que te paguen un franco al día —precisó la tía—. Así sumará un total de diez francos. Es mucho para una camarera de tu edad, que además ni siquiera lo es,

pero no se negarán a pagarlo. Te los daré, por supuesto. ¡Ah, mi pequeña Lucienne! —añadió suspirando—. Es preciso que empieces a pensar en ganarte el pan.

El pan, ¡y si es posible untado de mantequilla!, fue lo que pensé. Y, ¿por qué no?, también bollos y mermelada. En realidad, la necesidad de ganarme el pan me parecía más bien una frase hecha, que no correspondía a nada concreto ni, todavía menos, a nada urgente, ya que los Vierendeau...

—Ya sé que esa familia, los Verneau... Viarnot —prosiguió mi tía, como si se hubiera anticipado a mis pensamientos—, en fin que esa gente te ha encontrado un puesto para unos meses, tal vez unos años. Pero, hija mía, no se puede vivir de la renta de los demás, por mucho que te quieran.

—¡Yo estoy dispuesta a trabajar, tía! —La interrumpí—. Nunca he intentado escabullirme.

—Lo sé, lo sé, Lucienne. Pero la auténtica vocación de una mujer no es trabajar, y menos en casa de otros, sino fundar una familia...

¡El matrimonio! Me lo veía venir, como si en esta ocasión me hubiese anticipado yo al pensamiento de mi tía. Para abreviar, ella me comunicó con infinidad de rodeos y alusiones traídas por los pelos, que el señor Mouchain, nada menos que el recaudador de impuestos, se había mostrado interesado en mi insignificante persona tal como era, es decir, sin un céntimo, para su hijo Eugéne. ¡Dios mío! ¡El hijo de Mouchain! Un pánfilo que vivía atemorizado por su padre, con una pinta horrible y la cara tan llena de granos como un colegial en primavera, y que a sus veintidós años jamás había llevado tres luises propios en la cartera. Sin embargo, según me explicó mi tía, su padre le dotaría con una renta de cinco mil francos el día de su boda, y añadiría otros rail con motivo del primer varón nacido por obra de su hijo.

Tuve la prudencia de escuchar hasta el final sin interrumpir aquel discurso de pesadilla, e incluso de fingir interés cuando me habló de aquellas rentas que se sumaban unas a otras. Pero, por la noche, cuando me quedé sola en mi habitación, desahugué mi rabia escribiéndole al doctor Boulay una larga carta que, afortunadamente, tuve el sentido común de arrojar al fogón de la cocina a la mañana siguiente. En cualquier caso, me juré que no volvería a poner los pies en Nogent-le-Rotrou una vez que hubiera conseguido escapar de allí. Y, con vistas a ello, le di a entender a la tía Yvonne que estaba reflexionando seriamente en lo que me había dicho y que, de cualquier modo, siempre habría tiempo de hablar sobre el asunto cuando regresara a su casa tras pasar unos meses con aquella anciana dama que mencionaban los Vierendeau, y haber ahorrado doscientos o trescientos francos.

Era un buen plan, que demostraba lo mucho que había progresado en astucia y capacidad de disimulo desde la época en que me sentía orgullosa de figurar en el cuadro de honor, y que me parecía ya tan lejana. Lo puse en práctica lo mejor que pude durante los días siguientes, y ciertamente fue en gran medida gracias a él como pude alejarme sin dificultad de Nogent y de los Crapart.

Debo retroceder un poco en el tiempo para explicar que mi tía comunicó por carta

a los señores de Bresles que, cuando llegaran, les presentaría a una joven de confianza. Para la ocasión, me llevó a Chartres a fin de engrosar un poco mi guardarropa y vestirme ya como a una jovencita, en lugar de como a una niña mayor. Y así, engalanada según la moda del lugar (en realidad, de un modo bastante aceptable, pues me había dejado elegir un corpiño, una chaqueta y una falda plisada), tuve el honor y el placer de sentarme, el domingo siguiente a aquella expedición, a la mesa familiar —la misma sobre la que su hijo y yo nos habíamos tomado una copa de sobremesa memorable—, a la derecha de Eugéne el de los granos, casi mi prometido, y enfrente de su madre. Esas cosas resultan rudas, y no merecen ser contadas.

El señor y la señora Aymard de Bresles llegaron unos días después en un tálburi con capota, al anochecer, sucios y cansados tras haber recorrido de un tirón, desde Dreux, más de veinte leguas bajo la lluvia. El notario les había reservado unas habitaciones en el hotel El León de Oro, el único del pueblo a su altura. Quedó convenido que me reuniría con ellos a la mañana siguiente, hacia las once, con mi reducido equipaje, para partir juntos por la tarde.

Ninguno de los dos pareció sorprenderse al ver que mi tía me presentaba como la joven de confianza que les había anunciado. Después de todo, ya me habían visto ejercer de criada algunas veces en casa del notario, durante las comidas, y el ligero misterio con que mi tía había rodeado mi identidad no era tal para ellos. La impaciencia que debían de sentir por acostarse aquella noche, no les impidió observarme divertidos y con simpatía, sobre todo la condesa. Dijo que aceptaba de buen grado las condiciones establecidas por mi tía, y que estaba segura de que ella y yo nos entenderíamos de maravilla.

Así pues, al día siguiente me despedí de los Crapart y de Adéle por unos días, y me puse en camino, con el hatillo al hombro (de hecho, una maleta en la mano), hacia el hotel El León de oro, que quedaba a un cuarto de hora del despacho. Cuando llegué, el conserje me dijo que «la señora condesa» me esperaba, y me indicó cuál era su habitación, que estaba en el primer piso. Me dirigí hacia allí y, cuando me disponía a llamar a la puerta, ésta se abrió dejando paso al conde, vestido y con la fusta en la mano. Al verme, se descubrió sonriendo y me dijo, golpeando sus botas con el extremo de la fusta:

—Le agradezco su puntualidad, señorita Lucienne. Le estaba esperando para irme, y la señora para levantarse. Sí, ayer fue un día agotador. Las recogeré dentro de una hora para ir a comer.

Cuando se alejaba tras haberme saludado, con gran sorpresa por mi parte, pues jamás hubiera imaginado que un hombre rico, y conde por añadidura, pudiese saludar de modo tan distinguido a la camarera de su esposa, dio media vuelta y me dijo con una amplia sonrisa:

—Y sepa, señorita, que estamos muy contentos de que la señora Crapart haya pensado en usted para acompañarnos durante esta breve estancia. Mi mujer tiene una opinión inmejorable de usted, y no suele equivocarse. Bien, hasta luego.

Sus habitaciones estaban compuestas por un amplio recibidor con dos sillones y una mesa, y dos dormitorios separados por un bath-room a la inglesa, al menos eso ponía en la puerta. Yo dudaba entre los dos dormitorios, cuando oí gritar a la condesa desde el de la derecha:

—¿Es usted, Lucienne? ¡Entre, pequeña!

Estaba acostada, en efecto, con un salto de cama rosa, sin mangas y lleno de volantes, el pelo revuelto y completamente despierta. Al ver que me quedaba plantada como una tonta en el umbral, con la maleta en la mano, exclamó riendo:

—¡Ya voy, señora! ¡Ah, Lucienne! Está muy graciosa con la maleta en la mano. Déjela encima de una silla y venga a darme los buenos días. ¡No me la comeré, se lo juro!

Yo me sentía terriblemente cohibida, debo confesarlo. Sin saber qué pensar y con las piernas temblorosas, hice lo que me pedía y me acerqué a la cama. Cuando me tuvo a su alcance, alargó un brazo, me asió de la muñeca y me atrajo hacia ella. De pronto, perdí el equilibrio y me encontré medio recostada sobre su pecho, circunstancia que ella aprovechó para besarme con frenesí los ojos, las mejillas, la nariz y, por último, la boca. ¡No se había andado por las ramas la condesa! Al sentir sus labios contra los míos, me abandoné e incluso me arrimé más a ella cuando deslizó su lengua entre mis dientes, del mismo modo que Odette de Courmanche se había abandonado a mí en la misma situación. La condesa jugó con mi lengua, y yo con la suya, de manera que ya no podía hacerse ilusiones acerca de mi inocencia, por lo menos en ese sentido.

—Perdóneme, señora condesa —dije cuando nos separamos—, yo..., yo...

—¡Oh, condesa, condesa! Hazme el favor de olvidar esas cosas. Yo soy simplemente «señora» —replicó, atrayéndome hacia sí para darme un breve beso. Luego se sentó en la cama, muy acalorada, me observó atentamente de pies a cabeza, y dijo:

—¿Sabes que eres muy bonita, pequeña? Más aún que cuando te vi por primera vez, hace dos meses.

Venga de un hombre o de una mujer, ése es un cumplido que nunca se rechaza. Por otra parte, yo también era consciente de ello: después de algunas semanas de sentirme bien amada y, digámoslo claramente, bien follada, me sentía en verdad dotada de un brillo y un encanto renovados. En lugar de protestar con mesura y mojigatería, respondí:

—Si yo soy bonita, señora, usted..., ¡usted es hermosa! ¡Más hermosa aún que cuando la vi por primera vez hace dos meses! —añadí con una sonrisa cariñosa.

—Ella levantó los brazos para hacerse un moño con sus largos cabellos rubios, se estiró para que admirase sus hombros, y respondió, devolviéndome la sonrisa:

—Señorita Lucienne, si posee ingenio además de belleza, conseguirá que me vuelva loca por usted...

Yo albergaba mis dudas acerca de que pudiera interesarle a la señora de Bresles

como una mujer puede interesarle a otra por poco atraída que se sienta por el sexo femenino; pero los acontecimientos se habían precipitado con tal rapidez que me sentía completamente aturdida. Y la verdad es que la condesa, que en realidad no era tal, me parecía bella y deseable, y que yo estaba dispuesta a dejarme querer como Odette se había dejado querer por mí.

Como yo permanecía en silencio porque no sabía qué responderle, ella prosiguió con un suspiro:

—El señor ha dicho que volvería dentro de una hora, ¿verdad? Entonces, pequeña, sólo me queda tiempo para lavarme la cara y que me ayudes a peinarme y vestirme. Pedí que hubiera agua caliente en el baño, ¿quiere comprobar que se hayan ocupado de hacerlo? ¡Ah! Lucienne —añadió—, en el perchero del bath-room encontrará dos albornoces. Tráigamelos.

Las maneras de los ricos son diferentes a las de los burgueses. A pesar de haberme metido la lengua en la boca hacía un momento, y haberme hecho prácticamente una declaración de amor, la condesa no perdía de vista que me había contratado como camarera, y no como compañera de sus devaneos, y me invitaba amablemente a no olvidarlo. En el fondo, era natural, y así lo comprendí.

Se levantó, me pidió los albornoces, los comparó, me devolvió el más corto y dijo:

—Tome, póngase éste para ayudarme en el baño.

Al ver que permanecía inmóvil, preguntándome si había entendido bien sus palabras, añadió:

—Vamos, señorita Lucienne, entre mujeres no hay por qué andarse con remilgos. Y todavía menos entre una camarera y su señora. Ayúdeme a ponerme el albornoz, y yo la ayudaré, por ser la primera vez, a ponerse el suyo. Y no perdamos tiempo si no queremos que el conde nos encuentre de esta guisa cuando regrese.

Me acerqué, pues, y ella me guió la mano para que le quitara el camisón, que me hizo plegar cuidadosamente.

—¿De verdad me encuentras hermosa, pequeña? —me preguntó girando sobre sí misma, con el torso arqueado y los brazos formando un círculo por encima de su cabeza.

Asentí con la cabeza, abriendo mucho los ojos y sin decir una palabra. Ella continuó hablando:

—Me encuentras hermosa porque soy la primera mujer que ves desnuda, ¿verdad? Vamos, a mí puedes decírmelo, quedará entre nosotras. ¿Soy la primera? —repinó, dando golpecitos con el pie.

—La primera mujer, sí señora —balbuceé—, aparte de...

—¿Aparte de qué?

—¡Oh, señora! De una amiga del colegio. ¡Ya sabe lo que son esas cosas! —dije sin reflexionar—. Bien..., quiero decir que seguramente debe de imaginárselo.

—No, Lucienne, lo sé —me corrigió riendo—. ¡Venga, basta de charla! Me

pondré el albornoz cuando tú te hayas puesto el tuyo, preciosa. Y, para ello, me convertiré en su camarera, señorita. Con mucho gusto, además, mientras sólo sea para enseñarle a hacerlo...

La condesa me desnudó en un abrir y cerrar de ojos. A medida que iba quitándome las prendas, se comía con los ojos y las manos lo que aparecía, dejando escapar expresiones de admiración. Emocionada, turbada y, finalmente, tan excitada como ella por aquella oleada de palabras y caricias, no dudé ni por un instante en unir mi cuerpo al suyo cuando ella lo atrajo hacia sí, en abrirle mis labios para un nuevo beso y, a continuación, en separar las piernas para permitir que deslizara una mano en busca de mi clítoris, mientras la otra se aventuraba entre mis nalgas. Yo no me atrevía a devolverle las caricias, y ella tampoco me lo pedía. Cuando encontró lo que buscaba con los dedos y comenzó a masturbarme suavemente, yo empecé a contonearme como una anguila contra su cuerpo y a recorrer sus pechos con la lengua.

—¡Oh, para, pequeña! ¡Deja de excitarme! —dijo suspirando—. No quiero gozar esta mañana...

Yo me aparté, y ella me preguntó:

—Esa amiga del colegio, ¿se divertía así contigo? ¡Oh, por supuesto! ¿Y sólo así? ¿Decir o no decir la verdad? ¿Toda la verdad y nada más que la verdad? Me decidí por una aproximación:

—Sí... En fin, señora, es decir... También nos besábamos...

Ella. —¿Sólo En Los Labios?

Yo. —Sí... Quiero Decir, No... Un Poco Por Todas Partes...

Ella (*Introduciendo De Nuevo El Dedo*). —¿Aquí También?

Yo (*Contoneándome Otra Vez*). —Sí... ¡Oh, Sólo Una Vez, Señora, De Verdad!

Ella. —Bien, Eso Ya Lo Veremos. Y... ¿A Usted Le Gustaba, Señorita Lucienne?

Yo (*Confusa Y En Voz Baja*). —Sí, Señora...

Ella. —Y supongo que usted le hacía lo mismo a ella.

Yo (*Siguiendo El Juego, Pero Cada Vez Menos Confusa*). —Sí, Señora. Por Supuesto. Lo Contrario No Hubiera Sido Justo.

Ella. —¡Vaya, Vaya! Así Que Le Pido A La Señora Crapart Una Joven De Confianza, Y Ella Me Endosa A Una Adorable Sinvergüenza En Ciernes, Que Resulta Ser Su Propia Sobrina. ¡Qué Tiempos! ¡Qué Costumbres!—. En Ese Momento Se Echó A Reír Y Me Estrechó De Nuevo Entre Sus Brazos, Antes De Añadir—: ¡Empezando Por Las Mías, Claro! De Todas Formas, Pequeña, Lo Que Más Me Asombra Es Que Haya Aceptado Frotarse Como Lo Está Haciendo Contra La Condesa De Bresles, Sin Mostrar Ninguna Sorpresa.

Yo (*Chupándole De Nuevo Los Pezones*). —¡Oh, Señora!—. Exclamé Entre Dos Lametones—. ¡No He Tenido Tiempo De Sorprenderme! Sea Justa. ¡Usted No Me Ha Dejado!

Ella (*Cuyos Pechos Comenzaban A Endurecerse*). —Es Verdad. ¿Qué Quieres?

Cuando Deseo A Una Mujer, Quiero Tenerla Enseguida. Y, A Propósito De Tiempo...

Yo. —Precisamente Eso Iba A Decirle, Señora. El Tiempo Pasa, Pasa, Y El Señor Conde...

Ella (*conduciéndome hasta el lecho*). —¡Oh! Tendrá que esperar. Los hombres están hechos para eso. Ya sé que no es muy razonable, pero hacía tanto tiempo que no encontraba a una amiguita tan guapa... Tú quieres, ¿verdad?

Yo respondí, con una expresión mitad de idiota y mitad de viciosa:

—¿Que si quiero qué, señora?

—No me obligues a decirlo, pequeña desvergonzada. Ahora lo sabrás. No seas indiscreta... ¡Venga! —me ordenó, tumbándome atravesada en la cama, con las piernas colgando—. Cierra tus preciosos ojos y cállate.

Entonces, de rodillas frente a la cama, me lamió amorosamente, y durante un buen rato, el vientre y el interior de los muslos; luego sentí que su lengua se abría camino entre mi escaso matorral, que sus dedos separaban con suavidad los pétalos (fue ella quien me enseñó esa palabra unos días después) y... ¡Oh! ¡Qué bien chupaba aquella condesa! Parecía como si un tropel de tortilleras hubiera caído encima de mí. Me daba ligeros toques en la pepitilla (otra palabra que le debo) y, a continuación, lo aspiraba atrapándolo entre los labios y volvía a empezar, de modo que no tardé mucho en gozar en su boca, contoneando la grupa entre sus manos.

Después de aquello y de otras demostraciones de ternura, no hubo más remedio que decidirse a tomar el baño. Con prisas y más bien mal, pues ella no estaba acostumbrada al sucinto bath-room del hotel, y yo todavía menos a la que iba a ser una de mis funciones durante los siguientes días. Por otra parte, la más agradable, pues ella ronroneaba de placer en el agua, que nunca estaba lo bastante caliente para su gusto, y a mí me producía otro tanto enjabonarle todo el cuerpo con la esponja y secarla. Aquella mañana también quiso encargarse ella misma de hacerme, de pie en el baño, el aseo de lo que se había comido un rato antes, y lo inevitable sucedió. Enseguida descubrió lo que le faltaba, sobre todo, a mi inocencia.

—¡Ah! ¡Hubiera debido sospecharlo! —se limitó a decir—. ¿Qué edad tienes?

—Quince años y medio, señora.

—Y... ¿con quién ha sido?

Yo saqué a relucir la historia del joven desconocido, pero al ver que ella hacía un gesto de incredulidad, añadí:

—Y también este verano, señora, en casa. Con..., con..., el hijo del notario —confesé, con una mezcla de vergüenza y diversión.

—¡Qué poca formalidad! —exclamó—. Se supone que eras la prima de confianza, ¿no?

Entonces, ella me preguntó cuándo había tenido el período por última vez. En eso no había ningún problema: cinco o seis días antes de su llegada. También que si me gustaba hacerlo con un hombre, a lo cual respondí que sí con franqueza, aunque sin manifestar entusiasmo.

—Yo sólo tuve relaciones con chicas hasta los dieciséis años cumplidos — concluyó—. Después le cogí gusto a hacerlo con los hombres. ¡Con mi marido, por supuesto! —añadió precipitadamente.

El marido en cuestión llegó cuando yo había conseguido vestir, bien que mal, a la condesa, y me encontraba intentando peinarla, esta tarea con menos éxito. Mi tía tenía razón: no merecía aún los veinte céntimos diarios por mis servicios como camarera, a no ser que se tasara en dos francos la distinguida lamida de chochito que le había permitido disfrutar a la «señora», así como todas las que le sucedieron.

Comí en su misma mesa, procurando pasar desapercibida y respondiendo con prudencia a las preguntas del conde. Por lo demás, ellos hablaban fundamentalmente de sus asuntos y de personas del pueblo que yo no conocía; sin embargo, de vez en cuando la mirada del conde iba de su mujer a mí, y de mí a su mujer, con una expresión extraña, y en esos momentos yo clavaba la mía en el plato. Después de comer, el conde ordenó que engancharan los caballos y nos pusimos en camino hacia Bresles. Yo me instalé en el asiento supletorio, entre ellos dos, un poco encajonada. La señora me sujetó por la cintura para evitar que me balanceara, y cuando su marido miraba hacia la carretera, ella se inclinaba sobre mí para darme suaves besos en el cuello. Hacía buen tiempo, e hicimos al trote todo el viaje hasta Bresles, que se prolongó durante tres horas.

Cuando llegamos, enseguida tuve que ponerme manos a la obra para preparar una cena aceptable, poner la mesa en el pequeño salón donde el jardinero había encendido un buen fuego, y ocuparme de preparar sus habitaciones. En lugar de criticar lo que no había hecho bien, ¡y había mucho que criticar!, me dijeron que había obrado maravillas teniendo en cuenta los medios de que disponíamos en el castillo, y que ellos se esperaban algo peor. Maravillas, no creo que hiciera muchas, pero lo cierto es que lo intenté, de manera que al acabar la jornada caí rendida en la cama.

Hasta que no pasaron dos o tres días, no empecé a respirar. El conde había ido a buscar al hijo del jardinero, un crío de doce o trece años, y con la ayuda de éste y de su madre logré que la casa resultara acogedora. La señora, quien ya vestía y peinaba con menos torpeza, continuaba mostrándose encantadora, y también formal, si prescindimos de los interminables besos y abrazos matinales, y de su afición a que le acariciara, lamiera y chupara los pechos antes del baño, e incluso durante él. Yo no podía quejarme. La condesa tenía un pecho soberbio, dos auténticos palcos de teatro firmes y prietos, con unos pezones oscuros y puntiagudos que se excitaban y endurecían en cuanto los frotaba un momento con la mano; y eran tan sensibles, que eso bastaba para hacerla gozar. Después pude comprobar que no es nada extraño entre mujeres de veinticinco o treinta años, sobre todo si lo hacen entre ellas; incluida yo, como seguramente el lector habrá podido imaginar.

Cuando estaba lista, el conde iba a buscarla, y ambos partían a hacer un recorrido

por los castillos de los alrededores, por las posadas y por las granjas de su propiedad, lo cual los tenía entretenidos hasta la hora de la cena, que les estaba esperando en el fogón y que yo les servía en el pequeño salón. A mí no me disgustaba quedarme sola la mayor parte del día, pues si bien la condesa solía mostrarse deliciosa conmigo, la verdad es que también estaba un poco chiflada; tenía unos caprichos y antojos que, durante el escaso tiempo que pasaba con ella, me hacían pasar sin transición de la bodega al desván, del té al chocolate, y de las caricias a las reprimendas, por las que me pedía perdón un instante después, ofreciéndome sus labios o plantificándome en la mano una moneda de diez céntimos.

No tardó en cansarse de correr por los caminos con el conde, y una mañana en que él debía recorrer diez leguas bajo la lluvia para renovarle el arriendo a un granjero, la señora decidió que iría solo —cosa que, por otra parte, a él no le contrariaba en absoluto—, y que, mientras tanto, nosotras le prepararíamos una cena de gala con los medios que estuvieran a nuestro alcance. Las trufas quedaban descartadas, ya que era imposible encontrarlas en Normandía, con gran pesar por su parte, pues les encantaban, según me dijo sin explicarme el motivo (me enteré más tarde: al parecer, excitan); el *foie-gras* y los bogavantes también eran desconocidos en aquella región. En cambio, disponíamos de cangrejos, que la condesa le había encargado al jardinero el mismo día de nuestra llegada, y que ordenó preparar «a la zarina», sumergidos en un cuenco de leche y luego hervidos en vino blanco; a falta de tordos, bastante escasos allí, decidió que asaríamos una docena de pichones, pues bastaba con ir a cogerlos al palomar del castillo, y que los serviríamos «con pisto», porque era una receta muy sencilla y tan buena como cualquier otra. En cuanto a las bebidas, habría buen vino y champán, del que quedaban tres botellas en la bodega.

Yo no conocía aún bajo ese aspecto a la bella condesa. Que tenía buen saque y buen paladar, ya había podido comprobarlo; pero que fuera capaz de prever, combinar y dirigir a sus sirvientes con una simple mirada o señal, no. Según me dijo, los Bresles recibían a mucha gente en París, y al conde le gustaba cuidar la buena fama de su mesa. En su opinión, era el mejor modo de tener éxito en «los negocios». Por mi parte, estaba totalmente de acuerdo con ella, imaginando que algún día yo también recibiría en casa de un señor rico, que sería mí amante, a unos invitados fascinados por el buen criterio de la señora de la anfitriona.

El conde regresó temprano, encantado de haber renovado el arriendo de forma ventajosa para él, y con un hambre «canina», según sus propias palabras, porque no había querido perder tiempo quedándose a comer en casa del granjero. Subió a refrescarse y ponerse la bata; ella también se puso su salto de cama, una especie de hopalanda forrada que le llegaba hasta los pies, abotonada de arriba abajo por delante, de color azul y con el interior rojo, que yo había colgado en un perchero el día de nuestra llegada, boquiabierta de admiración, pero que aún no le había visto puesta y que aquella noche se puso sin mi ayuda, según dijo para no alejarme de la cocina, donde tenía muchas cosas que hacer. Yo, más modesta, llevaba mi vestido de sarga,

sobre el cual me había puesto el uniforme de camarera, con delantal plisado y cofia de encaje, que mi tía me había comprado para servir. La condesa decidió que se pusiera un cubierto en la mesa para mí, «por justicia y para nuestro placer», y que ella misma me ayudaría a ir y venir de la cocina al saloncito. El señor se encargaría de mantener encendido el fuego.

La cena se desarrolló estupendamente. El señor comió como un monje y bebió como un carretero, aunque con la elegancia de un juerguista parisiense. Los cangrejos estaban deliciosos. En cambio, a los pichones les faltaba un punto de cocción, y a la tarta de manzana le sobraba. La señora la sacó del horno, la llevó ella misma a la mesa, decorada con crema, y le pidió a su marido que descorchara el champán. Él sirvió dos grandes copas hasta el borde, una para su mujer y otra para él.

—¿Y Lucienne? —preguntó la condesa—. ¿Se olvida usted de ella, amigo mío, o acaso le niega el derecho a beber? Sin embargo, es a ella a quien debe en gran parte el placer de esta cena.

Al levantarse el conde para coger una tercera copa, ella le detuvo con un gesto y me ofreció la suya, diciendo:

—¡No! ¡Beberá de la mía, mal hombre! ¡Vamos, Jean-Charles, brinde con ella y pídale perdón!

Él lo hizo riendo, y brindamos. Por supuesto, era la primera vez que bebía champán, y, para mostrarme a la altura de las circunstancias, vacié de un trago dos tercios de la copa. Luego se la devolví a la condesa, que se bebió el resto a pequeños tragos, con los ojos cerrados, tras lo cual la dejó en la mesa y dijo, en un tono de pitonisa en trance:

—¡Oh! Amigos míos, estoy leyendo el pensamiento de la persona que acaba de beber en esta copa. Sí, estoy leyendo... Se llama Lucienne y tiene quince años... ¡Vaya! Son unos pensamientos más bien... juguetones... Sí, juguetones..., e incluso yo diría que... retozones... ¡Vaya, vaya!

Él (*Divirtiéndose Como Un Niño Al Que Hacen Carantoñas*). —Mi Querida Clotilde, Las Dejaré Solas. A No Ser Que Esté Exagerando...

Ella (*enérgicamente*). —¡No, quédese! No exagero; al contrario, más bien lo atenúo. Diré lo que leo, y la señorita Lucienne dirá si exagero. Por ejemplo, en este momento está pensando en mis pechos. ¿Es cierto, señorita?

Yo (*Alegre Por El Champán Y También Muy Divertida*). —Es Cierto, Señora.

Ella (*Tendiendo La Mano Para Tomar La Mía, Mientras El Conde Alargaba Una Pierna Por Debajo De La Mesa Para Tocar Mi Pie*). —Está Pensando En Mis Pechos Y En Su Boca... Los Ve. ¿Cómo V.

Lo Diría?, Casados... ¡Sí! ¡Eso Es! ¡Oh, La Muy Atrevida! Piensa Que Debería Abandonarlos A Ella..., Como Todas Las Mañanas...

Él (*Fingiendo Sentir Su Dignidad Ofendida*). —Querida Amiga. ¡Quiero Pensar Que No Se Trata Más Que De Un Juego!

Ella, (*Cada Vez Más Acalorada*). —¡Desde Luego! En El Juego, Ella Lame Mis

Senos Y... Chupa Los Pezones... Los Pezones Se Ponen Duros, Y Yo..., Yo Gozo...
¿Es Así, Señorita?

Yo (*Respondiendo Con El Pie Al Conde Y Comenzando A Deslizar La Mano Por La Hopalanda*). —Es Exactamente Así, Señora. Lamo Sus Senos Porque Son Hermosos Y Porque Me Gusta Proporcionarles Placer... Sin Duda La Señora Puede Leer La Continuación.

Él (*Tras Acercar Su Silla Y Aventurar Una Mano En Mi Rodilla*). —Ya Me Parecía A Mí Que La Señora Y Tú Os Entendíais Muy Bien. ¡Bueno, Oigamos La Continuación!

Ella (*Ayudándome A Desabrochar La Parte Superior De Su Bata*). —Mientras Ella... rinde honores a mis pechos, yo..., yo...— Tras hacer una pausa, abre de nuevo los ojos, se aparta los cabellos y exclama—: ¡Oh, me ahogo, me ahogo. Jean-Charles, por favor, desabrócheme!

Entonces, el conde se levanta, se dirige hacia ella, le desabrocha la hopalanda hasta el ombligo y libera los pechos de la condesa. A continuación, me dice:

—Mi pequeña Lucienne, supongo que no será capaz de dejar a su señora sin asistencia, ¿o me equivoco?

Yo (*muy acalorada*). —¡Desde luego que no, señor conde! Pero supongo que usted tampoco dejará que su camarera se muera de sed, ¿verdad?

Ella (*cogiendo sus pechos con ambas manos para presentárnoslos*). —Lucienne tiene razón, amigo mío. Por favor, sírvale en mi copa para que también ella pueda leer mis pensamientos.

Bebí a pequeños sorbos, como ella había hecho, el contenido de la copa que el conde me tendía. Luego me incliné sobre el pecho de la señora, que comenzó a suspirar y gemir. Mientras tanto, el señor me acariciaba la nuca y la espalda, con la mirada fija en su mujer.

Él (*deslizando la mano hasta mis nalgas*). —¡Mis felicitaciones, querida! ¡Mis felicitaciones, señorita! ¡Oh, Clotilde, leo en sus ojos que va a gozar! ¡La señora va a gozar, pequeña, no la abandones!

La condesa gozó, en efecto, con gran acompañamiento de exclamaciones y un profundo suspiro como colofón, mientras intentaba frenéticamente desabrocharse la bata hasta abajo. El señor la tomó entonces entre sus brazos, la besó con suavidad y me dijo:

—Es usted un ángel, señorita Lucienne. Le doblaré el sueldo.

Yo (*sin aliento*). —¿He oído bien, señor?

Él. —Sí, hija mía. Le pagaré el doble de lo acordado. Espero obrar bien.

La condesa se recuperó de la conmoción, continuó desabrochándose y le dijo a su marido:

—Jean-Charles, me temo que la pequeña también se esté ahogando. Permítame que la ponga más cómoda mientras usted aviva el fuego.

—¡Por supuesto, querida! —respondió, dirigiéndose hacia la chimenea—. De

todas formas, no olvide que soy responsable de su salud ante su honorable tía —añadió—. Déjele algo de ropa sobre los hombros y cualquier cosa que le tape el resto del cuerpo.

Ella se echó a reír y me liberó con presteza de mi uniforme de camarera, mis esarpines y mis bragas, dejándome tan sólo el sucinto vestido de lana. El conde se sentó de nuevo junto a mí, en apariencia tan tranquilo como si hubiéramos estado jugando al dominó, aunque con el rostro encendido; pero sin duda era a causa del calor que despedía la chimenea, que ardía y rugía como una forja. A continuación, ella me hizo beber lo que quedaba en la copa, se sentó a su vez y dijo:

—Ahora, señorita, cierre los ojos, concéntrese en mis pensamientos y hable.

Yo (*tomando su mano y con una voz de ultratumba*). —Sí, comienzo a ver... ¡Ah! Leo... Hay cierta impaciencia en sus pensamientos... Sí, está usted impaciente por...

Él (*interesado*). —¿Por qué, señorita?

Yo. —Por..., por... ¡Oh! Leo «lamerme». ¿Es eso, señora?

Ella (*cuya mano se crispa sobre la mía*). —Sí, es eso. Por lamerte, por comerte el clítoris, por devorarte la vulva mientras...

Yo (*interrumpiéndola*). —Silencio, señora. Ahora me toca a mí leer. Veamos... Mientras..., mientras yo me ocupo del señor, ¿es eso?

Ella y **Él** (*al mismo tiempo*). —Sí, sí, exactamente... Esta criatura es maravillosa... Sorprendente... ¡Qué dotes!...

Yo (*reanudando mi discurso*). —Esto tengo dificultades en leerlo... Es algo así como «masturbar». La señora piensa que yo debería masturbar al conde mientras usted me lame, pero no se atreve a pedírmelo, ¿no es cierto?

Ella (*simulando confusión*). —Es verdad, no me atrevía, pero en vista de que usted lo propone... Sólo masturbar, evidentemente. ¿Qué dice usted, Jean-Charles?

Él (*cuya mano ha encontrado sin dificultad el camino del susodicho clítoris y se ha unido a la de la condesa*). —Me parece estupendo, querida Clotilde. Empezaba a preguntarme si se acordaban de mi presencia.

Ella se levantó, fue hacia él, abrió su bata, bajo la cual el conde iba desnudo, al igual que ella bajo su hopalanda, cosa que me hizo suponer que la escena no era improvisada, y le hizo volverse hacia mí para que exhibiera ante mis ojos una hermosa picha, muy blanca y erecta, sobre cuyo extremo, de un rosa intenso, se inclinó y depositó un tierno beso.

Él (*protestando para guardar las formas*). —Querida Clotilde, no permitiré que pervierta a esta criatura que nos ha sido confiada—. Y, dirigiéndose a mí, añadió—: Jamás la tomé por ninguna santa, señorita Lucienne, y me alegro de que no lo sea. Sin embargo, lo que le pide la señora..., así..., de buenas a primeras..., por primera vez...

Ella (*sin poder contener la risa*). —¡Por primera vez! ¡De buenas a primeras!

Yo (*al mismo tiempo, retorciendo una punta del vestido y con la mirada gacha*). —¡Oh, señor! Tengo cierta experiencia...

Él (*resignado y satisfecho*). —Si usted lo dice... Entonces, a un gesto de ella, me izaron con silla incluida, cada uno por un lado, para acercarme al fuego, y la señora se arrojó a mis pies, me separó enérgicamente los muslos, y se dispuso a lamerme con ardor. «Por eso no me ha tocado desde hace cuatro o cinco días —me dije—. Para preparar a su marido y estar segura de que yo ardería en deseos». La verdad es que, entre el champán, la lengua de ella y el conde, la cabeza me daba vueltas. ¡Era un hombre magnífico! Menos corpulento y velludo que el doctor Boulay (el único hombre que conocía que le fuera comparable), pero, en cambio, más alto y mejor formado. ¡Y qué picha! «Aunque la condesa no está precisamente escuchimizada, debe de enterarse bien cuando se la mete», pensé, mientras la acariciaba con las dos manos, sin prisa, apenas a diez centímetros de mis ojos debido a su tamaño. Él tenía la mirada clavada en mis muslos y en el cabello de su mujer.

Cuando sentí que el placer ascendía por mi vientre, aparté una mano para hundirla en los cabellos de la condesa, al tiempo que con la otra situaba la picha a la altura de mi boca. Comencé a lamerla, y logré atraparla entre mis labios al mismo tiempo que ella se bebía mi goce asiéndome los muslos con fuerza. Entonces, él se arrodilló frente a ella y se besaron. Sospecho que no era, ni mucho menos, la primera vez que el conde degustaba el fruto de una a través de la boca de otra. Hay millones de hombres a los que les vuelve loco ese tipo de cosas. Poco a poco recuperamos la calma, nos levantamos, y el conde propuso que volviéramos a sentarnos a la mesa para comernos los pichones que habían sobrado y el resto de la tarta. Nosotras nos mostramos de acuerdo, con eso y con acabar el champán.

—Jean-Charles —dijo la señora mientras se sentaba—, ¿sabe que estoy loca por esta pequeña?

El conde (*mientras echaba con calma más leña al fuego*). —¿Y quién no lo estaría? De no ser por mi fidelidad, yo sería el primero.

La condesa (*sobresaltada ante la idea*). —¡Eso habría que verlo! A ella le arrancaría los ojos, y a usted...

Yo (*dolida, porque al fin y al cabo...*). —¡Oh, señora! ¿Cómo puede creerme capaz...?

Él (*sentándose a su vez, tras acariciarme las nalgas al pasar*). —Bueno, además... Nada indica que yo sea del gusto de la señorita Lucienne...

Yo (*con prontitud y demasiada sinceridad*). —¡Oh, señor conde! Muy exigente tendría que ser...

La condesa (*suspica, y atrayéndome hacia ella*). —¡Vaya, vaya! Parece que ninguno de los dos pierde el tiempo. ¡Sería más que imprudente dejarles a solas un minuto!

Él (*entre bocado y bocado*). —En absoluto, querida. Intervendría el diablo, a quien respeto demasiado...

Y dicho esto, se levanta, llena la copa de su esposa y musita, pellizcándose la barbilla:

*Lisette temía al lobo feroz,
cuando paseaba solita...*

La condesa (*en tono irónico*). —¡Oh! El lobo, el lobo...

Él (*soltando mi mentón, sorprendido*). —¿Cómo? ¡Señorita Lucienne! ¿Es posible...?

Ella (*sin vacilar, mientras yo bajo la cabeza*). —Bueno, ¿y qué? Al fin y al cabo, todo ha quedado en familia.

Él. —¡Uf! ¡Qué descanso! El..., el primo, supongo.

Yo (*sobresaltada*). —¡Sí, por supuesto! ¿Quién si no?

Él (*con ánimo apaciguador*). —Tiene razón. En cualquier caso, ¡feliz mortal!

La cena, preciso es reconocerlo, estaba adquiriendo un cariz indecente. Para no tener frío, ellos se habían sentado en un inmenso y exuberante diván dorado que el conde y yo habíamos acercado a la chimenea, mientras yo iba y venía de la mesa a la cocina trajinando los últimos cadáveres de pichones y cangrejos, para ellos y para mí misma. Al cabo de un rato, la condesa dejó su plato en el suelo y me dijo:

—¡Lucienne, venga a mi regazo! Apenas ha comido. Jean-Charles, debería avergonzarse de descuidar hasta tal punto a esta criatura, que es tanto nuestra invitada como nuestra servidora.

—¡Descuidar! —exclamó el conde—. Querida Clotilde, no hay manera de acertar con sus deseos. Tan pronto me reprocha interesarme por ella, como descuidarla. Me niega el derecho a engañarla con ella, y lo comprendo. Pero usted no se priva de hacerlo, ¡y encima ante mis propios ojos!

La condesa (*tomándome en su regazo y riendo*). —¡Vamos, amigo mío, no pretenda parecer pudoroso! ¡Le sienta peor que una corbata a un toro! Y, a propósito de toro...

El conde (*carraspeando púdicamente*). —¡En efecto, querida! Puesto que ya no queda nada de comer y beber, quizá deberíamos pensar en...

Ella (*interrumpiéndole*). —¿Pensar en qué?

Él —Pues... ¡En retirarnos a nuestros aposentos, Clotilde! ¡Esta criatura se ha ganado un buen descanso!

Yo, evidentemente, no tenía ningunas ganas de acostarme. ¡Me sentía tan bien entre los brazos de la señora de Bresles! Al acogerme en su regazo, había abierto ampliamente su hopalanda y arremangado mi vestido, de tal forma que me encontraba sentada con las nalgas desnudas sobre sus muslos, y con sus pechos bajo mis labios, en tanto que su mano acariciaba con suavidad mi coño y mi vientre. Ciertamente formábamos una pareja cuya contemplación debía de resultar muy agradable para un hombre, aunque también muy irritante, a juzgar por las prisas del conde en enviarme a la cama para... poseer a su mujer.

—¡Oh! Si es por mí, señor —protesté—, le aseguro que no tengo ni pizca de sueño. Me quedará ordenando todo esto —añadí suspirando.

—¡Ni hablar! —exclamó la señora—. Juntos estamos y juntos seguiremos, para lo

bueno y para lo malo —dijo riendo. Y, dirigiéndose a su marido, añadió—: Venga a pedir perdón por esas maldades, señor. Bien, ¿a qué espera? ¡Venga! —repitió—. No nos lo comeremos, ¿verdad, Lucienne?

El conde se levantó y se acercó, con la bata abierta y empalmado como el animal con el que su mujer lo había comparado.

Ella le cogió el rabo como para sopesarlo y murmuró:

—Amigo mío, está claro que debemos hacer algo por este desdichado. ¿No opinas lo mismo, Lucienne?

Yo (*serena y envalentonada*). —Lulu, señora, si no le importa. ¿Qué debo hacer?

Ella (*muy excitada, y repartiendo ahora los favores de su boca entre mis labios y la picha de su marido*). —Bien, nos iremos turnando. ¡Empiezo yo!

Nada más decir esto, engulle el objeto con decisión, logra meterse más de la mitad en la boca, realiza así una docena de movimientos, sin olvidar acariciar los huevos del conde con la yema de los dedos, y se detiene.

—¡Tu turno, Lulu! —me dice.

El conde (*escabullándose para guardar las formas*). —Mi querida Clo-Clo, ¡eso sería pasarse de la raya! Esta pequeña ha visto al lobo, ¡de acuerdo! Pero de ahí a... Además, yo no aseguro que pueda conservar la sangre fría en boca tan deliciosa. ¡No, Lulu, no! ¡No escuches a tu señora!

Yo (*acariciando el objeto*). —¡Señor conde, me sentiría vejada si me rechazara! Mi boquita se comportará del mejor modo posible, ya que lo demás no ha lugar.

La condesa (*observándose actuar con cierta inquietud y una gran dosis de excitación*). —¡Cuidado con los dientes, Lulu! ¡Oh! Pero... ¡está claro que no es la primera vez que lo haces, pequeña pervertida! ¡No! ¡No digas nada! ¡Una novata no haría un francés con semejante ardor! Se la chupa muy bien, ¿verdad, Jean-Charles?

Él (*con una mano crispada en los cabellos de su mujer y la otra en los míos*). — ¡Como una auténtica diosa! ¡Ah, la muy tunanta! ¡Traga tanto como tú, querida!

Yo. —¡Glup, glup... gluuup!

Él (*apartándose*). —¡Dios bendito! ¡Por muy maravillosa que sea, debo retirarme de esta boca divina! ¡Depositaría en ella mi semen, querida, y usted se vería privada de él!

Yo (*sin aliento y relamiéndome*). —¡Seré yo quien me vea privada de él! ¡Usted se follará a la señora, y yo tendré que conformarme con aguantar la vela! Se trata de eso, ¿no?

La condesa (*recogiendo de mi boca el sabor de la picha marital*). —¡Qué le vamos a hacer, Lulu! ¡Así es la vida! Pero, de un modo u otro, tú también te llevarás tu parte.

El conde (*que no quiere seguir por más tiempo empalmado en balde*). —Confío en usted, querida. Bien, subamos.

La condesa no tenía demasiado interés en subir. Argumentó que allí estábamos muy bien, que el diván sería suficiente para los tres, que las corrientes de aire de la

escalera enfriarían a su marido, y que ella ya no podía seguir controlando su deseo. Me hizo tenderme boca arriba, con la cabeza en el centro del diván y las rodillas replegadas; luego se colocó encima de mí, a horcajadas, y dijo:

—¿Qué problema hay? Jean-Charles, yo chuparé a Lulu mientras usted me la mete. O, mejor aún, será Lulu quien me la introduzca. Tal como está situada, estará en el palco de honor para lo que vendrá después. ¿Sabrás hacerlo, preciosa?

Yo (*más caliente que nunca ante aquella idea*). —¡Oh! ¡Sí, señora! ¡Enseguida, por favor, enseguida!

El conde (*en el mismo tono*). —¡Tiene razón, Clo-Clo! ¡Enseguida! ¡Va a regalarse, querida! ¡Y tú también, Lulu!

Ella se inclinó entre mis muslos y comenzó a trabajarme, mientras yo veía, o más bien adivinaba en la semioscuridad donde estaba, a diez centímetros de mi rostro, como el enorme rabo del conde avanzaba entre las piernas de su mujer. Lo cogí con delicadeza, lo paseé un momento a lo largo de la hendidura de la señora para asegurarme de que estaba lo bastante mojada para acoger el miembro, y cuando él notó que lo tenía en el lugar adecuado, empujó con firmeza y lo metió. Yo estaba estupefacta de ver hasta qué punto podía dilatarse y ensancharse un coño para alojar en su interior aquella auténtica pieza de artillería. Lucas, que no debía tenerla menor que la del conde, me había penetrado como ahora veía que le hacían a la condesa. ¡Y yo no había gritado! ¡Apenas unos gemidos! Decididamente, la naturaleza es sabia. Se diría que una mujer que desea con todas sus fuerzas ser follada, está hecha de goma.

Yo estaba en el palco de honor, en efecto, tal como había dicho el conde. Podía, a mi capricho, acariciar el vientre de la condesa, que se arqueaba a causa de las embestidas de su marido, acariciar con la yema de los dedos los voluminosos cojones de éste, que se balanceaban sobre mi nariz, tomar entre mis manos los pechos de ella, que pendían sobre mi estómago, e incluso, cuando casi perdí la cabeza entre todo aquel amasijo de carnes y sensaciones, frotarle el clítoris al mismo tiempo que la picha del conde entraba y salía. Llevada por mi excitación, llegué a formar una especie de anillo con mis dedos, y en cierto modo a más turbarlo a la entrada del coño de su mujer. Al principio, ella me había lamido con ganas, y resultó delicioso; luego, me abandonó para poder gemir, reír como una loca y bramar —no puede decirse de otro modo— que su Jeannot le estaba horadando el conejo y que aquello le invadía todo el vientre.

—Lulu, ¡mastúrbame al mismo tiempo! —suplicó—. ¡Mastúrbame! ¡Oh! ¡Me viene! ¡Me viene! ¡Lo siento venir!

El conde se mantenía relativamente más tranquilo. Iba y venía con calma, como un hombre habituado a los desbordados accesos de su mujer, y tan sólo repetía de vez en cuando:

—¡Sí, querida! ¡Sí, es muy bueno! ¡Oh! Esa pequeña de abajo me está... Su manita... ¡Un luis! ¡Un luis por eso! ¡Ah! Ya sale..., ya sale el semen...

Yo no osaba unirme a su conversación, si es que puede llamarse así a esa especie de gritos y susurros que una pareja de amantes deja escapar en tales momentos. Por lo demás, me había quedado con hambre. La condesa me había lamido, es cierto, pero de forma intermitente, e incluso me había mordido la cara interna de un muslo al gozar. Estar en el palco de honor o entre bastidores, por interesante que pueda ser, no es lo mismo que salir a escena.

Así pues, ambos gozaron bien, él un poco antes que ella. Y, dado que el conde se retiró antes de acabar de correrse, recibí los últimos chorros en el pecho y la cara. *Él retrocedió*, y ella se dejó caer encima de mí, aplastándome y gimiendo:

—Lulu..., cariño..., *lámeme...*, *lámeme otra vez...*, *otra vez...* ¡Oooh! Viene de nuevo, viene de nuevo...

Yo le obedecí sin entusiasmo, porque tenía la nariz sumergida en un auténtico mar de semen y, fundamentalmente, porque me ahogaba. Cuando me hubo liberado, me tumbé sola en el diván para recuperar el aliento y las fuerzas. El conde había echado otro leño al fuego, y los dos permanecían allí delante de pie, apenas a un paso de mí, diciéndose tonterías de amantes como si yo hubiese dejado de existir.

Cuando se les agotaron las bobadas, se sentaron uno a cada extremo del diván. Mi cabeza reposaba en el regazo de la señora, contra su sexo, y mis pies en el vientre del señor, contra sus pelotas, que no estaban mucho menos abultadas que un momento antes.

—Lulu, gracias a ti ha sido todavía más enloquecedor que de costumbre —dijo la condesa mientras me acariciaba el cabello—. ¡Te estamos muy agradecidos, preciosa!

Yo (*adormecida y frotando mi nariz contra su cuerpo*). —¿Agradecidos, señora? ¡Yo también he recibido mimos!

Ella. —¡No, Lulu, no! En cualquier caso, no los suficientes. Yo no me he encontrado nunca en la... posición, en la— situación en que tú estabas, pero sé perfectamente que me sentiría..., ¿cómo decirlo?... ¡Ayúdame, Jean-Charles!

El conde (*plácidamente, al tiempo que su picha recobraba vigor bajo la acción de mis pies, que la cosquilleaban*). —¡Con el vientre vacío, querida!

Ella. —¡Exacto! ¡Pobrecilla! Con el vientre vacío... Aunque, en realidad, todavía es un vientre muy pequeño.

Yo. —¡Oh, señora, se puede tener un vientre pequeño y un apetito desmesurado!

Él (*echándose a reír*). —¡Buena respuesta, Lulu! Querida Clo-Clo, usted se lo ha buscado. Bien, ¡basta de charla! Ahora sí que ha llegado el momento de irse a la cama.

Ella. —¿y dejar que esta encantadora criatura se aburra sola en su cuartito helado, soñando inútilmente con..., con...?

Yo: —¿Con qué, señora, en su opinión?

Ella (*que se ve presa en su propia trampa*). —No sé... Con un..., un novio..., un amiguito...

Yo acababa de descubrir, gracias al conde, que se puede masturbar un rabo con

los pies tan bien como con Vas manos. Incluso resulta más divertido y excitante, según dicen los hombres que aprecian esta fantasía. ¿Era una novedad para él? En cualquier caso, mis piecitos habían hecho maravillas. Al oír a su Clotilde hablar de «novio», el conde y yo nos miramos sonriendo.

—¿Un novio, Lulu? —preguntó él—. ¿Es posible que ya pienses en hacer un buen matrimonio?

Yo (*con energía*). —¡Eso es poco para mí! Quiero decir que no tengo ninguna prisa. Y, de todas formas, no tengo muchas posibilidades de casarme.

Tuve que explicarles por qué, disfrazando lo mejor posible la aventura de papá, y concluyendo que preferiría cualquier cosa antes que un marido como el que me proponía la tía Yvonne.

—Sin embargo, Lulu —me dijo la condesa—, en la vida no queda más remedio que hacer algo, tener un estado... ¿Qué serás si no te casas?

Yo (*con toda tranquilidad*). —Dama de placer, señora. No se me ocurre otra cosa, y creo que ese oficio me irá como anillo al dedo.

Mi franqueza les divirtió sobremanera. Sin embargo, acababa de cometer una enorme torpeza a causa de mi irreflexión. La señora de Bresles (lo hubiera adivinado de haber tenido más experiencia con la «buena» sociedad) no era más condesa que yo. Era una ramera de altos vuelos, de la que el conde se había prendado hasta el punto de vivir con ella y presentarla más o menos como su mujer. Por otra parte, estaban sinceramente enamorados el uno del otro; o, por lo menos, después de cinco o seis años de relaciones sin problemas, se apreciaban lo suficiente como para permanecer unidos. Así pues, ¿por qué habían de odiarme por mi torpeza? Después de lo sucedido entre nosotros, la moral estaba completamente fuera de lugar.

—¡Pardiez, mi pequeña Lucienne! —exclamó el conde—. No seré yo quien la desanime. Sus dotes son tan evidentes, que tendrá el éxito asegurado en la carrera que ha elegido. ¿Qué piensas tú, Clo-Clo?

La condesa. —Creo que ya se he hecho rica con los luíses que usted le ha prometido hace un momento.

Él. —¡A fe mía que es cierto! Mañana los tendrá.

Ella. —Y creo que la..., en fin, la habilidad con la que le ha, por decirlo de algún modo, reavivado, merece..., merece... ¡Oh! Seamos claros de una vez por todas: ¡merece también su recompensa!

Él. —¿Aceptaría, querida...?

Yo (*al mismo tiempo*). —Pero, antes ha dicho...

Ella. —Antes lo he dicho y ahora me desdigo. Soy una buena chica y no me gustan los remilgos. En el fondo, mi pequeña Lulu, los hombres y las mujeres siempre han sentido deseos de satisfacer sus sentidos, y como, en definitiva, eso no era mucho más limpio que sonarse, nunca le han hecho ascos a las sensaciones animales. Yo, francamente, soy animal.

El conde. —Y yo le estoy agradecido por ello, amiga mía... Entonces, ¿aquí o en

la habitación?

Decidieron ir a la habitación, donde había un brasero de carbón encendido desde por la mañana, que todavía debía de estar caliente. Subimos hasta allí provistos de candelabros, yo entre ellos dos para no coger frío, y manteniendo viva con la mano la excitación del conde. Un instante después estábamos los tres en la cama, acariciándonos, mezclándonos como jóvenes perros, y disputándonos ella y yo la picha del conde para chuparla, mientras él nos masturbaba a cada una con un dedo, extasiado con la belleza del culo de su amante y con la frescura del mío. Cuando hubo retozado bastante, a la condesa (le mantengo el título) empezó a preocuparle si yo soportaría sin sufrir daños el chisme del conde.

—Pero, Lulu, ¡míralo! —me dijo, sosteniéndolo entre sus manos—. Hay cierta diferencia con la del primito, creo yo. Sé muy bien que es tan delicado como fuerte —añadió, volviéndose hacia el conde—, pero... ¡No! ¡No me parece razonable!

Yo (*decepcionada*). —¡Es que tengo tantas ganas, señora! ¡Estoy completamente mojada!

Ella (*comprobándolo con sus propias manos*). —Sí, es verdad... ¿No te da miedo?

Yo. —¿Miedo, señora? Intentémoslo ahora mismo. Usted quédese junto a mí, y, si oye una sola queja, ocupe mi lugar.

Él (*con la picha erguida como una columna*). —¡Por favor, queridas mías! Esas ingenuidades me ponen terriblemente cachondo. ¡Si prolongan la espera un minuto más, acabaré decidiendo por ustedes!

Ella. —¡Dicho y hecho! Permanezca tal como está, Jean-Charles, si no, podría aplastarla. Y tú, Lulu, monta encima de él.

El hecho de que las mujeres de la aristocracia presten su amante a su mejor amiga, es algo tan habitual que apenas se habla de ello. Lo que no lo es tanto es que participen en sus devaneos. Yo no era «una amiga» de la condesa de Bresles; tan sólo su camarera durante unos días. Sin embargo, ella me confió en el tren, cuando volvimos juntas a París, que la velada en el castillo había sido su primer ménage á trois, y que de pronto se había sentido enormemente excitada ante la idea de ver como su amante me follaba. «Con todas las aventuras que he vivido —me explicó—, ver gozar a una mujer no era nada nuevo para mí. Pero ver de cerca como la jodia un hombre, sí. En el fondo, era algo que deseaba. Sobre todo con mi hombre, y con una muchacha tan gentil como tú».

Así pues, dejé que me instalara encima del conde como si fuera la primera vez en mi vida que me montaba a horcajadas encima de un hombre. Me acarició la hendidura durante un breve instante con el miembro de su marido, y me ayudó a descender sobre él con tantas precauciones que creí volverme loca de impaciencia. La polla del conde era grande, lo admito, pero no más que la de Lucas, y como se había corrido hacía menos de una hora, tampoco la tenía tan dura. Me hizo un poco de daño al abrirse camino, y apreté los dientes; luego, entró sola. La condesa se había

recostado sobre él para verlo bien: se extasiaba con el espectáculo, besaba apasionadamente al conde, lo dejaba para acariciarme los pechos, y así hasta que, al final, metió las manos en la masa, tan pronto maturbando su picha como mi clítoris, mientras nosotros seguíamos nuestra marcha. En resumen, la condesa demostró ser una desafortunada calentorra como pocas veces he visto serlo a una mujer. Una «bacante», hubiera dicho Dodolphe, que en una ocasión me hizo posar durante tres semanas con otras dos mujeres para pintarnos, y me explicó lo que eran.

Así y todo, tuvo tiempo para preguntarme dos o tres veces:

—¿Todo va bien, Lulu? ¿Seguro que no te hace daño? ¿No es demasiado grande?

Yo. —¡Oh, todo va de maravilla, señora! ¡Aaah! ¡Qué grande es! ¡Llega hasta el fondo! ¡Oh, señor, no la meta tan adentro!

Ella (*sosteniéndome*). —Jean-Charles, ¡despacio, por favor! ¿Le gusta?

Él. —¡Es una criatura exquisita, querida! ¡Exquisita y ardiente! ¡Oh, cómo me aprieta la polla! Voy..., voy a...

Ella (*inquieta y apresurándose a hacerlo salir*). —¡Ah, no! ¡Eso no, amigo mío! ¡Podría dejarla preñada!

Yo (*sintiendo que el conde se va a correr, y a punto yo misma de gozar*). —¡Oh, señora, se lo suplico! ¡Déjelo! Yo... me lavaré bien... Se lo prometo... ¡Pero deje que me lo suelte!

Él (*jadeando*). —¡Demasiado..., demasiado tarde! En su coñito... ¡Oh, cómo me aprieta! ¡Oooh!...

En cuanto acabé de gozar, inundando la picha del conde, la señora me arrastró del brazo y me obligó a sentarme en el pequeño mueble de su cuarto de baño. ¡Horror, el agua estaba fría! Me lavó a fondo con jabón, y metió los dedos para hacer que descendiera el semen de su marido, cuyos espesos filamentos veía flotar en el agua. Luego, extenuadas, fuimos a la cama a reunimos con él.

Nos quedamos dormidos como troncos unos en brazos de otros, la condesa en el centro. El frío de la mañana nos despertó temprano. El señor tuvo el valor suficiente para levantarse, atizar el brasero, echar una paletada de carbón y lavarse rápidamente. Después volvió a acostarse, cubriéndonos con la sábana, las mantas y el edredón, y dormimos durante una hora larga más. Yo salí la primera del sueño, me aparté un poco de la señora, que dormía como un niño, y permanecí allí con los ojos abiertos, sin moverme para no molestarles. Al cabo de un momento, el conde me preguntó en voz baja si estaba despierta.

—En ese caso —susurró—, tenga la amabilidad de bajar sin hacer ruido a la cocina y preparar un desayuno rápido. Yo debo salir, pero quiero que la señora se quede durmiendo el máximo tiempo posible.

Me deslicé como una serpiente, me eché un poco de agua a la cara, me puse el vestido y me dirigí apresuradamente a la cocina mientras él se vestía. Debían de ser las nueve, pero la condesa tenía costumbres de parisiense ociosa y no solía estar en pie antes de las doce. En cuanto al conde, seguramente le quedaba por hacer alguna

risita a las granjas, de modo que se dirigió a los establos y ordenó que engancharan los caballos. Cuando entró en la cocina, el fuego estaba encendido, el pan cortado y el té humeante; en resumen, yo había logrado en un abrir y cerrar de ojos darle la sensación de estar servido, y bastante bien, por cierto. Era un hombre cortés, y supo apreciarlo. Al sentarse, sacó una moneda dorada y me dijo:

—Tenga, Lucienne, lo prometido es deuda. Aquí está el luis del que hablamos. Y gracias por el desayuno improvisado. ¡Estoy muerto de hambre!

Le serví el desayuno, y él devoró en silencio una montaña de tostadas, dos huevos, una costilla y no sé cuántas tazas de té; yo comí mucho menos, pero sin privarme. Me encontraba de pie junto a él, dejando la garrafa de aguardiente en la mesa, cuando sentí que su mano me acariciaba una corva, luego el muslo y, a continuación, las nalgas.

—¡Pero, señorita, si no lleva bragas! —exclamó con suavidad, sin dejar de tocarme.

Yo (*turbada*). —No, señor. Se quedaron anoche en el salón y no me ha dado tiempo...

Él (*aprovechando las facilidades que le daba*). —Bueno, ¡pues mejor! ¿Y cómo se encuentra este precioso coñito esta mañana?

Yo (*con el coñito ya en llamas*). —¡De maravilla, señor, de maravilla! ¡Y a su servicio!

El conde me masturbaba con tal destreza, que me apoyé en la mesa con las dos manos para que el goce no me pillara por sorpresa. De pronto, él se desabrochó con la mano que le quedaba libre y me dijo:

—¡Vamos! ¡El último galope! Ya sé que eso no está bien, pero ¿qué quieres? ¡Tu culito lograría condenar a un santo!

Cuando se la sacó del pantalón, la tomé entre mis manos y la miré con admiración. A menudo, los hombres jóvenes tienen erecciones más intensas por la mañana, aunque su duración es menor que por la tarde. El conde, que en ese momento tenía la picha más dura que la justicia, me enlazó por el talle y me preguntó:

—¿Tú también quieres? ¿No estás asustada?

Yo. —¡Oh, sí que quiero! Sólo le pido una cosa: que no llegue hasta el fondo. Si es que puede... ¡Oh, es tan grande! ¡Y qué dura está! Por favor, mastúrbeme primero con ella para que fluya jugo...

El conde se sentó en un taburete más bajo que la silla para que yo pudiera apoyar los pies en el suelo, y me izó con objeto de instalarme a horcajadas sobre él y que me agarrara a sus hombros. Es lo que se llama el «sacacorchos americano», el capricho de todas las modistillas: se dejan meter el «sacacorchos» (lo de «americano» no sé por qué es) en el coño lo más profundamente posible, se lo sacan, se ensartan de nuevo en él y se refocilan así hasta quedar absolutamente exhaustas.

En cuanto al conde, me había masturbado con la punta del chisme tan bien, que

yo estaba más mojada que una fuente, por lo que me la metió sin demasiados esfuerzos. Me había arremangado el vestido hasta la cintura, que me sujetaba con ambas manos, y yo le cabalgaba con desenfreno apoyándome en la punta de los pies. Los dos gozamos en menos de tres minutos, jadeando y suspirando, aunque sin hacer ruido para que no nos oyera nadie. Cuando acabó de correrse, hizo que me levantara y me dijo:

—Ahora ve a lavarte. ¡Vamos, al trote, pequeña! ¡Ha sido delicioso! ¡Y no olvides guardar tu luis!

Un montón de buenos consejos, pero ni un ápice de ternura. ¡Bah! ¡Cada cosa tiene su momento!

Paso por alto los días que siguieron, durante los cuales sólo dejamos de hacer el amor para comer y beber, y de dormir para hacer el amor. El conde estaba muy ocupado y se marchaba por la mañana temprano. No tanto, sin embargo, como para que no encontráramos otro momento para un galope, esta vez en el establo y por sorpresa. Yo le había acompañado para ayudarle a cepillar a la yegua y, al agacharme para coger un cepillo, sentí que me levantaba el vestido hasta la cintura y posaba una mano en mis nalgas. Loca de contento, pues le había tomado gusto a los polvos matutinos, me abrí de piernas, estiré los brazos para apoyarme en la pared y me dispuse a recibir su polla, cosa nada fácil a causa de su tamaño. Sin embargo, bajo su apariencia de parisiense lánguido, el conde era fuerte como un normando. Cuando me hubo empalado convenientemente, agachándose un poco, me agarró de las caderas y me levantó, de modo que quedé mejor servida que una reina.

—¡Gracias, señor conde! —dije cuando me depositó en el suelo—. ¡Voy corriendo a lavarme el trasero! ¡Ya empieza a resbalar por mis muslos!

En cuanto a la condesa, desde que se había iniciado en las delicias del amor a tres, ya no pensaba en otra cosa. Su marido no estaba siempre del mismo humor, bien porque volvía cansado, bien porque prefería dormir tranquilo y reservarse para la mañana, de manera que, aparte de algunas sesiones de lamidas y mamadas compartidas por el trío, tan sólo recuerdo una vez en que lo hiciéramos realmente, una noche en que, a falta de champán, vaciamos dos botellas de vino del Rhin entre los tres.

A la condesa Clotilde, cuyos únicos pensamientos serios se centraban en el placer, se le ocurrió aquella noche hacer que me acostara encima de ella, colocando mi cuerpo exactamente sobre el suyo, de forma que permitiera a cada una introducir la lengua en la boca de la otra y frotarnos los pechos mutuamente, mientras que el conde nos la metería a las dos, una vez en mi coño y la siguiente en el de la señora, con la orden estricta de no correrse más que en este último.

Aquello suponía un excelente aprendizaje para mí; por no hablar del placer, pues ahora estaba totalmente formada y gozaba de la frescura de una muchacha que, como había dicho la condesa, era a todas luces animal. Y por no hablar tampoco (aunque, ¿por qué no?) de lo que mi... hucha con bigote (¡oh, una tupida pelusilla sin más!) le

reportaba a mi hucha a secas. Los señores de Bresles se divertían enormemente recompensando los servicios lúbricos que les prestaba con una moneda por aquí, otra por allá, un franco un día, un luis al siguiente, de manera que, al regresar a Nogent-le-Rotrou, me encontré poseedora de una fortuna de cuarenta y tantos francos, que sobrepasó los cincuenta cuando mi tía me hubo entregado los diez de mi sueldo. ¡Cincuenta francos! La cifra me hacía pensar en aquella famosa paga de Pascua que La Fourmi franfaise concedía generosamente a papá, y que servía para vestirnos a Max y a mí durante un año. Se puede decir que había recorrido un largo camino desde aquella época no tan lejana.

Llegó el día fijado para el retorno de los de Bresles a París, tras detenerse uno o dos días en Nogent-le-Rotrou para permitir al señor poner en orden sus asuntos con el notario, y a la señora devolverme, fragante como una rosa, alegre como unas castañuelas y formal como una santa, a la tía Yvonne. Aunque alegre es mucho decir, pues, tras la felicidad de aquellos diez días pasados en el castillo, me esperaban semanas de aburrimiento bajo el techo familiar, hasta el día en que la señora Vierneau viniera a buscarme para conducirme a París, si es que mantenía su promesa.

En poco tiempo me había encariñado mucho con los señores de Bresles, sobre todo con la condesa. Ellos representaban todo aquello que yo deseaba amar y compartir: el placer, el ingenio, la amabilidad y, por supuesto, el dinero y la vida parisiense. Me sentí muy triste la mañana en que tuve que despedirme del castillo; tan triste que besé llorando el diván donde habíamos hecho el amor juntos por primera vez. La condesa me sorprendió mientras me enjugaba una lágrima. Corrió hacia mí y me estrechó entre sus brazos con ardor:

—¡Lulu! ¡Mi pequeña Lulu! ¿Qué sucede?

Yo (*sollozando y besándola*). —¡Oh, señora, me sentía tan a gusto aquí, con ustedes! ¡Y ahora habré de verme otra vez en esa triste casa de mi tío, entre la criada y el jardinero! Si no llorara...

Ella (*lamiendo las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas*). —Vamos, Lucienne, sólo serán dos o tres semanas por lo que nos has contado...

Yo (*sentándome en sus rodillas*). —Tres semanas es mucho tiempo, señora... Tres semanas sin ser besada...

Ella. —¡A quién se lo has ido a decir! Escucha, Lucienne, hablaré ahora mismo con Jean-Charles, te lo prometo. No estés triste y déjame hacer.

En efecto, habló con el conde en cuanto estuvimos instalados en el tálburi. Él me hizo muchas preguntas, hizo que le explicara con todo detalle la historia de los Vierneau, y decidió que le pediría a mis tíos autorización para que partiera con ellos a París; al menos, con la señora, que debía tomar el tren sola, mientras que su marido regresaría con el tálburi a la capital, deteniéndose un día en Chartres.

Cuando llegué a Nogent con los señores de Bresles, el tío Augustin acababa precisamente de recibir una carta del señor Vierneau, en la que le confirmaba que me recibirían en su casa a mediados de noviembre, y que la señora Vierneau le

comunicaría la fecha exacta en que iría a buscarme.

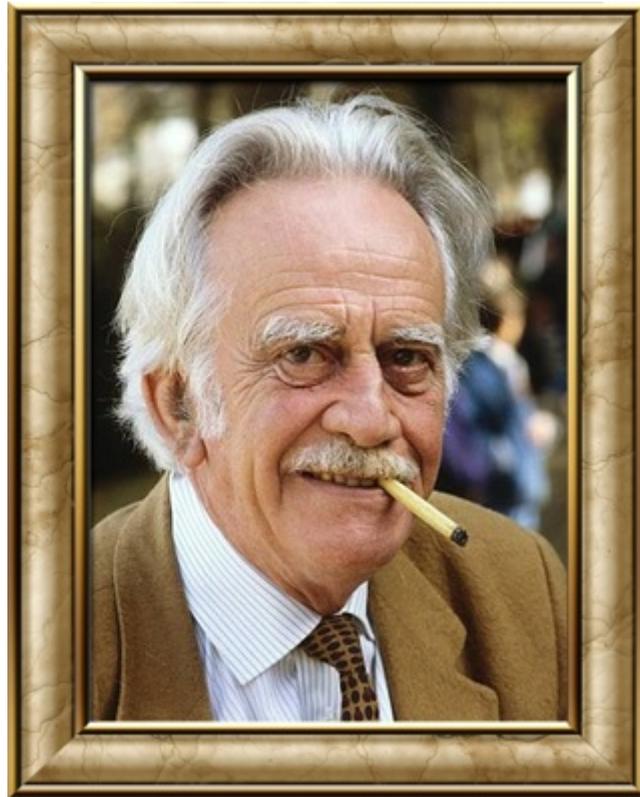
Así pues, aceptó sin reparos (¡los señores de Bresles eran unos clientes tan respetables!) confiarme a ellos durante aquellas tres semanas, al cabo de las cuales me pondrían en manos de los Vierneau.

Para abreviar, fue así como, un hermoso día de finales de octubre, me encontré con mi pequeña maleta en la mano, un sinfín de recomendaciones de prudencia y sentido común por parte de la tía Yvonne, y dos billetes de cien francos por parte del tío Augustin, en el andén de la estación de Nogent-le-Rotrou, cabeza de partido, departamento de Eure-et-Loir, bendiciendo mi destino y maldiciendo a la Compañía de Ferrocarriles del Oeste, cuyo expreso procedente de Le Mans y con destino París tardaba tanto en aparecer, elevando en el horizonte su columna de humo grisáceo.

Junto a la señora de Bresles, por fin vi aparecer aquella columna, y luego la locomotora. Un empleado con gorra ribeteada condujo respetuosamente a la condesa al compartimento de primera clase donde teníamos dos asientos reservados. Cerró la portezuela tras nosotras y, gritando a través de una especie de embudo de metal negro, instó a los viajeros con destino Chartres, Rambouillet y París a prepararse para la salida.

¿París? Ya me sentía allí.

(Continuará).



JACQUES CELLARD (1920-2004). Fue un historiador y lingüista muy conocido por sus crónicas sobre lenguaje en el diario *Le Monde*, y como lexicógrafo, publicó un célebre *Dictionnaire de français non conventionnel* y una *Antologie de la littérature argotique*. En tanto que historiador, escribió numerosos ensayos, en particular sobre el siglo XVII. Autor y editor de obras eróticas, Cellard publicó algunas con pseudónimo o como textos anónimos.